Mikel Reparaz

Las grietas de América

Bajo la piel de un país dividido



PENÍNSULA


Mikel Reparaz
Las grietas de América
Bajo la piel de un país dividido
NOT IN SERVICE
PENÍNSULA

Índice

Explora Descubre

Comparte

SINOPSIS

Doscientos cincuenta kilómetros, apenas tres horas por carretera, es la distancia que separa dos tumbas: una en Baltimore y la otra en Charlottesville. Freddie, un joven negro del barrio más pobre de Baltimore, muere a manos de la policía un año y medio antes de la llegada de Donald Trump al poder. Meses después de su toma de posesión, cientos de supremacistas blancos marchan con antorchas por las calles de Charlottesville y Heather es asesinada por un neonazi. No han pasado ni tres años entre las dos muertes, pero en ese tiempo el país —y probablemente todo el mundo occidental— ha cambiado para siempre.

En medio de las turbulencias que conducen a la agonía de George Floyd bajo la rodilla de un policía blanco y a los posteriores disturbios de Minneapolis, el periodista Mikel Reparaz recorre Estados Unidos en busca de historias que ayuden a entender una sociedad dividida por el conflicto racial y las heridas del pasado. Un país en el que el racismo sigue siendo un problema sistémico y en el que la violencia y la muerte de jóvenes negros se han convertido en una noticia recurrente.

Los años de Donald Trump en la Casa Blanca han recrudecido el conflicto hasta un punto de tensión social que parece no tener vuelta atrás. En este recorrido por Estados Unidos el autor ahonda en las raíces del problema y da cuenta de los acontecimientos y los movimientos sociales que explican cómo se abrieron las grietas que resquebrajan hoy el país.

Mikel Reparaz

Las grietas de América

Bajo la piel de un país dividido



Para Mark, Danel y Mow ,
my sunshine when skies are gray

[LA ÉPOCA]

No era el mejor de los tiempos, como pregonaban, ni el peor de los tiempos. Ni lo uno ni lo otro. Ni la edad de la sabiduría ni la de la estupidez. Ni de la fe ni de la incredulidad. Había luz y había tinieblas. No fue la primavera de la esperanza ni el invierno de la desesperación. Así son todos los tiempos borrascosos, supongo. Ni blancos ni negros: si acaso, grises y enmarañados. El vendaval quiebra árboles sobre la carretera, las riadas arrastran coches y, mientras, hay niños que ríen y juegan a batallas de almohadas al calor del hogar. Las turbulencias suelen ser, por lo general, incoherentes. Luego acabamos acostumbrándonos a la incoherencia y se asienta la nueva normalidad. Entonces, cuando por fin ha amainado el follón y todo vuelve a parecer en orden, empezamos a ver con cierta lucidez. O eso nos parece. Hasta que arrecia el temporal, de nuevo.

El cielo estaba encapotado, amenazante, cuando dejé Estados Unidos para regresar a Europa después de haber sobrevivido como corresponsal a la tormenta perfecta de la llegada de Donald Trump al poder. Los primeros años de su presidencia fueron vertiginosos y agotadores para los periodistas que cubríamos la actualidad política del país. Creíamos haberlo visto todo, pero nadie estaba preparado para lo que vendría después. Al filo de la década, los años veinte se disponían a tocar tierra como un huracán. La pandemia de coronavirus paró el tiempo, la sombra de la recesión económica global acechaba de nuevo y las protestas contra el racismo se extendían por todo Occidente, desde Minneapolis hasta Londres y París. La lenta agonía de George Floyd, un hombre negro estrangulado bajo la rodilla de un policía blanco, horrorizó al mundo e inflamó las calles. Sus últimas palabras —«¡No puedo respirar!»— se convirtieron en el grito de gran parte del país contra la brutalidad policial y el racismo. El conflicto, una vez más, dejaba a la vista las profundas grietas de la sociedad estadounidense, cada vez más profundas e insalvables.

No es fácil pararse a mirar la brújula entre el fuerte oleaje y los relámpagos. No es fácil escudriñar en qué momento hemos tomado este rumbo ni cómo hemos llegado a esta situación. El desastre de 2020 no tiene precedentes. Millones de personas infectadas por un virus desconocido y

miles de muertos en unidades de cuidados intensivos desbordadas; camiones frigoríficos llenos de cadáveres abandonados en las calles de Nueva York, hospitales de campaña en Central Park y fosas comunes en la isla de Hart. Desde la Casa Blanca, mientras, el presidente repite una y otra vez que todo está bajo control, desoyendo a los expertos de su propio Gobierno. La ansiedad cunde en los hogares de todo el país, los nervios están a flor de piel. Miles de seguidores de Trump se manifiestan contra las medidas de confinamiento impuestas por los estados, contra el uso de mascarillas, contra la opresión y la falta de libertad. Milicias armadas de extrema derecha acuden a los llamamientos del presidente a la insurrección. La desinformación y las teorías de la conspiración impregnan las redes sociales. En ese momento, cuando la violencia entra en acción y todo el país ve morir a George Floyd en tiempo real, la tensión salta por los aires. Ha ocurrido otras veces: la violencia es parte esencial de la historia de Estados Unidos. Ocurrió al final de la presidencia de Barack Obama, cuando la policía mató al joven Michael Brown en Ferguson.

A estas alturas, el primer presidente negro de Estados Unidos es un recuerdo lejano. «En un abrir y cerrar de ojos, hemos pasado de *Obamaland* a *Trumpistán* », bromeaba con mis colegas periodistas durante aquella transición traumática. Pasé cinco años en el ojo de la tormenta, cinco años de aventuras e incursiones en todos y cada uno de los cincuenta estados, desde los bosques de secuoyas hasta las aguas del Golfo, siempre volviendo a la isla de Nueva York, mi refugio. Cinco años que ahora me parecen quinientos. Al volver a Europa me encontré con la repetición de la jugada. Con más o menos éxito, la extrema derecha populista intentaba aplicar la fórmula mágica que llevó hasta lo más alto del panteón olímpico al supervillano de Gotham —sus habilidades: el escapismo, la hipnosis y la estridencia—. Nacionalpopulismo, lo han bautizado. Trump es, sin duda, el auténtico Joker; los demás, imitadores que sobreactúan con aspavientos detrás de sus caretas de payaso. Todos ellos dicen sintonizar con un mismo malestar: la angustia de la clase trabajadora engullida por el abismo de la globalización, deglutida por el liberalismo políticamente correcto y regurgitada con desprecio por las élites económicas e intelectuales.

La tormenta se fue formando lentamente, sin que la mayoría de los meteorólogos de lo humano ni los expertos en cualquier cosa que abundan en los medios de comunicación la vieran venir. La sociedad estadounidense estaba dividida mucho antes de la llegada de Trump al poder. Cuando cubrí

la reelección de Bush en 2004, empezaban a verse las grietas. Todo iría a peor cuatro años después, cuando el júbilo retumbó a mi alrededor en el parque Grant de Chicago durante una noche de noviembre con viento sur. Fue una de esas raras veces en las que el adjetivo «histórico» se carga de significado, más allá de clichés periodísticos. «Caen las barreras raciales», proclamó esa misma noche el *New York Times* en su primera edición. Más de una década después, no me caben dudas de que la elección del primer presidente negro de la historia de Estados Unidos estuvo muy lejos de ser la culminación de la conquista de los derechos civiles de las minorías. La utopía posracial que nos cegaba en un momento verdaderamente histórico no era más que un espejismo. En realidad, la presidencia de Obama provocó un cortocircuito en una gran parte de la población estadounidense. La mayoría blanca conservadora se vio alienada por políticas que llevaban el sello de un presidente negro al que muchos veían como la anti-América —la reforma sanitaria «impuesta por el Gobierno» es un ejemplo paradigmático—. Las zanjas comenzaron a hacerse más profundas; la división, más pronunciada; la crispación, más evidente. La tormenta perfecta comenzaba a tomar forma.

Hoy, el «efecto Trump» avanza como la gota fría por Occidente. Sentada en sillones de Gobierno o atrincherada en la oposición, la extrema derecha y su discurso xenófobo condicionan las políticas europeas mientras los principios de las democracias liberales se tambalean a ambos lados del Atlántico. El liberalismo occidental es una ideología «obsoleta», sentencia Vladimir Putin desde el Kremlin, porque ideas como el multiculturalismo han dejado de ser «sostenibles». El partido de extrema derecha Vox se ha convertido en la tercera fuerza política del Parlamento español, emulando a Alternativa para Alemania en el Bundestag. La Liga de Matteo Salvini, segunda fuerza en Italia, amenaza con volver al poder después de defender la «Fortaleza Europa» desde un Ministerio dedicado a cerrar puertos y fronteras en medio de la crisis migratoria del Mediterráneo. «Europa necesita más Salvinis», exclama el holandés Geert Wilders junto a la francesa Marine Le Pen mientras suena un aria de Puccini en la plaza del Duomo de Milán. La Europa Oriental de Orbán y Kaczynski, decepcionada con el sueño europeo, se escurre aún más hacia el este en su deriva autoritaria. Mientras, en el extremo atlántico, Boris Johnson empuja irremediablemente al Reino Unido hacia el desfiladero del *brexit* (el borde del mundo, en términos terraplanistas).

En ese contexto, nos adentramos en los locos años veinte con la incertidumbre sobre nuestras cabezas. La *belle époque* de nuestra generación ya pasó, declaramos con resignación. Los felices 2000, renacidos de las cenizas de las dos torres, duraron poco y nunca volverán. La burbuja de la prosperidad estalló. Llegaron tiempos llenos de amenazas y miedos. Y con el miedo viene la desconfianza hacia el diferentew, el extremismo y el odio. Un gran negocio para quien sepa aprovecharlo en beneficio propio. Como las empresas de seguridad privada que venden sistemas de alarma puerta a puerta, metiendo el canguelo en el cuerpo a ancianas solitarias y a padres de familia preocupados. Igual que el Joker y sus discípulos. La pesca es abundante en el caladero del miedo.

Pero este no es un libro sobre las desventuras políticas de Occidente; tampoco sobre las aventuras de un corresponsal. Ni sobre el fascismo rampante ni sobre el antifascismo constante. Tampoco es un libro sobre Donald Trump; ni todo lo contrario. Este es un libro sobre un conflicto que, solo en parte, explica lo que ha ocurrido en Estados Unidos en los últimos años y lo que puede venir en los próximos. Es un libro, quizá, sobre la cara oculta de la primera democracia moderna; o sobre su cara más evidente. Sobre las desigualdades que construyeron el país desde la Revolución, sobre el poder de la supremacía blanca y la Resistencia que la combate desde el principio. Y, sí, también es un libro sobre la América de Trump. Sobre la crispación que crepita bajo la piel de un país dividido y distorsionado.

[EL VIAJE]

El autobús destartalado desciende los Apalaches por un tobogán gigante hacia la costa atlántica. Al fondo a la derecha, junto a la bahía de Chesapeake, nos espera Baltimore. La cadena montañosa que separa la Costa Este de las planicies del Medio Oeste es mucho más modesta que los Pirineos (en esta zona ningún pico alcanza más de mil metros). Mis Pirineos son crestas de roca caliza cortantes como hachas de sílex. Aquí, en cambio, la mullida vegetación cubre con pudor hasta los montes más altos, redondeados, desgastados por la edad. Los Pirineos son jóvenes y vigorosos; los Apalaches, viejos y chatos, transmiten serenidad.

Ambas cordilleras son frontera. Frontera eterna. Pero aquí no hay Carlomagno ni Roncesvalles que valga. Cuando los salvajes celtas se adentraron en los bosques de hayas y abedules siguiendo los senderos indios, pasaron sin mayor dificultad. Venían de guerras europeas sangrientas. Huían con un cuchillo entre los dientes, violentos y feroces. Los pacíficos conestogas, hoy un pueblo extinto, no tuvieron más remedio que doblegarse ante los invasores. Más tarde, cuando los colonos se hicieron con todo su territorio y se aceleró el exterminio de los habitantes originales, una banda de bárbaros irlandeses y escoceses conocidos como los *Paxton Boys* degolló, mutiló y arrancó la cabellera a los veinte últimos conestogas. Entre ellos había ancianos, mujeres y niños. Con aquella masacre desaparecieron para siempre, junto a su antigua lengua iroquesa, sin dejar rastro ni leyenda. Sin la épica de las grandes gestas pirenaicas.

El tobogán gigante es la Autopista de Pensilvania, una gran rampa de cemento completada en 1940. La primera carretera de peaje de Estados Unidos, trazada sobre el antiguo ferrocarril de Pensilvania Sur. Recorre en paralelo la línea Mason-Dixon. La otra frontera. Si los Apalaches marcan el confín entre el Este y el Oeste —las prósperas ciudades de la costa a un lado y el interminable maizal continental al otro—, la Línea es la frontera entre el Norte y el Sur. Como una cicatriz marcada a cuchillo sobre la piel de un país rehén de su pecado original: la esclavitud al Sur, la libertad al Norte. Es cierto que hay muchos matices y las realidades a ambos lados de la línea Mason-Dixon han variado con el paso de los años. Sin embargo, la

historia ha hecho de Estados Unidos un territorio de dos países zurcidos por la costura que tejieron dos astrónomos ingleses en el siglo XVIII . A Charles Mason y a Jeremiah Dixon les precedía su fama de aventureros indomables. Volvían de un largo viaje para observar por primera vez el tránsito de Venus desde ambos hemisferios cuando los contrataron los propietarios de las colonias de Maryland y Pensilvania. El barón Baltimore y la familia Penn querían delimitar las lindes de sus territorios y, con ese objetivo, los dos astrónomos se adentraron hasta tierras incógnitas del Nuevo Mundo, más allá de los Apalaches. El trabajo de Dixon debió de dejar huella. Al lado sur de la Línea lo llaman, desde entonces, Dixie.

Cruzamos el río Conococheague, afluente del Potomac, que baja marrón y crecido. La niebla cerrada de las montañas se condensa en pequeñas perlas sobre las ventanillas del Greyhound, el autobús azul con un galgo pintado en su costado. Símbolo de la América que se mueve en transporte público, la que no tiene vehículo propio y es demasiado pobre como para comprar un billete de avión o llamar un taxi. La América que vive en los márgenes de la cultura de la clase media estadounidense. Libres de la dictadura del vehículo privado y la gasolina barata. También, en el fondo, abandonados a su suerte en un desierto de asfalto. El veterano de guerra Fox es uno de esos desterrados. Escucha música con la cabeza atenazada entre sus grandes auriculares azul celeste. Mira una película, farfulla palabras incomprensibles y devora varias bolsas de doritos, todo al mismo tiempo, sin inmutarse. A ratos me mira con desconfianza. Seguramente porque no le quito ojo desde el otro lado del pasillo. Imposible apartar la mirada. Su gorra de letras mayúsculas: AFRICA. Su guerrera de camuflaje con la bandera de barras y estrellas en el brazo. Las pulseras de cuentas de caoba y conchas. La perilla blanca salpicada de migas anaranjadas sobre la tez carbón. Sigue triturando doritos. Falta una hora para llegar a Baltimore. Lo sé porque ya hemos cruzado el Conococheague.

El terreno aquí es más llano, pero el autobús escacharrado se desliza impulsado aún por la inercia del tobogán. Suficiente para alcanzar sin problemas nuestro destino. Baltimore, esa ciudad pixelada de ladrillos rojos, fumaradas y adoquines gastados al sol. Esa ciudad, al sur de la Línea y al este de los Apalaches, donde empieza mi viaje. Un viaje de doscientos cincuenta kilómetros, apenas tres horas por carretera si se conduce sin parar. Es la distancia que separa Baltimore y Charlottesville, la distancia que me

dispongo a recorrer en este tercer verano de la era Trump. Pero yo me tomo varios días para completarla. Entre las dos ciudades, se tome la carretera que se tome, es inevitable pasar por la capital. Washington —la fantasía faraónica de los padres fundadores— es donde se produce el relevo del poder al frente de la más poderosa democracia liberal del mundo. El altar donde contemplé, en vivo y en directo, la metamorfosis de Trump ante las masas enfurecidas. Es también la bisagra simbólica de dos etapas, dos ideas diferentes del país y del mundo.

De Baltimore a Charlottesville, pasando por Washington. Es también un viaje entre dos tumbas, dos muertes trágicas muy diferentes con muchos aspectos en común. Arrancó cuando a un joven negro le rompieron el cuello dentro de un furgón policial en uno de los barrios más pobres y violentos del continente. Uno más. Sin embargo, los disturbios que siguieron a aquellos hechos infaustos en Baltimore llevaron, en una inaudita sucesión de acontecimientos, a Charlottesville, donde una mujer antirracista fue asesinada por un terrorista neonazi. Dos años después de las revueltas negras, los zombis supremacistas salían de los cementerios a las calles de la ciudad universitaria sureña con toda su parafernalia de odio y de muerte.

La estación de autobuses de Baltimore, aislada en el patio trasero de un gran casino en los suburbios, me resulta extraña y misteriosa, como si nunca antes hubiera pisado esta ciudad. La sala de espera, donde estiran piernas y brazos los viajeros recién desembarcados, transmite ese aire de profunda tristeza que describía Kerouac cuando, sin levantar la vista del suelo, no veía más que colillas y escupitajos. La gran mayoría de los pasajeros son de tez oscura. Entre ellos Fox, el veterano de Irak triturador de doritos, quien busca con prisa en el panel de salidas la conexión que le llevará a su soñada Florida de palmeras y playas blancas. Lleva todas sus pertenencias en un macuto de lona al hombro y varias bolsas de plástico. Le he creído entender que tiene una hija cerca de Orlando a la que no ve desde hace muchos años. Siempre ha querido ir, me ha contado en el autobús, pero no ha podido hasta ahora. Le deseo suerte y lo pierdo entre cuerpos de gran tonelaje que rebotan entre sí, estudiantes flacuchas desorientadas, vagabundos con nombres enigmáticos tatuados en el cuello y una pareja de borrachos sin camisa apoyados en la pared, junto al puesto de perritos calientes.

En los últimos años he pasado por Baltimore una y otra vez y sin embargo me siento fuera de lugar. Nunca antes había venido en autobús. Siempre en tren desde Nueva York o en coche por la autopista de la costa. Camino a Washington o expresamente a Baltimore para cubrir, generalmente, malas noticias. Pero esta vez he decidido no conducir. Necesito tiempo para escribir —repito el mantra dentro de mi cabeza— y las horas al volante son horas perdidas. En cambio, el autobús o el tren son lugares perfectos para construir frases y párrafos y entre tanto descansar la mirada en el paisaje que pasa a lo lejos. Observar al veterano devorador de doritos, por ejemplo, mientras aporreo las teclas de mi Mac. Escribir, escribir y escribir. Es a lo que he vuelto, al fin y al cabo. Estoy aquí para terminar este libro. Terminar por el principio o empezar por el final, como se quiera ver.

Vuelvo a Baltimore por primera vez desde que dejé Estados Unidos. Esta vez pertrechado solo de una bolsa con mi ordenador y algo de ropa. También vengo ligero de prejuicios. Se me han ido cayendo por el camino, al tiempo que se me han multiplicado las dudas y las preguntas. Es lo que tiene el aprendizaje a través del periodismo, nunca se deja de aprender, y cuanto más crees que sabes, más interrogantes surgen ante ti. Con mi bolsa en bandolera, salgo de la estación mientras busco en el móvil un hostal barato. En este país, si conduces y te parapetas en un Holiday Inn, puedes pasar días enteros sin cruzar palabra con nadie. Prefiero caminar por debajo de grandes puentes de hormigón y asfalto, saltar vías de tren y semáforos y rodear el estadio de los Orioles bajo una lluvia pesada para llegar a una casa de huéspedes en pleno centro de Baltimore. Como muchos otros en los aledaños de la calle Charles y el monumento al presidente George Washington, es un edificio victoriano de ladrillo rojo, de techos altos y escaleras de madera.

El hostal tiene normas claras. Nada de licores ni armas de fuego en las habitaciones, me advierte el recepcionista. Si llevo pistola, la tengo que dejar en la caja fuerte de recepción. En las zonas comunes solo está permitido beber cerveza o vino, pero no «alcohol fuerte». A partir de las once de la noche, silencio. A esa hora solo se oye el llanto de Taddheus. Ocurre cada noche antes de ir a dormir, me explica Pam, la señora que mira pasar las imágenes del televisor sin sonido hundida en el sofá mientras consuela al grandullón. Taddheus llora porque lleva tres meses viviendo en la casa de huéspedes, concretamente desde que su mujer lo puso en la calle.

Echo de menos a mis bebés, solloza. Hasta que, al recobrar un intervalo de horrible cordura, se seca las lágrimas: «Quisiera llamar a mi esposa y decirle que estoy muy arrepentido de todo lo que hice, que no volverá a ocurrir».

Por la mañana, después de la obligada visita a la sepultura de Poe en la iglesia presbiteriana de Westminster, me reencuentro con uno de esos personajes que durante estos años de coberturas, idas y venidas se han convertido casi en amigos. Kwame Rose, el héroe del movimiento Black Lives Matter (las vidas negras importan) que saltó a la fama gracias a un documental de HBO sobre las revueltas de Baltimore. Nos conocimos bajo la presidencia de Obama, a quien reprocha no haber hecho nada para acabar con la brutalidad policial contra las minorías ni haber creado oportunidades para los afroamericanos. «Trump, en realidad, ha sido lo mejor que nos ha podido pasar a los negros de este país: un racista que viene de cara», repite desde que ocurrió el gran cambio, cada vez que nos vemos. Vuelvo a recorrer con él las calles en ruinas de West Baltimore, las casas abandonadas y los lugares donde se desarrolló la batalla. Me lleva hasta un gran mural que ocupa todo el lateral de un edificio. Muestra su cara, la de un Kwame victorioso, con la gorra vuelta hacia atrás y el lema «supervivencia» escrito en grandes letras. Con veinticinco años, se ha convertido en un icono de la lucha por la igualdad y contra el racismo en esta ciudad.

Antes del estallido social de 2020 por la muerte de George Floyd, la guerra de Black Lives Matter contra la violencia policial y el racismo tomó impulso al final de la presidencia de Obama y durante las elecciones de 2016, pero después languideció durante los primeros años de Trump. No porque haya disminuido el número de ataques impunes contra las minorías, sino porque el foco mediático se ha desplazado junto al péndulo político y, consecuentemente, los frentes del activismo a favor de los derechos civiles se han multiplicado. La lucha feminista contra los abusos sexuales o la situación de los migrantes centroamericanos en la frontera con México han pasado a primer plano. Con todo, el conflicto racial sigue siendo la constante, la gran rémora que sigue lastrando el progreso social en Estados Unidos.

En la estación Penn de Baltimore la puntualidad es una quimera. Bien entrada la noche, el vestíbulo está casi vacío. El Acela Express que debería llevarme a Washington acumula más de media hora de retraso. «¡El maldito tren no llega jamás!», vocifera el único viajero que veo desde el banco donde estoy sentado. Un barbudo con la pierna derecha escayolada gritándole al teléfono a pleno pulmón. Habla y ríe histérico, sin hacer pausas para escuchar a su presunto interlocutor. En realidad, no hay nadie al otro lado. Habla solo, supongo, hasta que se aburre y se hace el silencio. Una cucaracha desvergonzada recorre el vestíbulo vacío. Sus seis patas repiquetean y resbalan sobre el suelo de mármol.

Pasada la medianoche, cuando por fin llega a su destino el Acela Express, las imágenes del vicepresidente Michael Pence y sus asesores supervisando un campo de detención de inmigrantes centroamericanos en la frontera están en todas partes. En Union Station las pantallas muestran la emisión de la CNN. «¡No tenemos ni duchas!», denuncian tímidamente los hombres hacinados en una jaula ante los reporteros que acompañan a la delegación gubernamental. Pence y los suyos escuchan las explicaciones improbables del guardia del campo mientras al otro lado de la alambrada las miradas indígenas se funden en una presencia oscura y extraña. La imagen de los hombres blancos vestidos con impolutas americanas y camisas blancas bien planchadas reflejan muy bien los tiempos que atraviesa Estados Unidos. Este fin de semana comienzan las redadas de la Policía federal de inmigración (ICE, Immigration and Customs Enforcement) contra inmigrantes sin papeles en varias «ciudades santuario».

El Capitolio todavía está iluminado. Camino por la avenida de Luisiana, desierta a estas horas, pensando en las familias de inmigrantes que no podrán conciliar el sueño temiendo que en cualquier momento la «migra» golpeará sus puertas. Me viene a la memoria Araceli, junto a su arbolito de Navidad encendido y sus dos niños asustados en un apartamento de Queens. En medio de la noche, la policía tiró la puerta abajo y sacó a su marido de la cama para llevárselo en ropa interior al furgón mientras los niños lloraban asustados. Fue deportado a México, dejando atrás una familia rota. Todo ocurrió bajo el mandato de Obama, mucho antes de la llegada de Trump.

El sol sale por la retaguardia del Capitolio e ilumina, como una gran persiana de luz dorada, el obelisco de George Washington desde la cúspide hasta la base. Muy cerca, en la Casa Blanca, el presidente tuitea desde la cama mientras mira el programa matinal de la cadena Fox en la tele del dormitorio presidencial. Un nuevo día empieza en América.

Sentado sobre el césped de la Explanada Nacional, mirando hacia el memorial de Lincoln, observo las riadas de turistas que fluyen hacia los museos Smithsonian y se hacen fotos con los majestuosos monumentos neoclásicos de fondo. Entre la marea de turistas, veo acercarse a un grupo de mujeres de mediana edad vestidas con gorras rojas y camisetas de «Trump 2020» y «*Keep America Great* » («mantengamos a América grande», el lema de campaña para la reelección). Me sorprende que entre ellas hablen portugués. Las había imaginado de Kansas o de Nebraska, pero resultan ser brasileñas de São Paulo. Se sientan junto a mí a desayunar *bagels* con mucho beicon y cafés largos de Starbucks. Se lo están pasando en grande, riendo a carcajadas y haciendo chistes que no llego a entender del todo. Sin poder contener la curiosidad, pregunto a una de ellas —una señora rubia de grandes pendientes y facciones inequívocamente retocadas por un cirujano plástico— si son seguidoras de Trump. Me responde, con una sonrisa, que están de vacaciones y que no tienen tiempo para la política. Entonces, una de sus amigas se dirige a mí, resolviendo todas mis dudas: «¡Brasil por encima de todo, Dios por encima de todos!».

Como ellas, casi sesenta millones de brasileños votaron a Jair Bolsonaro en 2018. En consecuencia, la mayor parte de la población del continente americano está actualmente gobernada por presidentes nacionalpopulistas (solo Estados Unidos y Brasil suman más de la mitad de la población de América). Las posturas racistas, homófobas y machistas se han normalizado en la vida pública. Sus dirigentes saben que destripar el lenguaje políticamente correcto da votos. Trump en Twitter y Bolsonaro en YouTube. Culpar a las minorías y a los inmigrantes de todos los males es la estrategia electoral con mejor relación calidad-precio del mercado. La pesca es abundante en el caladero del miedo y la inseguridad. La historia está llena de ejemplos. También la ficción, que en estos tiempos nos ayuda como nunca antes a afrontar la incertidumbre del futuro.

Sentado aún sobre el césped de la Explanada Nacional de Washington, con el Capitolio a un lado y el memorial de Lincoln al otro, frente a la Casa Blanca y de espaldas al monumento de Washington, imagino una dimensión

paralela donde se volatilizan los miles de turistas a mi alrededor y se nubla el cielo casi hasta la oscuridad total. El blanco brillante de la más poderosa democracia del planeta se apaga sobre las fachadas de sus instituciones y el verde intenso de la hierba es ahora gris ceniza. Me da miedo volverme para comprobar si el gigantesco obelisco sigue en pie o si por el contrario yace partido por la mitad. Un silencio grave y tenebroso flota a mi alrededor. El silencio de la opresiva Oceanía de George Orwell gobernada por el partido Fuego Nórdico imaginado por Alan Moore a las órdenes del presidente pro nazi Charles Lindbergh que Philip Roth llevó a la Casa Blanca. Una casa que ya no luce tan blanca en un Washington que ya no se llama Washington, porque en este «mundo del revés» es la capital de Gilead o de Panem, el centro del poder absoluto en las pesadillas tramadas por Margaret Atwood y Suzanne Collins. Al fin y al cabo, somos seres volubles y estúpidos con mala memoria y un gran don para la autodestrucción, como escribió la autora de *Sinsajo* .

Me pregunto hasta qué punto toda esa ficción influye en la realidad política. ¿Las profecías de Orwell se cumplieron por sí solas? La historia de la humanidad muestra que los regímenes mínimamente democráticos son una rara excepción. Son como luciérnagas voladoras que se llenan de luz por un segundo sobre un lugar afortunado para volver a apagarse sin dejar rastro. La igualdad es una idea concebida por humanos en contra de la propia naturaleza humana, en contra de los instintos que nos llevan a reproducirnos como una plaga que poco a poco agota los recursos del planeta. Para reproducirse, los fuertes apartan a los débiles y aplastan a quienes se interponen en su camino. Como lobos alfa, los líderes de la jauría humana arrastran a los demás individuos con ese objetivo hacia cacerías, masacres y guerras. Millones de individuos confían ciegamente en las garantías de supervivencia que les ofrece el líder, el gran seductor de masas que normalmente apela a los instintos más básicos: al egoísmo, al miedo, al amor. O al odio, que no es más que un amor pasado de revoluciones. Los frágiles sistemas democráticos son perfectos para transmitir esos mensajes con resultados instantáneos. Porque lo instantáneo es lo que nos seduce. Queremos la gratificación, el placer, al momento. La democracia es demasiado compleja, demasiado lenta e inconcreta, porque requiere de compromisos y de procesos largos y costosos. Es poco atractiva en comparación con las soluciones de la demagogia populista y autoritaria. «Igual que la felicidad —se consuela el filósofo Costica Bradatan

intentando poner una pizca de optimismo ante este panorama—, la democracia es un ideal al que nunca acabamos de llegar, pero que nos ayuda a avanzar.»

Las nubes se disipan sobre el Capitolio y el resplandor del sol vuelve a iluminar la grandeza de Washington. Los rebaños de turistas vuelven a circular por las anchas avenidas y los patinetes eléctricos, que se han convertido en el nuevo medio de transporte de la capital, atraviesan el tumulto a toda velocidad sin provocar —milagrosamente— accidentes graves. Una larga fila de camiones de comida rápida alimenta de kebab *halal* a decenas de familias cristianas evangélicas venidas del Medio Oeste. Salen sonrientes del Museo Nacional del Aire y el Espacio, que estos días celebra el cincuenta aniversario de la llegada de la humanidad a la Luna. Y, mientras, Trump sigue tuiteando desde la Casa Blanca sobre congresistas «comunistas» que deberían volver «a sus países de origen». El mundo se escandaliza, protesta y aplaude al ritmo del repique de sus pequeños dedos anaranjados sobre la pantalla del móvil. Todo vuelve a estar en orden en los Estados Divididos de América.

El río de los cisnes (Potomac, en lengua algonquina) es, como la Mason-Dixon, otra versión de la vaga línea fronteriza entre el Norte y el Sur. La que cruzó el general confederado Robert E. Lee cuando invadió Maryland y después, más al norte, Pensilvania durante la Guerra Civil. Al término de la histórica batalla de Gettysburg (1863), replegó definitivamente sus tropas al sur del río. Virginia, la tierra de las grandes plantaciones y mansiones coloniales, era su refugio, su casa. El general sureño había crecido unas cuantas millas río abajo del lugar de nacimiento de George Washington, quien también terminó su vida a orillas del río de los cisnes. En diciembre de 1799, a pocos días de entrar en el nuevo siglo, once piezas de artillería alineadas en la rivera del Potomac lanzaron salvas en honor al primer presidente de Estados Unidos. Fue un funeral laico, oficiado por la logia masónica de la que era miembro el presidente. Sobre su lápida no hay ningún símbolo religioso. Solo una palabra: «Washington». Es lo que más me impresiona de Mount Vernon, Virginia.

Como todos los turistas que acuden a visitar la casa del padre de la independencia, pago en la taquilla los veinte dólares que cuesta la entrada a la plantación. La finca de los Washington se ha convertido en un auténtico parque temático donde se puede visitar la habitación donde murió el primer

presidente de una infección de garganta —con su cama intacta—, las diferentes partes de la granja de la mano de actores vestidos de época y los barracones donde vivían sus esclavos afroamericanos. También hay una zona de restaurantes donde se sirven hamburguesas y pizza. Cuando me detengo a observar cómo un herrero fabrica herraduras a golpe de martillo, se desata una tormenta de mil rayos sobre Mount Vernon. Bajo el aguacero, corro en busca de refugio y me meto, empapado, en una construcción cercana.

Al fondo, en la penumbra, oigo la voz de una encantadora abuelita dando explicaciones a un grupo de turistas mientras teje un bordado con paciencia. Está sentada en una mecedora junto a una mesilla, a la luz de las velas, concentrada en las agujas mientras se expresa con un agradable acento colonial. Es Martha, la viuda de George Washington. Una señora de casi setenta años, amplio vestido de tafetán de seda con puntillas, anteojos redondos y una gran cofia que protege con un lazo su pelo blanco recogido hacia arriba, como era costumbre a finales del siglo XVIII . Los truenos retumban en el exterior. Cuando la señora Washington termina las explicaciones sobre las gestas de su marido por la libertad, le pregunto sobre los esclavos. Los trescientos diecisiete hombres, mujeres y niños propiedad de Washington y su esposa.

—¿Esclavizar a seres humanos es compatible con la lucha por la libertad y la democracia?

Por espacio de unos segundos, la actriz detrás del personaje vacila, pestañea por encima de los anteojos y se recompone con una sonrisa.

—Mi marido, que en paz descanse, dio instrucciones en su testamento para liberar a los ciento veintitrés sirvientes negros de su propiedad en el momento que yo fallezca —se explica con dulzura—. Por desgracia, el resto de los esclavos pertenecen a la dote de la plantación y, por ley, no los podemos liberar. Eso sí, los queremos como si fueran de la familia.

Sin embargo, la realidad de la plantación de Mount Vernon era más cruda de lo que pinta la primera primera dama. Muchos esclavos sobrevivían en condiciones inhumanas y los intentos de fuga eran más habituales de lo que los amos quisieran admitir. Después de todo, Martha Washington dejó marchar a los esclavos que figuraban como propiedad de su marido a los pocos meses de su fallecimiento porque temía que la

cláusula incluida en el testamento supusiera, en la práctica, su sentencia de muerte. Entre los esclavos se había corrido la voz de que la muerte de la señora Martha los haría libres.

El destino de mi viaje, Charlottesville, es también el lugar donde otro padre fundador de los Estados Unidos de América esclavizó a cerca de seiscientas personas en su plantación de Monticello. Thomas Jefferson, padre de la Constitución, se enfrentaba a un enorme conflicto de intereses cada vez que trataba el tema de la esclavitud. Con solo catorce años heredó de su padre más de cincuenta hombres, mujeres y niños, y a lo largo de su vida fue adquiriendo muchos más. Desde la Casa Blanca —donde también tenía esclavos a su servicio—, Jefferson prohibió la importación comercial de seres humanos en 1807, y en ocasiones se mostró —al menos en el plano teórico— a favor de abolir completamente la esclavitud. Sin embargo, nunca tomó ninguna medida como presidente y siempre defendió el derecho de cada estado a decidir sobre lo que entonces constituía la base de la economía sureña, abriendo así el conflicto entre el Norte y el Sur que acabaría con el estallido de la Guerra Civil.

Cuando por fin la tormenta amaina y vuelve a azotar el sol, ya he dejado atrás Mount Vernon para descender por el estuario del Potomac hacia la desembocadura en la bahía de Chesapeake. La autopista 95 pasa cerca de Quantico, la base de marines construida sobre un famoso destacamento de artillería de la Confederación durante la guerra. Tres soldados murieron hace unos años en un tiroteo dentro de sus instalaciones. La geografía de la muerte siempre acompaña a la historia de Estados Unidos, vayas donde vayas. Como en Baltimore, o como en Charlottesville. El autobús se acerca a Fredericksburg, una ciudad tranquila de céspedes cuidados y casas coloniales. Una tienda de antigüedades anuncia «artefactos originales de la Guerra Civil» a buen precio.

Conforme uno se adentra en la vieja Virginia, toma conciencia de que aquí comenzó todo. Desde la llegada de los primeros colonos ingleses a Powhatan —rebautizado como Jamestown por los recién llegados en honor al Estuardo James I de Inglaterra y VI de Escocia—, la supremacía blanca no ha dejado de estar presente en las estructuras de poder. Poco más de una década después de la llegada de los primeros colonos ingleses, en 1619, llegaron a Jamestown los primeros veinte esclavos africanos a bordo de un barco de guerra holandés. Desde el principio, ya fueran indígenas

expulsados de sus tierras o negros importados desde África, los seres humanos de piel más oscura fueron considerados inferiores por los ideólogos de la nueva nación. El país se fundó sobre la creencia de que la raza blanca es superior a todas las demás. Jefferson, autor de la frase constitucional «todos los hombres son creados iguales», dejó también escrito lo siguiente: «Sospecho que los negros, ya sean originalmente una raza distinta o diferenciados por el tiempo y las circunstancias, son inferiores a los blancos tanto en sus características de cuerpo como de mente» (*Notas sobre el estado de Virginia* , 1785).

La visión de Jefferson, típica de los intelectuales de su época, excluía a todas las mujeres y a los no blancos de los derechos básicos como ciudadanos. La ostentosa frase «todos los hombres son creados iguales» significaba en realidad que todos los hombres blancos de habla inglesa eran iguales. Esto excluía a las mujeres blancas, que no disfrutarían de los mismos derechos inalienables a la vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad. Pero también a las mujeres indígenas que algún día fueron libres en las tierras ahora ocupadas por los colonos europeos. Es más, ningún indígena, hombre o mujer, estaba protegido por el paraguas de la declaración de independencia. Tampoco los afroamericanos, ya fueran libres o esclavos.

Incluso el alabado Abraham Lincoln —el «emancipador» que acabó con el régimen esclavista del Sur por las armas— mantenía la visión de Jefferson. Lincoln defendía el derecho de los afroamericanos a ser libres, pero no deseaba convivir con ellos. «Por muy duro que suene, no hay voluntad por parte de nuestro pueblo para que ustedes, personas libres de color, permanezcan con nosotros», dijo el presidente republicano ante un grupo de líderes negros invitados a la Casa Blanca en 1862. Lincoln era partidario de expulsar a toda la población negra de Estados Unidos a Centroamérica —finalmente desistió de esa empresa porque no la veía factible «logística ni financieramente»—. Conforme avanzaba la guerra, la simpatía de Lincoln hacia los afroamericanos fue creciendo gracias a su amistad con el esclavo liberto Frederick Douglass. Pero entonces el presidente fue asesinado por un supremacista confederado en el Teatro Ford de Washington.

Después de la guerra, en 1868, se aprobó la enmienda de la Constitución que otorgaba la condición de ciudadanos a todos los nacidos en Estados Unidos, incluidos los antiguos esclavos. Y aún así la

Constitución seguía sin reconocer todos los derechos a la mitad de la población, porque el derecho a votar se restringía a los «hombres» mayores de edad. Tampoco se incluía a los indígenas. En 1920 se ratificó la enmienda que daba el derecho a voto a las mujeres. Cuatro años más tardarían en ser expresamente reconocidos como ciudadanos de Estados Unidos los habitantes de los pueblos originarios de Norteamérica. Sin embargo, no todos los negros ni los indígenas pudieron ejercer el derecho a votar hasta los años sesenta del siglo pasado. Todavía hoy, Estados Unidos está lejos de la igualdad entre esos colectivos. La raza nunca ha dejado de importar.

La raza es una idea, una construcción social sin fundamento biológico. Lo decía el sociólogo W. E. B. Du Bois mucho antes de que James Baldwin diera en el clavo: «El blanco es una metáfora del poder». Pero en Estados Unidos la raza también se ha convertido en una presencia pegajosa que te acompaña allá adonde vayas. Todo el mundo intenta quitársela de encima, pero cuanto más te empeñas —«yo no distingo el color de la piel», «yo no soy racista»—, más materia pringosa se genera a tu alrededor. Es un defecto de fábrica. Los ingenieros de 1776 ensamblaron una flamante democracia, sin parangón en el mundo por aquellos tiempos, de espaldas a los verdaderamente oprimidos. Nadie pareció darse cuenta entonces, quizá porque estaban demasiado emocionados con su nuevo ingenio. Pero aquel fue su pecado original.

El autobús recorre los últimos kilómetros antes de llegar a la ciudad universitaria de Charlottesville entre praderas sobre las que galopan elegantes caballos, interrumpidas por viñedos en los que madura la mejor chardonnay de Virginia. La carretera está jalonada de buzones postales sobre los que se pueden leer los apellidos de las familias propietarias de las fincas, cuyas casas se esconden al final de caminos de grava y adoquines de piedra. Al fondo, la cordillera de los Apalaches, chata y mullida, vuelve a estar presente. Con la nariz pegada al cristal, recuerdo las excursiones al parque nacional de Shenandoah junto a mis dos hijos. Los senderos indios, los troncos caídos sobre los riachuelos y los árboles descortezados por osos negros. Han sido años felices, llenos de aventuras y nuevas amistades. Años también de mucho trabajo y preguntas sin respuesta. Ahora vuelvo aquí,

otra vez, en calidad de testigo. Vuelvo a Charlottesville, al escenario del horror, a cerrar una etapa. Consciente de que las preguntas más importantes seguirán sin respuesta.

Realmente, ¿qué significa ser blanco? Desde que llegué a este país por primera vez, el interrogante me martillea la cabeza. En especial desde ese momento en que marqué —con cierto asco, también con orgullo enfermizo — la casilla que decía «blanco» en la hoja de inscripción escolar de mis hijos. Incómodo. «*White* », como intentando integrarlos en la casta dominante de entrada. Miserable naturaleza humana. Podía haber marcado la casilla de «otros» y haber explicado que pertenecen a una minoría lingüística de Europa Occidental. Una minoría anterior a la invasión indoeuropea. Muy antigua, oiga, somos fósiles antropológicos. También podía haber pasado de todo e inscribirlos como hispanos. O, por qué no, podía haber sido más original y declararlos negros, asiáticos o nativos del Pacífico. O marcar todas a la vez.

Raza: en un momento dado te das de bruces con ese epígrafe. Con violencia, como si un funcionario policial te diera una bofetada inesperada para que contestes ya. Y no te queda más remedio que desnudarte ante la autoridad. La ropa interior también, por favor. Les muestras tu piel, tu cuerpo hindú o antillano, gordo o flaco, con todas tus cicatrices y lunares, despojado de las ropas que impone la civilización.

Como cada diez años desde 1790, el Gobierno federal se dispone a actualizar el censo de la población estadounidense en 2020. Además de las preguntas relativas a la raza y al origen étnico, el presidente Trump pretendía incluir una sobre la ciudadanía, para detectar a los inmigrantes sin papeles y censarlos. Pero el Tribunal Supremo consideró que esa pregunta era inconstitucional y Trump tuvo que dar marcha atrás. No obstante, la raza seguirá siendo uno de los principales epígrafes de la encuesta. «Razas estadísticas, no reales», aclara Kenneth Prewitt, director del censo hasta 2001. Estados Unidos es el único país del mundo que mantiene una clasificación de su propia población basada en criterios raciales —y racistas — del siglo XVIII . El botánico y zoólogo sueco Carl Linnaeus, padre de la taxonomía, estableció cuatro subespecies humanas: *Americanus* , *Asiaticus* , *Africanus* y *Europeaeus* (*Systema naturae* , 1735). Esas cuatro categorías son, aún hoy, la base del censo en Estados Unidos.

La Oficina del Censo intenta ser clara, en vano, con las directrices. En su guía actual para rellenar sus propios formularios, define «blanco» como «persona con orígenes en cualquiera de los pueblos originales de Europa, Oriente Medio y norte de África». Hasta ahí parece claro. Es decir, cualquier persona con sangre germana, bereber, árabe, persa, escandinava o napolitana tiene derecho a marcar la casilla de la *blanquitud* , aunque sus ancestros se hayan mezclado entre sí o con gente venida de otros continentes. Esto antes no era así, claro. Según la «regla de una gota» que se aplicaba en muchos estados durante los tiempos de la segregación, bastaba con que un tatarabuelo fuera indígena o negro para perder la condición de «blanco». Hoy, si tienes orígenes en cualquiera de los pueblos originales de Europa, Oriente Medio y el norte de África, bienvenido al club.

Desde el primer censo bajo la presidencia de George Washington, siempre se ha dividido a la población entre blancos y negros. Son las dos categorías que han perdurado hasta hoy. Al principio se distinguía entre hombres libres y esclavos. Después ya no hizo falta. Pero el epígrafe «negro» o «afroamericano» —llamado así desde el año 2000— ha acompañado siempre a la fotografía de la población norteamericana: «Negro, persona con orígenes en los grupos raciales negros de África». Como si no necesitara explicaciones por lo obvio. El pigmento es fundamental. Por si hubiera alguna duda sobre lo que significa ser negro, la guía del Gobierno redunda: «Grupos raciales NEGROS».

Siguiendo con la división de razas por continentes, para los «asiáticos», «hawaianos, samoanos, chamorros u otros isleños del Pacífico» e «indios americanos o nativos de Alaska» el criterio vuelve a ser el de «pueblos originales» y no el color de la piel. Resulta algo absurdo, teniendo en cuenta que algunos aborígenes australianos o melanesios —como mi amiga neoyorquina Celine, nacida en Papúa Nueva Guinea— tienen la piel tan oscura como los africanos más negros. «Yo tengo claro que aquí en Estados Unidos soy negra a todos los efectos, pero paradójicamente el censo me libra de esa condición», me dice Celine con sorna. La oficina encargada de establecer las categorías siempre ha dejado claro que su clasificación no tiene criterios antropológicos. Basta mirar a la categoría de los «asiáticos», donde entran desde pastunes o hindúes hasta malayos, japoneses o buriatos de Siberia. Eso sí, para salvar la complejidad de Asia se establecen subcategorías como «chinos», «indios asiáticos» o «filipinos».

¿Y qué ocurre con los latinoamericanos? Para el Gobierno de Estados Unidos no hay ninguna raza «latina» o «hispana». Se le aplica un criterio étnico o lingüístico, no racial. Y eso a pesar de que dos tercios de los cincuenta y cuatro millones de hispanos censados en 2010 consideran que ser hispano incluye también un patrimonio «étnico y racial». Para el Gobierno no es lo mismo tener ascendencia quechua o maya («indio americano»), ser descendiente de italianos nacido en Argentina («blanco») o garífuna hondureño («negro o afroamericano»). Es el único grupo al que se le aplica un criterio lingüístico: «¿Es esta persona de origen hispano, latino o español?», pregunta el censo de 2020.

Los defensores de las clasificaciones raciales aseguran que las preguntas sobre la raza son una especie de declaración de autodeterminación de cada habitante de Estados Unidos. Puedo declarar el nombre de mi pueblo indígena o el grupo étnico con el que mejor me identifico sin que nadie lo certifique oficialmente, como se hacía antes de la conquista de los derechos civiles. Hasta 1960 los funcionarios del Gobierno, en una inspección ocular, decidían tu raza: «Por el tamaño del cráneo y la forma de la boca, vas a ser negra». Después, cada uno pudo elegir su raza, y a partir del censo de 2000 está permitido marcar más de una casilla a la vez.

En Estados Unidos, ser blanco significa participar de una clase históricamente privilegiada. La metáfora del poder de Baldwin. Blanco no es un color. Es la ausencia de cualquier otro color. O la suma de todos. El color de la invisibilidad. No estar condicionado por ser oscuro, sobre todo eso. La supremacía blanca más enraizada en este país no es la que reivindican los grupos fascistas, neonazis y racistas como el Ku Klux Klan. Ellos promulgan la dominación euroamericana sobre las «razas inferiores». Salvando las obvias distancias, igual que el nacionalismo negro defiende la autodeterminación de su comunidad históricamente oprimida o los amish su estilo de vida alemán anclado en 1700. El KKK es parte de esa diversidad, aunque su objetivo totalitario sea destruirla. Como se dice popularmente, el racismo blanco es tan estadounidense como el pastel de manzana. Y esa supremacía, la auténticamente estadounidense, está en las estructuras del poder. En las políticas públicas, en la empresa privada, en Wall Street, en Hollywood, en la policía, en la justicia, en el sistema penitenciario, en la industria inmobiliaria.

Es el Gran Arácnido que anida en los recovecos del entramado del sistema democrático estadounidense desde su fundación. A veces olvidamos que está ahí, durmiente, entre los viejos travesaños y pilares. Hay momentos en los que el país cree haberse librado definitivamente de él. Como cuando Barack Obama fue elegido presidente, cuando Lyndon Johnson anunció la ley de derechos civiles, cuando Franklin Delano Roosevelt puso en marcha el New Deal o cuando Abraham Lincoln proclamó la emancipación de los esclavos. Sin embargo, cada vez que se ha conseguido destruir la tupida telaraña de la supremacía blanca, el Gran Arácnido ha despertado para reconstruirla. Ocurrió con las leyes segregacionistas del Jim Crow tras el periodo de la Reconstrucción, volvió a ocurrir con la represión del macartismo tras la Segunda Guerra Mundial, después vinieron las políticas daltónicas de Richard Nixon tras la conquista de los derechos civiles y, más recientemente, la llegada del nacionalpopulismo trumpista como reacción al espejismo posracial del primer presidente negro de la historia.

No hace tanto tiempo, en estas mismas calles de Charlottesville, nos sorprendió el Gran Arácnido. Puede que fuera en verdad de día, pero la presencia del demonio de cuerpo de araña hacía que no se notara mayor diferencia con la noche. Al principio lo mirábamos con incredulidad. Como si la monstruosidad de la vieja criatura, de largas patas vellosas y racimos de ojos entumecidos por años de oscuridad, fuera algo inconcebible. No es que provocara risa, ni mucho menos, pero tampoco infundía el terror que se esperaba de ella. Hasta que comenzó a erizarse. Cuando sus mandíbulas se abrieron, ya era demasiado tarde. Se despertó con violencia y su mordedura desgarró la carne, el tejido de una sociedad dividida hasta el tuétano. Porque así es como funciona el Gran Arácnido desde tiempos inmemoriales. Se alimenta de la división. Y división en Charlottesville había como para darse un gran festín.

Con la imagen tolkieniana rondándome la imaginación, me detengo ante una librería de la calle principal de *C'ville* —así es como los lugareños llaman a su ciudad—. Fuera, el aire es denso y asfixiante; dentro, la climatización me inyecta una corriente heladora hasta los huesos. Rebuscando en las estanterías, encuentro un libro que buscaba desde hace algún tiempo: *Summer of Hate* , del periodista Hawes Spencer [El verano del odio, 2018]. «No me he atrevido a ponerlo en el escaparate porque

estamos en pleno verano y me da mal fario el título», me confiesa la librera. Pero aquí todo el mundo sabe que, si hubo un verano del odio, verdaderamente fue aquel. No sirve de nada mirar hacia otro lado, pienso sin abrir la boca. Abandono el aire acondicionado de la librería con *Summer of Hate* bajo el brazo. Para cuando llego al parque, a menos de doscientos metros, regueros de sudor recorren mis sienes. Compruebo que el general Lee sigue ahí, sobre el caballo, con su sombrero en la mano. Muy cerca de ese lugar, a una manzana de los juzgados donde hoy sentenciarán a un asesino confeso, la bandera de batalla confederada luce su aspa y sus estrellas esculpida en bajorrelieve sobre el monumento a los heroicos voluntarios de Charlottesville que defendieron con sus vidas el régimen esclavista. A pocos metros, como para compensar, una placa de hierro inaugurada en 2019 recuerda el linchamiento de John Henry James, un humilde vendedor de helados negro brutalmente asesinado en este lugar por una turba de supremacistas blancos en 1889.

A las puertas del juzgado, a April se la ve nerviosa. Al borde de la taquicardia, diría yo. Es una de las víctimas del atentado de Charlottesville que hoy van a declarar ante el asesino neonazi de Heather Heyer. Cuando me ve llegar con mi bolsa al hombro —en la que llevo el ordenador portátil, el pasaporte y una cámara—, se me acerca escandalizada. «Pero ¿no sabes que al juicio no puedes llevar nada más que una libreta y un bolígrafo? —me dice—. Desde luego, pareces nuevo.» Amablemente, a pesar de la presión bajo la que se enfrenta al juicio, se ofrece a guardar mis cosas en el maletero de su coche, aparcado en un garaje cercano. Cuando regresamos a las puertas del juzgado, April vuelve a distanciarse y entra en un estado de conmoción silenciosa.

Aunque ya ha cumplido los cincuenta, ha venido acompañada de sus padres, una encantadora pareja anglo-mexicana. Todo apoyo es poco hoy. Desde que presenció el atentado, su vida no es lo que era. Sufre de estrés postraumático, pesadillas y se vuelve con terror cada vez que oye el ruido de un motor demasiado cerca. El sonido del metal golpeando la carne se le ha quedado grabado en la cabeza. Nada le hará olvidar el horror que presenció en estas calles, a pocos bloques de donde nos encontramos. La confluencia entre las calles Water y Fourth. La geografía de la muerte, otra vez, presente en Estados Unidos.

El mazo del juez golpea la mesa dos veces y yo abro los ojos. Los guardias se llevan al neonazi, vestido con su traje de presidiario a rayas, esposado y con grilletes en los pies. Hace calor aquí dentro. De pronto, soy consciente de que los mazazos han cerrado una etapa. Para mí, se completa el círculo. Aquí termina mi viaje, el que ha culminado todo un país entre turbulencias. Nadie puede predecir lo que viene ahora, como nadie predijo lo ocurrido durante los últimos años entre Baltimore y Charlottesville. Por eso, a los periodistas no nos queda más remedio que contar lo que ha pasado, lo que hemos visto con nuestros propios ojos. Y a eso me dispongo en las próximas páginas.

Primera parte

BALTIMORE

1

«Si salgo corriendo ahora, me dispararán sin preguntar —me dice Trevon con una sonrisa nerviosa—. En cambio, si sales tú, te darán el alto y te preguntarán a dónde vas.» Bajo la mirada al asfalto sabiendo que tiene razón. Se acabó nuestra conversación.

Es casi medianoche. El toque de queda está a punto de comenzar. La calle está cortada por decenas de policías antidisturbios y vehículos militares, Humvees blindados que le sobraron al ejército tras la invasión de Afganistán y que ahora utiliza la Guardia Nacional para patrullar los barrios de Baltimore. Fogonazos azules y rojos bosquejan un supermercado destrozado, saqueado e incendiado durante la noche anterior. Un grupo de manifestantes, en su mayoría jóvenes negros, desafía las órdenes del gobernador de Maryland. Permanecen en la calle, frente a la muralla de agentes acorazados detrás de cascos, escudos y armaduras mientras un helicóptero lanza sobre ellos un cañón de luz blanca. «¡Vuelvan a sus casas!», resuenan los altavoces del helicóptero. Pero nadie se mueve. Y la tensión crece por momentos. «¡El Departamento de Policía de Baltimore les ordena que abandonen inmediatamente las calles!», ladra la voz metálica del helicóptero. «¡Repito, abandonen las calles!» Pero nadie se mueve. Tampoco nosotros, los periodistas, apostados en tierra de nadie, entre la barrera policial y los manifestantes.

Trevon es un chico de unos veinte años. Luce rastas y viste una camiseta que reza *Jesucristo era Negro* . Está nervioso. Da pequeños saltitos y manosea compulsivamente su iPhone mientras lanza miradas repentinas a los policías antidisturbios, como si a ratos se le olvidara que están ahí, a pocos metros de nosotros. Lleva así unos minutos, sin despegarse de mí. Hace fotografías para subirlas a su cuenta de Instagram, me ha explicado. Y si sale corriendo, sí, es probable que alguno de los cientos de policías armados le dispare. Es lo que puede ocurrir aquí en West Baltimore cuando un joven negro se acerca a un policía peligrosamente. Porque los uniformados ven eso, peligro, en los jóvenes de piel oscura vestidos con camisetas de *Jesucristo era Negro* , sudaderas con capucha o

pantalones caídos. «Es lo que le pasó a Freddie Gray», me ha dicho Trevon antes de que nuestra conversación agonizara entre luces azules y rojas, gritos y el zumbido del helicóptero que nos sobrevuela.

Aunque Trevon nunca había cruzado una palabra con él, Freddie Gray bien podía haber sido uno de sus amigos del barrio. Uno más entre los jóvenes que deambulan por las calles de Sandtown, en West Baltimore, porque no tienen trabajo ni perspectivas de estudiar, ni nada. Un chaval de Gilmor Homes, un *project* de viviendas sociales en un vecindario donde uno de cada diez residentes es adicto a la heroína y donde la mitad de las casas, ciegas y vacías, de puertas y ventanas tapiadas, se fosilizaron hace tiempo en un paisaje espectral. Desde las ventanas de las casas todavía habitadas, ancianos y vecinas vigilan a los niños que juegan en la calle. Niños que pronto serán adolescentes condenados a buscarse la vida en estas mismas calles. El tráfico de drogas es una salida fácil, al alcance de la mayoría, pero una vez arrestados esos jóvenes quedan marcados y se les cierran las puertas de cualquier otro trabajo. Es el círculo vicioso en el que se encuentran atrapados muchos jóvenes de Sandtown y del que no podía salir Freddie Gray. Sus amigos cuentan que quería dejar los trapicheos, pero no veía la salida. Había sido arrestado ya dieciocho veces por la Policía de Baltimore. Los agentes que pusieron fin a su vida lo conocían bien.

Domingo. Primera hora de la mañana. Dos niños negros, casi bebés, casi desnudos, juegan con una llanta de coche sobre el asfalto. Son de otro tiempo, de otro hemisferio. Hacen rodar la llanta frente a las escalinatas de uno de esos fósiles de dos pisos de ladrillo rojo, vestigios arquitectónicos de un pasado mejor en el que aquí vivían familias de clase media. Muchas son las mismas que han visto a sus nietos morir de sobredosis o de un tiro en la cabeza. Freddie probablemente conocía a esos niños, puede que hasta bromeara con ellos al pasar a su lado. Los vecinos lo recuerdan siempre sonriente. Sonrió. En el fondo, este barrio, por muy deprimido que esté —debió de pensar— es su casa, y es reconfortante pasear por sus calles. Especialmente tras haber pasado dos años a la sombra por posesión de drogas. En poco menos de dos semanas tenía que volver a presentarse en el juzgado por otra denuncia similar. La historia de otros muchos chicos del barrio. Detenciones, interrogatorios y temporadas en la cárcel por posesión o tráfico de drogas. La tasa de encarcelación en Sandtown es la más alta del país. También la tasa de criminalidad. Y la de pobreza. Esa pobreza de la

que es casi imposible salir si eres negro en West Baltimore, porque los barrios pobres de los centros urbanos (los llaman *inner cities* o «ciudades interiores» en contraposición a los suburbios de clase media y alta) son compartimentos estancos en Estados Unidos, asfixiantes acuarios de cristal de los que es imposible salir al mar abierto de la abundancia, del prometido sueño americano. Y esa pobreza siempre acompañó a Freddie. A paso ligero, dejó atrás uno de los muchos edificios decrépitos en los que vivió de alquiler con su madre soltera y sus hermanas.

Heroinómana y analfabeta, Gloria dio a luz a gemelos prematuros hace veinticinco años. Niña y niño: Fredericka y Freddie. Los primeros instantes de la vida del chico fueron tan dramáticos como su final. Tras su llegada al mundo, brusca e inesperada, Freddie pasó semanas aislado en una incubadora del hospital, hasta que los médicos consiguieron que su peso superara los dos kilos y le salvaron la vida. Superviviente de nacimiento, estaba condenado a una infancia penosa, en la que la figura de la madre se evaporaba durante las temporadas que tenía que pasar supuestamente en programas de rehabilitación por su adicción a la heroína. Del padre no se sabía nada, ni se le esperaba. Una infancia que transcurrió en Sandtown, a menudo en casas sin electricidad ni agua caliente, con escasez de comida y atención médica precaria. Ante la ausencia intermitente de su madre, Freddie se apoyó en Fredericka y sobre todo en la hermana mayor de ambos, Carolina, con la que vivió los últimos años de su vida. Como otros muchos niños de West Baltimore, los hijos de Gloria crecieron enfermos, envenenados por el plomo utilizado en la pintura de las paredes, que al descascarillarse llenaba de polvo tóxico sus habitaciones. Durante los últimos años Gloria y sus hijos vivieron de las indemnizaciones que obtuvieron en 2008 en el juicio contra la inmobiliaria que les alquiló un apartamento durante cuatro años. Era el «dinero del plomo», como se conocía en Sandtown. Indemnizaciones, ayudas y subsidios, único sustento de muchas familias pobres. Y luego, claro, estaba el dinero de los trapicheos. Ese dinero del que Freddie prefería no hablar a sus hermanas.

Al doblar la esquina se encuentra frente a frente con una pareja de agentes de policía patrullando en bicicleta: Edward Nero y Garrett Miller. Como es habitual en este barrio, los únicos blancos que se ven por la calle van de uniforme. Camisa fluorescente y casco de ciclista. Le miran, les mira, y él gira la cabeza. Su instinto le lleva a darse la vuelta y acelerar el paso. Entonces, los agentes Nero y Miller, como dos escapados en la subida

al Tourmalet, se yerguen sobre sus bicis y pedalean con todas sus fuerzas. Freddie corre. Vuelve a pasar junto a los dos niños, que ríen agitados cuando le ven saltar sobre una pila de bolsas de basura. Pero en pocos metros los ciclistas caen sobre él.

No tarda en llegar una patrulla con el teniente Brian Rice al mando. Nero y Rice inmovilizan al joven en el suelo. Mientras uno le clava la rodilla en la nuca, el otro sujeta sus piernas y las dobla en una dolorosa contorsión hacia su cabeza. En la jerga policial lo llaman «el nudo de piernas». El agente Miller es el encargado de registrar sus bolsillos. No tarda en encontrar la navaja. En el estado de Maryland las armas blancas plegables son legales, pero una ordenanza de la ciudad de Baltimore prohíbe las navajas automáticas. Y ese es el motivo por el que el teniente Brian Rice decide detener a Freddie Gray. Inmediatamente, con el joven esposado en el suelo, pide más refuerzos por radio. El furgón policial no tarda en llegar. Varios jóvenes del barrio miran cómo meten a Freddie en el vehículo, a golpes. Según explicará uno de ellos más tarde, apenas puede caminar. Una hora después ingresa en estado de coma en la unidad de traumatología del hospital de la Universidad de Maryland. Tiene la columna vertebral fracturada a la altura del cuello.

«Si Freddie hubiera sido un chico blanco de la zona Este de Baltimore, por mucho que hubiera esquivado la mirada de un policía en la calle, por mucho que llevara una navaja en el bosillo, jamás habría acabado con el cuello roto agonizando en un hospital —me dirá Trevon días después durante las protestas—; eso es puro racismo.» Pero el racismo es mucho más sutil que todo eso, pienso. Va mucho más allá del color de la piel. Como en los miles de casos de brutalidad policial a lo largo y ancho de Estados Unidos, el de Freddie Gray ocurre en un barrio deprimido, un gueto donde casi el cien por cien de la población es negra. Nada parecido habría pasado en el Este de Baltimore, en la zona del Puerto Interior o en los suburbios de clase media, donde los índices de pobreza y de criminalidad son los de cualquier país desarrollado. El cuento de las dos ciudades de Dickens. Dos países. Paralelos. Y en eso ha llegado la medianoche, hora del toque de queda. Vuelan los primeros cócteles molotov.

Mientras la policía lanza botes de humo y carga contra los manifestantes a porrazos, por un instante juraría que llega el sonido de la trompeta de Louis Armstrong desde el Teatro Royal. Las notas de *Blueberry*

Hill son casi imperceptibles tras el sonido de los cristales rotos, el aullido de las sirenas y el estruendo del helicóptero, a punto de enredarse en los cables de alta tensión que cuelgan entre las hileras de casas adosadas de la avenida Lafayette. Varios jóvenes encapuchados lanzan cohetes, apostados junto a la entrada de un Bank of America iluminado por un contenedor en llamas. Los proyectiles causan explosiones pirotécnicas al impactar contra el suelo o contra los escudos de policarbonato transparente de la policía, inaudibles cuando la famosa orquesta All Stars estalla en un *riff* de metal bombástico. La sordina de Armstrong se funde con la cascada de trombones, tubas, saxofones y trompas. La policía se lleva a los primeros detenidos, maniatados con esposas de plástico. Aunque, pensándolo bien, es bastante improbable que la música del Teatro Royal llegue hasta aquí. La avenida Pensilvania está demasiado lejos. A quince minutos a pie, cuatro en taxi, según Google Maps. Además, a Louis Armstrong lo enterraron en 1971, justo el mismo año en que demolieron el Teatro Royal.

2

Cuatro décadas antes de que la guerra por los derechos civiles estallara en estas mismas calles, el Douglass Theater —después renombrado Royal— abrió por primera vez el telón en la avenida Pensilvania. Era 1922. Al caer la noche, los neones pintaban de colores una de las calles más vibrantes de la Costa Este. Tiempos más despreocupados para esta ciudad. El Royal fue uno de los iconos de la música negra del siglo XX junto con el Teatro Apollo de Harlem o el Earl de Filadelfia. Los nombres de Louis Armstrong, Duke Ellington o Nat King Cole iluminaron su cartelera durante los años dorados del jazz y el blues. Años de segregación y lucha contenida, reprimida, no solo en el Sur. Los clubes de la avenida Pensilvania de West Baltimore eran propiedad de negros, para clientes negros. Solo unos pocos blancos se aventuraban en el bullicio. Ellos podían hacerlo. Porque la segregación siempre fue unilateral. Los clubes de negros no tenían problemas en aceptar a clientes blancos, como ocurría en los tugurios de jazz frenético de Harlem donde se inspiraron escritores y poetas como Thomas Wolfe o Federico García Lorca.

Los locales para blancos de ciudades «liberales» como Nueva York tenían, en el mejor de los casos, una puerta trasera para los «coloreados» ilustres. El famoso Cotton Club —«el club del algodón», en referencia a las plantaciones esclavistas del Sur— tenía una clara política racista, a pesar de estar en pleno barrio de Harlem: no se servían consumiciones a negros, aunque todos los artistas sobre el escenario lo fueran. La infame *White Only Policy* seguía siendo legal incluso en la tolerante Nueva York. Hasta que un local neoyorquino desafió la norma. En diciembre de 1938 abrió sus puertas la primera sala de conciertos integrada de Estados Unidos: el cabaret Café Society.

Quienes hemos habitado Nueva York guardamos nuestra propia geografía íntima de la ciudad en la memoria. Nuestra tierra firme entre arenas movedizas. Porque todo a tu alrededor evoluciona a un ritmo vertiginoso: los comercios, los bares, los restaurantes nacen y mueren constantemente. Un buen día vas decidido a desayunar en ese *deli* judío askenazi tan especial para chocar de bruces con una sucursal de Citibank.

Pero en tu geografía íntima, esa esquina siempre seguirá desprendiendo el cálido aroma de la sopa de bolas *matzo* y el *pastrami* . Dicen que quien ha vivido en Nueva York nunca la olvida, pero la ciudad no tarda en olvidarse de ti.

La pequeña plaza Sheridan de Greenwich Village es uno de esos refugios en los que he pasado algunas tardes en compañía de un libro o un chorreante *blini* de setas comprado en el ruso de la Sexta Avenida. La plaza Sheridan es uno de esos enclaves, demasiados en Manhattan, que discretamente han marcado la historia del país. A pocos metros del Stonewall Inn, donde comenzó la lucha por los derechos del colectivo gay durante los disturbios de 1969, el número 1 de la plaza Sheridan sigue siendo un teatro hoy en día. Desde 1998, la compañía de teatro Axis es propietaria del inmueble que tiempo atrás albergó el cabaret Café Society, el santuario de Billie Holiday y el antirracismo. A pesar de la imagen descafeinada que Woody Allen da del club en su película de 2016 *Café Society* , pasando por alto su contribución al fin de la segregación racial, lo cierto es que a lo largo del siglo XX diferentes guerras se han cruzado en su escenario, en su barra y en sus reservados. En los años sesenta, antes de los disturbios de Stonewall, fue también un local gay atacado repetidamente por la policía.

La autoridad nunca había dejado de vigilar lo que ocurría tras aquellas puertas desde que albergó uno de los experimentos más revolucionarios de la América segregada a finales de los treinta y principios de los cuarenta. Su propietario, un modesto vendedor de zapatos en paro llamado Barney Josephson, abrió el local con seis mil dólares prestados por «unos amigos» de su hermano Leon, un conocido militante del Partido Comunista de Estados Unidos que presuntamente había participado en un intento de atentado contra Hitler en Europa. Los hermanos Josephson eran hijos de inmigrantes judíos procedentes de Letonia. El FBI de John Edgar Hoover siempre sospechó que el dinero de esos «amigos» provenía en realidad de la Unión Soviética, aunque nunca pudo probarlo.

A finales de los años treinta, el Café Society se convirtió en el punto de encuentro de la izquierda neoyorquina imbuida del espíritu del Frente Popular. Sobre el escenario se mezclaban la sátira política y el jazz, mientras en la barra y en las mesas se discutía sobre las políticas económicas de Franklin Delano Roosevelt, el internacionalismo, el antifascismo o el desarrollo de la guerra en España. El Society era «el lugar

incorrecto para la gente correcta» o, en una traducción tal vez más acertada, «el lugar equivocado para la gente de derechas» (*the wrong place for the Right people*), como anunciaban los libritos de cerillas que regalaban a la entrada del club.

Durante una de esas veladas, bien avanzada la noche, los camareros dejaron de servir copas y pidieron a la ruidosa clientela que guardara silencio para la siguiente actuación. Era la primavera de 1939 y el club, en sus primeros meses de vida, se había llenado para escuchar a Billie Holiday, una estrella emergente del jazz neoyorquino a sus veintitrés años. Se apagaron todas las luces del local y un solo foco iluminó su cara. La cantante, con los ojos cerrados y gesto compungido, dejó sonar la introducción de trompeta con sordina y piano durante casi minuto y medio antes de arrancarse a cantar. O mejor, a plañir. De entre sus labios salió *Strange Fruit* , el famoso himno contra la opresión blanca sobre los afroamericanos en el Sur, cuyos cuerpos colgaban de los árboles como «extrañas frutas»:

> De los árboles del sur cuelga una fruta extraña,
> sangre en las hojas, y sangre en la raíz,
> cuerpos negros balanceándose en la brisa sureña,
> extraña fruta cuelga de los álamos.
>
> Escena pastoral del valiente sur,
> los ojos saltones y la boca retorcida,
> aroma de las magnolias, dulce y fresco,
> y el repentino olor a carne quemada.
>
> Aquí está la fruta para que la arranquen los cuervos,
> para que la lluvia la tome, para que el viento la aspire,
> para que el sol la pudra, para que los árboles la dejen caer,
> esta es una extraña y amarga cosecha.

Cuando la orquesta silenció y Billie Holiday pronunció el último verso —«es una extraña y amarga cosecha»— se apagó el foco que iluminaba su cara. El Café Society quedó completamente a oscuras. Y en silencio. Nadie aplaudió. «Es una extraña y amarga cosecha.» Antes de morir de cirrosis a los cuarenta y cuatro años, Holiday contó al coautor de sus memorias William Dufty que cada vez que interpretaba *Strange Fruit* se ponía enferma y tenía que refugiarse en el aseo. «Entró una mujer en el lavabo de señoras del Downbeat Club y me encontró descompuesta de tanto llorar. Yo había salido corriendo del escenario, sudorosa y fría, desdichada y feliz al mismo tiempo. La mujer me miró y se le llenaron los ojos de lágrimas:

“Dios mío —dijo—, en mi vida escuché algo tan hermoso. En la sala todavía se puede oír el vuelo de una mosca”» (*Lady Sings The Blues* , 1956, de Billie Holiday y William Dufty).

Al término del milenio, la revista *Time* declararía *Strange Fruit* «la canción del siglo XX por excelencia».

Alguna vez, sentado en el banco de la plaza Sheridan, he clavado mis ojos en la puerta del antiguo Café Society. En su pomo gastado por miles de manos. He imaginado una procesión de fantasmas entrando y saliendo del local. Espectros del pasado, casi todos desaparecidos. Entre ellos, un hombre gris, a pesar de su juventud. Un profesor de instituto vestido con un traje raído y borsalino, con una vieja cartera de piel en bandolera. Una cartera llena de papeles manuscritos, sospecho. Poemas y más poemas. Algunos, los mejores, mecanografiados cuidadosamente en la Olympia que guarda como un tesoro en su apartamento del Bronx. Poemas como *Strange Fruit* , «la canción del siglo XX por excelencia».

Su letra está firmada por Lewis Allan, seudónimo utilizado por el modesto profesor de instituto del Bronx, comprometido militante de la izquierda internacionalista. Su nombre real era Abel Meeropol, hijo de inmigrantes judíos de Rusia. Durante diecisiete años, Meeropol dio clases de inglés en el mismo instituto del que él mismo fue alumno. El Dewitt Clinton High School se encuentra al norte del Bronx, junto al gran bosque del parque Van Cortlandt, una zona tranquila del barrio, lejos de las calles que en los años setenta le darían fama de barrio conflictivo. Por sus aulas han pasado estudiantes ilustres, como James Baldwin, el intelectual neoyorquino referente en la lucha por los derechos civiles. También el diseñador de moda Ralph Lauren. O el actor Burt Lancaster, quien conoció al profesor Meeropol cuando aún era un desconocido trapecista de circo a punto de dar un doble salto mortal desde el Bronx hasta Hollywood.

Abro paréntesis. El seudónimo con el que Meeropol firmaba sus poemas respondía a los nombres de sus dos hijos gemelos, que nacieron muertos: Lewis y Allan. Ese doloroso drama marcaría su vida. Él y su mujer Anne no volverían a intentar tener hijos biológicos, pero adoptarían a dos huérfanos víctimas de la caza de brujas política. Esa decisión, en una macabra sucesión de acontecimientos que incluyen la represión anticomunista y la silla eléctrica, hará que la vida de Abel Meeropol se cruce con la de otro neoyorquino descendiente de inmigrantes —esta vez

escoceses y alemanes— llamado Donald J. Trump. Pero todavía no hemos llegado a ese punto. Habrá tiempo de contarlo más adelante. Así que cierro el paréntesis.

Volvamos al Bronx durante los años treinta del siglo pasado. De sus calles salieron muchos jóvenes idealistas que acabarían alistándose en la Brigada Abraham Lincoln para viajar a España a combatir el fascismo. Les esperaba el valle del Jarama. El desastre, la muerte. Pero también la épica, la aventura. Un espíritu romántico que acompañará a la tradición progresista de Estados Unidos, desde aquellos voluntarios internacionalistas hasta la *resistencia* anti-Trump. Una tradición que en Europa resuena inevitablemente con los nombres de Hemingway, Dos Passos o Steinbeck. En un momento crucial para la historia de la humanidad en el que olía a guerra mundial, otros muchos jóvenes comprometidos como Meeropol decidieron quedarse en Estados Unidos para hacer la revolución en su propia casa. Fueron testigos atónitos del auge del movimiento Bund Germano-Americano, la versión «barras y estrellas» del Partido Nazi alemán.

Los amigos yanquis del Tercer Reich llenaron el Madison Square Garden de Nueva York el 20 de febrero de 1939 con veintidós mil nazis enfurecidos que alzaban el brazo al grito de *Heil Hitler!* ante grandes cruces gamadas. Esa noche, de camino a su apartamento del Bronx con su cartera de piel llena de papeles al hombro, Meeropol bien pudo haberse cruzado en el metro con hombres y mujeres sonrientes que volvían a casa después de haberse desgañitado con vivas a Hitler y al Partido Nacionalsocialista. Judíos comunistas y nazis compartiendo transporte público a pocos meses del estallido de la guerra. Todo sin salir de la isla de Manhattan, que siempre ha sido una especie de mapamundi de apenas sesenta kilómetros cuadrados.

Eran internacionalistas, pero aquellos jóvenes progresistas también miraban a su propio país. Fueron pioneros en la lucha antirracista. Cuestionaban el sistema desde dentro. Intentaron abrir una brecha en el poder de la supremacía blanca, animados por el New Deal del presidente Franklin Roosevelt, luchando contra las desigualdades y dando voz a los oprimidos: a los negros, a los judíos, también a los homosexuales y a otras minorías desterradas de la sociedad ideal estadounidense, blanca y cristiana. Encontraban refugio en el Greenwich Village, una especie de paraíso —o infierno, según quién lo mire— de la diversidad. Sus protagonistas,

hombres y mujeres como Abel Meeropol: un profesor de inglés judío sin un dólar en el bolsillo que un día de 1937, impactado por la imagen de un linchamiento racista en Indiana, escribió un poema que sacudió conciencias.

A lo largo de mis años en Estados Unidos me he cruzado con mucha gente que se siente parte de esa tradición progresista, desde ancianos excombatientes de las Brigadas Internacionales hasta jóvenes estudiantes seguidores incondicionales de Bernie Sanders durante la campaña electoral de 2016. Fue precisamente en los albores de esa campaña, en marzo, cuando murió a los cien años de edad el último veterano antifranquista de la Brigada Abraham Lincoln que quedaba con vida. Para entonces, una nueva generación había tomado el testigo.

3

Los primeros rayos del día revelan los restos de la batalla. La avenida Lafayette sigue cortada y la policía antidisturbios no ha abandonado sus posiciones. Baltimore sigue en estado de excepción y los vehículos militares patrullan sus calles. Freddie Gray murió hace ya diez días, pero la situación no se ha calmado. En realidad, las protestas se han extendido a otras ciudades estadounidenses, avivando la llama que prendió ocho meses antes en Ferguson, Misuri.

La mañana avanza y los manifestantes forman círculos en plena avenida. Cantan y tocan tambores. Entre ellos reconozco a Kwame Rose, un joven de Baltimore que, aunque él todavía no lo sabe, se hará famoso en las redes sociales tras haberse enfrentado anoche a Geraldo Rivera, la estrella televisiva de la cadena Fox News, en este mismo lugar. Rose se acercó a la posición desde donde informaban en directo las grandes televisiones por cable del país, entre ellas CNN, MSNBC o la Fox. Cuando Rivera terminó su intervención para esta última, el joven se le lanzó a la yugular: «Quiero que la Fox se vaya de Baltimore, porque ustedes no informan de nuestros problemas, de los *homeless* que viven bajo los puentes del bulevar MLK ni sobre los niveles de pobreza que tenemos aquí». Rose, vestido completamente de negro, con la gorra vuelta hacia atrás, se iba exaltando por momentos mientras Rivera trataba de escabullirse con una sonrisa forzada, protegido por sus guardaespaldas. «¡Eso sí, por supuesto habéis venido a cubrir los disturbios de los negros!» Una multitud de manifestantes, cámaras y periodistas, entre los que me encontraba apiñado, nos congregamos en torno a una escena que no tardaría en hacerse viral en las redes sociales. Kwame Rose sabía que estaba teniendo su momento de gloria, y se dirigió a quienes grababan la escena: «Dejad de grabar, esto no lo hago para YouTube… ¡solo quiero que los medios de comunicación blancos se marchen de Baltimore!». Tengo la intuición de que este chico de veintiún años va a dar mucho de qué hablar en el futuro. Me acerco a saludarle y le pido su contacto. Nos volveremos a ver.

La protesta va creciendo por momentos. La gran mayoría de los manifestantes son jóvenes. Están indignados pero se muestran sonrientes, determinados. Algunos van encapuchados —eso también es una declaración en West Baltimore, la capucha como *statement* más o menos simbólico— y otros se cubren la cara con banderas estadounidenses al estilo guerrillero. Alzan sus puños para corear lemas contra la policía y reclaman justicia para Freddie Gray. Abundan los carteles y camisetas de Black Lives Matter, el movimiento contra la violencia policial que se está extendiendo como la pólvora por todo el país. Apunto en mi bloc de notas algunos lemas que la gente trae de casa escritos con rotulador grueso en cartones o en trozos de papel: «Dejad de matar negros», «Basta de terror policial», «Freddie no murió en vano», «No somos maleantes». Algunos son más originales que otros, como «Los ricos mueren de viejos y los pobres en silencio» o «El racismo es la enfermedad y la Revolución la cura».

No lejos del núcleo de la protesta, un niño de unos ocho años rapea a favor de la justicia y la educación. Las rimas son realmente buenas. Gesticula con las manos y baila con el micrófono pegado a su boca. Junto a él, su padre, disfrazado con un buzo naranja como el que llevan los prisioneros de Guantánamo y esposas en las muñecas, le hace los coros y pincha los ritmos en un gran amplificador, con los graves a punto de estallar. La gente se vuelve loca a su alrededor. Las potentes bases hip-hop se escuchan desde el supermercado destruido e incendiado durante los disturbios. Un grupo bastante numeroso de voluntarios del barrio colabora en la limpieza del interior, saqueado hace dos noches.

Todas esas escenas transcurren bajo la atenta mirada de los policías antidisturbios. Cuando paso a su lado, uno de ellos, parapetado tras su casco y su escudo, me llama con un chasquido. Me acerco a él, desconfiado. En un español de marcado acento puertorriqueño, me dice que me vio anoche en los disturbios, que estuvo a punto de darme un porrazo, pero que le di lástima en el último momento. El humor caribeño del policía de Baltimore está fuera de contexto aquí, pero aprovecho la circunstancia para entablar conversación con él. «Digamos que me puedes llamar *Agente M* », me dice dándoselas de enigmático. Pero la plaquita que lleva en la solapa del uniforme le delata. «Marrero», dice a secas. Me evito devolverle el chiste, sin perder de vista que aún lleva una larga porra en la mano. Sin embargo, no me cuesta convencerle para una entrevista cuando termine su turno.

Poco después del mediodía, Marrero se me acerca acompañado de la agente Irisarri. Los dos son parte de un contingente de varias decenas de puertorriqueños contratados por el Departamento de Policía de Baltimore hace menos de un año. «Somos los únicos hispanos de la comisaría», me asegura. La población latina de Baltimore, aunque sigue siendo relativamente pequeña, casi se ha duplicado en la última década. Por eso, y por la falta de efectivos policiales, las autoridades locales han enviado en los últimos años varias misiones a Puerto Rico para reclutar agentes. La mayoría eran policías en la capital, San Juan. Es el caso de los agentes Marrero e Irisarri, que no tardan en confesar que les cuesta mucho integrarse entre sus colegas mayoritariamente blancos anglosajones. «Cuando llegamos a Baltimore, los compañeros nos trataban como pura escoria —dice Irisarri—, no nos dejaban hablar en español entre nosotros y nos marginaban llamándonos *beaners* (o comedores de frijoles), como se suelen referir aquí a los mexicanos. Nosotros les contestábamos que somos ciudadanos estadounidenses, de Puerto Rico, pero les daba igual.»

Los dos policías confiesan por experiencia propia que hay racismo y xenofobia dentro del Departamento de Policía. «¡Claro que hay racismo! —asegura el agente Marrero—, es algo cultural aquí, muy difícil de erradicar. A eso hay que sumarle que los policías estadounidenses en general no saben tratar con los ciudadanos, son demasiado rígidos, y es muy fácil llegar a una situación de tensión, sacar el arma y disparar.» Baja la voz cuando un grupo de policías uniformados pasa junto a nosotros. Entre ellos solo hay un afroamericano, con un distintivo especial que lo identifica como «negociador».

«Cuando se da un enfrentamiento entre un policía y un ciudadano, hay que intentar calmar la situación por todos los medios, porque si no es muy fácil llevarte la mano a la pistola —sigue Marrero cuando se asegura de reojo que sus compañeros se alejan—. Hay momentos en los que hay que tomar una decisión en una fracción de segundo: un movimiento sospechoso, un gesto o un ruido puede hacer que descargues tu arma casi sin darte cuenta.» «Descargar el arma» significa, claro, descerrajar unos cuantos tiros sobre el «sospechoso». «Lo de disparar a las manos o a las piernas solo pasa en las películas —me dice con una sonrisa indulgente, como enternecido por la ingenuidad del pobre periodista europeo—. Cuando disparas a alguien, apuntas al torso, porque es muy difícil acertar incluso si apuntas a

la cabeza.» Confiesa que vivió una de esas situaciones en las calles de San Juan, donde una vez disparó a un hombre. «Por suerte, el arma se me encasquilló al tercer tiro y no lo maté. Ahora pienso: menos mal.»

Cuando los agentes puertorriqueños denuncian racismo hablan en primera persona, se refieren a su experiencia como latinos hispanohablantes en un entorno mayoritariamente blanco anglosajón, entre las paredes de la comisaría. Pero la cosa cambia cuando les pregunto por las calles del barrio, West Baltimore, y su población afroamericana. «Es muy difícil tratar con los negros», admite Marrero con cierta incomodidad. «Mienten, intentan engañarte, confundirte, provocar… y además son muy orgullosos.» Esa última frase —«son muy orgullosos»— resuena en mi conciencia, porque me doy cuenta de que es el mismo estereotipo racista que se emplea en muchos lugares de Europa con las minorías desfavorecidas. Los gitanos en España, por ejemplo, son «orgullosos y caraduras» ante la autoridad. Igual que a los ojos de la supremacía blanca en los suburbios de París los argelinos o marroquíes son «respondones y desafiantes». Como si gitanos, magrebíes o afroamericanos no tuvieran derecho a disentir ni a mostrar orgullo por su origen y su cultura. Marrero sentencia: «Yo comprendo que muchas veces con los negros las cosas terminen mal». Y muchas, demasiadas veces, las cosas terminan mal.

Esa desconfianza alimentada de prejuicios, en un país donde se estima que hay un arma de fuego por cada habitante, se vuelve miedo, terror, en la calle. Un componente del que no habla Marrero, pero que se encuentra en muchos casos de brutalidad policial: el pánico que provoca en los uniformados enfrentarse a un hombre de piel oscura «sospechoso» sabiendo que puede estar armado. La *negrofobia* es parte de la psique de una sociedad mayoritariamente blanca. El miedo, otra vez. Miedo al esclavo liberado, se podría llamar con cierta perspectiva histórica. Miedo a Django, el superesclavo fugitivo exterminador de opresores blancos interpretado por Jamie Foxx en *Django Unchained* , un sangriento *spaghetti western* dirigido por Quentin Tarantino en 2012. En la ficción tarantinesca, Django mutila, destripa y decapita a esclavistas, torturadores y comerciantes de seres humanos. Es el primer superhéroe vengador de esclavos engendrado por Hollywood, la reacción a la visión edulcorada impuesta por clásicos ambientados en el Sur esclavista como *Lo que el viento se llevó* (1939).

Tarantino recibió por igual el aplauso y la crítica feroz de la *intelligentsia* progresista negra. Porque es cierto que *Django* probablemente contribuye a perpetuar los estereotipos racistas y, como critica el cineasta y activista Spike Lee, banaliza el conflicto histórico entre blancos y negros. Sin embargo, nadie puede negar que ese terror al hombre negro se haya contagiado de generación a generación en la sociedad estadounidense. Y no solo entre los blancos. El periodista afroamericano especializado en relaciones raciales Isaac Bailey reconoce que también comparte ese miedo, a pesar de ser negro él mismo: «Al ser consciente de mis propios miedos sé que incluso policías "buenos" pueden acabar matando a hombres negros desarmados al tiempo que millones de personas no-deplorables —moderadas, se entiende— pueden encontrar la forma de racionalizar esas muertes. Porque los prejuicios más perniciosos son los que residen en el subconsciente» (CNN, 29 de septiembre de 2016).

Pánico, puro pánico, es lo que destila Jeronimo Yanez segundos después de haber vaciado el cargador sobre el cuerpo de Philando Castile el 6 de julio de 2016 en una carretera de Minnesota.

—¡Joder! ¡Le dije que me mostrara sus manos! ¡Joder!

Yanez acaba de meter siete balas a Castile, sentado al volante de su coche. Dos de ellas han perforado su corazón. Está dejando que se desangre mientras su novia, en el asiento del copiloto, lo retransmite todo en directo a través de Facebook Live. Su hija de cuatro años está siendo testigo de todo desde el asiento trasero.

Como si se tratara de una escena de ficción distópica sacada de la serie *Black Mirror* , Diamond Reynolds, que así se llama la novia de la víctima, habla a sus seguidores de Facebook con una serenidad sorprendente:

—Nos han dado el alto porque llevamos una luz trasera rota y el agente acaba de matar a mi novio. —La mujer enfoca con su móvil el cuerpo malherido bañado en sangre sobre su asiento mientras el policía aún le apunta con su arma a través de la ventanilla del coche—. Iba a sacar su cartera y el policía le ha disparado en el brazo.

—¡Joder! ¡Le dije que no la sacara! ¡Le dije que me mostrara sus manos! —El agente Yanez intenta explicarse sin ocultar el espanto ante lo que acaba de hacer.

—Señor, usted le ha pedido su identificación y su permiso de conducir —responde la mujer con total lucidez.

Philando Castile, agonizante, acelera su respiración y acto seguido deja de emitir sonido alguno.

—¡Oh Dios! ¡Por favor, dígame que mi novio no ha muerto!

Castile tenía treinta y cinco años y era supervisor de comedores escolares. Cuando Jeronimo Yanez le dio el alto en la carretera y le pidió su documentación, el conductor le informó de que tenía licencia de armas y de que iba armado. El policía le disparó cuando se llevó la mano al bolsillo del pantalón para sacar su carnet de conducir.

«El miedo irracional no puede justificar el uso de la violencia mortal», dijo el fiscal que imputó a Yanez por homicidio en segundo grado. Era la primera vez en tres décadas que un policía de Minnesota iba a los tribunales por un caso de violencia policial. En junio de 2017, casi un año después de la muerte de Castile, el jurado absolvía a Jeronimo Yanez por falta de pruebas. Falta de pruebas, a pesar del espectáculo traumático y desgarrador que presenciaron millones de estadounidenses a través de Facebook, algunos en tiempo real y otros en diferido.

Las historias de brutalidad policial contra las minorías —especialmente negra, indígena, hispana— vienen de lejos. Es la parte más violenta y menos documentada del conflicto racial que ha sido también parte sustancial de la América de presidentes como Johnson, Reagan, Clinton o el propio Obama. Desde la conquista de los derechos civiles gracias a la ley de 1964, la violencia policial contra las minorías raciales no se ha mitigado. Ha sido una constante, con altibajos. Ha habido momentos en los que la rutina y el silencio hacían olvidar a la opinión pública lo que seguía ocurriendo en muchos condados del interior del país y también en las grandes ciudades, y otros momentos en los que el tema saltaba a los titulares de los medios nacionales e internacionales. En 1992 ocurrió uno de esos picos. Los disturbios raciales de Los Ángeles dejaron cincuenta y tres muertos y más de cuatro mil heridos. Por primera vez se había grabado en vídeo una agresión policial contra un joven negro. La indignación incendió las calles de Los Ángeles.

La historia de Rodney King empieza, como muchas otras, con un alto de la policía en la carretera. En este caso, King circulaba por la autopista 210 a una velocidad excesiva, y una patrulla del Departamento de Policía de Los Ángeles le ordenó que detuviera el coche. En lugar de aminorar, King pisó el acelerador. La persecución terminó con el vehículo del «sospechoso»

rodeado por varios coches patrulla. Un sargento disparó dos veces con una pistola de electrochoque Taser a King, pero al no poder reducirlo, varios policías lo golpearon sin piedad con sus porras, dejándolo gravemente herido. Un vecino grabó la escena desde su casa con una videocámara. Las imágenes de la agresión dieron la vuelta al mundo y, cuando los cuatro policías que apalearon a Rodney King fueron absueltos por un jurado compuesto mayoritariamente por blancos, las calles de Los Ángeles ardieron.

Los disturbios de Los Ángeles fueron en realidad un avance de lo que vendría dos décadas después, con la popularización de los teléfonos móviles equipados con cámara. La combinación de los vídeos y la difusión en redes sociales destaparon una realidad hasta entonces escondida en las tinieblas de la desinformación. Empezamos a ver cómo la policía mataba con total impunidad. Y todo bajo la mirada del primer presidente negro de la historia de Estados Unidos.

Hombres que huyen desarmados mientras un uniformado los tirotea por la espalda y caen en cámara lenta sobre el césped recién cortado (Walter Scott, Carolina del Sur, 4 de abril de 2015), el chico de doce años que juega en un parque con una pistola de juguete antes de ser abatido por un agente sin previo aviso (Tamir Rice, Ohio, 22 de noviembre de 2014), la madre que llora cuando ve morir a su hijo esquizofrénico en el portal de su casa tras haber llamado a la policía porque se había quedado sin medicación (Jason Harrison, Texas, 14 de junio de 2014) o aquel padre de seis hijos acusado de vender cigarrillos sueltos en la calle a quien vimos agonizar en el suelo —«¡No puedo respirar!»—, mientras un agente le oprimía el cuello hasta asfixiarlo (Eric Garner, Nueva York, 17 de julio de 2014).

Repitió once veces —once, cada vez con menos aliento, hasta que su voz se desvaneció— tres palabras: «¡No puedo respirar!». Garner, un torpe gigantón de 160 kilos inmovilizado sobre el asfalto por el forzudo agente Daniel Pantaleo, rogó por su vida hasta que finalmente perdió el conocimiento. La grabación se hizo viral, y sus últimas palabras, *«I can't breathe!»* , se convirtieron en el lema de las manifestaciones contra la brutalidad policial durante el verano de 2014. Su muerte a manos de la Policía de Nueva York en Staten Island movilizó a miles de personas en las calles de los cinco barrios de la metrópolis. Pero Union Square, en Manhattan, se convirtió en el epicentro de las protestas, que se repitieron

noche tras noche, *I can't breathe* , durante aquel asfixiante verano neoyorquino. Un verano que acabaría con las calles de todo el país en pie de guerra.

Al cabo de pocos días, el lema de las manifestaciones iba a cambiar. De las últimas palabras agonizantes de Eric Garner en Staten Island al último grito lanzado por un chico de dieciocho años de Ferguson, Misuri: «¡No dispare!». Últimas palabras antes de recibir seis balazos, dos de ellos en la cabeza. La muerte de Michael Brown en Ferguson iba a transformar el lema de las manifestaciones antirracistas y también la estrategia del movimiento a favor de los derechos civiles heredero de Martin Luther King. Los meses entre aquel convulso verano de 2014 y los disturbios raciales de Baltimore en abril de 2015 marcarían el principio del ocaso definitivo y sin remedio de un espejismo llamado *Obamaland* , la utopía posracial nacida en 2008 al eco del *Yes We Can!*

4

Barack y Michelle Obama se despedirán de la Casa Blanca apenas dos años más tarde, pocos días antes de la toma de posesión de Donald Trump, con una fiesta privada a todo *glamour* en una de las salas de la mansión presidencial. La cantante afroamericana Solange —quizá intentando imitar el estilo de Billie Holiday ocho décadas antes— pondrá la música, algo melancólica. Su hermana Beyoncé, que había actuado ocho años atrás durante la jura del cargo de Obama, compartirá copas y chistes con el presidente saliente junto a otros muchos invitados famosos, entre ellos Paul McCartney, Bruce Springsteen, George Clooney o Meryl Streep. Todos los actores y músicos fieles desde el principio al presidente demócrata estarán ahí, en el acto final de la era Obama.

Mientras, desde un despacho en las alturas de la Torre Trump de Nueva York, el equipo del nuevo presidente electo Donald Trump llamará uno a uno, desesperadamente, a una larga lista de cantantes famosos pidiéndoles que actúen, casi a cualquier precio, en la investidura del nuevo líder. Pero los esfuerzos serán en vano. Ningún artista de primera línea querrá aparecer junto a Trump. Habrán de bajar el listón a la segunda división de los exconcursantes de *talent shows* televisivos para que una antigua finalista de *X-Factor* llamada Rebecca Ferguson responda afirmativamente, eso sí, con una condición cargada de sarcasmo: poder cantar *Strange Fruit* ante los millones de espectadores que seguirán la ceremonia. Evidentemente, el lamento desgarrador que describe cuerpos de negros linchados colgados de árboles no tendrá cabida en el acto inaugural de Trumpistán.

Strange Fruit nació en 1937, justo ochenta años antes de ese momento. Abel Meeropol, bajo el seudónimo de Lewis Allan, escribió el poema inspirado por el horror que le causó ver una fotografía. Una imagen tomada siete años atrás, la noche del 7 de agosto de 1930, en el pueblo de Marion, Condado de Grant, Indiana. En ella aparece una multitud reunida en torno a un árbol, en una especie de celebración. Todos son blancos. Una pareja joven sonríe a la cámara mientras una anciana despistada parece buscar a alguien a lo lejos, como si no estuviera segura de qué pasa a su alrededor.

Junto a la anciana, un hombre de brazo tatuado y bigote hitleriano señala con el dedo el arce que congrega a la muchedumbre. De sus ramas cuelgan los cuerpos de Thomas Shipp y Abram Smith, dos afroamericanos detenidos la noche anterior por la policía local acusados de asesinar a un blanco de veinticuatro años, Claude Deeter, y de violar a su novia, Mary Ball. Los cuerpos ensangrentados de Shipp y Smith, apenas vestidos con harapos desgarrados en jirones, están suspendidos a pocos centímetros sobre las cabezas de la gente, esa masa humana sin nombre responsable de sus muertes. La imagen fue inmortalizada por Lawrence Beitler, un fotógrafo local que acudió a los juzgados del Condado cuando comenzó a congregarse la multitud unas pocas horas antes.

Según las crónicas de la prensa local, entre dos mil y cuatro mil personas, muchos campesinos procedentes de los pueblos de alrededor, se manifestaron ante el juzgado de Marion para pedir justicia por la muerte de Deeter, un chico del pueblo que, según los potenciales testigos de un juicio que jamás se llegó a celebrar, conocía bien al menos a uno de sus presuntos asesinos. Deeter se encontraba con una joven de Marion llamada Mary Ball dentro de su vehículo, en la conocida como Vereda de los Amantes. Según el testimonio de la chica, que después negó haber sido violada, tres jóvenes negros los rodearon con la intención de robarles. Uno de ellos, el más joven, huyó antes de que el forcejeo posterior acabara con la muerte de Deeter de un disparo. Nunca se investigó quién tiró del gatillo en la oscuridad de la noche en la Vereda de los Amantes. Pero el pueblo, representado por una masa de campesinos enfurecidos, hizo justicia a su manera. Tomaron a la fuerza los juzgados de Marion hasta llegar a la celda donde el *sheriff* custodiaba a Shipp y Smith, de dieciocho y diecinueve años, respectivamente. Los sacaron a rastras bajo la mirada pasiva de los agentes y los llevaron hasta la arboleda más cercana. Como era tradición, los molieron a palos hasta dejarlos medio muertos y después completaron el ritual poniéndoles alrededor del cuello sendas sogas que tensaron con la fuerza de varios hombres hasta dejarlos suspendidos de las ramas del hermoso arce. Inertes, ensangrentados, desjironados. Como frutas extrañas. Hasta que siete años después un profesor de instituto del Bronx los encontró en aquella fotografía en blanco y negro.

En Indiana, un estado del Medio Oeste norteamericano, ni sopla la brisa sureña ni florecen las magnolias. Aunque los linchamientos se asocian con el Sur desde la abolición del esclavismo y las leyes racistas de Jim

Crow, hechos como los de Marion ocurrieron por toda la geografía de Estados Unidos. Casi cinco mil casos documentados entre 1882 y 1968, desde Nueva York hasta California. La turba de campesinos irrumpe en el calabozo del *sheriff* y se lleva al negro para apalearlo y finalmente colgarlo de un árbol. El chico de catorce años Emmett Till, acabó torturado hasta la muerte y sumergido en un río del estado de Misisipi tras haber sido acusado de silbar y flirtear al paso de una chica blanca. Ocurrió en 1955, tres meses antes de que Rosa Parks se negara a ceder su asiento de autobús en Montgomery, Alabama, desencadenando así la revolución por los derechos civiles. En julio de 2018 —año en el que Till hubiera cumplido setenta y siete años—, el Departamento de Justicia del presidente Trump decidió reabrir el caso de su linchamiento por la aparición de nuevas pruebas incriminatorias.

La literatura y el cine estadounidense están plagados de referencias a los linchamientos como parte de la herencia europea del país. Campesinos blancos cristianos blandiendo hoces, horcas y antorchas en nombre de la justicia divina. Ojo por ojo. El mismo año del linchamiento de Marion, el cineasta James Whale dirigía en los estudios Universal de Hollywood el rodaje de la escena de *Frankenstein* en la que una turba de campesinos germánicos se echa al monte en plena noche, antorchas en mano, para acabar con el monstruo. Fue un éxito de taquilla.

5

Freddie Gray no dejó ninguna última frase lapidaria convertida en eslogan para la posteridad, como el «¡No dispare!» de Michael Brown o «No puedo respirar» de Eric Garner. Freddie se fue en silencio. Murió en la unidad de cuidados intensivos del hospital tras pasar una semana en estado de coma. Tenía tres vértebras fracturadas y la médula espinal seccionada al 80 % a la altura del cuello. Los médicos del Hospital Universitario de Maryland no pudieron hacer nada. Los exámenes médicos tampoco pudieron aclarar qué ocurrió una semana antes, el 12 de abril de 2015, en la oscuridad de la parte trasera de un furgón policial, donde el joven de veinticinco años pasó media hora aislado de los policías que lo trasladaban, insonorizado, sin ventanillas, sin testigos. La cámara que tenía que estar grabando el interior del furgón no funcionaba.

Según el abogado de la familia Gray, Freddie pudo haber sido sometido a lo que en Baltimore se conoce como un «paseo brusco». En Filadelfia lo llaman *nickel ride* , porque la entrada de la montaña rusa del parque de atracciones costaba antaño un níquel (cinco centavos). En otras ciudades del país se conoce simplemente como «un paseo alegre». Es una forma de tortura que puede causar traumatismos y lesiones graves. Consiste en esposar a la persona detenida boca abajo en la parte trasera del furgón policial sin cinturón de seguridad y en dar volantazos a gran velocidad, con acelerones violentos y frenazos secos, de tal forma que recibe golpes por los cuatro costados, como si fuera un saco de patatas. Podría ser lo que acabó quebrando la columna vertebral de Freddie Gray. La investigación dejó claro que no estaba sujeto por cinturones de seguridad y llevaba grilletes en los pies, con las manos esposadas a su espalda, sin movilidad ni posibilidad de utilizar sus extremidades para evitar los golpes. Una clara violación del reglamento policial en el mejor de los casos.

Jacqueline Jackson es una abuelita encantadora, de esas que dejan transcurrir las horas mirando pasar la vida del barrio a través de la ventana de su cocina. Fue una de las últimas personas que vio a Freddie con vida. Pocos minutos después de la detención del joven, apenas a una manzana de

su casa, Jacqueline vio cómo los agentes Nero, Rice, Miller y Goodson sacaban al joven del furgón policial para ponerle los grilletes. «Claramente el chico tenía problemas para respirar, y no se podía mover porque estaba atado de pies y manos por esposas y grilletes.» Jacqueline llegó a gritar a los agentes desde la ventana de su cocina: «Pero ¿qué le estáis haciendo a ese pobre joven?», a lo que los policías le respondieron «con muy malas formas» que se ocupara de sus propios asuntos. Ningún investigador entrevistó a la señora Jackson a lo largo del proceso ni tuvo en cuenta su testimonio.

Cuando los policías se aseguraron de que Freddie estaba bien encadenado de pies y manos, lo volvieron a introducir en el vehículo y cerraron el portón de un fuerte golpe. Los ojos cansados de Jacqueline enfocaron a través de su ventana el furgón policial, que se alejaba diluido entre aquellas hileras de casas tristes y borrosas de West Baltimore.

La escena de la anciana Jacqueline sentada junto a la ventana de su cocina, testigo impotente de cómo varios hombres blancos encadenan con grilletes a un joven negro en las calles de Baltimore, bien podía pertenecer a otro siglo. Lo pienso tras despedirme de ella, mientras me alejo de su casa caminando. Podría ser una escena de 2015 o de 1915, o incluso de 1815, cuando los esclavos recién traídos de las costas de África Occidental eran subastados al mejor postor en el puerto de Baltimore atados de pies y manos, con esas mismas cadenas y grilletes. Como escribe la profesora de Estudios Afroamericanos en la Universidad de Emory Carol Anderson, «Estados Unidos siempre ha pasado de llegar al límite de la democracia a traicionarla» (*White Rage* , 2016). Como ocurrió después de la Guerra Civil y la abolición de la esclavitud. Después de la etapa esperanzadora que supuso la Reconstrucción (entre 1865 y 1877), las leyes racistas del periodo conocido como Jim Crow volvieron con saña para quedarse. Casi un siglo más tarde, en plena resaca de la conquista de los derechos civiles (1964), presidentes como Nixon o más tarde Reagan encarcelaron a un mayor porcentaje de población negra que el régimen del *apartheid* en Sudáfrica. Los años de Richard Nixon fueron la reacción a la acción de Lyndon Johnson y el Movimiento a favor de los Derechos Civiles. El péndulo oscilaba de nuevo hacia la traición de la democracia. Como había ocurrido otras veces desde que varios señores esclavistas blancos fundaron esa democracia estadounidense, algo comenzaba a desperezarse en la oscuridad

de lo más profundo del sistema en cuanto la supremacía blanca se veía amenazada. Una presencia inquietante, erizada, hostil. Se movía lentamente, consciente de su poder. En la sombra.

En 2015, cuando Freddie Gray murió con la columna vertebral fracturada en la unidad de cuidados intensivos del Hospital Universitario de Maryland, Barack Obama seguía siendo presidente. Pero la flamante promesa de una América posracial celebrada en 2008 estaba ya pudriéndose en barrios como Sandtown, en West Baltimore. En poco tiempo sería un recuerdo no falto de ironía.

Hacía tiempo que Obama, prudentemente, no repetía en sus discursos públicos el eslogan de campaña que le llevó a la Casa Blanca. Solo lo volvería a sacar a relucir una vez, en 2016, casi con pudor y sin engolar demasiado la voz. Lo pude observar a pocos metros del pódium presidencial, en Filadelfia. Era la primera vez desde la campaña electoral de 2008 que me tocaba presenciar en vivo un «*Yes We Can* » obamiano. Se consumó al término de los recitales de Jon Bon Jovi y Bruce Springsteen, ante una audiencia numerosa pero templada, casi fría, en Filadelfia. Era la víspera de las elecciones, la noche antes del día que cambiaría el rumbo de Estados Unidos y del mundo, la última escena de una campaña electoral condenada a un estrepitoso fracaso: el de la demócrata Hillary Clinton.

Para entonces «*Yes We Can* » era poco más que una reliquia del pasado, y el aura de esperanza que prendió la ilusión de millones de estadounidenses ocho años atrás se había apagado sin remedio. A Obama le debió de dar vergüenza pronunciar esas palabras en agosto de 2013, cuando compareció en la capital de Estados Unidos ante decenas de miles de personas para celebrar el cincuenta aniversario de la Marcha sobre Washington de Martin Luther King y el movimiento a favor de los derechos civiles. El primer presidente negro de Estados Unidos, frente al micrófono y en el mismo lugar: las escalinatas del memorial de Abraham Lincoln, en el que medio siglo antes el reverendo King pronunció el legendario discurso «Tengo un sueño» (*I Have a Dream*). En el mismo escenario, con el gigantesco obelisco de George Washington reflejado en el estanque de la Explanada Nacional, las comparaciones eran inevitables. Pero Obama, magnífico orador al igual que King, utilizó esta vez un tono muy diferente. Lejos de la autocomplacencia y el efectismo, el presidente hizo un discurso duro, oscuro, hasta algo derrotista. El sueño de Martin Luther King no se ha

cumplido para muchos estadounidenses que siguen en la pobreza, dijo Obama, porque «los hombres y mujeres que se reunieron en este lugar hace cincuenta años no buscaban un ideal abstracto, buscaban trabajos y justicia; no solo el fin de la opresión, también oportunidades económicas». Y esa es una batalla que no se ha ganado porque «las diferencias económicas entre razas, lejos de disminuir, han crecido». Junto a Obama, el hijo mayor del mártir de los derechos civiles, Martin Luther King III. Se le veía con la mirada perdida mientras los coros góspel inundaban la Explanada Nacional bajo la lluvia.

He tenido oportunidad de entrevistar a Martin Luther King III en un par de ocasiones, y siempre me ha transmitido la misma sensación: la de un hombre atormentado, condenado a llevar sobre sus hombros la pesada losa de ser hijo de un mito. Heredó el nombre de su padre, pero no su dialéctica ni su carisma. Y es muy consciente de ello. «Creo que mi padre y mi madre, que dedicaron sus vidas a la justicia y a la igualdad, estarían muy preocupados con el rumbo que están tomando las cosas —me confesó en referencia a las crecientes desigualdades y a la agenda de un Partido Republicano cada vez más beligerante con Obama—, pero los ciudadanos pueden cambiar ese rumbo.» Los republicanos ganarían la mayoría en ambas cámaras del Congreso en las elecciones legislativas de un año después. La popularidad de Obama comenzaba ya a caer en picado.

Cuando terminaron los discursos y los homenajes a los héroes de la Marcha sobre Washington de 1963, el Cadillac acorazado del presidente, conocido como «La Bestia», recorrió apresuradamente la milla que separa el Memorial de Lincoln de la Casa Blanca. Los servicios de seguridad se relajaron a la partida de Obama y algunos periodistas pudimos acercarnos a los corrillos en los que departían animadamente los invitados más ilustres con expresidentes como George W. Bush o Bill Clinton. Entre ellos estaba Andrew Jackson Young, compañero de batallas y lugarteniente de Martin Luther King en la Conferencia de Liderazgo de Cristianos Sureños. Fue arrestado durante la marcha de Selma, Alabama, en 1965, y acompañó al líder de los derechos civiles hasta el final, cuando lo vio caer muerto en el balcón del motel Lorraine de Memphis, en 1968. Años más tarde, Young llegaría a ser alcalde de la ciudad natal de MLK, Atlanta, y embajador de Estados Unidos ante las Naciones Unidas con el presidente Jimmy Carter. Me dirigí a él cuando terminó de hacerse una foto con un grupo de jóvenes negras, una de ellas vestida con una camiseta del Che Guevara. Cuando por

fin pude estrechar su mano, los paramecios de su ancha corbata lila, hipnóticos, absorbieron por completo mi atención, y por un momento imaginé que estaba hablando con el mismísimo reverendo King, resucitado y encarnado en su colaborador y amigo. Si hubiera sobrevivido a la ira supremacista blanca, pensé, cincuenta años después probablemente vería las cosas desde una perspectiva muy parecida a la suya: «Las diferencias entre humanos son inevitables —arrancó con una sonrisa que transmitía serenidad—, y a menudo llevan a la inseguridad y al mal». Young tenía evidentes dificultades para tenerse en pie, y con mucho esfuerzo consiguió sentarse en un banco junto a las escalinatas del Memorial de Lincoln. Me senté junto a él. «Esos comportamientos racistas eran perfectamente legales hasta que logramos aprobar en el Capitolio la Ley de Derechos Civiles de 1964. Desde entonces son ilegales. Esa es la gran diferencia.»

Segregación *de jure versus* segregación *de facto* . «Hay una gran diferencia», repite Young. Un planteamiento enarbolado hasta la saciedad por los popes de los derechos civiles durante medio siglo: «El racismo ya no es legal». Un discurso autocomplaciente que para muchos jóvenes afroamericanos nacidos en el cambio de milenio ha quedado viejo y estéril, porque no ofrece nuevas soluciones. Tampoco confían en Obama, aunque saben que pasará a la historia como el primer presidente «de los suyos».

«Hace medio siglo nuestros abuelos vinieron aquí a Washington para reivindicar puestos de trabajo y libertad, y hoy ¿qué es lo que sigue necesitando nuestra comunidad? Pues eso mismo: trabajo y libertad.» Eric Powell no ha cumplido aún los dieciocho. Lleva una camiseta con la cara de Trayvon Martin (asesinado en Sanford, Florida, el 26 de febrero de 2012), otro Martin mártir del conflicto racial por mediación de las balas, pero este de este siglo, de los que visten con sudadera con capucha y zapatillas de baloncesto. Junto a Eric, su compañero de clase, Allende Graham, se me presenta como «poeta y rapero». Ambos viven al sur del río Potomac, «del lado de Virginia». Graham improvisa versos que hablan de brutalidad policial y de que no habrá paz sin justicia. La policía lo ha detenido ya dos veces «sin ningún motivo». «No sé, supongo que mi peinado afro me convierte en sospechoso habitual», ironiza. Pero sabe que detrás de esa frase hay una realidad a la que, como él, se enfrentan cada día millones de

jóvenes negros. El acoso policial a chicos afroamericanos o latinos basado en su apariencia, en su «perfil», está en el centro del debate sobre derechos civiles en 2013.

El asesinato de Trayvon Martin en 2012 alumbró una respuesta social que, amplificada en las redes sociales, eclosionó dos años más tarde en Ferguson, Misuri, tras la muerte de Michael Brown a manos de la policía. Es la resaca del «*Yes We Can* ». Igual que el asesinato de Martin Luther King marcó el comienzo de la resaca del *I Have a Dream* . La supremacía blanca de Estados Unidos siempre ha reaccionado como un resorte ante las conquistas sociales de las minorías. Como la araña cuando alguien destruye su trampa. La Ley de los Derechos Civiles de 1964 no fue una excepción, igual que un siglo antes el viejo racismo del Sur se levantó ante la ocupación militar e ideológica yanqui, volviendo a tejer una gran tela de araña legal que volvería a garantizar durante décadas el sometimiento de los antiguos esclavos.

Si Donald Trump es la consecuencia de Barack Obama, Richard Nixon fue la de Lyndon Johnson y sus concesiones a líderes afroamericanos como Martin Luther King, asesinado en plena campaña electoral. Una campaña sangrienta, llena de violencia, en la que poco después sería abatido por las balas el que iba a ser sucesor de Johnson. Robert Kennedy, hermano del también asesinado presidente Kennedy, fue tiroteado en Los Ángeles poco después de ser elegido candidato presidencial por la Convención Demócrata. En medio de aquel baño de sangre, en lo más profundo de la democracia estadounidense, los vellos del viejo Gran Arácnido se volvían a erizar, sus ocho patas comenzaban a desentumecerse, sus ocho ojos se abrían lentamente. La criatura centenaria que anidaba como un parásito en el corazón de la vieja Columbia despertó en 1968 para reconstruir su tela de araña. ¿Ocurriría ahora, de nuevo? Mientras escuchaba el discurso de Obama bajo la leve llovizna, a pocos metros de las escalinatas del memorial de Lincoln, un escalofrío premonitorio me recorrió el cuerpo.

6

En realidad, el Gran Arácnido había comenzado ya a despertar de su letargo. Todavía encorvado en su escondite oscuro, sus cuatro pares de ojos entrecerrados y sus patas largas y vellosas encogidas en un ovillo, emitía señales imperceptibles para la mayoría en el exterior. Señales en una frecuencia que solo algunos podían detectar. Únicamente los más furiosos, quienes más bilis acumulaban en su buche. Seguidores del Klan, nacionalistas blancos, neonazis y demás ultras racistas comenzaban a movilizarse bajo el Gobierno del primer presidente negro de Estados Unidos. Veían peligrar el privilegio blanco, mientras la diversidad étnica y racial se les presentaba imparable. Estados Unidos dejaría de ser un país mayoritariamente blanco para la década de 2040, como pronosticaban los sociólogos, si no tomaban medidas.

Según el Centro Legal para la Pobreza Sureña —una organización a favor de los derechos civiles con sede en Montgomery, Alabama—, el número de «grupos de odio» activos en el país se dobló durante las dos décadas anteriores a la elección de Trump. Casi un millar de organizaciones, en su mayoría de ideología supremacista, operaban a lo largo y ancho de la geografía estadounidense al término de la presidencia de Obama. Con la llegada de Trump, ese movimiento silencioso se tradujo en una explosión de ataques contra las minorías y las primeras manifestaciones públicas de «orgullo racista». El autor de *Klansville, U.S.A* . (2013), David Cunningham, fue uno de los primeros sociólogos en advertir esa tendencia: «Mi investigación demuestra que los grupos de odio crecen en respuesta a la percepción de que el estatus de un grupo social está en peligro». Ese grupo social, el de los blancos anglosajones cristianos y conservadores, se sentía alienado por las políticas de Obama.

«Son las políticas más divisivas de la historia de este país», me explicó una vez un humilde granjero de Dyess, Arkansas, mientras se balanceaba en la mecedora del porche de su casa. Desde sus políticas económicas intervencionistas hasta su famosa reforma sanitaria o su posición a favor de limitar la venta de armas de fuego, todo se percibe en este colectivo desde

una perspectiva racial. Por una u otra razón, el deterioro del clima social y la división durante ese periodo es una realidad. «Obama ha resucitado la guerra racial», asegura con rotundidad David, el granjero de Arkansas.

«Se teme una guerra racial», leo en un artículo del *New York Times* . Es del 9 de agosto de 1930 y habla de los linchamientos de Marion, Indiana, que años más tarde llevarían a Abel Meeropol a escribir *Strange Fruit* . Aquellos acontecimientos que inspiraron como una cuchillada en el pecho al profesor de instituto del Bronx tuvieron gran repercusión más allá de la prensa local. El *Times* informa de la petición del alcalde de la ciudad al gobernador de Indiana para que despliegue a los militares de la Guardia Nacional: «Las tropas de Indiana se dirigen al escenario del linchamiento».

«Se teme una guerra racial», subraya el rotativo neoyorquino.

Una guerra racial. Como si no hubiera existido una guerra en Estados Unidos desde hacía más de seis décadas. O quizá desde mucho antes de la fundación del país, cuando en 1661 llegaron a las costas de la colonia británica de Virginia los primeros africanos vendidos como esclavos. La «guerra racial» acompañó a la Independencia, proclamada por señores esclavistas como Jefferson o Washington, y perduró más allá del enfrentamiento armado más sangriento librado por estadounidenses en toda su historia. Porque la Guerra Civil no acabó con la rendición del Ejército Confederado el 6 de noviembre de 1865, ni siquiera casi un siglo después con la Ley de Derechos Civiles de 1964, ni con la elección del primer presidente negro en 2008. Las escenas de guerra no han cesado durante este último siglo y medio, con tropas militares desplegadas en pueblos y ciudades de Estados Unidos periódicamente, enfrentamientos armados entre civiles y ataques racistas organizados. Escenas de guerra.

Los episodios de limpieza étnica se multiplicaron a lo largo y ancho de Estados Unidos de forma acusada durante el Gobierno de Woodrow Wilson (1913-1921), el primer presidente sureño que ocupaba la Casa Blanca desde la Guerra Civil. De esta época es la película seminal del nacionalismo blanco, *El nacimiento de una nación* , estrenada en 1915. A lo largo de la cinta, Wilson aparece citado varias veces en los títulos que sirven de transición entre las secuencias de cine mudo. El presidente dice cosas como que el Ku Klux Klan se alzó como expresión de autodefensa legítima de la población blanca ante los «zafios y primitivos negros». Wilson, que recibió el premio Nobel de la Paz por ser el «arquitecto de la Liga de Naciones» al

término de la Gran Guerra, nunca ocultó su admiración por la Confederación y la «causa perdida» del Sur. Laureado por su contribución a la paz mundial en Europa, en casa sus declaraciones y políticas abiertamente racistas fueron oxígeno puro para los supremacistas responsables de toda una sucesión de matanzas y *pogroms* organizados durante esos años. Todo estalló durante el «Verano Rojo» de 1919, cuando en ciudades como Chicago o Washington algunos negros armados respondieron a las masacres de las milicias supremacistas blancas, degenerando la situación en batallas campales que hicieron correr ríos de sangre por todo el país. Batallas por definición desiguales, en las que bullía toda una campaña de limpieza étnica orquestada. Por tomar uno de los ejemplos más llamativos, en la población algodonera de Elaine, en el estado de Arkansas, durante el 30 de septiembre de 1919 murieron masacrados cientos de afroamericanos —nadie se pone de acuerdo en una cifra aproximada— y en el otro bando, cinco hombres blancos. De ellos se conocen con detalle sus nombres y apellidos.

En ese contexto de confusión y desinformación, es poco sabido que uno de los primeros bombardeos aéreos de la historia ocurrió en Oklahoma, dieciséis años antes de que aviones alemanes de la Luftwaffe e italianos de la Regia Aeronautica fascista destruyeran la villa de Gernika durante la Guerra Civil española. Aunque ya se habían lanzado bombas desde el aire durante la Primera Guerra Mundial, el bombardeo de Gernika (26 de abril de 1937) está considerado el primer ataque aéreo moderno en tiempo de guerra. La historiografía oficial de Estados Unidos silenció durante décadas un episodio de muerte y destrucción desde aire y tierra que sin duda fue el primer bombardeo de ese tipo en su territorio. Ocurrió en la ciudad de Tulsa, Oklahoma, el 1 de junio de 1921.

El barrio de Greenwood, en Tulsa, era conocido como el Wall Street Negro. Habitado por familias afroamericanas de clase media, era una excepción, un rayo de esperanza para la población de color oprimida por las leyes segregacionistas en el Sur. Antes de su fundación como estado en 1907, Oklahoma («Pueblo de Piel Roja» en lengua choctaw) fue un territorio sin ley a donde fueron deportados a la fuerza miles de indígenas, y aunque los supremacistas blancos rápidamente aprobaron las leyes racistas de Jim Crow y consiguieron convertirlo en un estado sureño más, hubo breves espacios de libertad para los afroamericanos que huían de los estados

del Sur. Muchos esclavos liberados fueron «adoptados» por las naciones nativas como miembros de sus comunidades, gracias a acuerdos como el Tratado Cheroqui de 1866, que daba derechos tribales a los afroamericanos que vivieran en su territorio. Pero en las ciudades y pueblos de Oklahoma las leyes supremacistas se impusieron a esos intentos de libertad. La segregación residencial por razas era obligatoria, y en distritos con al menos tres cuartos de población negra los blancos tenían prohibido comprar casas. Es el caso de Greenwood, una comunidad donde convivían afroamericanos de diferentes clases sociales que prosperó gracias al petróleo descubierto en sus tierras. El barrio contaba con dos redacciones de periódico, bufetes de abogados, bibliotecas, consultas médicas, dentistas, dos salas de cine, restaurantes, joyerías y centenares de establecimientos comerciales. Todo gestionado por negros y para negros. Esa prosperidad molestaba al Ku Klux Klan, que entonces contaba con más de tres mil miembros activos en Tulsa, con conexiones en el gobierno local y la policía. La frustración de los blancos pobres ante la prosperidad de los negros y la complicidad de las autoridades eran una auténtica bomba de relojería. Los supremacistas esperaban la mínima provocación para actuar.

En el Día de los Caídos o *Memorial Day* , millones de estadounidenses salen a sus jardines y parques en una gran ceremonia de culto al dios Barbacoa. El crepitar de las hamburguesas sobre la parrilla es el sonido que marca el inicio del verano cada año en Estados Unidos. Es a lo que estaba dedicada Tulsa entera ese día de 1921 cuando un encuentro entre un limpiabotas negro y una ascensorista blanca en un edificio de oficinas vacío hizo detonar el conflicto. Nunca quedó claro qué ocurrió dentro del ascensor, pero a partir de la detención del joven negro se cumplió el guion: el *sheriff* lo encierra en el calabozo y una banda de linchadores se congrega para sacarlo y hacer justicia a su manera. Salvo que esta vez las cosas toman un rumbo diferente. Se corre la voz del posible linchamiento por todo el barrio de Greenwood y los afroamericanos se movilizan para evitar que las masas blancas se lleven al joven negro arrestado. Los supremacistas ven en la respuesta una rebelión negra y la escalada es inevitable. Blancos y negros armados, primeros tiroteos, muertos y heridos. La madrugada del 1 de junio comienza el asalto al próspero barrio negro de Tulsa. En medio del caos, seis aviones biplanos militares decomisados tras la Gran Guerra lanzan bombas incendiarias y disparan ráfagas contra la población civil. Los aviones, que habían estado estacionados en el cercano aeródromo de

Curtiss-Southwest desde el fin de la contienda, estaban preparados para hacer frente a una eventual sublevación negra, según desvelaron después las autoridades.

El Wall Street Negro, con todos sus negocios y casitas con jardín, quedó reducido a escombros. Los supervivientes se trasladaron primero a campos de refugiados improvisados y después comenzaron a construir chabolas de madera en los solares arrasados que un día ocuparon sus casitas con jardín. El barrio nunca volvió a levantar cabeza. Aunque no se ha establecido una cifra oficial de víctimas, se calcula que la batalla de Greenwood dejó entre doscientos y trescientos afroamericanos y medio centenar de blancos muertos. La mayoría fueron enterrados sin ataúd ni nombre por voluntarios del Ejército de Salvación, que contaron al menos ciento veinte cuerpos entre las ruinas. Otros cadáveres, según algunos testigos, fueron lanzados al río Arkansas. Nunca se han excavado los enterramientos. Casi un millar de personas fueron ingresadas con heridas de bala, golpes y quemaduras en los hospitales de la ciudad, y más de seis mil negros fueron detenidos durante los días posteriores. Muchos sufrieron malos tratos y algunos murieron en los centros de detención habilitados en estadios y aeródromos. Pero no hay forma de contrastar los datos, porque la desinformación sobre lo ocurrido ese día en Oklahoma fue total.

El nubarrón informativo comenzó a disiparse en 1997, cuando ya era demasiado tarde porque apenas quedaban testigos directos con vida. Los forenses no obtuvieron los permisos necesarios para exhumar los restos mortales enterrados en fosas comunes. La llamada Comisión de Investigación sobre los Disturbios Raciales de Tulsa se cerró en 2001 (ocho décadas después de la masacre) con el reparto de indemnizaciones económicas entre los descendientes de algunas víctimas, la construcción de un monumento conmemorativo y becas escolares para los jóvenes negros de Greenwood. Jóvenes pobres para los que las historias del Wall Street Negro son una leyenda urbana. Tan lejana como las historias de aquella era dorada del jazz en Baltimore o los versos sobre linchamientos de negros en el Sur que cantaba Billie Holiday en el Café Society de Nueva York.

Emprender hoy la búsqueda de aquella especie de El Dorado negro destruido por el odio es pura arqueología. Vuelo a Dallas desde el Aeropuerto LaGuardia, y desde allá, cruzando la frontera entre Texas y Oklahoma, atravieso los territorios de las naciones choctaw, creek y

cheroqui en un Chevrolet alquilado. Llegar a Tulsa es como llegar a otras muchas ciudades de tamaño medio a lo largo y ancho de Estados Unidos, todas cortadas por el mismo patrón: brutalismo urbanístico en estado puro. Centros urbanos donde se alzan horribles rascacielos de oficinas estrangulados por una metástasis de arterias viales consagradas al transporte privado, a mayor gloria del petróleo, que paradójicamente una vez significó la prosperidad de Greenwood. Un barrio irreconocible hoy en día, enterrado bajo puentes de cemento, autopistas de varios carriles y el ferrocarril, que corta su comunicación con el resto de Tulsa. «Quedaron atrás los tiempos del Ku Klux Klan y las matanzas, pero nunca volvieron a dejar en paz a nuestro barrio; el proceso de segregación urbanística culminó con la construcción de las superautopistas a partir de los años cincuenta, ahí lo remataron definitivamente», me dice Vanessa Adams-Harris cuando me recibe a las puertas del modesto Centro Cultural de Greenwood.

Vanessa es una mujer que rebosa energía. Se mueve con decisión y sin perder el tiempo. Me lleva directamente a la exposición de documentos y fotografías sobre la masacre de Greenwood que han instalado en la sala principal del centro. Por sus venas corre sangre africana y creek, me dice, desvelando el misterio de sus facciones, profundamente exóticas. «Ahora mismo nos encontramos en territorio sagrado», me recuerda. Comprometida hasta la médula con la recuperación de la memoria histórica de Tulsa, los derechos humanos y la «resistencia» contra el presidente Trump, dedica su tiempo al Centro Cultural donde, por desgracia —se lamenta— no paran muchos visitantes.

Cuando me deja un rato solo en la sala de exposiciones —un extraño silencio retumba en la amplia estancia—, descubro que de sus paredes se asoman las caras de las víctimas de la violencia supremacista, los rostros de aquellos hombres, mujeres y niños masacrados el 1 de junio de 1921, fotografiados cuando vivían en la prosperidad de una utopía dolorosa, condenada al fracaso. Como el doctor Jackson, que mira fijamente a la cámara con la serenidad que le da su gran bigote y su elegante traje en el anuncio de su consulta: «Fraternalmente suyo, Dr. A. C. Jackson, médico y cirujano, especialista en enfermedades crónicas y dolencias de la mujer, se admiten llamadas por la noche, número de teléfono 2573, Tulsa, Oklahoma». Jackson llegó a Greenwood en 1911 y fue reconocido como uno de los mejores cirujanos afroamericanos de su época. Cuando los supremacistas armados irrumpieron en su casa, acompañados de la policía

según el testimonio de su sobrina Wilhelmina, el doctor Jackson salió con las manos en alto. Lo derribaron a balazos allí mismo. «Murió en el Centro de Convenciones, a donde no paraban de llegar heridos, en los brazos de mi tío Townsend Jackson.» Wilhelmina lo presenció todo cuando era una niña y no lo contó hasta 1991: «Su cuerpo estaba completamente acribillado por las balas».

«¿Te apetece ver el memorial?» La poderosa voz de Vanessa irrumpe en la sala cuando me encontraba profundamente cautivado por la parte de la exposición que cuenta la historia de aquellos esclavos liberados tras la derrota de la Confederación y adoptados como hombres y mujeres libres por naciones indígenas de Oklahoma como los creek. Los llamados *freedmen* (hombres liberados) eran hombres y mujeres afroamericanos que abrazaron las creencias indígenas y la lengua maskoki como propias. Puede que Vanessa sea descendiente de aquellos oprimidos que encontraron la libertad entre los pueblos originales. Una *freedwoman* .

«Nos repiten una y otra vez que somos un país de inmigrantes —me suelta Vanessa con una risotada cargada de ironía mientras cruzamos a pie un descampado rumbo al memorial de las víctimas de Greenwood—. Pero eso no es verdad, no somos un país construido por inmigrantes porque muchos fueron forzados a venir hasta aquí. Hemos construido este país con sangre, sudor y lágrimas, sobre las espaldas de los oprimidos, sobre las gentes que vivían aquí antes de que llegaran los colonizadores europeos, sobre aquellos africanos que fueron esclavizados. Y en pleno siglo XXI seguimos en ese proceso, en esa lucha continua.» Pasamos por debajo de la gran maraña de hormigón y acero que sostiene el asfalto de la gran circunvalación de Tulsa. Las paredes del túnel están decoradas con murales coloristas que reivindican justicia y que representan a robustos guerreros cheroquis emplumados.

Mi cicerone repite aquello de que ahora mismo pisamos territorio sagrado indígena, como para recordarme la nobleza del lugar, a pesar del aspecto lamentable que presenta. «Toda una serie de leyes urbanísticas han ido borrando a lo largo de los años la memoria de este lugar.» Así funciona la supremacía blanca: borra la memoria, cambia el pasado a fuerza de excavadora y hormigonera. «Es a lo que estamos acostumbrados en muchos lugares de Estados Unidos y aquí en Oklahoma en particular: ordenanzas, planes urbanísticos y expropiaciones que tienen como único objetivo deshacer o debilitar a ciertas comunidades.» Aunque no se lo comento para

no herir su sensibilidad, por un instante me parece patética la solución de construir precisamente en este lugar un pequeño parque memorial para recordar la tragedia ocurrida aquí hace casi un siglo, porque ese pequeño parque se encuentra asfixiado en medio de un inmenso monumento consagrado precisamente a la desmemoria, al olvido. Aunque también se puede ver como un ejercicio de resistencia extrema, que es como lo ve Vanessa: resistencia a la desmemoria. El estruendo de los descomunales tráileres que cruzan Estados Unidos de costa a costa simboliza ese olvido, el de todo un país: pasan a toda velocidad por encima de este lugar, sin reparar en la historia ni en los errores del pasado.

La columna de Trajano fundida con un gran tótem indígena. Así luce el elemento central del Parque de la Reconciliación. El espacio de jardines y esculturas encajonado entre puentes y ruidosas autopistas fue construido en 2001 por mandato de la Comisión de Investigación sobre los Disturbios Raciales de Tulsa. Pretende ser un canto a la diversidad, a la convivencia. El parque memorial lleva el nombre de John Hope Franklin, un historiador afroamericano de Oklahoma que vendió millones de ejemplares de su obra *From Slavery to Freedom* [De la esclavitud a la libertad, 1947]. Entre aromáticos arbustos de romero y lavanda, bajo el continuo estrépito de los camiones que casi nos sobrevuelan, Vanessa tiene que gritar para explicarme el significado de la columna, que cuenta en espiral, de abajo hacia arriba y a través de bajorrelieves, la historia de los afroamericanos que fueron llegando a esta remota parte del mundo. La primera escena transcurre en algún lugar de África y continúa con el drama de la esclavitud. Hileras de africanos encadenados con grilletes ya al otro lado del océano. Hasta ahí, todo previsible.

Para mi asombro, los bajorrelieves de la columna también cuentan un episodio que desvela otra cara de algunos pueblos indígenas, muy diferente —o quizá complementaria— a la que narra la exposición del Centro Cultural sobre los *freedmen* . Antes de ser desplazados a la fuerza desde sus tierras originales en el Sureste de Estados Unidos, cheroquis, choctaws, creeks, semínolas y chickasaws recibían el nombre de las Cinco Tribus Civilizadas. Los blancos de origen europeo los llamaban así porque habían adoptado algunas costumbres de los colonizadores, como la posesión de esclavos. Cuando, a pesar de ser considerados los «indios buenos», todos esos pueblos fueron masacrados o expulsados de sus tierras por el doloroso *Sendero de las Lágrimas* (el gran éxodo indígena ocurrido en 1838),

también trajeron a sus esclavos negros hasta Oklahoma. Una historia con moraleja sobre la condición humana, le digo a Vanessa: incluso debajo de los más oprimidos, siempre queda sitio para alguien más.

«Creo que no has entendido nada —me responde con una medio sonrisa—. Este monumento simboliza la reconciliación.» Me quedo un rato pensativo. Efectivamente, no lo he entendido. Que me perdone el artista.

7

Primero de mayo de 2015. *May Day* . Han pasado veinte días desde el «paseo mortal» de Freddie Gray en un furgón policial. Veinte días de tensión, violencia y desaliento para la comunidad afroamericana. Pero el sol volverá a salir hoy en Baltimore. No es que sea un día especialmente luminoso, ni las previsiones meteorológicas han anunciado altas temperaturas, pero hoy se abrirá un pequeño claro en ese cielo encapotado. Ante el ayuntamiento de la ciudad, en pleno centro de Baltimore, se alza el Memorial de la Guerra, un edificio neoclásico rodeado de esculturas que representan criaturas mitológicas. Tan mitológica como los caballos acuáticos y esfinges puede sonar para algunos la estatua al soldado negro que mira hacia el memorial desde el otro lado del parque. El uniformado afroamericano sostiene en sus manos una guirnalda y una banda donde se pueden leer los años de las guerras en las que han combatido soldados negros en nombre de Estados Unidos, desde la guerra de Independencia hasta Vietnam.

Frente a esa estatua, a las puertas del Memorial de la Guerra, un enjambre de reporteros aguarda la comparecencia de la fiscal general Marilyn Mosby. Todavía se escuchan en los alrededores los gritos de los manifestantes que día tras día siguen reivindicando justicia para Freddie Gray: «¡No habrá paz sin justicia!», gritan exhaustos. Piden que el estado de Maryland impute por homicidio a los agentes que participaron en la detención y muerte del joven de Sandtown, y saben que hoy podría haber noticias. Las cámaras de los principales canales de televisión por cable del país están encendidas, preparadas para conectar en directo con los estudios centrales y ofrecer la rueda de prensa de la fiscal. «Si no hay imputaciones, Baltimore arderá de nuevo, y esta vez solo quedarán las cenizas», me susurra un periodista de un diario local con la libreta y el bolígrafo preparados. La decisión está en manos de la fiscal más joven de una gran ciudad de Estados Unidos. Treinta y cinco años, mujer, afroamericana. Un perfil poco habitual, poco previsible en un mundo dominado por hombres blancos con canas. Mosby ni siquiera lleva un año en su puesto y ya se

enfrenta a la decisión más importante de su carrera. Baltimore entero y millones de ciudadanos en todo el país esperan con ansiedad su decisión. Entre ellos, en el despacho oval, el presidente Obama.

Marilyn Mosby desciende los peldaños del Memorial de la Guerra uno a uno, con paso firme. Es evidente que trata de disimular sus nervios. Vestida con americana negra, camisa blanca y un collar de gruesas perlas doradas, a la joven fiscal le tiembla la voz cuando por fin alcanza el atril adornado con el sello de la Fiscalía del estado de Maryland y comienza a leer de un papel. Conforme avanza en la lectura de los argumentos legales sobre el caso, su voz va ganando confianza hasta inflamarse en una especie de Beyoncé de los ministerios fiscales. Entonces lanza la bomba que muchos estaban esperando.

«Nuestra investigación exhaustiva e independiente, contrastada con los exámenes médicos que concluyen que la muerte del señor Gray fue un homicidio, nos lleva a pensar que hay una causa probable para interponer cargos criminales.» Esas últimas palabras de Mosby —«cargos criminales»— son interrumpidas por gritos de alegría y aplausos. La Fiscalía de Maryland acusa a los seis agentes de policía que tomaron parte en la detención y el traslado del joven: Garrett Miller, Brian Rice y Edward Nero, por un lado, y Caesar Goodson, William Porter y Alicia White por otro. Los seis agentes serán detenidos y encarcelados más tarde bajo las acusaciones de homicidio involuntario y mala conducta. El agente que conducía el furgón, Goodson, se lleva la peor parte, con una acusación de asesinato en segundo grado.

En sus argumentos, la fiscal deja claro que Freddie Gray «no cometió ningún delito». La navaja plegable que llevaba en el bolsillo y por la que decidieron arrestarlo es perfectamente legal en el estado de Maryland; no hubo ninguna conducta criminal más allá de salir corriendo cuando se encontró de bruces con los agentes en bicicleta. Detenido ilegalmente, atado de pies y manos con esposas y grilletes, «el señor Gray dijo a los policías en repetidas ocasiones que no podía respirar y pidió un inhalador que nunca llegó; los agentes no le ofrecieron ninguna asistencia médica». Hasta que fue demasiado tarde y entró en coma. Seguramente nunca se sabrá cómo le rompieron el cuello a Freddie, pero para la fiscal Mosby hay claros indicios de delito.

La imputación de agentes uniformados por brutalidad policial ha sido algo inaudito en Estados Unidos durante décadas, y aún en 2015 los casos que terminan en los tribunales son contadas excepciones. Se calcula que entre 2005 y 2016 unas once mil personas murieron a manos de la policía, aunque no hay cifras oficiales. El cálculo es del equipo de investigación dirigido por Philip Stinson, profesor de Justicia Criminal en la Universidad Estatal de Bowling Green, Ohio, quien ha basado su recuento en datos del Departamento de Justicia, entre otras fuentes. El *Washington Post* , a raíz de las muertes de Michael Brown y Freddie Gray, comenzó a realizar un recuento exhaustivo de casos de violencia policial con resultado de muerte basado en informaciones periodísticas y fuentes oficiales. Según ese recuento, solo en 2015 los diferentes cuerpos policiales de Estados Unidos habían matado a 995 personas, aproximadamente la mitad de ellas hombres blancos (497), pero con una incidencia proporcionalmente mucho mayor en el colectivo negro (259) y latino (172). En otras palabras, si eres negro o latino el riesgo de que te mate la policía se incrementa en un 250 %. De los once mil homicidios policiales documentados por el profesor Stinson en una década, solo veintiséis agentes resultaron condenados. En total hubo setenta y siete imputaciones de policías, pero la gran mayoría fueron absueltos. En la inmensa mayoría de los casos una investigación interna concluye que la muerte ha sido resultado del ejercicio legítimo de la violencia y no se abre ningún procedimiento contra los responsables. Salvo esas raras excepciones, los agentes homicidas vuelven a sus puestos de trabajo sin haberse sentado ante un juez. Veintiséis condenas en once años: una gota de agua insignificante en un océano de miles de muertes a manos de la policía. Por eso, lo que está ocurriendo en Baltimore hoy es una excepción y motivo de celebración para quienes denuncian en las calles la brutalidad policial.

«Mi querido abuelo, recientemente fallecido, fue uno de los fundadores de la primera organización policial negra del estado de Massachusetts», ha explicado Marilyn Mosby al final de su intervención al pie del Memorial de la Guerra. Quiere llevar el caso Freddie Gray al terreno personal para calmar los ánimos de unos y otros. Se identifica por un lado con los policías, porque Mosby viene de una familia de uniformados; pero también busca la simpatía de los jóvenes negros de West Baltimore, con los que comparte una infancia que en su caso transcurrió en los barrios pobres de Boston: «He escuchado vuestra llamada reivindicando que no hay paz sin

justicia, pero vuestra paz es sinceramente necesaria mientras trabajo en nombre de este joven para que se haga justicia». Esa misma tarde las calles de Baltimore responderán al llamamiento de la fiscal con celebraciones en los mismos lugares donde días antes volaban los botes de humo y los cócteles molotov. Por fin unos tímidos rayos de sol se han colado entre los nubarrones que cubren esta ciudad. Y el país toma un breve respiro.

El presidente Obama no tarda en dirigirse a los ciudadanos desde la Casa Blanca, consciente de que la paz está en juego. Quizá por eso se cuida de no tomar una posición demasiado definida: «Lo único que piden los estadounidenses es conocer la verdad sobre el caso Freddie Gray». Eso es todo, amigos. Obama siempre caminó sobre la cuerda floja ante el conflicto racial. No les falta razón a quienes critican su posición equidistante con la violencia policial y el racismo. Desde el asesinato racista de Trayvon Martin en 2012, Obama hizo equilibrios imposibles: «Si yo tuviera un hijo se parecería a Trayvon», se limitó a decir entonces sin tomar ninguna medida, indignando a blancos y a negros por igual.

Además del propio presidente de Estados Unidos, las dos personas que representan a la acusación contra los policías que detuvieron a Freddie Gray, la fiscal de Maryland Marilyn Mosby y el fiscal general Eric Holder, son también afroamericanos. Igual que la alcaldesa de Baltimore, Stephanie Rawlings-Blake. Una circunstancia que nunca se había dado antes en un caso de violencia policial contra minorías raciales. Holder ha anunciado una investigación federal, porque los derechos civiles de Freddie Gray pudieron ser violados. Pero esa investigación se cerrará un año y medio después, heredada por el Departamento de Justicia de Donald Trump. Su fiscal general Jeff Sessions decidirá dar por terminada la investigación sin abrir un proceso judicial. Pero antes de que todo eso ocurra, las acusaciones de la fiscal Mosby prosperan ratificadas por un Gran Jurado. Habrá juicio.

Han pasado nueve meses desde los disturbios de Ferguson y las reivindicaciones del movimiento antirracista nacido durante el verano de 2014 empiezan a cristalizar en propuestas concretas. Una de las más importantes es la creación de una fiscalía especial para investigar los casos de violencia policial. Porque, como ocurrió en Ferguson con la muerte de Michael Brown, el procedimiento del Gran Jurado impide que los tribunales juzguen la inmensa mayoría de casos. En Ferguson, un jurado formado por nueve ciudadanos blancos y tres negros decidió no imputar al agente Darren

Wilson, y el caso murió ahí. Además, el fiscal general de Estados Unidos, que inició una investigación para determinar si se violaron los derechos civiles de Brown, acabó dando credibilidad a la versión del policía, que siempre declaró haber actuado en defensa propia a pesar de que el adolescente no iba armado. Sin pruebas ni testimonios que lleven a pensar que hubo motivos racistas explícitos en la actuación del policía —algo muy difícil de demostrar—, el Departamento de Justicia no tiene caso. Pero para movimientos como Black Lives Matter, el propio sistema policial es racista, y por eso debería haber una fiscalía especial en Washington encargada de velar por los derechos civiles. Una propuesta que nunca se tomó en serio el Gobierno de Barack Obama.

Las medidas anunciadas por el presidente contra la impunidad policial fueron mucho más modestas: cursos de formación para los distintos cuerpos policiales del país y un programa piloto para que los policías estén obligados a llevar en todas sus actuaciones una cámara de vídeo en la solapa. El presidente pidió al Congreso 263 millones de dólares para los cursos dirigidos a policías y para comprar el equipamiento necesario. Esa última propuesta entusiasmó a la industria armamentística estadounidense, que vio un prometedor filón de negocio: cámaras de vídeo para el millón de policías que patrullan el país. Gracias a Obama, empresas como Taser, fabricante de armas no letales como la famosa pistola de electrochoque utilizada por policías de todo el mundo, pasaron a vender con desenfreno «tecnología no-violenta». Taser, llamado ahora Axon, es el principal suministrador de cámaras de solapa para las fuerzas de seguridad de Estados Unidos. Pero más allá de las cámaras físicas, Axon desarrolla también la infraestructura informática para almacenar «en la nube» y gestionar las imágenes grabadas. Y ahí es donde está el negocio. Otras empresas, como Centinel, han llevado la idea más allá, incorporando cámaras de vídeo al cañón de sus pistolas. Pero las *body cams* ya no son un juguete exclusivo de la policía. En 2017 Axon lanzó la línea de cámaras de solapa para civiles llamada *Axon Citizen* , con el propósito de que cualquier ciudadano pueda llevar una cámara de solapa que grabe y almacene las veinticuatro horas del día todo lo que se cruce en su camino. Toda una pesadilla orwelliana fruto de la respuesta de Obama a las protestas contra la violencia policial.

Gracias a ese fervor mercantilista de industria y administración, las cámaras de solapa se están convirtiendo en algo habitual en Estados Unidos y poco a poco también en otros países del mundo. Sin embargo, al menos durante los primeros años de puesta en marcha del sistema, no se conoce ningún caso en el que los miles y miles de gigabits grabados por las cámaras policiales hayan servido para resolver ni un solo caso de violencia policial.

Obama quiso acabar con la creciente militarización de las diferentes policías del país, que cuentan con equipamiento militar procedente del ejército, pero fracasó en el intento. Entre otras cosas, porque el propio Gobierno federal a través del Pentágono ha seguido suministrando ese tipo de armas y vehículos a las policías locales. El presidente veía la necesidad de pasar de una «cultura militar» a una «cultura policial comprometida con la comunidad». Pero tampoco parece que los cursos de formación impartidos por el Gobierno hayan mejorado las estadísticas, aunque en los meses posteriores a Ferguson el Gobierno de Obama se esforzaba por demostrar las bondades de sus nuevas medidas encaminadas a «crear confianza entre la policía y las comunidades minoritarias en todo el país».

Con ese propósito propagandístico, en diciembre de 2014 recibí una invitación del Departamento de Estado dirigida a periodistas extranjeros. El Gobierno de Obama nos invitaba a visitar el Departamento de Policía de Camden, Nueva Jersey, para patrullar junto a sus agentes uno de los barrios más peligrosos de Estados Unidos. El suburbio de North Camden, con un índice de criminalidad superior al de Honduras, es el West Baltimore de Filadelfia, «el barrio conflictivo al este del río Delaware», y su departamento de policía es uno de los laboratorios utilizados por el Gobierno federal para impulsar una nueva «cultura policial» que acabe con el racismo y los abusos policiales. Acepté la invitación, y en pocos días me encontraba dentro de un coche patrulla recorriendo «la avenida de la heroína».

Hacía frío y llovía. Apenas se veía gente por la calle. Entre comunicaciones por radio con la central, el agente Vega, al volante de su *cruiser* , me explicó que el 95 % de la población de North Camden es negra y latina, y que el objetivo de su departamento es reducir la represión para fomentar la colaboración con la comunidad. «Tratamos de comunicarnos mejor con las familias del barrio, para que nos conozcan y nos podamos ganar su confianza.» Es cierto que en pocas semanas se consiguió reducir el

número de incidentes con la policía, pero los habitantes de este suburbio pobre de Filadelfia no creen que la situación haya mejorado: «Esta misma semana las bandas han matado a un chico en esta misma calle —se dirigió a mí con cierta desconfianza un vecino desde el porche de su casa—, no creo que estos cambios vayan a mejorar la seguridad del barrio.»

Cuando volvimos a la comisaría, el jefe Scott Thomson nos explicó que las pautas del Gobierno federal recomiendan «relajar» la aplicación de la ley en algunos casos para evitar conflictos. «A veces la tolerancia cero es cero sentido común, porque si sales al barrio a implementar todas las normas escritas, inevitablemente vas a chocar con ellos y la comunidad se va a volver contra ti.» Ese argumento, el de la supuesta «policía blanda» de Obama, será utilizado en la campaña electoral de 2016 por el candidato Donald Trump bajo su promesa de volver a los tiempos de la «ley y el orden». En un discurso ante agentes uniformados en Long Island en 2017, el ya presidente Trump invitó a los policías a ser «más duros» con los detenidos: «Cuando empujéis a los detenidos dentro del furgón policial os pido por favor que no seáis demasiado amables con ellos».

Conforme el mandato de Obama consumía su recta final hacia las elecciones de 2016, subía el volumen de las críticas de todos los flancos a su gestión de la violencia excesiva ejercida por la policía. Los republicanos, y algunos demócratas que intentaban alejarse del presidente, denunciaban su tibieza ante el crimen y el desamparo institucional de las fuerzas del orden. Los grupos a favor de los derechos civiles criticaban lo contrario, la pasividad del presidente ante un fenómeno que iba dejando un reguero de muerte y dolor en la comunidad negra. «Obama ha fallado a las víctimas del racismo y de la brutalidad policial —dijo el conocido intelectual antirracista Cornel West, seguidor de Bernie Sanders, en plena campaña electoral—. El presidente y sus acólitos han renunciado a hacer frente a los profundos problemas sistémicos que sufre nuestro país; como ha venido ocurriendo históricamente, la supremacía blanca ha vuelto a detener el desarrollo pleno de la democracia.»

8

Podía haber empezado este libro en Ferguson, Misuri, durante los disturbios del verano de 2014. En realidad, esa era mi intención cuando me senté a escribirlo por primera vez. Pasé varios días en Ferguson —una localidad cercana a los suburbios de Saint Louis, a orillas del río Misisipi— tras la muerte de Michael Brown a manos de la policía, donde cubrí para EiTB las multitudinarias protestas y los disturbios raciales. En los años posteriores, cada vez que he pasado por Misuri he vuelto a Ferguson, donde me mantuve en contacto con activistas locales del movimiento Black Lives Matter y representantes de la comunidad. Finalmente me decidí por trasladar el eje de mi relato a Baltimore y profundizar algo más en el caso de la muerte de Freddie Gray porque me ofrecía una mejor perspectiva de los cambios que estaban ocurriendo en Estados Unidos durante la recta final de la era Obama. Ferguson fue el detonante; Baltimore, la consolidación de un movimiento que abrió un nuevo capítulo en la historia de la lucha por los derechos civiles en Estados Unidos.

No hay duda de que el nombre de Ferguson ha quedado grabado en el imaginario popular estadounidense en los primeros años de un milenio que arrancó con el apocalipsis de las torres gemelas. Otro icono estadounidense. La gorra roja de los Cardinals de Saint Louis que vestía Michael Brown cuando fue abatido por las balas, las gasolineras en llamas, los pastores metodistas rezando ante los militares de la Guardia Nacional armados hasta los dientes, la ira negra una vez más. Como en Chicago durante el *Verano Rojo* de 1919, los disturbios raciales de 1968 en Washington o Los Ángeles en 1992. Son imágenes que acompañan a la película de la historia de este país. No es una película bonita, ni siquiera épica, y no augura un final feliz. En las barriadas pobres de Misuri, como en el resto del país, nadie cree en los finales felices ni en la épica, ni en promesas de sueños americanos con las que Hollywood satura nuestras retinas.

Cuando llegué por primera vez a la calle donde Brown, desarmado, fue tiroteado por el policía Darren Wilson, las velas derretidas aún conservaban la llama junto a ramos de flores envueltos en plástico, mensajes escritos en papeles de colores y osos de peluche que formaban un memorial

improvisado sobre el asfalto de Ferguson. La gorra roja de los Cardinals seguía ahí, en el suelo, como un fetiche, como si nadie se atreviera a tocarla. «Perdón por mi lenguaje —me dijo un joven que observaba la escena con las manos en los bolsillos—, pero los hijos de puta que han matado a mi hermano Mike lo van a pagar caro.» Sobra decir que quien pegó seis tiros a Michael Brown en ese mismo lugar ni siquiera llegó a sentarse ante un juez. El agente Wilson tenía entonces veintiocho años. Es blanco. El Ku Klux Klan organizó una colecta para su familia a pocos kilómetros del lugar del tiroteo. Lo más descorazonador es que los grupos a favor de la policía, incluidos los supremacistas, consiguieron recaudar cien mil dólares más que lo recibido por la familia de Brown para hacer frente a los gastos del funeral de su hijo de dieciocho años. El dato es muy revelador. En lugares como esta zona de Misuri no hace falta pertenecer al Klan para ser capaz de abstraerse del dolor de una familia de color que acaba de perder a su hijo a pesar de vivir en la misma ciudad. Simplemente porque no los ven como vecinos, ni siquiera como compatriotas. No hay cohabitación: las dos comunidades se dan la espalda. La segregación sigue siendo un hecho y las vallas se alzan cada vez más altas. Esa apatía entre comunidades convierte a los barrios blancos y negros también en compartimentos estancos emocionales, en dimensiones paralelas entre las que la comunicación y la empatía son una quimera.

«¿Qué podemos hacer ante esta situación? ¡Nada! Solo nos queda rezar.» La resignación de Taleesha, de quince años, la comparten Bryan, Deeshon y Lamandris, tres amigos de su misma edad, vecinos de Michael Brown. Viven en la misma calle donde lo mató el agente Wilson, ahora cubierta de una larga hilera de rosas. Sentados en las escaleras de madera donde pasan horas «hablando de sus cosas», se refieren continuamente a los policías blancos como «esos bastardos». Todos estos chicos y chicas, sin excepción, se han sentido acosados en su propio barrio. «A veces pasa un coche patrulla y los bastardos nos insultan, sueltan juramentos para que les respondamos, nos provocan, y cuando les decimos algo salen y nos arrastran al coche policial», dice Bryan sin perder su sonrisa gamberra de adolescente. La desconfianza hacia la policía es total. En Ferguson siete de cada diez residentes son negros, pero de los cincuenta y cuatro agentes de policía que había en 2014, cincuenta y uno eran blancos. Solo tres agentes negros. Uno de ellos, hasta entonces encargado exclusivamente de labores de control del tráfico, fue nombrado nada menos que portavoz del

Departamento de Policía de Ferguson a raíz de los disturbios raciales. El jefe Thomas Jackson, que comparte nombre con uno de los generales confederados más conocidos de la Guerra Civil, se escondió detrás de su único subordinado negro, Ron Johnson, durante toda la crisis. El presentador estrella de la CNN Anderson Cooper llegó a decir en directo que «el jefe de la policía huye de las cámaras como una cucaracha». Jackson acabó dimitiendo en marzo de 2015, mientras las últimas palabras de Michael Brown seguían resonando en las calles de Estados Unidos y en medio mundo: «¡No dispare!».

Conforme pasan los días, los disturbios y los enfrentamientos violentos con la policía se van calmando y las manifestaciones pacíficas van perdiendo gas. Durante el día soportamos más de cuarenta grados a la sombra y la humedad en el ambiente es inaguantable. Por eso, la mayoría de las protestas comienzan al atardecer y durante la noche. Aún así, los manifestantes transpiran y se abanican mientras corean los mismos lemas contra la violencia policial y el racismo. Ha venido hasta Ferguson gente desde lugares muy distantes, desde Seattle en el Pacífico o Carolina del Sur en la costa atlántica. Activistas de todos los colores unidos en torno a una causa. La mayoría son jóvenes miléniales armados con teléfonos móviles. Chicos y chicas que abrazan ese nuevo movimiento extendido a través de las redes sociales conocido ya como Black Lives Matter. Se mezclan con los viejos popes de la Asociación Nacional para el Progreso de las Personas de Color (NAACP, por sus siglas en inglés) y líderes de los derechos civiles como el reverendo Al Sharpton. También han venido representantes de la Nación del Islam o los Panteras Negras, con sus uniformes paramilitares negros, botas del ejército y sus banderas rojas, verdes y negras. Algunos de ellos van armados.

«Es el único camino; tenemos que tomar las armas frente a la represión blanca», me dice Krystal Muhammed, líder del Nuevo Partido Pantera Negra venida a Ferguson desde Houston, Texas. Un grupo de uniformados me ha conducido hasta su «base provisional», donde me espera ella. Desde ese lugar, los paramilitares uniformados organizan patrullas para «mantener el orden» frente a la ocupación policial y militar. Muhammed evita sonreír o mostrar cordialidad cuando me ve llegar. Más tarde observaré que es su

pose habitual frente a los subordinados, quienes a su vez siguen el guion posando también con sus armas semiautomáticas y sus gafas oscuras, un *look* a medio camino entre estrellas del hiphop y guerrilleros congoleses.

Krystal Muhammed es una mujer menuda y redonda, con su boina negra calada sobre los rizos nubios y una línea de ojos marcada y larga que me recuerda a la Cleopatra interpretada por Elizabeth Taylor. Una cruz egipcia o *ankh* cuelga de su cuello y se asoma entre las solapas del chaleco táctico negro. Su uniforme militar luce el símbolo del partido: un mapa de África sobre el que ruge una pantera negra y bajo el que se puede leer «Libertad o Muerte», el lema del movimiento. Se reivindican como sucesores del Partido Pantera Negra original —fundado poco después del asesinato de Malcolm X y disuelto en los años ochenta—, aunque los históricos líderes marxistas-leninistas reniegan de ellos. «Somos fundamentalmente una organización nacionalista negra —se presenta Muhammed— y luchamos por el derecho de autodeterminación de la población africana de Estados Unidos.» Para lograr ese objetivo, reclama el derecho a llevar armas de fuego a la vista, «porque el enfrentamiento será inevitable si queremos lograr la independencia y la libertad. Debemos estar preparados».

La violencia ha separado históricamente a las dos grandes ramas del movimiento negro en Estados Unidos. Al menos así nos lo cuentan las crónicas oficiales. La resistencia no violenta de Martin Luther King frente a la confrontación alentada por Malcolm X, o más tarde los Panteras Negras. Quizá haya algo de cierto en esa visión, pero el relato oficial y políticamente correcto nos ofrece una versión «apta para todos los públicos» del socialista reverendo King. Pasa por alto cómo la mayoría de la población blanca veía en los años sesenta al padre de los derechos civiles y a sus seguidores. King era un gran admirador de Mahatma Ghandi y su filosofía pacifista, sí, y concebía la no violencia y la contención como una estrategia. Era lo que predicaba a los cuatro vientos. Sin embargo, nunca renunció a la confrontación directa con los supremacistas y las fuerzas policiales. Las movilizaciones a favor de los derechos civiles lideradas por King muy a menudo acababan en disturbios. La mitad de la población estadounidense veía al líder de los derechos civiles como un radical peligroso —y no solo en el Sur—. Le acusaban de utilizar a niños como escudos humanos y de instigar enfrentamientos en las calles. Tuvieron que pasar dos décadas para que el presidente Ronald Reagan firmara la ley que

declaraba el tercer lunes de enero «Día de MLK», festividad federal a observar en todo el país. Desde entonces, todos recordamos al mártir por su discurso *I Have a Dream* y su compromiso con la no violencia.

«Este no es el movimiento a favor de los derechos civiles de tu mamá», advierten los miléniales de Black Lives Matter. Pero en realidad se parece mucho a lo que pasaba en las calles durante la guerra por los derechos civiles. «Black Lives Matter es un movimiento por los derechos civiles; en cambio, nosotros, los Panteras Negras, luchamos por los derechos humanos y la independencia de los afroamericanos», distingue Krystal Muhammed rodeada de paramilitares armados, distanciándose de BLM. Por un momento pienso que eso mismo separó a MLK y Malcolm X. No era una cuestión de estrategia, sino de fines en sí mismos. Uno luchaba por la igualdad entre estadounidenses blancos y negros mientras el otro tenía como objetivo liberar a los descendientes de los esclavos de la opresión colonial blanca.

En el fondo, el nuevo movimiento que toma las calles de Ferguson en 2014 tiene mucho en común con el que lideró King hace medio siglo. Más de lo que a muchos les gustaría admitir. Lucha contra las mismas injusticias y se encuentra con la misma respuesta. Eso sí, en un contexto radicalmente diferente, bajo un presidente negro que había prometido el fin del conflicto racial y protagonizado por una generación de jóvenes que prefieren las redes a los profetas. No es casualidad que Black Lives Matter no tenga un líder, un Martin Luther King del siglo XXI .

Todo empezó como empiezan los fenómenos sociales en tiempos de Twitter y Facebook, con un *hashtag* . Un mensaje repetido miles de veces en las redes sociales se hizo viral ya un año antes de la muerte de Michael Brown: #BlackLivesMatter. En julio de 2013, el guardia de seguridad que mató al joven negro Trayvon Martin en Sanford, Florida, fue absuelto de toda responsabilidad por un jurado popular. La respuesta de la comunidad negra fue incendiaria, y entonces comenzaron a aparecer los mensajes en las redes. Hay que escarbar un poco para encontrar nombres y apellidos en el origen de esos mensajes. Alicia Garza, Opal Tometi y Patrisse Cullors son tres mujeres afroamericanas nacidas a principios de los ochenta en California y Nueva York. Garza escribió una carta dirigida a quienes sufren la violencia policial en la que declaraba que «las vidas de los negros importan». La colgó en su muro de Facebook. Su amiga Cullors convirtió la frase de Garza en *hashtag* y la activista Tometi tomó el lema recién nacido

para hacerlo viral. Pronto empezaron a aparecer los carteles y las camisetas. En las manifestaciones, en los campus universitarios, en los barrios pobres de Baltimore, Filadelfia o Chicago. Había nacido un movimiento que denunciaba la brutalidad policial contra las minorías y que daría continuidad a la lucha por los derechos civiles. En las calles de Ferguson se produjo la eclosión.

Los intelectuales cercanos a Black Lives Matter beben de las fuentes clásicas del progresismo afroamericano, de la tradición del exesclavo abolicionista Frederick Douglass, la activista antisegregación Ida B. Wells o el padre del panafricanismo W. E. B. Du Bois, pasando por el pacifismo de Martin Luther King y el radicalismo de Malcolm X. Pero también incorporan nuevos principios presentes en el movimiento izquierdista contemporáneo. La diversidad, el globalismo, la lucha feminista o la defensa de los derechos de las personas transgénero son parte del ideario del grupo. Además, su radio de acción va más allá de las fronteras estadounidenses, con divisiones presentes en el Reino Unido o en Sudáfrica. El escritor Ta-Nehisi Coates es uno de esos «intelectuales de BLM». Coates no es milénial. Pertenece a la Generación X, los nacidos en los años sesenta y setenta. Sus artículos en *The Atlantic* y su libro en forma de carta a su hijo adolescente *Entre el mundo y yo* (*Between the World and Me* , 2015) le han convertido en algo así como el James Baldwin del movimiento Black Lives Matter.

Entre el mundo y yo , publicado poco después de los disturbios de Baltimore, llegó a mis manos por recomendación de Rollie, una de mis contadas amistades «de Manhattan de toda la vida», judía y octogenaria. «Debes leer este libro, es muy revelador», me dijo con entusiasmo. A su edad, Rollie es una lectora irredenta que sigue la actualidad al detalle y no se pierde los estrenos teatrales de Broadway en el tiempo libre que le deja su labor comunitaria en la Sinagoga Central de la avenida Lexington. Su envolvente claridad de ideas me fascina en cada conversación. Desde la perspectiva de alguien que vivió en primera persona los años del activismo folk, el macartismo y la lucha por los derechos civiles, el libro de Coates seguramente no cuenta grandes novedades. Sin embargo, impacta en la conciencia colectiva estadounidense con la misma fuerza que un clásico de la literatura afroamericana: *La próxima vez el fuego* (*The Fire Next Time* , 1963), de James Baldwin. Ambos textos, de poco más de un centenar de

páginas, utilizan el género epistolar para denunciar el poder de la supremacía blanca, estructural en Estados Unidos: «La raza es hija del racismo, no su padre», escribe Coates. «El color no es una realidad humana o personal; es una realidad política», advertía Baldwin medio siglo antes.

Esa visión de Baldwin, remitida por carta desde 1963 a la generación milénial, cobra un nuevo sentido. Es pura actualidad. Especula con la posibilidad remota de un presidente negro «en cuarenta años», como vaticinó Robert Kennedy. A lo que Baldwin añade que incluso con un presidente negro nada cambiará, porque los liberales estadounidenses esperan que los afroamericanos consigan convertirse en iguales adoptando los valores que han llevado a la supremacía de los blancos. «Los estadounidense blancos encuentran las mismas dificultades que el resto de los blancos del mundo para despojarse de esa noción de que están en posesión de un valor intrínseco que los negros necesitan o quieren.» Por tanto, la solución no es que un negro como Obama consiga llegar a la Casa Blanca, como todos los presidentes blancos que le han precedido. La única solución al problema es que los blancos estadounidenses «se conviertan en negros», asegura Baldwin, que se pongan en su lugar. La única salida es el amor, «el amor como estado de gracia, no en el sentido infantil norteamericano de hacerse felices los unos a los otros, sino en el sentido más complicado y universal de búsqueda, audacia y crecimiento». Nada más lejos de lo que ocurre en Estados Unidos en 2015, con las calles en pie de guerra tras la muerte de Freddie Gray bajo custodia policial.

La próxima vez el fuego introduce otra clave que retomará con maestría Ta-Nehisi Coates en un ensayo que reclama «reparaciones para los negros estadounidenses» incluido al término de la presidencia de Obama en su libro de 2017 *We Were Eight Years in Power: An American Tragedy* [Estuvimos ocho años en el poder: una tragedia americana]. Recuerda los dos siglos y medio de esclavitud, los noventa años siguientes de leyes segregacionistas de Jim Crow, más seis décadas de políticas racistas: «Hasta que no saldemos nuestras deudas morales, Estados Unidos no será un país completo». La explotación de los negros, sugiere Coates, sigue siendo la base de la riqueza que perpetúa el poder de la supremacía blanca. Me viene a la mente el próspero Wall Street Negro de Tulsa, destruido por las bombas. O las políticas racistas de vivienda, de las que fue parte activa la Compañía Trump (como contaremos más adelante).

En ese contexto, el miedo activa una respuesta que, poco a poco, va calando entre la población blanca conservadora. A las calles tomadas por Black Lives Matter se une la percepción de la opresión que supone para los valores tradicionales cambios impulsados por un presidente negro en el poder: desde la indignante reforma sanitaria que pretende imponer poco menos que el socialismo hasta la terrorífica sentencia del Tribunal Supremo que desde 2015 legaliza en todo el país el matrimonio entre personas del mismo sexo.

Ese resorte, el del miedo, salta casi al mismo tiempo que las protestas por la muerte de Michael Brown en Ferguson. En un barrio de mayoría blanca de Saint Louis, no tan lejos de las calles donde patrullan los Panteras Negras, apenas a veinte kilómetros del memorial improvisado al que peregrinan miles de estadounidenses, se organiza otra protesta. Se han dado cita en un pub irlandés llamado Barney's y reclaman justicia para Darren Wilson, el policía que ha matado a Michael Brown. «Los héroes tienen derecho a defenderse», leo en uno de los carteles. Muchos conductores que pasan frente a la concentración pisan el freno y hacen sonar sus cláxones en solidaridad con los defensores del joven policía blanco. Mientras, un hombre barrigudo asa salchichas en una parrilla frente al pub y varias mujeres —todas familiares de policías— venden camisetas a veinte dólares en una colecta «para apoyar a la familia de Wilson». Según las emisoras de radio locales, llevan recaudados más de trescientos mil dólares. A su causa se ha unido el Ku Klux Klan local.

«Yo no sé nada del KKK —me dice una de las vendedoras de camisetas—, pero todo apoyo es bienvenido, desde luego.»

Un grupo de jóvenes se ha pintado gruesas rayas azules bajo los ojos, al estilo de los jugadores de fútbol americano. Reivindican «las vidas azules», es decir, las vidas de los agentes de policía que cada día se enfrentan al riesgo de morir tiroteados en las calles de Estados Unidos. Pronto se empezarán a ver carteles y camisetas con un nuevo lema: *Blue Lives Matter*. Argumentan que los «radicales» de Black Lives Matter alientan la violencia contra la policía —en plena campaña electoral de 2016, un ex pantera negra simpatizante de BLM mataría a cinco agentes en el centro de Dallas, Texas—. El candidato republicano Donald Trump hablará de una «guerra contra la policía» y propondrá cambiar el código penal para introducir la «pena de muerte obligatoria» en los casos de asesinatos de agentes de la autoridad, aunque el presidente no tenga

competencia para ello. Mientras, Trump blandirá en Twitter un gráfico falso donde se muestra que el 82 % de las muertes violentas de blancos ocurren a manos de negros. En realidad, ese porcentaje se reduce al 15 %. El eslogan que reivindica las «vidas azules» será una constante en los mítines de campaña del candidato republicano.

La guerra de los *matters* moviliza a miles de conservadores. Los más abiertamente racistas utilizan el lema White Lives Matter (Las vidas blancas importan), mientras los más bienintencionados abrazan el más inclusivo All Lives Matter (Todas las vidas importan). Sin embargo, los activistas antirracistas ven la idea de reivindicar la importancia de «todas las vidas» como el típico ejemplo de «daltonismo racial» presente en el discurso de muchos blancos, conservadores y liberales por igual. La fundadora de BLM Alicia Garza explica que el respeto a las vidas de los negros en Estados Unidos es una condición previa a la importancia de «todas las vidas». Se dirige así a quienes se niegan a anteponer las vidas de los negros: «Black Lives Matter no significa que tu vida sea menos importante; al contrario, significa que las vidas de los negros, vistas por la supremacía blanca como menos importantes, son fundamentales para tu propia liberación». Garza sintetiza en esas declaraciones el legado de James Baldwin —«la solución es que los blancos estadounidenses se conviertan en negros»— y el de las *reparaciones* de Ta-Nehisi Coates: «Hasta que no saldemos nuestras deudas morales, Estados Unidos no será un país completo».

9

Durante la campaña de las primarias de 2016, en vísperas del *supermartes* , acompañé al senador Bernie Sanders hasta Tulsa, donde el candidato de la izquierda demócrata dio un gran mitin ante más de quince mil seguidores (por aquel entonces el fenómeno *Feel the Bern* parecía imparable, destinado a conquistar la candidatura del Partido Demócrata que finalmente obtendría Hillary Clinton). Antes del acto de campaña, Sanders hizo una parada obligada en el centro-museo dedicado a un oklahomense ilustre, referente del antifascismo: el cantautor folk Woody Guthrie, el *cowboy* de Oklahoma. En aquella ocasión, con las prisas de la caravana electoral, no tuve tiempo de detenerme en el museo. Pero aquí estoy otra vez, dos años después, en un contexto político muy diferente. Oklahoma, 2018: Año Segundo de la era Trump.

Después de firmar debidamente en el libro de visitas del Centro Cultural de Greenwood y despedirme con un abrazo de mi excelente anfitriona Vanessa Adams-Harris, decido dedicar el resto de la tarde a conocer mejor a uno de mis personajes más admirados de la historia de la música estadounidense. Woody Guthrie, referente fundamental de grandes artistas como Bob Dylan, es uno de los poetas de la izquierda antifascista estadounidense que, como Abel Meeropol con *Strange Fruit* , han dejado huella en la historia del país. *This Land is Your Land* (*Esta tierra es tu tierra* , 1940) es su legado más conocido. Un himno anticapitalista, contra la propiedad privada de la tierra, escrito en Nueva York desde las ideas de un marxista de Oklahoma en plena Segunda Guerra Mundial y convertido más tarde en un canto patriótico comparable a la palpitante *America the Beautiful* o el mismísimo *Star Spangled Banner* (*La bandera adornada de estrellas* , himno nacional de Estados Unidos). Escolares de todo el país aprenden su letra; es una de las canciones más conocidas para el estadounidense medio. Me recuerdo con lágrimas de emoción en los ojos cuando mi hijo de seis años la cantó junto a sus compañeros de clase en el festival de fin de curso del colegio público neoyorquino en el que estudiaba.

Durante las elecciones de 1988, *This Land is Your Land* fue también la banda sonora de la campaña del republicano George H. W. Bush. El pobre Woody se revolvería en su tumba, intuyo.

> Esta tierra es tu tierra, esta tierra es mi tierra
> Desde California hasta la isla de Nueva York
> Desde los bosques de secuoyas hasta las aguas del Golfo
> Esta tierra se creó para ti y para mí

El estribillo se lo sabe todo el mundo en Estados Unidos. Habla de la grandeza del país y de la libertad, de valles dorados y de carreteras interminables. Valores con los que conecta cualquier estadounidense. Muchos años antes de que Jack Kerouac publicara *En el camino* (*On the Road* , 1957), Guthrie recorrió el país como un vagabundo y dio a su viaje forma de canción. En realidad, era su respuesta irritada a *God Bless America* , una canción patriótica que sonó hasta la náusea en todas las emisoras de radio a lo largo de los años treinta. En la letra original grabada por Guthrie hay unos versos —no tan conocidos por virtud de la censura durante los años de la inquisición anticomunista— en los que se condensaba el auténtico significado de *This Land is Your Land* :

> En el camino, me detuve ante un alto muro
> Un cartel rezaba «*Propiedad Privada* »
> Pero en el otro lado no decía nada
> Ese lado se creó para ti y para mí

Ese verso resucitó en 2009, en un gran concierto celebrado el día anterior a la investidura del presidente Barack Obama, en el memorial de Abraham Lincoln. Uno de los pocos camaradas de Woody Guthrie que llegaron con vida a presenciar la victoria del primer presidente negro de la historia, el cantautor Pete Seeger, se empeñó en que sonara en la Explanada Nacional la versión original del canto anticapitalista. Los coros góspel acompañaron a Seeger mientras millones de estadounidenses seguían aún intoxicados por la «esperanza» que prometía Obama.

Casi una década después de aquel momento tan lejano, la icónica melodía suena de fondo una y otra vez mientras paso minutos interminables admirando las guitarras de Guthrie, expuestas en las vitrinas del museo. Los instrumentos musicales con historia me han cautivado desde siempre. Nunca olvidaré que una vez me senté al piano de Elvis en el mítico Studio B de la discográfica RCA, en Nashville, Tennessee. Prohibido tocarlo, creo que decía el cartel. Por supuesto, no pude resistirme a rozar sus teclas

suavemente con las yemas de mis dedos mientras sonaban en mi mente las melodías que el Rey compuso allí mismo, pulsando esas mismas teclas. O en los antiguos estudios Sun Records de Memphis, donde pude admirar las Gibson, Martin o Gretsch con las que se grabaron los primeros temas de Johnny Cash o Roy Orbison. Santuarios como el *Hall of Fame* del rock and roll en Cleveland o el de la música country en Nashville han sido destinos ineludibles de mis viajes por Estados Unidos. He vuelto a ellos más de una vez. Como a este otro santuario, el de Woody Guthrie en Tulsa, Oklahoma.

Las famosas guitarras acústicas sobre las que el poeta *okie* escribía su icónica frase «esta máquina mata fascistas» (*This Machine Kills Fascists*) están custodiadas aquí, junto a miles de manuscritos y partituras originales. También está el violín que acompañó a Guthrie durante la Segunda Guerra Mundial y sobre el que grabó con ayuda de una navaja: «Esta máquina ha matado a diez fascistas». No se tiene constancia de que Guthrie entrara nunca en combate durante la guerra y él siempre negó haber empuñado un arma. En realidad, era cocinero en un buque de la marina mercante. Me pregunto cómo pudo haberse cargado a diez enemigos con un violín.

«Esta máquina acorrala al odio y le obliga a rendirse.» El lema de Pete Seeger, escrito sobre el cuero de su inseparable banjo, puede que sea menos pegadizo, más políticamente correcto y más rebuscado que la «máquina de matar fascistas» de Guthrie, pero tiene sin duda un cariz más pacifista y antimilitarista. Seeger, otra leyenda del folk estadounidense, fue amigo y camarada del *cowboy* de Oklahoma. Tuve el privilegio de conocerle en persona en Nueva York en agosto de 2013, durante la conmemoración del cuarto centenario del primer tratado internacional firmado en pie de igualdad entre un gobierno europeo y un pueblo nativo americano (en 1613, Holanda y las Cinco Naciones Iroquesas se comprometieron formalmente a convivir en paz, convirtiéndose en aliados comerciales). Seeger acompañaba al líder espiritual de la nación Onondaga, Oren Lyons, y a doscientos indígenas que descendieron el río Hudson en canoas hasta Manhattan para encontrarse, cuatrocientos años después, con el cónsul holandés y ratificar el tratado. Los Países Bajos y la Confederación Iroquesa volvían a firmar la paz de forma simbólica en la isla de Mannahatta (nombre original de Manhattan en lengua lenape). Seeger, siempre comprometido con los derechos de los pueblos indígenas, tenía entonces noventa y tres años. Solo le quedaba uno de vida. Sin embargo, conservaba un atisbo de juventud en su mirada cristalina y quizá en sus

formas desgarbadas de caminar. Vestido con una camiseta gris holgada y sandalias, el anciano compañero de andanzas de Woody Guthrie respondía a cada una de mis preguntas con una larga historia que poco o nada tenía que ver con el tema de la cuestión que le había formulado. Decían de él que siempre había sido un cuentacuentos magnífico, además de músico y activista. Doy fe de ello. Pero tengo que admitir que mi intento de entrevista con él resultó un fracaso estridente.

Woody Guthrie, Pete Seeger o Alan Lomax, «los *folkies* del Frente Popular», nunca fueron grandes músicos ni compositores prodigiosos. Sus melodías eran simples y repetitivas, y en cierto modo tenían un aire naíf. Lo mismo escribían canciones infantiles que dedicaban un poema épico a la francotiradora soviética Liudmila Pavlichenko, de la que se dice que mató a más de trescientos soldados alemanes durante la Gran Guerra Patria (así llaman los rusos a la Segunda Guerra Mundial). Sus letras eran directas, simples, herederas de la propaganda de guerra y la *agitprop* , pero muy efectivas. Alguien las ha comparado, con maldad, con *jingles* publicitarios, anuncios radiofónicos típicos de la época cantados por voces joviales e inocentes. Por tomar el ejemplo más conocido, *This Land is Your Land* y su melodía son minimalismo puro, letras y acordes básicos, toscos, al servicio del mensaje. Un antecedente lejano del *punk rock* comprometido. Eran los The Clash de los años cuarenta, y Woody Guthrie su Joe Strummer. Pero el rock no se había inventado todavía, y los músicos contemporáneos más cercanos a ellos se decantaban hacia el country y el *bluegrass.* Como Bill Monroe, que era infinitamente mejor intérprete sobre los escenarios. Los artistas del *folk revival* tenían mucho más en común con los escritores *beat* , con Jack Kerouac, William Burroughs o Allen Ginsberg: una década más tarde, bien entrados los años cincuenta, compartirían hábitat en el Village neoyorquino. Aunque ellos, los *folkies* , no acabarían como Ginsberg, deslizándose hacia la espiritualidad oriental, los porros y la contracultura *hippy* . Eran marxistas comprometidos con la lucha antifascista, ciegos entonces ante las atrocidades del estalinismo —Pete Seeger más tarde se arrepentiría de esa ceguera—, pero muy activos en la lucha por los derechos civiles y contra la segregación racial en Estados Unidos cuando Martin Luther King y Malcolm X apenas iban despertando a la edad adulta.

Woody Guthrie, el *redneck* comunista, nunca ocultó que su padre fue miembro activo del Ku Klux Klan en Oklahoma. Quizá por eso, una de las grandes batallas del hijo fue precisamente la lucha contra el racismo. Como

contaremos más adelante, esa lucha le llevará a enfrentarse directamente a Fred Trump, padre del futuro presidente Donald, a quien Guthrie llamaba *Old Man* Trump. Un personaje oscuro, una especie de supervillano de cómic llamado Roy Cohn, está en el centro de la siniestra conexión entre los antifascistas Woody Guthrie y Abel Meeropol con el clan Trump. Pero aún no hemos llegado a ese momento.

Acabo este capítulo sentado a la barra de un restaurante de carretera, en ruta hacia Dallas. Mañana temprano vuelo desde allí a Nueva York, a casa. Dejo atrás Oklahoma y sus historias sobre el Wall Street Negro, los indígenas esclavistas y libertadores de esclavos y las guitarras de Woody. Oklahoma también es, en 2018, el estado donde la popularidad de Donald Trump es más alta. El estado trumpista por excelencia. Mientras termino mi ración de costillas y mi cerveza, a mi lado un camionero de anchas patillas y gorra *trucker* me comenta, buscando conversación, lo bien que va la economía desde que Trump es presidente. Sorbe su Coca-Cola extragrande con profusión. La camarera, una arrugada señora de pelo rubio, responde por mí mientras pasa un trapo húmedo por la barra: «Vienen buenos tiempos, sí, porque con nuestro presidente dejarán al fin de robarnos los trabajos y estaremos más seguros… los chicos malos que cruzan la frontera sur del país ilegalmente tienen los días contados». Los chicos malos, «*those bad guys* », dice. Ya estamos con el discurso racista y xenófobo, pienso. Pero me callo. Dejo que fluya la conversación entre la camarera y el camionero y pido la cuenta. Mejor sigo mi camino. Mientras me acerco a la puerta de salida, me asalta la escena de *Abierto hasta el amanecer* . Fuera es noche cerrada. Me vuelvo por última vez hacia el camionero patilludo y la camarera arrugada. Al fin y al cabo, tampoco se trata de *hacer un Woody Guthrie* en un restaurante de carretera perdido en algún lugar de la frontera entre Oklahoma y Texas.

«¡La lucha contra el fascismo tiene que empezar aquí mismo!» Pete Seeger relataba la anécdota con entusiasmo. La recoge Noah Berlatsky en la revista *The Atlantic* : «Ocurrió en Baltimore, en 1942, después de un concierto contra Hitler en el que Woody Guthrie actuaba junto a los músicos Sonny Terry y Brownie McGhee. Cuando terminó la actuación, los organizadores se sentaron a cenar y dieron a Guthrie el lugar de honor a la cabecera de la mesa. A Terry y a McGhee —los dos negros— les ofrecieron

pasar a la cocina a comer algo. Guthrie, bendito sea, se cabreó tanto que empezó a volcar una a una las mesas del local mientras gritaba una y otra vez: ¡Esta lucha contra el fascismo tiene que empezar aquí mismo!».

10

Prince estrena esta noche una nueva canción dedicada a Baltimore: «¿Nos escucha alguien rezar por Michael Brown y por Freddie Gray? La paz es algo más que la ausencia de guerra». No ha pasado ni un mes desde la muerte de Freddie y el estadio Royal Farms de Baltimore se ha llenado de público, en su mayoría afroamericano. El ambiente es festivo, pero nadie está relajado. Los nervios siguen a flor de piel. A pesar de que la tensión se ha calmado en las calles desde la imputación de los seis policías, el toque de queda sigue en vigor. El anunciado como «Rally por la Paz» desafía las órdenes del gobernador, porque durará hasta más allá de la medianoche. «¡No al toque de queda!», gritan miles de personas que también corean el nombre del Príncipe del Funk y el de Freddie alternativamente.

La iniciativa de un concierto «que sirva para arropar a una comunidad herida por la brutalidad policial» ha partido del propio Prince, quien donará parte de la recaudación a organizaciones sin ánimo de lucro que trabajan con los jóvenes de West Baltimore. Entre los invitados hay caras conocidas del mundo del espectáculo, como Beyoncé, Jay-Z o Alicia Keys. Pero esta noche, sobre el escenario, va a nacer una nueva estrella a la que nadie esperaba. La otra Beyoncé, la de los tribunales, saluda a los miles de asistentes al concierto tímidamente. Prince la presenta ante el público: «Señoras y señores, ¡la fiscal del estado de Maryland, Marilyn Mosby!».

Mosby es la nueva heroína negra. Para algunos. Otros, como los abogados defensores de los policías imputados, piden al juez que la retire del caso por su falta de independencia. El antiguo fiscal de Baltimore, en un artículo de opinión demoledor publicado por el *Baltimore Sun* , lamenta la «incompetencia o bien falta de ética» de Mosby. La fiscal del cercano Distrito de Columbia, en Washington, la acusa de haber imputado un delito de asesinato en segundo grado a uno de los policías con el mero propósito de darse publicidad en los medios. Su aparición estelar en el concierto de Prince parece dar la razón a esas acusaciones. Las críticas más benévolas sugieren que Mosby acusó directamente a un policía de asesinato para calmar la situación en las calles. Su decisión no tiene precedentes y es

histórica, sin duda, pero al subirse al escenario bajo los focos del concierto de Prince, Marilyn Mosby ha optado por la vía utópica, casi kamikaze, siempre condenada a la frustración.

Cuando comienzan a sonar los acordes de *Purple Rain* y una intensa luz violeta se derrama por todo el estadio, se encienden una a una, como luciérnagas en una noche de verano, las luces blancas de miles de linternitas de móvil, los nuevos mecheros de los conciertos. Es el momento del discurso: «Si miráis a vuestro alrededor, veréis un sistema roto, y esta vez corresponde a los jóvenes arreglarlo. Necesitamos nuevas ideas, una nueva vida, una nueva paz», proclama Prince antes de sumergirse en un interminable solo de guitarra. La comunidad negra de Baltimore, entre el dolor y la esperanza, mece sus teléfonos móviles al ritmo de la música —«*purple rain, purple rain…* »— y por un instante todo parece estar en su sitio. No hay paz sin justicia. Sin embargo, quizá por el significado apocalíptico de la lluvia púrpura, ese concierto marcará el principio del fin de un breve paréntesis en Baltimore, así como en el resto del país. Las esperanzas se irán marchitando conforme avanzan los tres juicios que se celebrarán contra los policías que detuvieron a Freddie Gray, aunque en ese momento de enajenación colectiva transitoria nadie intuya el desenlace final. Igual que nadie sospecha que a Prince, enredado en las cuerdas de su guitarra, le queda menos de un año de vida.

Todavía resonaban los ecos de *Purple Rain* en Baltimore cuando los titulares urgentes en pantallas de televisión y alertas de *breaking news* en los dispositivos móviles nos devolvieron a la cruda realidad. Otra masacre. La historia se volvía a repetir. Cada celebración, cada espejismo de victoria en la lucha por los derechos civiles viene acompañada de un mazazo. La violenta reacción de la omnipresente supremacía blanca, recordándonos que su presencia es una constante en los dos siglos y medio de existencia del país. Esta vez en Carolina del Sur.

La iglesia metodista episcopal africana Mother Emanuel de Charleston reúne desde 1816 a la congregación cristiana afroamericana más antigua al sur de Baltimore. Su imagen, un edificio neogótico de campanario puntiagudo pintado en blanco resplandeciente, es la imagen de la dignidad y del orgullo doloroso de ser negro en el Sur de Estados Unidos. Los esclavos que la fundaron sufrieron la ira blanca en varias ocasiones. Acusados de organizar una revuelta contra sus amos, decenas de miembros de la

parroquia Emanuel fueron ahorcados en 1822 como represalia y las llamas prendidas por las antorchas de las masas enfurecidas redujeron la iglesia original a cenizas. La congregación pasó a reunirse en la clandestinidad durante décadas, hasta después de la Guerra Civil y la abolición de la esclavitud, cuando se reconstruyó el templo. El 17 de junio de 2015, el viejo Gran Arácnido volvió a derramar la sangre de los descendientes de aquellos esclavos ejecutados en la horca casi dos siglos antes.

La Ruta 17 entre Savannah y Charleston recorre parte de la costa pantanosa de Georgia y Carolina del Sur, una zona infestada de caimanes. Sus restos se pueden ver en los arcenes de la carretera. A veces hay que esquivarlos en medio del asfalto pintado con rayas amarillas. Desde pequeños reptiles con la cabeza aplastada por las ruedas de un tráiler hasta un enorme aligátor inmóvil, no se sabe si vivo o muerto, asomando sus colmillos entre la vegetación. El calor pegajoso de salitre y las emisoras de música country acompañan a un paisaje adornado con carteles que anuncian tiendas de armas y locales para practicar tiro. También iglesias que prometen una salvación de saldo junto a inmensas fotografías de abogados sonrientes intentando convencerte de que si has tenido un accidente de tráfico y has resultado herido puede que sea tu día de suerte: «Obtenga hasta 150 millones de dólares en indemnizaciones», se vende uno de los picapleitos encorbatados. Los carteles de bufetes de abogados son un entretenimiento bastante divertido cuando tienes que conducir cientos de millas a través de varios estados. Como aquella vez, casi un año después de la masacre de Mother Emanuel.

Partí de Starke, al norte de Florida, minutos después de despedirme de Tanya, la esposa de Pablo Ibar. Hijo de un pelotari vasco, Ibar llevaba quince años encerrado en el corredor de la muerte. Había entrevistado una vez al condenado tras los muros de la antigua prisión de Raiford, a la que los Lynyrd Skynyrd dedicaron el blues *Four Walls of Raiford* y donde se encuentra la cámara de ejecuciones del estado de Florida. El corredor de la muerte es uno de los lugares más tristes y siniestros que he visitado nunca. Pero esta vez era diferente, porque acompañé a Tanya en una de sus últimas visitas a la prisión, después de que el Supremo de Florida anulara la condena a muerte de Ibar. De camino a Charleston, además de caimanes se ven muchas banderas confederadas, un símbolo perseguido durante estos

últimos meses de la era Obama. Lo que ocurrió en la iglesia Mother Emanuel el 17 de junio de 2015 desencadenó la decisión de prohibir la confederada en muchos estados del Sur.

Casi cinco horas de viaje después llegué al centro de Charleston, donde me esperaba el templo —blanco cegador— bajo el radiante sol sureño. Aparqué el coche junto a la iglesia y, tras reservar una habitación en el hotel situado enfrente, me dirigí al pórtico. Varios turistas se hacían fotos delante del edificio histórico, y uno de ellos me pidió que les hiciera una de grupo. Era ya un símbolo, un lugar de peregrinaje, mucho antes de la masacre. Desde la trágica muerte del pastor Clementa Pinckney, por primera vez una mujer dirigía Emanuel. Crucé la puerta principal preguntando por ella, la reverenda Betty Deas Clark, pero me respondió un silencio sepulcral. La agradable luz de la tarde se filtraba por la gran vidriera de colores del altar, flanqueada por dos frescos que representaban a sendos crucificados. Por un momento imaginé que la alfombra espesa y roja que cubría los pasillos entre las hileras de bancos estaba en realidad empapada de la sangre vertida en este templo en los dos últimos siglos. Me senté en uno de los bancos sin levantar la mirada. Si fuera creyente me habría puesto a rezar.

El silencio era total dentro de la iglesia. Por un momento imaginé los lamentos procedentes del sótano, donde se encuentra la llamada «sala de eventos sociales». Hacía justo un año, nueve personas estaban a punto de morir bajo las balas de la supremacía blanca.

El reverendo Pinckney, como todas las tardes de miércoles, dio la bienvenida a la docena de parroquianos que habitualmente solían acudir a las sesiones de estudio de la Biblia. Salvo el sacristán y otros dos pastores metodistas asiduos, el resto solían ser señoras mayores, aunque esta vez se dejó caer por allí un chico de veintiséis años llamado Tywanza Sanders. Venía a acompañar a su madre Felicia, a su sobrina de once años y a su tía abuela Susie, de ochenta y siete años. Todos eran afroamericanos y muy conocidos en la comunidad. El pastor abrió el libro sagrado y comenzó a leer de él cuando alguien empujó tímidamente la puerta principal de la iglesia. Un joven blanco de cabello rubio, vestido con vaqueros, camiseta gris de manga larga y una riñonera a la cintura, preguntó al grupo por el reverendo Pinckney. «Soy yo —le respondió el pastor, quien nunca antes le

había visto por la iglesia—. Si quieres, puedes unirte a nosotros; estamos estudiando la Biblia.» El joven, llamado Dylan Roof, se sentó junto al pastor.

Durante una hora, el grupo de feligreses rezó y debatió sobre varios pasajes de la Biblia junto al joven Dylan, quien guardaba en su riñonera una pistola Glock 41 y ocho cargadores llenos de balas expansivas, diseñadas para infligir el mayor daño posible a sus víctimas. En un momento del debate, Dylan intervino para mostrar su disconformidad con algo que había dicho el reverendo Pinckney. Días más tarde confesó a la policía que estuvo a punto de echarse atrás «porque todo el mundo estaba siendo muy amable». Sin embargo, cuando el pastor sugirió que ya se estaba haciendo tarde (eran las nueve de la noche), el joven sacó la pistola de la riñonera, se puso en pie y encañonó a Susie Jackson, la tía abuela octogenaria de Tywanza. Ninguno de los asistentes movió un músculo. Tywanza fue el único que se dirigió a Dylan para pedirle que bajara el arma, porque nadie de los que estaban en la iglesia había hecho nada malo. También sería el primero en morir.

—No dispares, no tienes por qué hacer esto.

—Lo tengo que hacer —Dylan Roof quitó el seguro de la pistola—. Violáis a nuestras mujeres y os estáis haciendo con nuestro país. Tenéis que desaparecer.

11

Roy Cohn nunca se atrevió cruzar la puerta del Café Society de Greenwich Village. Para tipos como él era una peligrosa guarida de rojos y degenerados. El futuro mejor amigo y mentor de Donald Trump —vestido con traje y corbata y con su maletín de cuero en la mano— frecuentaba otro ambiente: el de los rascacielos. Recorría calles, taxis y despachos de Midtown cuando todavía el pequeño bebé Trump gateaba o correteaba en triciclo por el jardín de su casa, en los suburbios de Queens. Se llevaban más de veinte años. En aquellos años grises de la posguerra mundial, Manhattan era Gotham City y Roy estaba destinado a ser su supervillano. Un villano de ojos azules, sonrisa torcida y mirada aviesa. El abogado implacable, el inquisidor de la silla eléctrica, el azote macartista.

En Gotham no había superhéroe que pudiera parar los pies a Roy Cohn.

¡Pow! ¡Bang! ¡Boom! Los experimentos con pólvora ya se sabe cómo suelen terminar. Y no hay duda de que el primer local nocturno racialmente integrado de Estados Unidos, el cabaret Café Society, fue un experimento demoledor. Acabó estallándoles entre las manos a quienes lo pusieron en marcha. El escenario sobre el que Billie Holiday cantó por primera vez *Strange Fruit* continuó siendo «el lugar equivocado para la gente de derechas» durante buena parte de los años cuarenta. El *cowboy* de Oklahoma Woody Guthrie y su guitarra de matar fascistas también interpretaron en ese mismo lugar aquel otro himno estadounidense, *This Land is Your Land.* Hasta el entrañable Pete Seeger —entonces integrante del grupo folk Almanac Singers junto a Guthrie— se subió al mítico escenario del Society con su banjo. El dueño del club, Barney, presumió siempre de haber sido él quien trajo el *folk revival* y la canción protesta a Nueva York, pero no apreciaba ese género musical tanto como el blues de Billie Holiday y, sobre todo, el jazz. Con buen criterio musical, prefería a John Coltrane, Miles Davis, Nat King Cole o Ella Fitzgerald. Barney observaba a esas futuras leyendas de la música negra pasearse entre los camerinos y el escenario mientras el Frente Popular neoyorquino al

completo ahogaba sus penas en la barra, preocupado por la deriva política del país después de la muerte del presidente Franklin Roosevelt y el fin de la guerra. Hasta que se les acabó la fiesta y Barney tuvo que despedirse uno a uno de todos sus invitados y clientes regulares. Para siempre. El Café Society echó definitivamente la persiana en 1948.

Tuvo un final explosivo, propio de los nuevos tiempos de represión anticomunista. Los tabloides de la ciudad y en especial los diarios y radios del grupo Hearst le habían declarado la guerra. Se desencadenó toda una campaña contra los artistas que actuaban en locales *commies* como el Café Society. Los columnistas más influyentes pedían al público que boicoteara a los artistas cercanos a la izquierda, que eran por aquel entonces mayoría. Exigían a los patrocinadores que retiraran su dinero de negocios sospechosos de estar en manos de peligrosos agentes comunistas. El acoso culminó con los titulares de prensa que anunciaban el final, el cierre del icónico club. Leon Josephson, hermano del propietario Barney, fue llamado a declarar en el Capitolio de Washington ante el Comité de la Cámara de Representantes para Actividades Antiamericanas por sus presuntos vínculos soviéticos. Ese hecho selló definitivamente el destino del Society. Así es como comenzaba en Estados Unidos la etapa de persecución política conocida como el Segundo Peligro Rojo (el primero ocurrió durante el periodo de entreguerras, tras la victoria de la revolución bolchevique en Rusia). Leon Josephson y el Café Society fueron dos de las primeras víctimas de esa represión.

Solo hacía dos años que Roy Cohn se había graduado en la facultad de Derecho de la Universidad de Columbia y ya se estaba haciendo un nombre merced a su implacable persecución de agentes del KGB infiltrados en Estados Unidos. Roy los veía en todas partes: en las entrañas del Gobierno, en las oficinas de las grandes empresas de la avenida Madison, en los camerinos de los teatros de Broadway. Su fama como fiscal anticomunista pronto llegaría hasta Washington. «Hay que entender que el Partido Comunista no es un partido político, sino una conspiración criminal.» El joven Cohn, vestido con traje claro y un clavel blanco en la solapa, se dirige al reportero de televisión sin mirarle en ningún momento, sentado en la cubierta del transatlántico *SS Nieuw Amsterdam* : «El objetivo de los comunistas es derrocar el Gobierno de los Estados Unidos por la fuerza y la violencia cuando llegue el momento propicio». Su forma de expresarse tiene un sorprendente parecido con la del futuro presidente Donald Trump.

Cohn será su abogado, amigo y maestro. Le descubrirá el poder de los medios de comunicación y su máxima de «toda publicidad, positiva o negativa, es buena». Sigue hablando de los peligros del comunismo internacional, ignorando al reportero, quien muestra una evidente admiración por el personaje. Mientras finge desinterés por el entrevistador, el joven abogado lanza brevísimas miradas de soslayo a la cámara. Si congeláramos la imagen en una de esas miradas, sentiríamos un desafío helador, violento. La verdadera cara del supervillano Roy. El mismo terror que debieron de sentir en su piel Julius y Ethel Rosenberg antes de ser enviados a la silla eléctrica.

La Segunda Guerra Mundial había quedado atrás y comenzaba la larga Guerra Fría entre Moscú y Washington, que se prolongará hasta nuestros días. En el mundo, durante el mes de mayo de 1948 coincidieron dos grandes acontecimientos: la creación del Estado de Israel y la llegada del régimen racista del *apartheid* a Sudáfrica. Aunque por muy diferentes razones, los sionistas de Israel y los racistas afrikáner del Partido Nacional (NP) sudafricano miraban a Estados Unidos a la hora de poner los cimientos de sus nuevos países. David Ben Gurión, que convertiría a la recién nacida nación en poco menos que una estrella más en la bandera estadounidense, dejó escrito en su diario que Israel debía «asegurarse de que los árabes no vuelvan nunca más» a las tierras ocupadas. Con los años, las políticas de expansión territorial y el hostigamiento de los palestinos han llevado a los críticos del Estado sionista a compararlo precisamente con el *apartheid* sudafricano.

Al igual que los sionistas, los nacionalistas blancos del Sur de África también tenían un ojo puesto en América. Desde su despacho en Pretoria, el líder del nuevo régimen supremacista, el primer ministro Daniel Malan, tomaba como referente el sistema de segregación racial vigente en el Sur de Estados Unidos con las leyes de Jim Crow: negros y blancos separados en todos los servicios y espacios públicos, prohibición de matrimonios interraciales, creación de guetos urbanos y envío de los «nativos» a reservas supervisadas por el hombre blanco, donde perdían su condición de ciudadanos. El régimen postesclavista de los estados del Sur estadounidense ofrecía un modelo perfecto para el racismo bóer, y al Gobierno de Harry Truman se le caían los argumentos morales para oponerse a un régimen basado en una segregación racial muy parecida a la que tenía en su propio

país. Pronto la Sudáfrica del *apartheid* se convertiría en fiel aliada de Washington. Malan supo jugar con maestría la carta del «peligro rojo», igual que el dictador Franco en España. La Doctrina Truman se basaba en una política exterior dedicada en cuerpo y alma al fin del comunismo. Esa política llevaría a miles de tropas estadounidenses de nuevo a la guerra, esta vez en la península de Corea.

Por todos los medios, había que combatir la amenaza del comunismo dentro y fuera de casa. Para combatirla desde dentro, el demócrata Truman firmó una orden presidencial con el objetivo de poner a prueba la «lealtad» de todos los empleados del Gobierno federal. Se investigarían sus historiales y perfiles ideológicos, en busca de posibles «deslealtades», como la pertenencia o cercanía a organizaciones «totalitarias, fascistas, comunistas o subversivas». El Congreso, donde los conservadores de la oposición tenían una sólida mayoría, recibió la noticia con entusiasmo. La chispa de la paranoia anticomunista había prendido. El Comité de la Cámara de Representantes para Actividades Antiamericanas haría el resto del trabajo. La persecución política se extendería rápidamente a todos los ámbitos de la sociedad estadounidense, también al mundo del espectáculo, el cine y la música, que eran, a los ojos de los nuevos inquisidores, auténticos «nidos de rojos». El senador republicano de Wisconsin Joseph McCarthy, oficial veterano de la Segunda Guerra Mundial, sería el encargado de abrir la temporada de caza. La caza de brujas.

Después de reducir Hiroshima y Nagasaki a escombros y dar por terminada la guerra, una de las mayores preocupaciones del Pentágono era que la Unión Soviética se pudiera hacer con la bomba atómica. Ese momento tan temido llegó solo cuatro años después, mucho antes de lo que esperaban en Washington. El físico nuclear Andréi Sájarov —futuro disidente y premio Nobel de la Paz— era uno de los cerebros del programa soviético, que se aceleró gracias a la labor de una red de espionaje infiltrada en Estados Unidos. El *Primer Relámpago* , nombre en clave de la primera bomba atómica soviética, estaba basado casi por completo en el diseño estadounidense. La detonación se llevó a cabo en secreto. El hongo atómico se alzó en medio de la estepa kazaja el 29 de agosto de 1949. Stalin lo había conseguido.

El logro de los soviéticos sorprendió y alarmó al Pentágono. Inmediatamente se desató la cacería de los espías que presuntamente habían filtrado el secreto nuclear a los rusos desde el corazón del secretísimo *Proyecto Manhattan* , en el Laboratorio Nacional de Los Álamos, Nuevo México. Hubo varias detenciones. Uno de los científicos clave en el desarrollo de la bomba atómica, el físico alemán Klaus Fuchs, resultó ser él mismo un espía del KGB. Pasó nueve años en una prisión británica antes de refugiarse en Alemania del Este.

Pero el juicio más mediático fue el de Julius y Ethel Rosenberg, un matrimonio de judíos neoyorquinos con dos hijos de corta edad. Aparentemente una familia feliz, de las que se veían los fines de semana por Prospect Park dando de comer cacahuetes a las ardillas. Julius era ingeniero eléctrico y Ethel, una vez abandonado su sueño de convertirse en actriz y cantante famosa, trabajaba como secretaria en un edificio de oficinas de Manhattan. También era una activa sindicalista. La pareja se había enamorado durante las reuniones de la Liga Juvenil Comunista de los Estados Unidos, y años después seguían fieles al partido. Julius mantenía contacto permanente con agentes soviéticos y, según documentos desclasificados por el Kremlin años después, tenía como misión tejer una red de espionaje en el corazón de Estados Unidos. Al contrario que su marido, Ethel no figuraba en ningún documento soviético como informadora y no tenía nombre en clave. La Unión Soviética de Nikita Jrushchov admitió haber recibido «información de menor importancia» sobre el *Proyecto Manhattan* a través de Julius Rosenberg, pero siempre quedaron dudas sobre el grado de implicación de Ethel en esas actividades.

Roy Cohn tenía por norma no mostrar dudas. Nunca, bajo ninguna circunstancia. Tenía entonces veinticuatro años y era letrado asistente en la Fiscalía Federal de Manhattan, donde tomó las riendas de la acusación contra los Rosenberg. Sabía que el caso tendría gran eco en los medios y deseaba estar bajo los focos. Así que se puso manos a la obra. Consiguió que un hermano de Ethel Rosenberg, implicado también en la red de espionaje, testificara ante el tribunal e incriminara a la pareja en el complot para robar los planos secretos del *Proyecto Manhattan* . Ese testimonio fue la clave de la condena de marido y mujer. En una entrevista al programa de la CBS *60 Minutes* medio siglo después del juicio, en 2001, el propio hermano de Ethel, David Greenglass, desveló que Roy Cohn le obligó a dar un testimonio falso a cambio de salvar su vida y la de su esposa:

—Nunca sacrificaría a mi mujer y a mis hijos a cambio de mi hermana, ¿qué te parece eso? —le lanzó el hermano de Ethel Rosenberg al periodista Bob Simon—. Para mí, mi mujer era más importante que mi hermana.

Cohn amenazó a Greenglass con represalias y, según el propio testigo, fue él quien fabricó el falso testimonio que acabaría con la condena a muerte de su hermana. Pensó que, como era secretaria, también sería buena mecanógrafa. Así que el supervillano de Gotham City, disfrazado de asistente de la Fiscalía Federal, dio su golpe decisivo. Ordenó a Greenglass bajo amenaza —según su propio testimonio— que explicara al jurado cómo vio a su hermana pasar a limpio las notas sobre la bomba atómica dictadas por su marido, Julius.

—Así que Ethel, su hermana, finalmente acabó en la silla eléctrica por culpa de unas pruebas falsas —insiste Simon.

—Falsas, sí.

—¿Es cierto que fue Roy Cohn quien le presionó para que declarara que usted mismo vio a Ethel mecanografiando las notas?

—Claro que fue él.

Como recompensa por su testimonio contra los Rosenberg, David Greenglass recibió una condena reducida y su pareja, Ruth, a quien acusaban de haber sido correo entre espías soviéticos, quedó en libertad sin cargos. El objetivo del FBI era que Julius Rosenberg delatara a todos los espías comunistas que había reclutado y que formaban parte de su red: «No queríamos matarlos; queríamos que hablaran», declaró un agente federal retirado décadas después. Creían que Julius cantaría con más facilidad si con ello podía salvar a la madre de sus hijos. Pero no lo consiguieron. Y los tribunales fueron hasta el final. Ni las dudas razonables ni el hecho de que los Rosenberg fueran padres de Michael y Robby —de diez y seis años, respectivamente— sirvieron para conmover al jurado ni para atenuar su veredicto. Gracias al decisivo y falso testimonio aportado por el letrado Roy Cohn, la pareja fue condenada a la pena capital por «conspiración para espionaje en tiempo de guerra».

«Pareja de espías atómicos, condenada a muerte», titulaba en su portada el *New York Times* junto a las fotografías de Julius y Ethel Rosenberg, tomadas durante el juicio. El artículo del *Times* cita el testimonio de los guardias que custodiaban a los condenados en los calabozos del juzgado federal de Manhattan, una vez conocido su fatal destino: «Ayer por la tarde,

los dos cantaban en sus celdas. La señora Rosenberg, que una vez estudió canto, entonó el aria *One Fine Day* de la ópera *Madame Butterfly* y la canción popular *Goodnight, Irene* . Su marido cantó el *Himno de Batalla de la República* ». De hecho, fue lo único que cantaron los Rosenberg, porque ambos condenados se resistieron a dar nombres hasta el final. Y eso a pesar de que el FBI, esta vez por mediación de un rabino que enviaron al corredor de la muerte *in extremis* , le dio a Ethel la posibilidad de salvarse de la muerte y volver a ver a sus hijos Michael y Robby a cambio de nombres, apellidos o algo, «aunque sean falsos». Ethel solo cantó *Madame Butterfly* y *Goodnight, Irene* , una melancólica melodía folk de los Weavers, la banda de Pete Seeger y los herederos del Café Society. El nombre de la prisión donde pasarían sus últimos momentos, Sing Sing, parece una ironía cruel. Ethel y Julius Rosenberg serían ejecutados en la silla eléctrica con todas las bendiciones rabínicas, puesto el sol del *sabbat* , el 19 de junio de 1953.

La condena a muerte de los padres de los pequeños Michael y Robby movilizó a intelectuales, artistas y ciudadanos de a pie. Se organizaron manifestaciones para rogar al Gobierno del recién elegido Dwight Eisenhower que se mostrara clemente, que detuviera la ejecución. Denunciaban la represión ideológica, «digna de un régimen dictatorial y antisemita». Union Square, el tradicional escenario de las protestas de la izquierda neoyorquina, se llenó de manifestantes noche tras noche. Las protestas llegaron a Washington, a las mismas puertas de la Casa Blanca, donde se vivieron momentos de tensión. Los contramanifestantes de la derecha superaban en número a quienes pedían el fin de la persecución política, que marchaban en fila india impasibles a los insultos, carteles con la palabra «piedad» en alto. Cuando supieron que la Corte Suprema rechazó el último recurso, agotando así todas las vías en los tribunales, los propios hijos de los Rosenberg viajaron hasta la Casa Blanca para entregar una carta en la que pedían clemencia al presidente Eisenhower. Iban a quedar huérfanos por orden judicial y nadie en el Gobierno parecía dispuesto a mover un dedo por ellos.

El filósofo francés Jean-Paul Sartre escribió que el juicio del caso Rosenberg fue «un linchamiento legal que mancha de sangre a una nación entera». En Francia, el proceso contra dos judíos por alta traición traía a la memoria los ecos del sonado caso Dreyfus, y las acusaciones de antisemitismo le llovieron desde el otro lado del Atlántico al heroico

general de la Segunda Guerra Mundial Eisenhower. El primer presidente de la Cuarta República, Vincent Auriol, cuestionó desde el Elíseo la legalidad del proceso. A esas acusaciones siguió una campaña internacional sin precedentes en la era preinternet: Albert Einstein, Pablo Picasso, Frida Kahlo, Bertold Brecht y hasta el papa Pío XII unieron sus voces a la petición de perdón para los Rosenberg.

Pero Eisenhower negó el indulto presidencial.

Y la sentencia se cumplió de forma brutal: Julius murió con la primera descarga eléctrica; Ethel recibió, una detrás de otra, cinco agónicas electrocuciones hasta que su cuero cabelludo comenzó a humear y su corazón dejó de latir definitivamente.

Más de ocho mil personas asistieron indignadas al funeral de los Rosenberg, colapsando las calles que rodean el tanatorio I. J. Morris de Brooklyn. Fueron enterrados juntos, en el cementerio judío de Wellwood, en Long Island. Al funeral asistieron los hijos, Michael y Robby, arropados por amigos de la familia. De un plumazo, ahora sí, habían quedado huérfanos de padre y madre. Además, en pleno macartismo, el estigma de ser hijos de espías soviéticos convertiría su existencia en un infierno. «Ser hijos de los Rosenberg en los años cincuenta era como ser hijos de Osama Bin Laden después de los atentados del 11 de septiembre», contó Robby al periodista Anderson Cooper en 2017. «Cuando otros chicos me preguntaban si tenía alguna relación con los espías ejecutados, yo lo negaba rotundamente… y me odiaba a mí mismo por ello», añadía en la misma entrevista el hermano mayor, Michael. Eran años de terror, de paranoia, y los pocos parientes que tenían los Rosenberg estaban demasiado atemorizados como para hacerse cargo de los dos niños. Pasaron una temporada recluidos en un centro de acogida para menores del Bronx, donde recibían malos tratos, según recuerda Michael: «Era horrible, me vienen a la memoria escenas que parecen sacadas de un libro de Dickens».

Aunque solo tenían diez y seis años, los hermanos recuerdan aquella época a golpe de destellos que marcarían para siempre sus vidas. Como cuando, durante el verano de 1950, los agentes federales irrumpieron en el apartamento de los Rosenberg mientras los niños estaban absortos escuchando un capítulo de la radionovela *El llanero solitario* . «Cuando vi a todos aquellos hombres en el salón pensé que serían amigos de mi padre, pero entonces recuerdo que mi madre se puso a gritar, pidiendo un abogado,

y alguien apagó la radio —cuenta Michael—, yo volví a encenderla y entonces los hombres la volvieron a apagar, y así hasta tres veces.» La próxima vez que habló con su madre fue por teléfono desde la cárcel. Ethel explicó a su hijo que no podía volver a casa. Desde el otro lado de la línea telefónica, Michael emitió un grito de angustia. «Aquel chillido le dio a mi madre pesadillas durante lo poco que le quedaba de vida, le partió el corazón.» También recuerdan como un destello aquella vez que visitaron el corredor de la muerte en Sing Sing. Michael dijo a los guardias que quería ver la silla eléctrica. «Quiero ver la silla eléctrica, les dije, aunque en realidad no quería verla, solo quería demostrarles que no le tenía miedo.»

Pero el miedo estaba en todas partes. Es la palabra que define toda una época y, en cierto modo, la política interna estadounidense en diferentes momentos de su historia. La política del miedo tiene hondas raíces en la cultura estadounidense. En 1953, ese miedo se extendía de los hijos de los ejecutados a sus familiares y a todo su entorno. Miedo a los comunistas y miedo a ser marcado como comunista. Pero siempre hay valientes, mujeres y hombres que vencen el miedo y le hacen frente. Anne y Abel Meeropol fueron buen ejemplo de ello. El profesor de instituto del Bronx y autor de *Strange Fruit* salvó a Michael y a Robby. Les devolvió la infancia. Habrían dado con sus huesos en un orfanato si no hubiera sido por su valentía. La misma que demostró cuando escribió aquel poema contra los linchamientos de negros en el Sur —«es una extraña y amarga cosecha»— que, cantada por Billie Holiday en el Café Society, se convertiría en parte de la historia de Estados Unidos.

Después de haber perdido a sus hijos nonatos Lewis y Allan —a los que el poeta debía su seudónimo artístico—, Abel y Anne Meeropol decidieron adoptar a los hijos de los Rosenberg. Lo hacían porque creían que no podían tener descendencia propia y también por solidaridad militante. Conocieron a los pequeños Michael y Robby en casa de un icono de los derechos civiles: el fundador de la Asociación Nacional para el Progreso de las Personas de Color, el sociólogo e historiador afroamericano W. E. B. Du Bois. Fue durante una fiesta navideña que Du Bois ofreció en su residencia y que congregó a gran parte de la *intelligentsia* izquierdista de Nueva York. Muchos, como los Meeropol, eran judíos y marxistas, pero dispuestos a pasar por el trago de la Nochebuena cristiana en casa de Du Bois. Entre vino caliente y villancicos, Abel y Anne se enamoraron inmediatamente de los dos niños, cuyas fotografías se habían hecho

tristemente famosas durante la última visita que hicieron a sus padres en la prisión de Sing Sing, días antes de la ejecución. Los dos hermanos huérfanos se protegían el uno al otro de forma instintiva, sin separarse ni un segundo entre los invitados a la fiesta.

Pocas semanas después de la Nochebuena de 1953, Michael y Robby se trasladaron al apartamento de Abel y Anne en el Bronx. Cambiaron para siempre el apellido Rosenberg por Meeropol. Así, los hermanos Michael y Robert Meeropol llegaron a la adolescencia y a la edad adulta en el seno de una familia muy similar a la que perdieron, y emergieron como dignos sucesores de padres biológicos y adoptivos: judíos, neoyorquinos y activistas de izquierda. Michael se convirtió en profesor de economía y Robert en abogado. Los dos han dedicado, hasta hoy, gran parte de sus vidas a defender el honor de sus padres biológicos y en concreto a reivindicar la inocencia de su madre Ethel, quien como única herencia les dejó una frase: «Recordad siempre que soy inocente».

En 2016, poco antes de que Donald Trump llegara a la presidencia, los dos hermanos volvieron a las puertas de la Casa Blanca con una carta muy parecida a la que quisieron entregar más de seis décadas atrás al presidente Dwight Eisenhower, cuando sus padres aún estaban vivos. Esta vez la carta iba dirigida a Barack Obama. Le pedían un gesto simbólico: la exoneración formal de Ethel Rosenberg de todos los cargos. El perdón presidencial, por fin, para su madre. Pero Obama ni siquiera respondió a la carta.

El verdadero villano de esta historia, el implacable abogado Roy Cohn, también era judío del Bronx. Como Abel Meeropol y como Julius y Ethel Rosenberg. Meeropol y Cohn tenían mucho en común. Habían crecido en el mismo barrio y provenían de familias muy similares, descendientes de judíos askenazis emigrados de Europa. Sin embargo, el destino los llevó a interpretar papeles antagónicos en el drama más desgarrador de la caza de brujas: uno, como ángel de la guarda de dos niños huérfanos; el otro, como ángel de la muerte. Pero Meeropol, el humilde profesor de inglés que pasó sus días escribiendo poemas y cuidando de sus plantas, no se veía a sí mismo como un héroe. Roy Cohn seguía sin encontrar en Gotham City un superhéroe a su altura capaz de poner freno a su trayectoria estratosférica. Como la parábola de un misil intercontinental, la trayectoria de Cohn

culminaría muchos años después de su muerte, con la elección de Donald Trump —su discípulo más aventajado— como presidente de Estados Unidos.

El Pingüino, la némesis de Batman en los cómics de Gotham City, utilizaba su paraguas como arma letal. Con él disparaba gas venenoso y de su contera metálica saltaban cuchillas afiladas. Cada vez que veo una fotografía de John Edgar Hoover no puedo evitar acordarme del supervillano-pájaro regordete vestido con frac y chistera. Me imagino al implacable Hoover encaramado a lo alto de un rascacielos gótico como la torre Woolworth de Nueva York, fulminando con su paraguas mortífero a los rojos, negros y homosexuales que habitan la ciudad. Fueron sus tres grandes obsesiones durante el casi medio siglo que ocupó el cargo de director del FBI, desde 1924 hasta su muerte en 1972. Encarceló a miles de presuntos izquierdistas, activistas pro derechos civiles, antirracistas y gais, a los que consideraba enemigos de la nación. Pero, sobre todo, el Pingüino Hoover utilizaba la información que obtenía de sus omnipresentes espías para chantajear y manipular a los poderosos, sin distinguir entre empresarios, altos funcionarios del Gobierno de Washington y presidentes. Llenó sus archivos, como quien llena el cargador de un revólver, de escándalos sexuales, hábitos licenciosos y malas compañías. Toda esa munición lo convertía en el hombre más poderoso de la capital, por encima de los sucesivos presidentes republicanos y demócratas que lo mantuvieron en el cargo hasta que dejó de respirar. Uno de ellos, Harry Truman, denunció que Edgar Hoover había convertido al FBI en su policía secreta privada, una policía que cada vez se parecía más, dijo, a la Gestapo alemana. Pero nunca se atrevió a tocarle un pelo —ni una pluma— al Pingüino Hoover.

El Pingüino, la Gestapo, Gotham y el mentor de Donald Trump. Hay ocasiones en las que los supervillanos de los cómics se alían entre ellos contra el imperio de la ley. En este caso, los malos de la historieta representaban a la ley y el orden: el todopoderoso director del FBI no tardó en fijarse en Roy Cohn. Llamó su atención la actuación estelar del joven letrado en el juicio contra los Rosenberg. El tipo consiguió freír en la silla eléctrica a esos dos peligrosos espías bolcheviques sin inmutarse. Eso debió de impresionar a Edgar Hoover, que coincidía con Cohn en los juzgados federales de Manhattan, pero también en los bares de copas más exclusivos de Midtown, como el club Stork («la cigüeña»). Era habitual ver entre sus

mesas a Marilyn Monroe con Joe DiMaggio, a Liz Taylor y Humphrey Bogart en la pista de baile mientras Orson Wells o Ernest Hemingway tomaban ron en la barra junto a Gary Cooper, no lejos del lugar donde un escandaloso Truman Capote acababa siempre pidiendo ese vodka con martini de más. En su primer encuentro cara a cara con Roy Cohn, a Edgar Hoover le impresionó su colmillo judicial, su implacable mirada y su atractivo porte. Es el perfecto inquisidor, debió de pensar el Pingüino entre copa y copa. Así que no dudó en recomendárselo al mismísimo Torquemada. Concretamente a su reencarnación en el Washington de los años cincuenta: el senador Joseph McCarthy.

Entre la niebla de tabaco y *glamour* del Stork, Edgar Hoover se dejaba ver siempre acompañado de su inseparable «amigo» Clyde Tolson. La homosexualidad del director del FBI era un secreto a voces en la noche neoyorquina, pero nunca nadie se atrevió a comentar nada en público. Algo parecido ocurría con Cohn, cuyo armario siempre estuvo cerrado a los bisbiseos de Gotham. Aun así, ambos fueron piezas clave en la persecución de gais durante los años cincuenta. Aunque los historiadores se han centrado sobre todo en la persecución política contra los comunistas, la represión homófoba durante el macartismo dejó cientos de víctimas, especialmente después de que Eisenhower decidiera, por decreto, despedir a todos los hombres homosexuales de la administración federal porque representaban una amenaza a la seguridad nacional. Eisenhower, asesorado entre otros por Hoover, argumentaba que los funcionarios gais eran blanco fácil de los agentes soviéticos, quienes podían chantajearlos con exponer su vida sexual si no colaboraban. La purga de «homosexuales, subversivos, vagos y propagandistas de causas internacionales» pasó a manos del subcomité del Senado presidido por McCarthy, donde Roy Cohn tendría un papel protagonista.

El supervillano de Gotham llegó a Washington D. C. como consejero jefe del Subcomité de Investigaciones del Senado, el temido «tribunal del macartismo». El gran inquisidor lo fichó sin pensárselo dos veces. Algunos de los más famosos interrogatorios a presuntos «rojos infiltrados» los protagonizó Roy Cohn, quien susurraba al oído del senador McCarthy y le robaba el protagonismo con su retórica violenta y sus interrogatorios sagaces, rozando la crueldad. Cohn disfrutaba. Salivaba cada vez que le ponían delante a un pobre desventurado acusado de colaborar con la

«conspiración internacional contra América». Los destrozaba. A su más puro estilo Gotham, convertía cada sesión en un espectáculo servido en bandeja a la prensa y sobre todo a la televisión, un medio que extendía sus tentáculos entre las prósperas familias blancas de clase media. Más de tres millones de estadounidenses cenaban cada tarde frente al televisor y Roy Cohn estaba dispuesto a darles lo que querían. «La gente está aburrida —decía—, necesitan entretenimiento.» Así nació el *show* televisivo *Las audiencias de McCarthy* , una especie de antepasado de los *realities* que harían famoso a Trump medio siglo después. La caza de brujas convertida en culebrón. La fórmula perfecta para quien viviría de la publicidad de los tabloides porque, al fin y al cabo, «toda publicidad, positiva o negativa, es buena». En las imágenes siempre se veía a Cohn sentado a la izquierda del gran inquisidor McCarthy con gesto desafiante, como uno de esos gánsteres a los que defenderá cuando vuelva a Gotham convertido en el abogado más famoso del país.

Uno de los episodios más ridículos de la caza de brujas protagonizado por Roy Cohn —y que no me resisto a incluir aquí— fue el que lo llevó a Europa. Junto a su colaborador David Schine, Cohn organizó una especie de «gira del macartismo» de diecisiete días por siete países europeos. La cruzada anticomunista saltaba al otro lado del Atlántico en busca de nuevas presas. Objetivo de la misión: cazar rojos en las embajadas y servicios de inteligencia estadounidenses en el exterior. La pareja de inquisidores, que según las malas lenguas eran además amantes, fueron objeto de un auténtico linchamiento mediático por parte de la prensa europea. La dramaturga Lillian Hellman los llamó «Bonnie & Clyde». Pero quienes más se ensañaron con ellos fueron los medios británicos, donde protagonizaron jugosos titulares. La pareja de «sucios fisgones», como los llamó el *Financial Times* , organizaba interrogatorios en habitaciones de hotel de Londres o Berlín. Habitaciones que, según los tabloides, quedaron destrozadas no se sabe muy bien si a causa de los interrogatorios o de las juergas que se corrían los dos detectives. El viaje de Cohn y Schine tuvo gran repercusión mediática, pero pocos resultados. No lograron cazar a ningún espía soviético. De hecho, lo único que consiguieron los dos representantes de McCarthy en Europa fue que el Departamento de Estado destituyera a un alto funcionario estadounidense en Alemania que los había insultado tras haber sido acusado falsamente de ser un «agente comunista».

Seguramente frustrado por la falta de resultados espectaculares de su misión europea, Cohn decidió entonces emprenderla contra los libros que se ofrecían en las bibliotecas de los servicios de información de Estados Unidos en el exterior. El objetivo de esos centros culturales era divulgar la cultura estadounidense. Además de organizar conferencias y proyecciones de películas, en ellos se ofrecía una muestra de la literatura de autores estadounidenses. Revisando las estanterías, Cohn encontró a muchos escritores presuntamente «rojos», como W. E. B. Du Bois, John Steinbeck, Henry Thoreau o Herman Melville. Escandalizado, exigió al Gobierno que eliminara todos esos libros de las bibliotecas. Obedientemente, el Departamento de Estado retiró más de treinta mil títulos. En su cruzada contra el comunismo internacional, la censura del villano Cohn había convertido en libro prohibido al mismísimo *Moby Dick* .

La caída en desgracia del senador Joseph McCarthy a partir de las investigaciones que lo enfrentaron al ejército era un buen momento para abandonar el barco. Roy Cohn dejó atrás el Capitolio y la inquisición anticomunista para volver a su reino, Gotham. De vuelta en Nueva York, representará como abogado a las cinco familias de la mafia italiana —entre otros clientes ilustres—, y se encontrará con Donald Trump, a quien transmitirá todo lo aprendido durante los años de la caza de brujas.

Mientras, Woody Guthrie y Pete Seeger continuaban llenando auditorios y transmitiendo sus ideas subversivas a través de sus canciones. Las dos Américas continuaban su curso. La resistencia volvía poco a poco a la superficie, porque a pesar de todo las ideas progresistas y liberales sobrevivieron a las tinieblas de la inquisición. Una vez más, la música —la semilla plantada por los *folkies* — serviría de cadena de transmisión. En Hibbing, Minnesota, un adolescente judío llamado Robert Zimmerman aprendía a tocar la guitarra inspirado por las canciones de su ídolo Woody Guthrie. Su seudónimo, Bob Dylan, no eclosionaría hasta varios años después en el Greenwich Village neoyorquino. Mientras, en la Costa Oeste comenzaba a abrirse otro espacio de libertad parecido al santuario del Village. En 1955, en un concierto que Pete Seeger dio en Palo Alto, California, una adolescente de trece años llamada Joan Baez, atraída por sus letras valientes al ritmo del banjo, decidió seguir su estela y dedicarse a la canción protesta. Muy cerca de allí, en San Francisco, ese mismo otoño Allen Ginsberg recitó por primera vez el poema seminal de la Generación

Beat, «Howl» («Aullido»). En diciembre de ese mismo año, en Montgomery, Alabama, Rosa Parks se negó a ceder su asiento de autobús a un hombre blanco. Ignición. El movimiento a favor de los derechos civiles echaba a andar. Estalló el conflicto y, con él, un nuevo intento de revolución en la historia de Estados Unidos.

Segunda parte

TRUMPISTÁN

12

Nadie ha sido nunca condenado por matar a Freddie Gray. El *paseo* que le dieron en el furgón policial, la fractura de cuello, la negación continua de asistencia médica, su detención sin base legal… todo ha quedado impune después de un proceso judicial que resultó ser un despropósito. Nada nuevo en la larga historia de violencia policial contra las minorías en Estados Unidos. Con el jarro de agua fría de la impunidad, además, los rescoldos de la sublevación callejera que prendió en Baltimore se han apagado definitivamente.

La de Freddie es una muerte más para las estadísticas. Una más en la interminable lista de casos de brutalidad policial, linchamientos y violencia que ha sufrido durante dos siglos y medio de historia la población negra de Estados Unidos. «La supremacía blanca vuelve a ganar», concluyen los más pesimistas de camino a casa mientras depositan sus pancartas escritas a mano en la papelera más cercana. Otros preferimos creer que es parte de un largo, lento y penoso proceso de evolución. Una revolución pasiva en marcha, como diría Antonio Gramsci. Ha habido diferentes revueltas y rebeliones —de esclavos, de indígenas, de mexicanos, de estados enteros, de mineros y de nacionalistas blancos y negros— a lo largo de la historia estadounidense, pero una sola tuvo éxito: la Revolución con mayúsculas, la que dio la independencia a las trece colonias británicas de Norteamérica allá por 1776. Desde entonces, las bases del país fundado por Adams, Jefferson, Franklin y Washington no han cambiado sustancialmente. Han evolucionado, incorporando diferentes conquistas a lo largo de los años, pero en esencia se han mantenido en pie las estructuras construidas tras la Revolución americana, la única victoriosa en esta tierra. Es entre los recovecos de esa vieja arquitectura de vigas y ladrillos donde se ha acomodado el Gran Arácnido supremacista. Reconstruye su trampa, implacable, cada vez que alguien se atreve a destruirla. La impunidad de la violencia policial contra las minorías no es más que una más de esas telas de araña indestructibles. Son las redes del poder blanco en Estados Unidos, presentes a lo largo de su historia desde los orígenes, desde que varios señores esclavistas blancos y protestantes fundaron las bases de una nueva

nación sobre innovadores principios democráticos reservados única y exclusivamente a los antiguos colonos, excluyendo de esos principios a las mujeres, a todos los habitantes originales del país y, por supuesto, a la mano de obra esclava importada desde África como mera mercancía. Se daba por descontado que aquellos no eran sujeto del «derecho inalienable a la vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad».

Los cambios vendrían en las décadas siguientes de la mano de pequeñas reformas, rebeliones y una devastadora Guerra Civil. Pero el poder continuó en manos de una clase privilegiada: la del hombre blanco. Igual que el relato histórico también pertenece a los poderosos. «La Guerra Civil es una historia para blancos, en términos de blancos», escribe Ta-Nehisi Coates intentando deshacer esa narrativa en su libro *We Were Eight Years in Power: An American Tragedy* [Estuvimos ocho años en el poder: una tragedia americana, 2017]: «Si nosotros habláramos como lo habría hecho el esclavo, diciendo que estamos tan contentos de que haya ocurrido la Guerra Civil como la mayoría de los estadounidenses lo está con la guerra revolucionaria de Independencia, estaríamos quebrando ese relato». Pero el Arácnido nunca dejó de tejer, una y otra vez, a pesar de los cambios. Las leyes segregacionistas siguieron a la Reconstrucción, sobrevivieron al sufragio femenino y a las conquistas sociales, a los derechos civiles, y adoptaron diferentes formas: uniformados, banqueros, empresarios y grandes terratenientes. La supremacía blanca siguió intacta en esas estructuras, en los huecos de la primera democracia representativa del mundo. Y aún no ha habido en Estados Unidos movilización social capaz de acabar definitivamente con las trampas tendidas por el Gran Arácnido.

La última rebelión a gran escala contra ese poder establecido la protagonizaron revolucionarios como Malcolm X —«el mayor escéptico del siglo XX sobre la democracia estadounidense», según Coates— o el reverendo Martin Luther King. Medio siglo después, los líderes de los derechos civiles herederos de aquella lucha siguen intentando culminar lo que ellos comenzaron, pero la rebelión de los años sesenta nunca llegó a convertirse en revolución real. Quizá, en términos gramscianos, se trate de una revolución pasiva inconclusa que se debate entre la clásica dialéctica revolución-restauración, sin lograr cambiar el *statu quo* del todo. Si definimos revolución como una rebelión triunfante —a lo Robespierre—, entonces las posibilidades de un nuevo proceso revolucionario social y político en Estados Unidos son mínimas. «La dispersión de las antiguas

movilizaciones por los derechos civiles, la política militar estadounidense y otras razones han animado a los herederos de los activistas de la década de 1960 a considerar al Gobierno más determinado y firme de lo que pronosticaban sus oponentes en aquel tiempo —dejó escrito el sociólogo Charles Tilly a finales del siglo pasado—. Hay un escepticismo creciente ante las posibilidades de una revolución en países capitalistas ricos.»

Después cayeron las dos torres. Con la entrada en el nuevo milenio, el trauma bíblico del 11 de septiembre de 2001 abrió un nuevo escenario donde todo parecía volver a ser posible. Como si la tragedia del 11-S hubiera servido para hacer *tabula rasa* . Las movilizaciones contra la guerra de Irak recordaban a las de Vietnam y la llama revolucionaria volvía a prender entre los millones de seguidores de aquel senador afroamericano llamado Barack Obama. Sin embargo, como demuestran casos como el de Michael Brown y Freddie Gray y las consecuentes movilizaciones frustradas de Ferguson y Baltimore, los años de Obama resultaron una oportunidad perdida para culminar la revolución emprendida más de medio siglo atrás.

Un despropósito. Efectivamente, el proceso judicial por la muerte de Freddie Gray fue un completo despropósito. Se estableció que se juzgaría por separado a los seis agentes imputados, pero solo llegaron a celebrarse tres juicios. El primero, contra el agente que presuntamente negó la ayuda médica al detenido, fue declarado nulo en diciembre de 2015. El jurado no consiguió ponerse de acuerdo en el veredicto y el juez estableció una nueva fecha para un juicio que nunca se celebró. El agente Nero, uno de los policías en bicicleta con los que Freddie tuvo la mala suerte de encontrarse aquella lejana mañana de domingo, fue declarado inocente de todos los cargos y absuelto en mayo de 2016. Un mes más tarde tuvo lugar el tercer juicio, el más mediático. El conductor del furgón policial —un agente afroamericano llamado Caesar Goodson— se enfrentaba a la acusación de asesinato en segundo grado y a tres cargos de homicidio. La fiscal Marilyn Mosby sostuvo que él fue el responsable de la conducción violenta que provocó la lesión medular del joven. Durante el juicio comparecieron treinta testigos, entre ellos el recientemente absuelto Edward Nero, quien sostuvo la misma versión que el resto de sus compañeros: durante la detención y el traslado, Freddie Gray tuvo una actitud «pasivo-agresiva» contra la autoridad, justificando así que no le pudieran poner el cinturón de

seguridad que le habría podido salvar la vida. «No paró de chillar y dar golpes dentro del furgón», testificó el agente Nero, quien sugirió que en las cuatro ocasiones en que lo sacaron del vehículo se mostró pasivo, inmóvil, engañando a los testigos que declararon que nunca se resistió a los agentes. La Fiscalía no pudo probar que Freddie fuera víctima de un «paseo brusco» por parte del agente Goodson. Aunque los peritos médicos insistieron en que la muerte de Freddie Gray no pudo haber sido un accidente, el juez le dio más credibilidad al testimonio de un detective de la Policía de Baltimore. Ese agente declaró que la médica que hizo los exámenes a Gray le dijo en privado que su muerte había sido un «accidente terrorífico». Un accidente, al fin y al cabo. El caso estaba visto para sentencia.

Como era de esperar, Goodson fue absuelto de todos los cargos el 23 de junio de 2016.

La absolución del conductor del furgón policial hizo que el caso se desmoronara. La fiscal Marilyn Mosby, que un año atrás enarbolaba la bandera de la lucha contra la violencia policial ante miles de manifestantes enfervorizados en el concierto de Prince, definitivamente tiró la toalla. «Sin una reforma del sistema de justicia criminal, podríamos juzgar este y otros casos como este cientos de veces y llegaríamos al mismo resultado», lamentó ante un reducido grupo de manifestantes con gesto decaído, antes de anunciar que retiraba definitivamente todos los cargos contra los policías implicados en la muerte de Freddie Gray. El público presente reaccionó con discreto desaliento ante la rendición de la fiscal que hacía un año bautizaron como su heroína invencible, y se dispersó sin mayor fanfarria.

Mosby llegó a la misma conclusión a la que han llegado miles de abogados a favor de los derechos civiles desde antes de la lucha contra la segregación: el sistema de justicia en Estados Unidos está blindado. Es un búnker de hormigón armado construido por y para la supremacía blanca en el que no hay resquicios legales posibles. Protegidos dentro de ese búnker, los miembros de los cuerpos policiales son intocables.

Arranca el verano de 2016 y con él —abusando de un tópico periodístico repetido hasta la saciedad— toma impulso la carrera hacia la Casa Blanca. Conforme avanza el largo proceso de primarias se acercan las convenciones en las que demócratas y republicanos proclamarán a sus candidatos

presidenciales. El país vive el proceso con pasión o con pasmo, según hacia dónde se mire. Los corresponsales extranjeros condenados a seguir la campaña no tenemos otro tema en nuestras agendas.

Estrenamos el año con la triste noticia de la muerte de David Bowie en Nueva York, a la que siguieron las clásicas tormentas de nieve y hielo en la ciudad de los rascacielos, los caucus de Iowa entre ventiscas invernales, las blancas primarias de New Hampshire a temperaturas bajo cero y el aún más helador ascenso imparable de Donald Trump en las elecciones internas del Partido Republicano. El año 2016 no presagiaba nada bueno. Como profetizaba por aquellas fechas la sexta temporada de la serie de moda *Juego de Tronos* , «se acercaba el invierno». Uno a uno, el empresario y *showman* multimillonario eliminó a todos sus rivales como si se tratara de un personaje de la superproducción de HBO. En algunos casos aplastándolos como a insectos insignificantes; en otros, como fue el caso del heredero político de la dinastía Bush, humillándolos con saña. Sin embargo, pasados los meses de frío y la estupefacción inicial, la campaña se ha ido calentando al tiempo que la gran bola de fuego llamada Trump crece sin control. Se acerca el momento de su coronación como monarca de los Siete Reinos al frente del antiguo partido de Lincoln.

Los hoteles de Cleveland y alrededores colgaron el cartel de completo meses antes de la fecha clave: 18 de julio. La expectación es enorme en los días previos a la cita. Me ha costado un ojo de la cara reservar una habitación en un triste motel de carretera a unos treinta kilómetros al norte de la ciudad, a orillas del lago Erie. En la ciudad, mientras, la cancha de los Cavaliers de LeBron James —el pabellón Quicken Loans Arena, conocido en Cleveland como «The Q»— completa su mutación en fortaleza de máxima seguridad. Sus alrededores, y por extensión todo el centro de la ciudad, se han llenado de barricadas policiales y controles de seguridad. Poco a poco han ido desembarcando las grandes cadenas de cable con su espectáculo circense: guirnaldas tricolores y bombillitas, vistosos escenarios al aire libre y hasta bares y restaurantes montados por las propias televisiones desde donde transmiten la última hora y organizan debates. Como el *Grill* de la CNN, un híbrido de plató multimedia y restaurante abierto al público desde donde Anderson Cooper entrevista a los aspirantes republicanos mientras simpatizantes, disidentes y curiosos se pringan las manos con las alitas de pollo picante que sirven en su barra. Fuera, los vendedores de propaganda electoral despliegan entre gritos y codazos sus

chiringuitos como si aquello se tratara de un frenético mercadillo mediterráneo. Banderas de «Trump 2016», muñequitos de Trump que balancean la cabeza para el salpicadero del coche, pomposas gorras rojas chillonas con el lema *Make America Great Again* estampado en grandes letras blancas, camisetas, chapas y pins con el nombre del magnate en letras mayúsculas… Trump es omnipresente. Ha ganado por aclamación de los buscavidas que reparten propaganda «pirata» a precios de saldo. «Me puedes comprar las camisetas a mí —me susurra un vendedor afroamericano venido desde Carolina del Norte a quien le he debido de parecer poco *trumpista* —, toda la recaudación va a mi bolsillo, ni un dólar para la campaña de ese impresentable racista.» El negocio es el negocio, más allá de los principios. No hay más que ver esos otros productos menos coloristas que en Cleveland vuelan como rosquillas: las chapas y camisetas dedicadas a la candidata demócrata Hillary Clinton. En ellas se pueden leer desde lemas relativamente benévolos como «Encerradla ya» o «Hillary a prisión» hasta insultos abiertamente machistas como «La vida ya es lo bastante perra, no votes a una».

El *merchandising* político dice mucho de una campaña que todavía nos guarda muchas sorpresas. Quedan más de tres meses de bronca por delante. El tono irá subiendo aún más y llegaremos a ver camisetas de simpatizantes republicanos que llaman con mucho humor al linchamiento de periodistas: «Cuerda, árbol, periodista: se necesita montaje», dice la de un seguidor de Donald Trump en Minneapolis. La fotografía del reportero de Reuters Jonathan Ernst en la que se ve a una chica adolescente y a una señora mayor riéndose a carcajadas de la ocurrencia se extenderá como la pólvora por el ciberespacio. Será parte del explosivo legado del candidato Trump durante los meses de campaña frenética. La prensa, enemiga del pueblo. El clásico *lügenpresse* , directamente sacado del manual de Goebbels: la prensa mentirosa. *Fake news* .

Todavía recuerdo mi primer mitin electoral de Trump allá por enero en el instituto de un pequeño pueblo a orillas del río Misisipi llamado Clinton —ironías de la toponimia—, al este de Iowa. El gimnasio del centro escolar se llenó de ganaderos y agricultores locales, grupos de moteros encuerados, cristianos evangélicos y familias granjeras que se habían desplazado desde los alrededores en enormes camionetas *pick-up* . Lo primero que hizo el candidato cuando subió al escenario fue señalar con el dedo índice a los periodistas que nos apelotonábamos al fondo del gimnasio, bajo las canastas

de baloncesto, en un reducido espacio delimitado por vallas metálicas: «¡Ahí están, miradlas, las personas más deshonestas que conozco! ¡Dadles la bienvenida como se merecen!». Las masas enfervorizadas se volvieron hacia nosotros para abuchearnos, silbarnos e insultarnos con todo tipo de escupitajos verbales. El chaparrón duró hasta que Trump lo cortó en seco para proseguir con su discurso. Recuerdo el impacto de aquel episodio entre los compañeros que cubríamos la campaña de Trump. Nos mirábamos incrédulos. Pero en los meses sucesivos me tocaría recorrer junto a algunos de ellos la geografía del país para comprobar que en todos los actos trumpistas a los que asistí el ritual se repetía con escrupulosa puntualidad. En gimnasios de instituto como el de Clinton, en campos de béisbol, en pabellones industriales o en hangares de aeródromos, junto al jet privado del candidato. Como una banda de rock de gira que reparte sus mejores temas de forma estratégica a lo largo del *show* , el futuro presidente sabía que «el saludo a los periodistas deshonestos» era uno de los momentos favoritos del público, y estaba dispuesto a darles lo que querían. Como toda estrella del rock que se precie. Los otros dos temazos que incendiaban a las masas en los mítines de Trump eran «Build the Wall!» [¡Construye el muro!)] y los coros enfurecidos dedicados a Hillary Clinton: «Lock her up!» [¡Que la encierren!].

Aquellos coros todavía resuenan en Cleveland. Los 2.472 delegados republicanos venidos hasta aquí desde los cincuenta estados y los cinco territorios de ultramar van ocupando sus asientos en el parqué de *The Q* . Cada grupo de delegados se sienta junto al cartel que anuncia su procedencia: los ciento cincuenta y cinco tejanos lucen amplios sombreros de *cowboy* y los diecinueve hawaianos camisas coloridas y *leis* de flores al cuello, mientras la mayoría de los participantes se entrega a la estética de las barras y estrellas en todas sus formas imaginables. Basta un primer repaso rápido para constatar lo evidente: todos son blancos. La diversidad brilla por su ausencia entre los designados por el Partido Republicano para elegir a su nuevo líder. Haciendo un recuento más preciso descubro que tan solo hay dieciocho afroamericanos acreditados en este mar de casi dos mil quinientos delegados blancos. La menor proporción de negros republicanos en los últimos cien años de convenciones nacionales. Incluso menor que en los años de la segregación, cuando el *Grand Old Party* todavía presumía del legado de Abraham Lincoln y aún era el referente de los afroamericanos.

Pero los tiempos han cambiado desde entonces. El Partido Republicano en 2016 es el partido de la «ira blanca». El partido que promete hacer añicos el legado del primer presidente negro de la historia si llega al poder. Porque la victoria electoral de Obama hace ocho años encendió todas las alarmas conservadoras. En 2008, el candidato demócrata arrebató a su rival John McCain el voto de las mujeres, además del de los hispanos, los asiáticos y los menores de treinta años. El 95 % de los afroamericanos votaron a Obama. McCain solo obtuvo la mayoría entre los votantes blancos mayores de sesenta y los cristianos evangélicos. Blancos de la tercera edad y fundamentalistas religiosos: el panorama demográfico no era muy prometedor ni sostenible de cara al futuro. El senador de Carolina del Sur Lindsey Graham diagnosticó entonces el problema del Partido Republicano con una nitidez asombrosa: «No estamos generando el número suficiente de tíos blancos cabreados como para mantenernos en el negocio a largo plazo».

«Tíos blancos cabreados.» Es exactamente lo que necesita Trump para vencer a Hillary Clinton en estos próximos tres meses. Los blancos, cristianos y conservadores siguen siendo mayoría en Estados Unidos, aunque la balanza demográfica podría inclinarse del lado de las minorías étnicas en dos generaciones, según los expertos. De hecho, en vísperas de la convención de Cleveland ha difundido un dato demográfico muy significativo: por primera vez en la historia reciente de Estados Unidos, en el último año han nacido más niños y niñas de minorías étnicas que bebés blancos. El vuelco demográfico es cuestión de tiempo, aunque en las elecciones de 2016 los votantes blancos representan todavía más del 73 % del censo. Casi tres cuartas partes de la población, aunque cada vez más envejecida y con una capacidad de influencia menguante. Este hecho preocupa mucho a los sectores más conservadores, que ven cómo se avecina un cambio que podría dejarlos fuera de juego en un futuro no tan lejano. Por eso, los republicanos tratan de aplicar recetas que en el pasado han funcionado para restar influencia a los votantes negros y que ahora se pueden aplicar también a otras minorías que «invaden» condados y distritos electorales donde los conservadores siempre han tenido mayoría.

El *gerrymandering* —la manipulación de las circunscripciones electorales para influir en los resultados— ha sido una práctica habitual de demócratas y republicanos por igual. Se trata de agrupar (*packing*) o dispersar (*cracking*) grupos de votantes para reducir o ampliar su

representación electoral. En los años previos a la cita electoral de 2016, las asambleas legislativas de estados como Pensilvania, Michigan, Wisconsin, Florida, Carolina del Norte o Virginia —todas con mayoría republicana— se lanzaron a aprobar leyes que modificaban los límites de las circunscripciones electorales para favorecer a su partido. Un año después de las elecciones, un informe de Associated Press constataría que el *gerrymandering* benefició principalmente a los conservadores. «El resultado estaba en gran medida cocinado previamente por la forma en que los distritos electorales estaban diseñados», denunciaría el profesor de políticas públicas John McGlennon, de la Universidad William & Mary de Virginia. La manipulación de distritos por motivos raciales es inconstitucional en Estados Unidos, y casos como el de Wisconsin llegarán a la Corte Suprema.

La profesora Carol Anderson analiza en *White Rage* las diferentes tácticas electorales utilizadas por los republicanos para suprimir el voto de las minorías durante la presidencia de Obama. Por primera vez desde la conquista del derecho a voto con la ley de 1965, el porcentaje de afroamericanos registrados para votar alcanzó niveles equiparables al de la población blanca. En 2008 se hizo efectiva la igualdad entre blancos y negros ante las urnas. Y eso, según Anderson, fue la gota que colmó el vaso de algunos líderes republicanos. El propio John McCain denunció fraude electoral por los casos de irregularidades en el registro de votantes negros en estados sureños. Con la excusa de evitar ese fraude, algunos estados comenzaron a exigir la presentación de un documento de identidad con fotografía emitido por el Gobierno para poder votar. En Estados Unidos no es habitual tener un carné de identidad oficial, y menos entre las minorías desfavorecidas. En Texas, por ejemplo, se podría votar mostrando el permiso de armas pero no con la tarjeta de estudiante. Este nuevo requerimiento, según denunciaron grupos a favor de los derechos civiles como la NAACP, eliminaría del censo electoral nacional a seis millones de votantes negros y casi tres millones de latinos.

Durante las elecciones de 2012, el número de votantes registrados cayó en picado en zonas como el Cinturón Negro de Alabama por las dificultades que las nuevas leyes ponían a quienes querían conseguir un documento de identidad a tiempo para la cita electoral. A la mayoría se les pasó el plazo de inscripción porque las oficinas abrían solo en días puntuales y con horarios imposibles, dificultando el registro de miles de votantes

afroamericanos. Además, las jornadas electorales en Estados Unidos siempre caen en martes, por lo que muchos trabajadores recurren al «voto temprano» para poder ejercer su derecho sin faltar al trabajo. El domingo anterior al martes electoral suele ser una fecha clave: muchas iglesias afroamericanas organizan autobuses para ir a votar después de misa. Ese día, más de un tercio de los votantes son negros. El gobernador republicano de Florida, Rick Scott, tomó una medida que pretendía acabar con esa tradición de golpe: prohibió votar en domingo. La autora de *White Rage* no tiene dudas: «Cada nueva restricción y requerimiento cuidadosamente elaborado y aprobado por Parlamentos con mayoría republicana y firmados por gobernadores republicanos se dirigía específicamente a la población que ayudó a poner a un hombre negro en la Casa Blanca».

A pesar de los esfuerzos de los republicanos, en 2012 Barack Obama consiguió la reelección sacando a Mitt Romney cinco millones de votos y asegurándose estados clave como Ohio, Pensilvania y Wisconsin. La derrota del candidato republicano fue traumática dentro del partido; las voces más a la derecha se multiplicaron. Los centristas moderados de Romney habían fracasado en su intento de «jugar al juego de Obama», apoyando por ejemplo la política exterior del presidente demócrata para distanciarse de los halcones *neocon* nostálgicos de la era Bush. Por eso, el segundo mandato de Obama era una llamada a la guerra sin cuartel contra sus políticas. La desastrosa puesta en marcha de *Obamacare* el 1 de enero de 2014 se convirtió en un punto de inflexión: el Gobierno obligaba a quienes no tenían seguro médico a registrarse a través de una página web que no funcionaba, amenazándolos con multas si no lo hacían a tiempo. Aquel vano intento de llevar la atención sanitaria a los colectivos que hasta entonces no habían tenido acceso a ella se convirtió, a ojos de los más críticos, en el mejor ejemplo de inoperancia, intromisión y hasta opresión de un Gobierno poco menos que socialista. Un Gobierno demasiado grande, demasiado poderoso, presidido además por un negro. Las libertades individuales de los «americanos de bien» estaban en peligro. En definitiva, como pronosticó Graham ocho años atrás, hacían falta más «tíos blancos cabreados» para recuperar el poder. Los ideólogos de la ultraderecha estadounidense ya se habían puesto manos a la obra.

La cruzada MAGA (siglas de Make America Great Again) se consolida en Cleveland como la corriente hegemónica en el nuevo Partido Republicano. Los nativistas y los populistas de la extrema derecha lo han conseguido. En este contexto de celebración de la América más blanca, resulta admirable encontrar a unos pocos afroamericanos y latinos sosteniendo carteles de Trump. La curiosidad me lleva a entablar conversación con algunos de ellos. Bajo el cartel del estado de Maryland encuentro a dos de los dieciocho delegados negros presentes en Cleveland. Los dos vienen de Baltimore. Más concretamente de West Baltimore, el barrio donde Freddie Gray murió bajo custodia policial hace más de un año.

«Una de las ideas equivocadas sobre el Partido Republicano es que se trata de un grupo de blancos gordos y calvos», me lanza de buenas a primeras Corrogan Vaughn, un hombre de cincuenta años que aparenta tener veinte más, atrapado en su traje de cartón. Miro a mi alrededor y constato que tiene razón. No todos son hombres gordos y calvos; también hay jóvenes atléticos y algunas mujeres con largas cabelleras rubias. A Vaughn se le escapa una risotada, como si no se diera cuenta de que realmente representa una minoría insignificante en medio de un océano de blanquitud: «Puede que la mayoría sean blancos, de acuerdo, pero créeme que entre ellos hay mucha diversidad cultural». Tratándose de Estados Unidos, el país de inmigrantes por excelencia, no lo dudo. El aspirante a congresista por Baltimore, quien disputará su escaño al demócrata Elijah Cummings sin éxito, va entonces directo a la yugular de los demócratas: «Nosotros los republicanos no somos precisamente la cuna del Ku Klux Klan, que como todo el mundo sabe nació en el seno del Partido Demócrata; de hecho, nuestro partido fue clave en la conquista del derecho a votar en el Sur». Vaughn no tarda en elogiar a Trump, el nuevo líder, como «un gran hombre, un emprendedor, un *outsider* que no debe nada a nadie y que devolverá la grandeza al partido y al país».

Chancellor Torbit, a sus veintiocho años, es un recién llegado al Partido Republicano. Hasta hace menos de dos años militaba en las filas demócratas, desde las que fue candidato en las elecciones municipales por el distrito 41, en West Baltimore. Su hermano era policía. Murió en las calles de Baltimore. «Allá, en la ciudad que vio morir a mi hermano y a Freddie Gray, los negros hemos sido demócratas toda la vida, como si no tuviéramos otra opción —dice como tratando de justificar su reciente cambio de chaqueta—, y eso no me ha beneficiado ni a mí ni a la

comunidad, porque las tasas de criminalidad siguen siendo astronómicas, con asesinatos diarios… además, la pobre educación que reciben nuestros jóvenes nos condena a seguir hundiéndonos más y más en la miseria.» Torbit está convencido de que los republicanos pueden cambiar la situación, porque «mientras los demócratas invitan a la comunidad negra a ser pasiva y a no esforzarse mientras nos venden que los políticos lo arreglarán todo desde el Gobierno, la filosofía republicana es muy diferente: el Gobierno es la gente y la gente es individualmente responsable. Es decir, nosotros tenemos el poder de cambiar las cosas, y eso hace de este partido algo grande, porque apela a la responsabilidad de cada uno».

Sin embargo, la pareja de delegados afroamericanos de Maryland prefiere mirar hacia otro lado cuando les pido su opinión sobre los ramalazos racistas de Donald Trump y sus comentarios ofensivos dirigidos a las minorías del país. «Yo suelo mirar más allá de lo que nos cuentan los medios de comunicación, que por lo general suelen ser mentiras —se adelanta el más joven—, aunque todos podemos decir en un momento dado cosas que ofenden a otras personas, la verdad es que en nuestro partido los musulmanes, por ejemplo, son bienvenidos.» Los desvaríos del nuevo líder se les hacen incómodos —«gente como el senador John McCain denuncia todo el tiempo sus declaraciones y a veces lleva razón»—, pero hasta cierto punto tolerables. Como un mal menor. Esa es una de las claves del ascenso estratosférico de Trump: hasta los militantes más moderados llegaron a reírle las gracias durante la campaña, le apoyaron en las primarias y acabarán votándole en las elecciones. Hasta que ya es demasiado tarde. En la convención de Cleveland las voces críticas van perdiendo volumen conforme avanzaban las horas. Algunos «disidentes» abandonan el perímetro de *The Q* discretamente, por la puerta trasera. Otros han optado directamente por no asistir a la reunión. Entre ellos, los excandidatos presidenciales John McCain y Mitt Romney, el clan Bush al completo, una veintena de senadores conservadores y seis gobernadores republicanos. Uno de ellos es John Kasich, el «moderado» gobernador de Ohio —estado en el que se encuentra Cleveland—, quien ha boicoteado el cónclave de su propio partido en su propio territorio.

Durante el segundo día de convención descubro una pequeña «mina» de información en uno de los montacargas traseros de *The Q* . Un lugar excelente para acceder a fuentes privilegiadas. Los republicanos VIP lo

utilizan para entrar al parqué de la convención a través de las cocinas, y ahí los espero yo con mi libreta, mi micrófono y mi cámara. Al acecho, quizá levantando las mismas sospechas (ninguna) que un palestino llamado Sirhan Sirhan cuando —en otra convención y en otra cocina, la del Hotel Ambassador de Los Ángeles— esperó con un revólver del calibre veintidós a otro candidato, Robert Kennedy, con intenciones muy diferentes a las mías. Así, subiendo y bajando en el montacargas, he podido tener varias conversaciones con algunos asesores de campaña del candidato y también con los rivales derrotados por Trump en las primarias. El primero en retirarse de la carrera fue el eterno precandidato estrellado Rick Perry, exgobernador de Texas, quien acabará siendo secretario de Energía en el gabinete Trump. Usa tanto el ascensor que cada vez que me lo vuelvo a cruzar nos saludamos con una sonrisa, por lo demás sin mucho interés. Perry ha seguido el proceso de muchos líderes del *establishment* republicano: tras retirarse, dio su apoyo al también tejano Ted Cruz hasta que dos meses antes de Cleveland se rindió ante la evidencia, anunciando su lealtad sin fisuras a Donald Trump.

Las conversaciones del ascensor me sirven para constatar lo que ya sospechaba: en la distancia corta, los «radicales» líderes del Tea Party —aquel movimiento ultraconservador nacido durante los primeros años de la era Obama y que tan lejano suena ahora— parecen inofensivos moderados al lado de Trump y sus *outsiders* . Por ejemplo, el candidato de los pantalones Levi's y las motos Harley Davidson: Scott Walker. Uno de los aspirantes más a la derecha y más prometedores cuando arrancó el proceso de primarias, antes de ser fulminado por el tsunami Trump. El gobernador de Wisconsin —estado en el que antes de la globalización se fabricaban las *harleys* — dedica nuestra primera charla de ascensor a ensalzar las barras de *pintxos* de Donostia y el Museo Guggenheim de Bilbao. Un año antes recorrió el País Vasco en visita oficial y se trajo «un gran recuerdo» de aquel lugar. Su esposa Tonette asiente sonriente a su lado y su guardaespaldas, detrás de sus gafas de sol, espera impaciente a que se abran las puertas del montacargas. Walker se unió al movimiento Tea Party desde sus inicios con la cruzada fiscal que él mismo emprendió en su estado: duros recortes presupuestarios, bajada de impuestos, reducción de la deuda. «Me enfrenté a los poderosos sindicatos apoyados y financiados desde Washington en una batalla feroz y gané», me cuenta con orgullo. Aunque a esa cruzada se unieron con entusiasmo fundamentalistas cristianos y

ultraderechistas de todo el país, el verdadero espíritu del Tea Party tenía raíces libertarias en su defensa de los derechos de la propiedad privada y la reducción del Gobierno a su mínima expresión. Por eso, insiste Walker, el trumpismo es otra cosa.

Walker no comulga con la retórica racista del futuro presidente. Se lo hizo saber tras las descalificaciones que Trump dedicó al juez federal Gonzalo Curiel, encargado de juzgar el caso contra Trump University, una escuela de negocios creada por el magnate neoyorquino que resultó ser un gigantesco fraude. Trump dijo que Curiel debería retirarse del caso por ser «mexicano». Sugirió que el juez —nacido en realidad en Indiana— tenía prejuicios contra él por el muro que prometía construir en la frontera sur para detener la inmigración ilegal. Walker se negó entonces a apoyar a Trump como candidato presidencial: «Primero quiero estar seguro de que retira todo lo que ha dicho sobre el juez». Pero Trump nunca lo ha retirado, y el gobernador de Wisconsin acabará de todas formas apoyando al futuro presidente ante la convención de Cleveland. Con Scott Walker, hasta la última gota del Tea Party se ha ido ya por el sumidero populista del emergente movimiento MAGA. La «ira blanca» se ha hecho con el control del Partido Republicano irremediablemente.

«¡Trump! ¡Trump! ¡Trump!» La convención de Cleveland aclama a su líder. «¡Trump! ¡Trump! ¡Trump!» El martilleo violento de cientos de gargantas —sobre todo masculinas— es mayoritario en el pabellón de los Cavaliers, pero no unísono. Los delegados se miran entre sí, como buscando entre sus filas a quienes no gritan con ganas. Cleveland acaba de nombrar candidato presidencial a Donald John Trump, «el próximo presidente de Estados Unidos», y todos esperan la aparición del nuevo líder por videoconferencia desde lo alto de la torre Trump de Nueva York. Los disidentes que han decidido quedarse guardan silencio. Aunque Ted Cruz se ha negado a apoyar abiertamente a su rival ante sus correligionarios, acabará dándole su apoyo después de la convención. Y eso a pesar de que Trump ha maltratado con especial saña a la familia de «Ted el Mentiroso», como lo llama hasta la extenuación. Llegó a sugerir que su padre —un pastor evangélico de origen cubano— estuvo involucrado en el asesinato de John F. Kennedy. Entonces pasó a burlarse de la apariencia de su esposa Heidi Cruz, comparando en Twitter una fotografía suya con la de la bella Melania Trump, exmodelo eslovena y futura primera dama. Su único comentario, sarcástico: «Una

imagen vale más que mil palabras». Cruz nunca le perdonará esos agravios a Trump, pero después del humillante trago con el que anunciará su apoyo al candidato republicano, el engominado ultraconservador evangélico desaparecerá entre la niebla del Capitolio para preparar, quizá algún día, su venganza.

Mientras, en algún despacho oscuro, Steve Bannon se relame viendo las imágenes que llegan de Cleveland. Las delegaciones de los cincuenta estados aplauden con entusiasmo y corean el nombre del nuevo jefe. Bannon, ideólogo ultranacionalista del trumpismo, todavía no forma parte del equipo de campaña de Trump, pero pasará a dirigirlo en cuestión de días. Durante la convención republicana aún continúa al frente de Breitbart News, un portal de noticias de extrema derecha desde donde se divulgan todo tipo de teorías de la conspiración sin filtro y se presta una plataforma a algunas de las voces del fascismo estadounidense, ahora bajo el paraguas de la «derecha alternativa» o Alt-Right. Pero la especialidad de Bannon es atacar al *establishment* republicano: los líderes republicanos del Congreso Paul Ryan y Mitch McConnell o el senador John McCain son sus demonios, muy por delante de los demócratas. «No hay un partido conservador funcional en este país, y desde luego el Partido Republicano no lo es», dijo unos años antes de entrar de lleno en la política nacional. Ahora es su momento. Los sectores que representan a la «ira blanca» que él se ha encargado de azuzar desde sus medios ultraderechistas han conseguido lo más importante: hacerse con el liderazgo del partido. Ahora solo falta derrotar a la candidata demócrata y llevar a Trump a la Casa Blanca. Y para eso está Bannon.

Mientras, en Cleveland, la exaltación del líder llega al clímax durante el último día de cónclave. Al término del discurso que ha sellado su coronación, Donald Trump y su candidato a vicepresidente Mike Pence toman el escenario acompañados de sus familias. Los Trump, una colección de *barbies* y *kens* de peinados y dentaduras perfectas, contrastan con los Pence, una modesta familia evangélica del Medio Oeste. Hay fuegos artificiales, confeti y globos. Suenan los acordes de *All Right Now* de los Free, un tema de la era Nixon para poner el broche a un mensaje casi calcado al de la convención republicana de 1968: «Ciudades envueltas en humo y llamas». En realidad, Trump ha pronunciado el discurso que todos esperábamos de él. Un discurso que llama a la furia, apela al miedo y dibuja un escenario apocalíptico que él y solo él puede remediar. Un discurso en el

que acontecimientos como los disturbios de Baltimore tras la muerte de Freddie Gray se convierten, ahora sí, en el centro de la política nacional: «Los estadounidenses que nos están viendo esta noche han visto las recientes imágenes de violencia en nuestras calles y caos en nuestras comunidades —ha arrancado Trump—, muchos habéis sido testigos directos de esa violencia y algunos habéis sido sus víctimas. Tengo un mensaje para todos vosotros: el crimen y la violencia que hoy aflige a nuestra nación muy pronto terminará. A partir del 20 de enero de 2017… ¡la seguridad será restaurada!». El aplauso entusiasta de los delegados republicanos parece ahora unánime.

Las palabras que Trump ha leído del teleprónter con más o menos fidelidad son obra de otro personaje que se esconde en las sombras de la campaña. Una especie de oficinista de treinta años prematuramente calvo llamado Stephen Miller trabaja desde el arranque de las primarias como *speechwriter* personal del candidato. Es el encargado de escribirle los discursos, aunque luego este los destroza cuando decide dar rienda suelta a la improvisación. Miller flirteó durante sus años universitarios con neonazis como Richard Spencer, con quien organizó una conferencia sobre inmigración en la Universidad Duke de Carolina del Norte en 2007. Durante los años en la Casa Blanca, el rol de Miller pasará de mero guionista a director de la película. Se le atribuirán algunas de las medidas más controvertidas de la Administración Trump, como la prohibición de la entrada de ciudadanos de varios países musulmanes a Estados Unidos o la separación forzosa de familias de inmigrantes centroamericanos en la frontera con México. Según contará un asesor presidencial anónimo a la revista *Vanity Fair* en 2018, «Stephen disfruta viendo las imágenes de niños separados de sus padres en la frontera. Es un tipo retorcido… es puro Waffen-SS».

La fiesta ha terminado y los republicanos van abandonando *The Q* camino de los bares de copas y salones de hoteles donde se disponen a seguir con la celebración. Se hace el silencio en las gradas del pabellón, que pronto volverá a ser escenario de gloriosos partidos de la NBA. Solo quedamos unos cuantos reporteros apurando nuestras crónicas entre globos tricolores y confeti dorado. Varios voluntarios armados de agujas pinchan los globos uno a uno para facilitar el trabajo a los equipos de limpieza. En ese momento, entre pequeñas explosiones, me viene a la cabeza Philip Roth y

su magistral novela *La conjura contra América* . La historia alternativa que cuenta la llegada al poder de Charles Lindbergh, el aviador aventurero con simpatías nazis famoso desde que pilotó el flamante *Spirit of Saint Louis* sin escalas a través del océano Atlántico. El mismo que en la ficción de Roth arrebata la presidencia al demócrata Franklin Roosevelt en 1941 con un discurso populista y aislacionista muy parecido al de Trump. Lindbergh, que en la vida real defendió un acercamiento de Washington a Berlín para evitar entrar en la guerra, también fue parte de un movimiento conservador llamado America First (América Primero), que denunciaba los intentos del Reino Unido por arrastrar a Estados Unidos al enfrentamiento armado con Alemania. Eran los tiempos del Bund germanoamericano, las cruces gamadas en el Madison Square Garden, Abel Meeropol y el insurgente Café Society del Village. Lindbergh nunca llegó a ser candidato republicano, mucho menos presidente, pero su mensaje se ha colado entre las líneas escritas por Miller en Cleveland. «Nuestro plan pondrá a América primero… *America First!* El americanismo, y no el globalismo, será nuestro credo», ha anunciado Trump. Se refiere al credo del unilateralismo —Estados Unidos no debe imponer sus valores al resto del mundo, al contrario de lo que promulgan los *neocon* —, rozando el aislacionismo total de Lindbergh.

«América Primero», escribo en mi libreta Moleskine de tapas negras. Un extraño *déjà-vu* recorre entonces mis neuronas, llevándome catorce años atrás en el tiempo, cuando garabateé un lema de campaña muy parecido en otro Moleskine idéntico mientras cubría la segunda vuelta presidencial de Jean-Marie Le Pen contra Jacques Chirac en París: «Los franceses primero». Ni Lindbergh fue Trump ni Trump es Le Pen, pero todos tienen en común una música de fondo y una estrategia política que traerá consecuencias muy parecidas. El Frente Nacional se hizo entonces definitivamente con los feudos tradicionales de la izquierda en Pas de Calais o Marsella. Trump hará lo mismo en las zonas mineras e industriales de los Apalaches.

Pero en julio de 2016 todo eso es una incógnita remota. Además, a poco más de tres meses de las elecciones, todas las encuestas dan la victoria a Hillary Clinton, quien espera ser coronada y aclamada al estilo Trump en la convención de los suyos, esta vez en Filadelfia. Las habitaciones de hotel y Airbnb en la ciudad que vio nacer a la democracia estadounidense son aún más caras y escasas que en Cleveland. Una vez más, me espera un lúgubre

cuarto en un motel perdido en algún lugar de la autopista de Nueva Jersey donde tirar mis cosas y prepararme para varios días más de cobertura informativa intensa. Esta vez en la cancha de los Sixers.

13

Como un elefante desbocado en la cristalería Swarovski del Rockefeller Center, así entró en nuestro léxico hace unos años. Desde ese momento, *gentrificación* me parece, lo mire por donde lo mire, un palabro horrible. El neologismo proviene del inglés medieval *gentry* —referido a la gente de posición social acomodada sin sangre noble: la alta burguesía— y describe el proceso de transformación urbana por el que la población original de un barrio es desplazada y progresivamente sustituida por vecinos de un nivel adquisitivo mayor. En Estados Unidos, detrás del palabro se esconde algo más simple, de toda la vida: la vieja supremacía blanca.

Brooklyn, por tomar el ejemplo más claro. Una enorme extensión urbana donde conviven neoyorquinos de orígenes muy diversos. En el barrio de Crown Heights, las estribaciones de Prospect Park albergan a gran parte de la comunidad antillana de Nueva York. Cuando llegué a la ciudad para incorporarme a mi nuevo puesto de trabajo como corresponsal alquilé una habitación a un viejo peluquero jamaicano en ese barrio, concretamente en President Street. Una medida temporal para ahorrar algo de dinero mientras buscaba, a lo largo y ancho de la ciudad, colegio para mis hijos y un apartamento donde vivir —en ese orden—. No tardé en darme cuenta de que en los alrededores del apartamento de la calle President no había grandes supermercados donde hacer la compra, ni tiendas de marca o restaurantes más o menos elegantes. Mucho menos gimnasios modernos y barras de batidos veganos, como en otros lugares de Brooklyn que conocía mejor. Aunque ya habíamos entrado en primavera, todavía hacía frío y la calle permanecía semivacía durante la mayor parte del día. Desde luego, aquello no era lo que me había imaginado. El inquietante tintineo de una caja de música proveniente de una furgoneta de helados rompía el silencio a horas estratégicas —como a la salida de las escuelas— y las iglesias evangélicas (de esa franquicia sí había varias) se llenaban de fieles los domingos.

Aunque para encontrar una ensalada había que coger el metro, las casas de comidas jamaicanas me salvaron durante aquellos primeros días. Me alimentaba a base de pollo *jerky* , hígado y *oxtail* con plátano verde y

cerveza de jengibre casera. Incluso, de vez en cuando, me permitía algo de pescado con salsa de coco en un garito guyanés a un par de manzanas de mi casa. En realidad, el Caribe mantenía a los habitantes de Crown Heights más o menos sanos. Si no fuera por su riqueza gastronómica criolla —y por las típicas *bodegas* de ultramarinos regentadas por yemeníes en esta parte de Brooklyn—, sería imposible huir de los Dunkin Donuts, los productos procesados y las bebidas azucaradas. En los barrios más pobres hay prácticamente una ausencia total de comercio local, por lo que es misión imposible encontrar fruta fresca o verdura. Los platos precocinados, la pizza y los cereales Cheerios constituyen la dieta básica de niños y mayores. Las consecuencias de esa pobre nutrición en la salud son demoledoras, con índices aterradores de obesidad y enfermedades cardiovasculares. En cualquier ciudad de Estados Unidos basta con entrar en una tienda de alimentación —si es que la hay, porque a veces es imposible encontrar una— y echar un vistazo a las estanterías para hacerse una idea de la tasa de pobreza en ese lugar. Si se encuentran alimentos frescos, hay dinero; si por el contrario todo está procesado y envasado en plástico por la industria alimentaria, mal asunto. Cuanto más pobre es el barrio, mayor es la escasez de comida real y mayor la presencia de productos industriales atiborrados de azúcares y aditivos. Son los llamados «desiertos alimentarios» que se extienden por los barrios pobres de todo el país.

Por suerte, President Street no estaba en uno de esos desiertos. Cuando llegué era más bien una especie de «tierra de nadie» entre la riquísima Park Slope, al otro lado del parque, y el sur de la avenida Flatbush, donde la cosa se ponía seria y comenzaba la pobreza real. Un territorio en plena transformación. «Bienvenido a la línea del frente de la gentrificación», me advirtió mi casero cuando me vio cargado de maletas al pie de un taxi amarillo. De repente, en ese mismo instante, sentí la puñalada. Me vi a mí mismo como parte de ese proceso. ¿Quiénes habrían ocupado mi habitación antes de mi llegada? Quizá mi decisión de establecer aquí mi campo base temporal afectó a una familia local a la que el viejo peluquero jamaicano subió la renta de tal forma que tuvo que abandonar el barrio para siempre. Quizá aquella familia imaginaria malviva ahora en algún lugar de East Flatbush o Brownsville, donde escasea la comida real, los colegios públicos carecen de recursos y las bandas de gánsteres campan a sus anchas. Porque así funciona la gentrificación en Nueva York: el mercado inmobiliario dicta

las normas. Suben las rentas, llegan personas con mayor nivel adquisitivo dispuestas a pagar más, se establecen y el barrio «se regenera», como le gustaba decir en su día al alcalde Rudy Giuliani —hoy fiel colaborador de Trump—. La regeneración consiste, se entiende, en acabar con la identidad cultural del barrio, ya sea jamaicana, puertorriqueña o judía jasídica, para plantar en su lugar sucursales de Starbucks, Whole Foods y Urban Outfitters. Desplazados a los *projects* —bloques de viviendas sociales—, los nietos de aquellos inmigrantes venidos de Barbados o Haití perderán paulatinamente su patrimonio cultural para entrar en una crisis de identidad y disolverse en la categoría de «negros pobres». La vieja supremacía blanca haciendo su trabajo, una vez más. En consecuencia, el sentimiento de pertenencia de muchos jóvenes afroamericanos en esas zonas desfavorecidas está ahora más ligado a pandillas como los Bloods o los Crips que a la cultura de sus padres y abuelos.

La cercana prisión de Rikers Island, en Queens, trajo a las grandes bandas de delincuentes de la Costa Oeste a Nueva York, donde se disputan el territorio con los gánsteres locales. En pleno Crown Heights, a pocas manzanas de mi antiguo apartamento, se pueden encontrar todavía los inconfundibles grafitis de los Bloods, una pandilla fundada en Los Ángeles en los años setenta. Se mezclan a lo largo de la avenida Flatbush con los de la Folk Nation Gang, otra banda de narcos afroamericanos contra la que libran una guerra sin cuartel. Los temidos latinos de la mara M-13 o los Kings no llegan hasta aquí. Esto es «territorio negro», como me dice Jason, acostumbrado a escuchar de vez en cuando tiros desde su bar de batidos ecológicos en plena avenida Flatbush.

Varios años después de mi llegada a Brooklyn, el barrio ha cambiado mucho. La gentrificación avanza sin prisa pero firme, como un espeso río de lava hacia el océano. Ahora hay un «centro de *fitness* » y un par de supermercados de productos «orgánicos». Jason Young y su amigo de la infancia John, los dos de veintidós años, se han quedado en el vecindario para adaptarse a los nuevos tiempos. Son una excepción. Han abierto The Brooklyn Greenery, un chiringuito con el que pretenden atraer a clientes «con recursos»: los jóvenes blancos de estética *hipster* recién llegados a su barrio de toda la vida. «Mi familia tuvo que vender nuestra casa y mudarse a otra zona más barata porque todo se encareció de la noche a la mañana —me cuenta Jason mientras prepara un *smoothie* que incluye

incomprensiblemente arándanos, apio y espinacas—. Cuando empezaron a construir las torres junto al parque, muchos vecinos tuvieron que hacer las maletas.» Culmina su creación introduciendo una gruesa pajita de color verde en el denso brebaje y se lo entrega a la única clienta del local, una chica rubia equipada como para correr una maratón de un momento a otro. «Son ocho dólares y noventa y nueve centavos, por favor.»

Las torres del parque a las que se refiere Jason son edificios de apartamentos de lujo en construcción. La última mina de oro descubierta por las poderosas inmobiliarias neoyorquinas. Un decreto municipal firmado por el alcalde Bill de Blasio obliga a que dos de cada diez apartamentos sean de protección oficial, pero aún así los «fantásticos apartamentos con vistas a Prospect Park» son inaccesibles para la población local. Además de los jóvenes *hipsters* , estos nuevos edificios pronto empezarán a atraer a otra clase social, más alta, con más recursos y más alejada de la vida comunitaria. Familias adineradas que ven este antiguo barrio antillano como «el nuevo Park Slope con vistas». Las asociaciones vecinales de Crown Heights llevan años oponiéndose a estos proyectos porque «pasan por encima de la comunidad como un *bulldozer* , las destruyen sin remedio —me dice Alicia Boyd—. Brooklyn es ahora mismo el epicentro de la corrupción inmobiliaria en Nueva York».

Alicia y su grupo de activistas antigentrificación Movement to Protect the People (Movimiento para proteger al pueblo) se han convertido en el terror de los concejales y representantes públicos que tienen la obligación de reunirse regularmente con los vecinos del barrio para dar explicaciones sobre la marcha de los proyectos. Cada reunión se convierte en una batalla campal en la que termina interviniendo la policía. Esta noche no será una excepción. Aunque me han advertido de que la cosa puede acabar mal, acompaño a Alicia a la reunión sin saber muy bien qué me voy a encontrar. Sin sospechar siquiera que mi guía por los conflictos de Brooklyn pasará la noche en la comisaría número 71 del Departamento de Policía de Nueva York (NYPD).

Alicia Boyd es una maestra de escuela afroamericana de cincuenta y cuatro años, de amables rizos canosos y amplia sonrisa, pero llena de cólera por dentro. Cabreada hasta el tuétano. Lleva la indignación en el ADN. Esta noche viste una camiseta verde sobre la que se puede leer un eslogan simple: «Lujo = Desalojo». Llegamos a las puertas del colegio para niños

sordos Saint Francis de Sales, cerca del Museo de Brooklyn y el jardín botánico. Las luces azules y rojas de cuatro patrullas del NYPD nos dan la bienvenida. En el escenario del auditorio, sentada junto a varios hombres encorbatados, la que ha sido presidenta de la comunidad vecinal del Distrito Nueve de Brooklyn desde hace tres décadas: Pearl Miles. «La corrupta número uno», me susurra Alicia mientras hacemos nuestra entrada triunfal en la sala. Varios vecinos sentados entre el público abuchean a la recién llegada: «¿Vienes a montar bronca otra vez? ¡Fuera de aquí!», le grita un ultraortodoxo barbudo. Pero entre el público también hay activistas del movimiento antigentrificación que muestran carteles contra la industria inmobiliaria y el alcalde De Blasio. Una señora mayor sostiene un cartón sobre el que ha escrito «de Selma a Brooklyn», en referencia a la lucha por los derechos civiles de los negros. El componente racial está muy presente en este conflicto. Alicia ha sido acusada de ser una «racista antiblanca» entre otras cosas por sus declaraciones sobre el presidente del distrito de Brooklyn, el también afroamericano Eric Adams. Le ha llamado nada menos que «el gran Tío Tom de Brooklyn» por su supuesta sumisión a los intereses de los grandes empresarios inmobiliarios blancos. La bronca está servida.

«Estamos gobernados por un sistema político corrupto.» Alicia interrumpe las explicaciones de los representantes del ayuntamiento entre silbidos y gritos. «No hay democracia real porque la agenda de los políticos no es la del pueblo. Vosotros representáis los intereses de las grandes inmobiliarias y constructoras, los intereses de Ross, de Walentas, de Kushner… ¡de Trump!» Mientras enumera los grandes magnates neoyorquinos de la construcción —el auténtico Santo Grial de la economía de la ciudad de los rascacielos—, los primeros agentes de policía hacen acto de presencia. La presidenta Miles les ha pedido que se lleven a Alicia. Al verlos entrar, la activista entra en combustión. Saltando por encima de varias filas de asientos, se dirige directa al escenario, donde los concejales y demás representantes comunitarios recogen sus papeles con prisa, visiblemente asustados. Cuando Alicia está a punto de alcanzar la mesa, un enorme agente le cae encima, le pone las esposas y se la lleva al exterior. Los últimos gritos de Alicia, ahogados por el alboroto y la bulla generalizada, se pierden en la lejanía. Discretamente, recojo mis cosas y me voy en busca de un Starbucks tranquilo.

Mucho antes de la irrupción del paquidermo en Swarovski, la gentrificación era ya una realidad en Nueva York. En Brooklyn, los exitosos planes para «regenerar zonas desfavorecidas» se le atribuyen al alcalde Giuliani, que en 1994 convirtió la Gran Manzana en lo que es hoy, una especie de Disneylandia para turistas. Acabó con la inseguridad de los años duros y la gente comenzó a utilizar el metro sin miedo a ser atracada, pero «la ciudad perdió parte de su alma en el proceso», como me dijo a altas horas de la noche el bajista de la banda punk Misfits durante una fiesta en honor a Dee Dee Ramone en el antiguo —y legendario— Hotel Chelsea.

Muchos años antes de Giuliani, los Ramones y los Misfits, durante los años del macartismo y la resistencia folk en el Village, hubo quien denunció el racismo de las grandes constructoras en pleno Brooklyn. Woody Guthrie, el padre de todos los *folkies* , se enfrentó al padre de Donald Trump, el magnate de la construcción Fred Trump. Lo hizo con la única arma que sabía disparar, su guitarra, su «máquina de matar fascistas». La increíble historia la desenterró de los archivos del Centro Woody Guthrie de Tulsa un profesor de literatura americana en la Universidad Central de Lancashire en vísperas de las elecciones de 2016. Will Kaufman descubrió unos manuscritos de Guthrie de principios de los años cincuenta, cuando el héroe del folk vivía en Beach Haven, un complejo residencial de Brooklyn propiedad de Trump. En esas letras de canciones inéditas escritas de su puño y letra, Woody Guthrie denunciaba el racismo de su arrendador, a quien llamaba *Old Man Trump* , «el viejo Trump».

En su juventud, el progenitor del presidente número cuarenta y cinco de Estados Unidos fue simpatizante del Ku Klux Klan. Hay constancia de que fue arrestado por la policía en los altercados ocurridos tras una marcha de supremacistas en Nueva York en 1927. Más de mil encapuchados del Klan desfilaron en aquella ocasión contra «la policía romana y católica de la ciudad de Nueva York», según rezaba el panfleto que repartían. Denunciaban la discriminación de los blancos anglosajones protestantes, cuyas «libertades democráticas» eran «pisoteadas cada vez que nos organizamos para defender una bandera, la estadounidense; una escuela, la escuela pública, y un idioma, el inglés». La marcha terminó a porrazos contra un gran grupo de italoamericanos, muchos de ellos simpatizantes de Mussolini, según cuentan las crónicas periodísticas. Italianos *fascisti* contra *waspies* del KKK a palos. La locura intrínseca de la historia de Nueva York resumida en una escena grotesca.

Entre aquellos jóvenes anglosajones y protestantes cubiertos de túnicas blancas y capirotes puntiagudos se encontraba Fred Trump, hijo de inmigrantes alemanes luteranos de Kallstadt, en el Palatinado. Su padre Friedrich —el abuelo de Donald— llegó a Estados Unidos en 1885 y se lanzó a la aventura del Salvaje Oeste atraído por la fiebre del oro. Regentó prostíbulos, licorerías y restaurantes desde Seattle hasta Alaska, y años después de su aventura volvió a Alemania a casarse con Elizabeth Christ, una chica de su ciudad natal. A partir de 1905, año en que nació Fred, los Trump se establecieron en Nueva York, donde murió Friedrich. Fred era todavía un adolescente cuando sobrevino la repentina muerte de su padre y la matriarca Elizabeth se tuvo que hacer cargo de la familia y también de los negocios. El mismo año en que el padre del futuro presidente de Estados Unidos fue arrestado por los incidentes de la marcha del Ku Klux Klan, madre e hijo fundaron Elizabeth Trump & Son, una promotora inmobiliaria que comenzó a construir y arrendar casas unifamiliares en Queens y pronto pasaría a hacerse cargo de proyectos más grandes.

En verano de aquel mismo año inauguraron el Cyclone, el orgullo de Coney Island. Las traviesas de madera de la vieja montaña rusa traquetean y los rodamientos castañetean aún hoy igual que hace casi un siglo. He perdido la cuenta de las veces que me he montado en ella. La decadencia de Coney Island, la noria Wonder Wheel, Luna Park y su playa proletaria tienen un poder de atracción hipnótico en mí, como por un hechizo de a veinticinco centavos del adivino Zoltar. Cuántas veces habré dejado que el tren F —el que utilizo habitualmente para moverme por Manhattan— se adentre en Brooklyn dejando pasar estaciones hasta el final: «Última parada, estación de Coney Island». Todas esas veces el viejo complejo de apartamentos de ladrillo rojo me ha pasado inadvertido entre otros monstruos arquitectónicos de la posguerra. Como en un *freak show* de mujeres barbudas, enanos microcéfalos y tragasables zíngaros.

Algunos de sus actuales residentes lo llaman «*Roach* Haven» (el refugio de las cucarachas), pero Beach Haven fue en su día —dicen— un buen lugar para vivir. Fred Trump construyó aquellos apartamentos cercanos a la playa y a las atracciones de Coney Island para los veteranos de la Segunda Guerra Mundial. Un pelotazo inmobiliario que se llevó cuantiosos fondos públicos y del que Trump obtuvo beneficios millonarios. Aquella oscura operación levantó las sospechas del Gobierno y un comité

del Senado lo llamó a declarar como imputado. Fred Trump admitió ante los senadores de Washington haber inflado el presupuesto para obtener así una mayor subvención del Gobierno. Casi dos mil familias se instalaron en Beach Haven, entre ellas la de Woody Guthrie, por su condición de veterano de la Marina Mercante durante la guerra. Todos los apartamentos estaban ocupados por familias de veteranos blancos. Los negros no eran bienvenidos en Beach Haven. Trump prohibió expresamente arrendar viviendas a familias afroamericanas.

La canción inédita descubierta más de medio siglo después por Kaufman denuncia la política racista impuesta por el padre del pequeño Donald Trump, quien entonces tenía apenas seis años. «Supongo que *Old Man Trump* sabe cuánto odio racial revuelve en la olla de sangre de los corazones humanos —canta Guthrie—, cuando traza esa línea de color aquí, en su proyecto para mil ochocientas familias»:

> ¡Beach Haven no es mi casa!
> ¡No puedo pagar la renta!
> ¡Mi dinero se va por la alcantarilla!
> ¡Y mi alma se retuerce de dolor!
> Beach Haven parece un paraíso
> donde no vienen negros a deambular
> ¡No, no, no! ¡Old Man Trump!
> ¡Beach Haven no es mi casa!

Durante décadas, los agentes inmobiliarios al servicio del magnate neoyorquino negaron sistemáticamente todas las solicitudes presentadas por ciudadanos de color. Los impresos rellenados por afroamericanos que querían alquilar una vivienda en Queens o en Brooklyn se marcaban con la letra «C» de «coloreado» y se guardaban en un cajón, como testificó más tarde en los tribunales un encargado de la compañía llamado Thomas Miranda. Durante los años de plomo del silencio y la vergüenza, los solicitantes afroamericanos salían de las oficinas sabiendo que tendrían que buscar casa en otro lugar. Todo el mundo sabía que los apartamentos Trump no eran para negros. Sin embargo, impulsadas por los grupos a favor de los derechos civiles, las denuncias por discriminación racial contra la Compañía Trump se multiplicaron a partir de la aprobación de la Ley de Vivienda Justa de 1968, una ley que prohibía expresamente la segregación en el sector inmobiliario. Ese mismo año, recién graduado en la universidad, Donald Trump se estrenaba como responsable de un gran proyecto en Cincinnati, Ohio.

Una investigación del *New York Times* publicada en el verano de 2016 —en plena campaña electoral, después de la convención republicana que proclamó candidato a Donald Trump— sacó a la luz muchos casos de discriminación racial hasta entonces ocultos. Como el de Haywood y Rennell Cash, una joven pareja de Cincinnati que rellenó una solicitud para alquilar un apartamento en el edificio recién construido por la Compañía Trump en su ciudad. El joven Donald era uno de los máximos responsables del proyecto y el agente inmobiliario Irving Wolper —uno de sus hombres de confianza en Cincinnati— fue quien recibió a los Cash en su oficina. La primera vez que vio a la pareja de afroamericanos cara a cara los despidió disculpándose, argumentando que por desgracia no quedaban apartamentos disponibles. Pero los Cash sabían que había muchos vacíos, así que insistieron. Una y otra vez recibieron la misma respuesta negativa del señor Wolper. Entonces, los Cash recurrieron a un grupo a favor de los derechos civiles que luchaba contra la discriminación de las inmobiliarias. Los activistas decidieron echarles una mano y enviaron a una pareja de jóvenes blancos a la oficina de Wolper. Mientras los auténticos Cash esperaban en el coche, los impostores blancos rellenaron la solicitud con sus datos. Inmediatamente, con una amplia sonrisa, el agente de Trump les ofreció un luminoso apartamento disponible.

Uno de aquellos impostores era la activista pro derechos civiles Maggie Durham, quien cuenta al *New York Times* que en el mismo momento en que Irving Wolper hubo aceptado su solicitud llamó a los auténticos Haywood y Rennell Cash a la oficina de la inmobiliaria. «Todavía hoy me acuerdo perfectamente de la furia en su voz y en su cara», recuerda Durham. Cuando vio cruzar la puerta a los dos jóvenes negros y se dio cuenta de que había caído en su trampa, Wolper se puso de pie y lanzó toda su rabia contra la joven blanca llamándola *nigger-lover* , el insulto favorito de los racistas del Sur (algo así como «amante de los negros» pero con muy mala intención). Antes de ser expulsada de la inmobiliaria Trump a patadas, Durham también recuerda que Irving Wolper la acusó de ser «una traidora a la raza blanca». Todos los insultos están recogidos y taquigrafiados por el tribunal de Ohio que recibió la demanda y que finalmente obligó a Trump a ofrecer un apartamento a la pareja de afroamericanos.

En su libro de memorias y recomendaciones de negocios *El arte de la negociación (The Art of the Deal* , 1987). Donald Trump no habla de ese caso, pero dedica un cariñoso recuerdo a su agente inmobiliario de Cincinnati, el racista Irving Wolper: «Un hombre fabuloso, un gestor increíble… un clásico».

«Donald Trump heredó el racismo de su padre», asegura con rotundidad el profesor que desempolvó las letras anti-Trump de Woody Guthrie. Will Kaufman cree que «Fred Trump entrenó a su hijo de forma activa y trabajó con él para perpetuar ese racismo en su empresa». La denuncia de Woody Guthrie, ahogada en un océano de manuscritos que jamás vieron la luz en su día, franqueó generaciones hasta la campaña electoral de 2016. Un cantante de Baltimore llamado Ryan Harvey puso música a las letras rescatadas por Kaufman y las convirtió en un éxito folk punk con ayuda de los intérpretes Ani DiFranco y Tom Morello. Incluso grabó un videoclip frente al mural que recuerda en West Baltimore la muerte de Freddie Gray.

Pero ¿es Donald Trump un racista? Era una de las preguntas más comunes durante aquellos días de convenciones, debates televisados y mítines electorales. Se escribieron decenas de artículos argumentando que sus repetidas declaraciones contra los mexicanos «violadores», los «*bad hombres* », a favor de la construcción de un muro en la frontera o la continua criminalización de los musulmanes eran parte de su táctica electoral para movilizar a ciertos sectores sin los cuales no podría lograr una victoria electoral frente a Hillary Clinton. Yo mismo tomé parte en acaloradas discusiones entre corresponsales de prensa, cerveza en mano, sobre el tema. Había quien argumentaba que en realidad Trump nunca había sido racista, como él mismo repetía una y otra vez —«soy la persona menos racista que nadie haya conocido»—, esgrimiendo el argumento de que todo respondía a una estrategia electoral calculada. «Es como el cuñado políticamente incorrecto y zafio que todo hijo de vecino tiene en la familia, pero no un racista de manual», me dijo un compañero periodista, convencido. Mientras, otros recordaban su pasado como presidente de la Compañía Trump, especialmente los años anteriores a su desembarco triunfal en Manhattan y su entrada de lleno en el negocio del lujo: los años setenta.

Donald llegó a la presidencia de la Compañía Trump en 1971 decidido a ampliar la obra de su padre, siempre presente en su trayectoria. Siguió construyendo bloques de apartamentos en Queens y en Brooklyn, desde donde daría el salto a Manhattan en los ochenta a la caza de clientes multimillonarios sin excesivo gusto estético. Los dorados versallescos y el *dictator chic* se convertirían en marca de la casa —no hay más que ver el terrorífico apartamento de lujo del magnate en la Torre Trump de la Quinta Avenida—. Pero los setenta fueron años más mesurados. Antes de dar el paso que le llevaría de Manhattan a los casinos de Atlantic City, de ahí a los platós de televisión y finalmente a la Casa Blanca, la mayoría de sus clientes seguían siendo ciudadanos de clase media de los barrios periféricos. Y es ahí donde la discriminación racial se hacía más evidente.

En 1973 el Departamento de Justicia de Estados Unidos denunció a Trump por seguir cerrando las puertas de sus complejos residenciales a ciudadanos negros. El Gobierno federal acusaba a Donald, a su padre y a la compañía Trump Management Inc. de vulnerar la Ley de Vivienda Justa de forma continuada. La investigación de la Fiscalía General recogía las múltiples denuncias de ciudadanos y grupos a favor de los derechos civiles, así como declaraciones de empleados de Trump que confirmaron las prácticas racistas de la compañía, como marcar con la letra «C» las solicitudes de afroamericanos. Otras inmobiliarias investigadas, como la también neoyorquina LeFrak, llegaron a un acuerdo con la acusación y acabaron dando ayudas económicas a clientes negros para acabar con la segregación en sus apartamentos. Pero ese no era el estilo de Trump. Se negó a firmar un acuerdo discreto. No quería tener que admitir su culpabilidad. Se había enterado de la demanda «a través de las noticias de la radio, en el coche», según declaró indignado, y estaba dispuesto a llevar el caso a una batalla judicial y mediática contra el Gobierno.

Era la primera prueba de Donald frente a la opinión pública. La primera oportunidad de mostrar a Gotham City y al mundo su talante explosivo, su proverbial espíritu ganador. Sin concesiones, sin medias tintas. ¡Pow! ¡Bang! ¡Boom! Era el momento de cruzar el Rubicón de la mano de su mentor, el supervillano Roy Cohn. «Recuerda, Donald, toda publicidad es buena; sea positiva o negativa, siempre es buena», le debió de susurrar al oído el abogado, igual que años antes musitaba sentado a la derecha del Gran Inquisidor McCarthy. Igual que tramaba en oscuros salones llenos de humo la defensa del capo de la familia Bonanno, Carmine

«Lilo» Galante, de «Fat Tony» Salerno de los Genovese o de Thomas Gambino, entre otros gánsteres conocidos. Sin perder la misma sonrisa ávida de sangre que llevó a Julius y Ethel Rosenberg a la silla eléctrica de Sing Sing dejando dos niños huérfanos.

La primera respuesta de Roy Cohn a la denuncia del Departamento de Justicia fue interponer una contrademanda de cien millones de dólares por difamación contra el Gobierno federal. Así, de aperitivo. La mejor defensa es un buen ataque, aprendió rápidamente Donald. Él mismo anunció la demanda contra el Gobierno en una multitudinaria rueda de prensa. Denunció que los interrogatorios del fiscal eran «dignos de la Gestapo», tras lo que anunció también que interpondrían una demanda por desacato contra uno de los abogados de la Fiscalía. El victimismo siempre funciona, apuntó mentalmente Trump. La «caza de brujas» se convertirá en uno de sus argumentos más recurrentes, desde los casos por discriminación racial o corrupción hasta la investigación del fiscal especial Robert Mueller sobre la presunta confabulación de su equipo de campaña con espías rusos para interferir en las elecciones de 2016. El juez desestimó las contrademandas del abogado Cohn de un plumazo, pero eso era lo de menos. Roy y su aprendiz Donald habían conseguido su objetivo: hacer ruido, protagonizar grandes titulares y atraer la atención de la opinión pública. «Una cosa que he aprendido de la prensa es que siempre está hambrienta, en busca de una buena historia —anota en su libro *The Art of the Deal* —, y cuanto más sensacional sea la historia, mejor. Está en la pura naturaleza de la profesión periodística, y lo entiendo. La lección consiste en comprender que si eres un poco diferente, un poco escandaloso, y si haces cosas atrevidas y polémicas, la prensa va a escribir sobre ti.»

Durante los dos años que duró la batalla legal, los tabloides neoyorquinos escribieron mucho sobre Donald Trump. Prácticamente a diario. Se convirtió en una *celebrity* de Gotham, con la sombra del supervillano Roy Cohn siempre presente a su lado. Finalmente, incapaces de probar que no hubiera racismo en la Compañía Trump, tuvieron que desistir. Decidieron llegar a un acuerdo con el Gobierno y firmaron un decreto de consentimiento. Pero Donald y Roy insistieron ante la opinión pública: no incluía una declaración explícita de culpabilidad; de hecho, ese tipo de documentos nunca lo hacía. Agarrado a ese clavo ardiendo, Donald presentó el acuerdo con la Fiscalía como una aplastante victoria de Trump: «Finalmente el Gobierno no ha podido probar su caso y hemos acabado

firmando un acuerdo menor sin tener que admitir ningún tipo de culpabilidad». La última lección aprendida del supervillano: una derrota puede convertirse en una victoria si sabes manipular la verdad, porque la verdad siempre es maleable, flexible, relativa. Otra vez *The Art of the Deal* : «La clave final de lo que yo promulgo es la fanfarronada, la bravata. Juego con las fantasías de la gente: porque la gente no siempre se ve como alguien grande, pero se emociona con la gente que se siente grande. Por eso, un poco de hipérbole nunca hace daño».

14

«Bernie Sanders era el único candidato que podía derrotar a Donald Trump en las elecciones presidenciales.» Laura —estudiante de diecinueve años, de Filadelfia— mira fijamente a cámara, con una sonrisa de oreja a oreja. Su pelo violeta, sus múltiples pendientes en lóbulos, cejas y alas de la nariz y, sobre todo, su mochila verde pistacho al hombro llenan la pantalla de color. Pero no me gusta que los entrevistados miren directamente al objetivo de la cámara. Laura lo hace, sonriendo, sin atender a mis ruegos para que me mire a mí y deje de agarrar el micrófono con sus manos. «Bernie tiene a millones de jóvenes detrás, es el único que puede movilizar a la mayoría progresista de este país… ¡con Hillary estamos perdidas!», grita acercándose el micrófono a la boca. Hace mucho calor y tengo la camisa pegada al cuerpo por el sudor. Quiero que la entrevista termine de una vez, así que me despido amablemente de Laura. Total, no podré utilizar sus declaraciones en el vídeo que tengo que montar en tiempo récord para el informativo de la noche. Mira todo el tiempo a cámara mientras agarra el micro con las manos. Entrevista arruinada. Una pena.

Edito mi crónica a toda prisa en un Starbucks con aire acondicionado y wifi gratuito. Aunque tenga que pagar el doloroso peaje de tomarme un café infame, es la apuesta más segura para llegar a tiempo al informativo. Hoy cuento desde Filadelfia que los seguidores del senador socialista Bernie Sanders han tomado las calles de la ciudad para protestar por lo que ven como una purga dentro de la convención demócrata. Sanders acaba de anunciar su apoyo a la candidata Hillary Clinton, renunciando a sus aspiraciones. Lejos de unificar al partido, la decisión del senador de Vermont ha generado gran división entre demócratas centristas y el ala izquierda. Dentro de la convención, en el Wells Fargo Center de Filadelfia —cancha de los 76ers, los Sixers de la NBA—, los delegados de Bernie Sanders pelean para que al menos la candidatura de Clinton incluya parte de su programa electoral. En el centro de la ciudad, la izquierda se manifiesta para mantener viva la *revolución* de Bernie: «Esto ha dejado de ser el movimiento de Bernie», dice una joven con una gorra en la que la paloma de la paz acompaña al nombre del candidato socialista. «Él empezó la

revolución, pero si ahora decide dejarla a un lado, nosotros tomaremos el testigo y continuaremos con ella», añade un barbudo que luce en el pecho una gran chapa con la cara de su candidato.

Las bases de Bernie están encrespadas, pero también desorientadas. Muchos no reconocen al senador que ha clamado por la justicia social, la sanidad universal y la educación pública gratuita, contra el racismo y la violencia policial, al candidato que hizo temblar a Wall Street y a las élites económicas: «La décima parte del 1 % más rico de la población posee casi tanta riqueza como el 90 % menos rico» ha sido una de las frases más repetidas durante su campaña. Él es el heredero ideológico de movimientos como Occupy Wall Street, la antiglobalización, las movilizaciones contra la guerra —la de Irak y la de Vietnam—, la lucha antirracista, los derechos civiles y el antifascismo del Frente Popular y los *folkies* del Village. Su visita al Centro Woody Guthrie en Tulsa, Oklahoma, durante la campaña de las primarias pretendía recoger simbólicamente toda esa tradición de la izquierda estadounidense. Bernie Sanders ha sido —hasta la fecha— el representante izquierdista que más lejos ha llegado en el sistema político de Estados Unidos. El que más se ha acercado al poder. Pero aquí en Filadelfia termina su recorrido, estampado contra el muro de hormigón del Partido Demócrata y sus intereses. Muchos de sus seguidores creen que Sanders ha claudicado ante el poder de Clinton y el *establishment* demócrata. Ante los amigos de Wall Street y los neoliberales.

«Bernie nunca fue un demócrata; es un socialista y un comunista, ¡eso es lo que ha sido siempre!», me dijo anoche un delegado de Hillary Clinton de Florida en perfecto español. Así es como muchos representantes del Partido Demócrata ven en Filadelfia a los «descamisados» de Bernie. Son «radicales antisistema» que han asaltado al abordaje su viejo barco como feroces piratas. Para «los demócratas de toda la vida», los radicales de Sanders se sitúan fuera del sistema, fuera de la estructura bipartidista que sostiene el régimen político estadounidense desde hace más de dos siglos: los partidos Republicano y Demócrata son las dos columnas del régimen. Fuera de ese bipartidismo, nada es posible. Bernie Sanders siempre se ha declarado independiente —no está afiliado al Partido Demócrata—, pero optó por presentarse a las primarias demócratas porque era la única forma de tener una mínima posibilidad de llegar a la Casa Blanca. Ningún candidato de un «tercer partido» ha ganado nunca unas elecciones en la

historia de Estados Unidos. El candidato abiertamente racista George Wallace en 1968 y el *reformista* Ross Perot en 1992 y 1996 son los ejemplos recientes más exitosos. Si es que se puede considerar un éxito conformarse con un 8 o incluso el 18 % del voto popular.

El Wells Fargo Center, en las afueras de Filadelfia, es una olla exprés. Los delegados de Bernie Sanders abuchean a los oradores que se suceden sobre el escenario cada vez que mencionan el nombre de Hillary Clinton. Desde algunas delegaciones, como la de California, se ha llegado a corear el lema favorito de los trumpistas: «*Lock her up!*» («¡Que la encierren!»). A pesar de la llamada al orden del propio Sanders a sus delegados a través de un mensaje de texto para que no monten protestas en la convención, la situación está fuera de control. Anoche se escucharon abucheos incluso contra el propio Sanders, cuando reiteró su apoyo a Clinton. La decepción se ha convertido hoy en rabia. El delegado de Sanders por Iowa Chris Laursen no lo ha podido expresar con mayor claridad: «Es como si Bernie nos hubiera atiborrado a Mountain Dew (una bebida azucarada con cafeína) y ahora quisiera mandarnos a la cama. Ni hablar».

Por si la renuncia de Sanders fuera poco, la filtración de miles de comunicaciones por email entre miembros de la dirección del Partido Demócrata (Comité Nacional Demócrata, o DNC, por sus siglas en inglés) ha reventado la convención desde el principio. Los emails del DNC, filtrados por la web WikiLeaks a través de un grupo de *hackers* rusos llamado Guccifer 2.0, demuestran que el aparato del partido favoreció desde el principio de las primarias a la candidata Clinton. Demuestran que la carrera demócrata no ha sido justa: ha estado desde el principio manipulada para nominar a Hillary Clinton candidata presidencial, tal como Sanders ha denunciado una y otra vez a lo largo de la campaña. De los casi veinte mil correos electrónicos filtrados se extraen muchas conversaciones estúpidas que rayan en lo absurdo, pero que dan una idea del ambiente favorable a Clinton en la estructura demócrata. Como la que protagonizan los responsables de comunicación del partido intentando dar con una narrativa que convenza a los periodistas de que la campaña de Bernie «es un desastre» y de que el candidato socialista «ha perdido los papeles desde el principio». O el ridículo intercambio de emails sobre el presunto ateísmo de Sanders: «En Kentucky o en Virginia Occidental (estados conservadores) podríamos hacer que alguien le preguntara si cree en Dios», propone el jefe financiero del DNC, que en teoría se debía mantener escrupulosamente

neutral en la contienda entre Sanders y Clinton. «Se ha intentado escabullir apelando a su acervo judío, pero he leído por ahí que es ateo: eso podría dar unos cuantos puntos de ventaja a *los nuestros* », concluye el email. «Los nuestros», obviamente, son el equipo de la devota cristiana metodista Hillary Clinton. La destinataria del mensaje, la jefa ejecutiva del partido, responde con un elocuente «AMÉN» en mayúsculas.

La peor parada en el escándalo de WikiLeaks es sin duda la presidenta del Partido Demócrata, Debbie Wasserman Schultz. En sus comunicaciones privadas con otros miembros de la dirección del partido continuamente se salta el principio de imparcialidad que debía regir en el DNC. En uno de los mensajes filtrados a la opinión pública, Wasserman Schultz zanja una conversación sentenciando, rotunda, que «Bernie Sanders nunca llegará a ser presidente». Punto.

Faltaban pocas horas para la inauguración de la convención que debía presidir en el Wells Fargo Center cuando se ha destapado el escándalo. A Debbie Wasserman Schultz no le ha quedado más remedio que dimitir. La presidenta del Partido Demócrata se marcha, eso sí, con la misión cumplida. El daño hecho a la campaña de Bernie Sanders ya no tiene arreglo. En el cónclave de Filadelfia, Clinton será proclamada candidata presidencial con 2.842 votos frente a los 1.865 delegados que votarán por Sanders. En un primer vistazo podría parecer que el apoyo popular de la candidata elegida es considerablemente superior al del perdedor, casi mil delegados de ventaja. Pero eso no es exactamente cierto. Simplemente porque entre los votos favorables a Clinton hay que contar los de los más de setecientos *superdelegados* del partido —cargos electos, miembros del DNC y «demócratas ilustres» como el expresidente Bill Clinton—, que no han sido elegidos democráticamente en las primarias. Esos representantes de las «élites» del aparato demócrata votarán de forma abrumadora a favor de la candidata del *establishment* . De los 711 *superdelegados* , solo 19 darán su voto al candidato de la izquierda. El apoyo sin fisuras del aparato demócrata «en la sombra» resulta, pues, fundamental para que Hillary Clinton pueda cantar una victoria sólida en Filadelfia.

Tras la repentina dimisión de quien debía poner orden en esa olla exprés que es la convención, una veterana demócrata afroamericana de Nueva Orleans asume el difícil reto. Con los delegados de izquierda en pie de guerra, Donna Brazile —convertida en presidenta provisional del partido — trata ahora de calmar las aguas. Pero ya es demasiado tarde. En su libro,

publicado un año más tarde, titulado *Hacks* (algo así como «pirateos»), Brazile contará los entresijos de la «toma de la convención de Filadelfia por parte de Hillary». La clave de todo, según Brazile, estaba en los fondos, en la plata. Había encontrado pruebas de que el partido dependía financieramente de la campaña de Clinton desde el inicio de las primarias. Y eso, confiesa la presidenta del DNC, «rompió mi corazón cuando tuve que dar explicaciones a Bernie».

Lo que Brazile había descubierto cuando llegó a la presidencia del Partido Demócrata era que el DNC era una organización prácticamente en quiebra, con deudas millonarias acumuladas desde la última campaña de Obama. Para salir de esa situación apremiante, Debbie Wasserman Schultz permitió que la campaña de Hillary Clinton se hiciera con las riendas de las finanzas del partido durante todo el proceso de primarias. Según Brazile, lo hizo todo en secreto, sin compartirlo con el resto de los miembros de la dirección: «Si yo no sabía nada de ello, asumo que ninguno de los otros cargos del partido lo sabía. Esa era la forma de actuar de Debbie». Pero lo cierto es que mientras Hillary y Bernie se enfrentaban públicamente en debates y actos de campaña y los electores votaban estado por estado en caucus y elecciones primarias, el Partido Demócrata estaba siendo dirigido directamente desde el cuartel general de Hillary for America, en Brooklyn. La autora de *Hacks* (2017) dará cuenta de las conversaciones con Gary Gensler, el jefe financiero de la campaña de Clinton, quien le hizo una descripción nítida de la situación: «Él (Gensler) me dijo que el partido estaba bajo control absoluto de la campaña de Hillary, lo que parecía confirmar las sospechas del campo de Bernie. La campaña (de Hillary Clinton) mantenía al DNC con vida en *soporte vital* , dándole dinero cada mes para que pudiera cubrir sus gastos básicos, mientras la misma campaña utilizaba al partido como *cámara de compensación* en la recaudación de fondos». Es decir, Hillary utilizaba al Partido Demócrata económicamente dependiente de ella para recaudar fondos para su propia campaña, aprovechándose de la circunstancia de que los límites legales de la cantidad con la que un individuo puede contribuir a la financiación de un partido político son muchos más altos que en el caso de las contribuciones a una campaña electoral.

Pero el acuerdo firmado entre la campaña de Clinton y la dirección del Partido Demócrata iba mucho más allá de la financiación. Según un documento interno desvelado por la propia Donna Brazile en su libro,

Hillary for America se reservaba el derecho a vetar nombramientos dentro del DNC. El partido debería consultar en adelante todas las decisiones estratégicas a la campaña de Clinton. «Me había estado preguntando por qué no podía escribir una simple nota de prensa del partido sin pasar el visto bueno de Brooklyn —se plantea Brazile—. Bueno, ahí estaba la respuesta.» El acuerdo entre la campaña de Clinton y el partido cuando las primarias todavía estaban abiertas no fue ilegal, pero comprometía «la integridad del partido», según Brazile, quien no habría aceptado el cargo en Filadelfia —dirá más adelante— si hubiera tenido conocimiento de la corrupción interna que había amañado las primarias a favor de Hillary Clinton. Cuando después de la convención Brazile explicó la situación a Sanders en una llamada telefónica, la presidenta del partido le dejó claro que no tomaría ninguna medida antes de la elección presidencial: «Hola, senador, he completado mi evaluación de la situación del DNC y he encontrado el cáncer… pero no mataré al paciente».

Bernie Sanders ha presumido durante las primarias de cubrir los gastos de su campaña gracias a pequeñas donaciones de simpatizantes, sin depender de los poderosos super-PAC (Comités de Acción Política organizados para recaudar fondos ilimitados de multimillonarios, grandes empresas o grupos de presión). Su principal fuente de financiación eran las numerosas contribuciones de ciudadanos comprometidos, gente de la calle. La aportación media a su campaña era de veintisiete dólares, como se encargaba de recordar en todos sus actos. Eso, decía, le permitía gozar de una independencia sin precedentes incluso —como hemos visto— del propio partido político por el que se presentaba. Probablemente nunca sabremos cuál fue el impacto real de la manipulación demócrata de las primarias ni cuál habría sido el resultado si la dirección del partido se hubiera mantenido imparcial a lo largo del proceso. Pero si algo está claro es que ese nuevo modelo de hacer política que representaba Bernie Sanders llegó más lejos de lo que ningún movimiento de izquierda había llegado nunca en Estados Unidos. Llegó lejos, «aunque no lo suficiente», como concluye el propio Sanders en *Nuestra Revolución* (*Our Revolution* , 2016). El candidato socialista se refiere a la «decepción» y las «lágrimas» vertidas en la convención de Filadelfia y apunta al *establishment* como el gran problema de la política estadounidense: «La gran crisis a la que nos enfrentamos como nación no responde solo a los problemas objetivos —una

economía amañada, un sistema de financiación electoral corrupto, un sistema judicial roto o la extraordinaria amenaza del cambio climático—. La crisis más seria viene de los límites impuestos a nuestra imaginación. La imaginación es la primera víctima que sucumbe ante un *establishment* —económico, político y mediático— increíblemente poderoso que nos está diciendo todos los días de diferentes maneras que el cambio real es impensable, imposible».

Precisamente, el fenómeno *Feel the Bern* es único en la historia reciente de Estados Unidos porque lleva el desafío al régimen establecido a la primera línea de la política, a unas elecciones presidenciales. Propone transformar el país desde sus cimientos. Esto es algo que no se atrevió a sugerir Barack Obama cuando se enfrentó a la misma rival —Hillary Clinton— en las primarias demócratas de 2008. Entonces el país salía de la guerra de Irak y el dominio *neocon* representado por Bush y Cheney. Ocho años más tarde, el electorado está más preparado, más maduro tras dos mandatos de Obama. Especialmente los jóvenes muestran una mayor conciencia social, es algo que se palpa en los actos electorales de Bernie Sanders a lo largo y ancho del país. Además, durante estos años algunas ciudades estadounidenses se han convertido en enormes laboratorios donde se ha experimentado con el cambio real aplicando políticas muy progresistas, desde las *ciudades santuario* de la inmigración donde la policía local tiene orden de no detener a *sin papeles* hasta medidas innovadoras contra la exclusión social o la protección del medioambiente.

La revolución de Bernie Sanders no conseguirá tomar la Casa Blanca en 2016, pero inevitablemente transformará el Partido Demócrata. Durante los próximos años surgirán nuevos candidatos progresistas en las elecciones locales, estatales y nacionales. Harán que el partido gire a la izquierda como nunca antes ha ocurrido. Igual que con la ley de Derechos Civiles de 1964 los demócratas del Sur abandonaron la defensa de la segregación, 2016 supondrá otro hito en la historia del partido de Johnson y Obama. La elección de Donald Trump y la consecuente amenaza a las libertades civiles movilizarán a una *resistencia* que se nutrirá en gran medida de la energía de todos esos temidos «piratas» que han tomado al abordaje la convención de Filadelfia. Hillary Clinton no tendrá más remedio que introducir en su programa electoral algunas políticas icónicas de Sanders: las matrículas universitarias gratuitas, la subida del salario medio federal a quince dólares

la hora o abrir la opción a un seguro médico público. Clinton lo hará para atraer a los votantes demócratas jóvenes que mayoritariamente apoyan a Sanders. Pero ese cambio —junto a la traumática elección de Trump en noviembre— marcará el camino del Partido Demócrata durante los próximos años. El cóctel que dará como resultado la llamada *resistencia* anti-Trump aglutinará a diferentes colectivos «amenazados» por las declaraciones y las políticas del candidato republicano, desde grupos antirracistas, a favor de los derechos civiles de inmigrantes, musulmanes, LGTB y, sobre todo, feministas. El hecho histórico de haber elegido a una mujer por primera vez candidata presidencial en Filadelfia y la indignación por el machismo que rezuman las declaraciones de Trump lograrán movilizar a millones de estadounidenses. En consecuencia, el movimiento feminista se pondrá al frente de la *resistencia* desde el «día uno» de la era Trump con una manifestación masiva en Washington.

Clinton intentará sumar a su campaña toda esa poderosa energía generada por Sanders… sin Sanders. Su objetivo es ganar las elecciones y lo conseguirá en estados como California, donde arrasará frente a Trump. Sin embargo, las presidenciales de 2016 no se juegan en California. El campo de batalla de verdad está en el cinturón industrial de Pensilvania y Ohio, en las minas agotadas de Virginia Occidental y entre las ruinas de las fábricas de Wisconsin o Michigan. En esos dos últimos estados el candidato socialista fue el preferido de los electores demócratas durante las primarias. Su popularidad supera con creces a la de Clinton, profundamente impopular en todo el país. Esa gran aceptación del senador de Vermont va más allá de los condados de Detroit donde el voto negro podría asegurar una victoria demócrata. En distritos obreros blancos, en los suburbios postindustriales, las bases de Sanders y las de Trump se parecen mucho. Durante los últimos meses de campaña de primarias no he visto vibrar auditorios, pabellones industriales y hangares como en los mítines de los dos candidatos, en las antípodas ideológicas.

De hecho, en las presidenciales del 8 de noviembre de 2016, uno de cada diez votantes del izquierdista Bernie Sanders durante las primarias acabará introduciendo en la urna la papeleta del republicano Donald Trump (dato del Estudio Electoral Cooperativo del Congreso, basado en cincuenta mil encuestas). Algunos de esos votantes probablemente tomarán la decisión de votar a Trump después de presenciar el resultado del disputado

cónclave de Filadelfia, en el que Sanders y los suyos han sido apartados del *ticket* electoral formado por Hillary Clinton y Tim Kaine. Según el estudio, los «desertores» de Bernie —quien había pedido el voto para Hillary— no le desobedecerán porque Trump haya prometido, igual que Sanders, deshacer tratados internacionales de libre comercio como el Tratado Transpacífico (TPP). Es decir, no se cambiarán de chaqueta por proximidad ideológica al candidato de la derecha. Lo harán por oposición a Clinton y a lo que ella representa: la continuidad, el *establishment* . Esto último lo prueba el hecho de que, entre los votantes «desertores», la popularidad de Obama sea ínfima (igual que la de Clinton). Hay quien cree que el sexismo y el racismo también llevarán a esos votantes hacia el lado trumpista. El estudio probará que casi la mitad de ellos niegan el «privilegio blanco», es decir, que los blancos tengan ventajas frente a las minorías en una sociedad dominada por la supremacía blanca. En cualquier caso, esos miles de votantes de Trump que hubieran preferido a Sanders acabarán sumándose a la legión de «tíos blancos cabreados» que dará la victoria al republicano. En los estados de Pensilvania, Wisconsin y Michigan, los «desertores» serán una de las claves de la victoria trumpista. En unos meses la campaña demócrata se rasgará las vestiduras: si esos reconvertidos seguidores de Bernie Sanders se hubieran quedado en casa, Hillary Clinton tendría los votos electorales suficientes para ser presidenta.

La candidata derrotada debió de maldecir su arrogancia durante la noche electoral del 8 de noviembre. Escondida en la *suite* del Hotel Peninsula de Manhattan con vistas a la Torre Trump, Clinton vio como todo se desmoronaba a su alrededor. Su rival había declarado la victoria a pocas manzanas y el Centro de Convenciones Jacob K. Javits, a orillas del Hudson, era un mar de lágrimas. Los cientos de seguidores demócratas que habían esperado durante toda la noche la comparecencia de su candidata deambulaban con la mirada perdida en el enorme pabellón cubierto por el mayor techo de cristal de Nueva York. Algunos se apoyaban en las paredes y otras permanecían sentadas en el suelo, exhaustas y abatidas. No tanto por la derrota electoral como por la ausencia de Clinton, la persona a la que habían confiado ciegamente la misión de parar los pies a Trump.

La única persona que salió al pretencioso escenario de cristal fue un cariacontecido John Podesta, el jefe de campaña de Hillary. Pidió a sus seguidores que abandonaran el local: «Escuchadme, todos deberíais volver

a casa a dormir, mañana tendremos algo que decir». El recuento de votos ni siquiera había concluido y la derrotada candidata demócrata no tenía fuerzas para salir de su habitación de hotel. Las profundas ojeras de Podesta —un hombre de rostro esquelético consumido por el estrés, la cafeína y la frustración— fueron la imagen final de una campaña que había dado por sentada su superioridad. Mientras, el *establishment* demócrata se escabullía por la puerta de atrás.

15

Escuché la noticia en la radio del coche camino a Nueva Orleans, durante una de esas panzadas de kilómetros propias de las campañas electorales. Los candidatos Trump y Clinton se habían enfrentado en un debate bronco y desagradable en la Universidad Washington de Saint Louis. Después de asistir a la pelea de gallos y diseccionarla en titulares como buenamente pude, decidí descender el río Misisipi hasta su desembocadura en el delta. Por el camino, salpicadas como piedras preciosas, me esperaban historias y testimonios de todo tipo en lugares como Memphis, Jackson o Nueva Orleans. Un viaje al Sur profundo. Cuando te echas a la carretera a la caza de historias, siempre hay sorpresas, la mayoría agradables. Como la que me esperaba en Arkansas cuando improvisé un desvío por pistas de tierra hasta una polvorienta aldea algodonera donde Johnny Cash pasó su juventud. Los pocos habitantes de la Colonia Dyess dejaban pasar el tiempo enganchados a una vieja guitarra al ritmo del rasgueo de las cigarras, pero todos tenían una perspectiva histórica y filosófica única sobre el rumbo del país. Su aldea era producto de las políticas de Roosevelt durante el New Deal, cuando los Cash llegaron a ese lugar atraídos por la oferta gubernamental de «una mula y cuarenta acres de tierra fértil». Los descendientes de aquellas familias de colonos explicaban mejor que ningún analista de Manhattan el fenómeno Trump. Una verdadera joya oculta. Cuando los campos de algodón desaparecieron del retrovisor, el dial de la radio del coche comenzó a oscilar entre ruidos espectrales, locutores cabreados y viejas canciones de Johnny Cash. Hasta que, en algún lugar del estado de Misisipi, una emisora local de NPR dio la noticia. Dylan había ganado el Nobel de Literatura.

De pronto se me ocurrió dar la vuelta y conducir un día entero hacia el norte, siguiendo la Ruta 61 hasta Minnesota, donde nació y creció Robert Zimmerman antes de llamarse Bob Dylan. La noticia había saltado en Estocolmo, pero quizá a los medios para los que trabajaba les interesaran un par de reportajes sobre los orígenes del nuevo Nobel de Literatura. Su pueblo de adolescente, sus fuentes de inspiración y sus vecinos más de medio siglo después.

En cualquier caso, antes de emprender el viaje debía consultarlo con mis jefes. Aprovechando que era la hora de almorzar, detuve el coche frente a una caseta que anunciaba «barbacoa sureña» junto a la carretera. Una chabola construida a base de chapa y maderos donde una voluminosa señora negra asaba unos trozos de falda de ternera y costillas de cerdo a fuego lento, como solo saben hacer en el Sur. Pedí la falda, con salsa casera y okra frita. Mientras la parrillera me servía la carne envuelta en papel de periódico, llamé a la redacción. «Olvídate de Dylan —fue la respuesta—; la campaña electoral es lo único que *vende* ahora.» Falta menos de un mes para las elecciones y la atención de los medios está centrada en exclusiva en la carrera hacia la Casa Blanca. No hay más noticias.

Bob Dylan ignoró durante dos semanas los intentos del Comité del Nobel de ponerse en contacto con él. Uno de los académicos suecos lo definió como un «maleducado arrogante» por no dignarse a descolgar el teléfono. La verdad es que llamaba la atención el nulo interés del poeta de Minnesota por el premio que le acababan de otorgar. Se llegó a especular con que lo rechazaría, como hizo Jean-Paul Sartre en 1964. Pero en diciembre Dylan acabó mandando a Patti Smith a Estocolmo a recoger el premio en su nombre. En la ceremonia de entrega del Nobel, la poeta punk interpretó *A Hard Rain's A-Gonna Fall* [Una lluvia fuerte va a caer] acompañada de una orquesta de cuerda. Todo iba bien hasta el quinto verso de la segunda estrofa —«vi una rama negra que rezumaba sangre…»—, en el que Patti Smith se quedó en blanco. Bajo la mirada atenta de académicos, laureados y los reyes de Suecia, transcurrieron varios segundos de tenso silencio hasta que Smith decidió pedir disculpas a la audiencia y retomar la canción a duras penas, como pudo. «Fue un momento humillante», recordaría después. Todo lo que rodeaba al premio Nobel de Literatura de 2016 parecía condenado al despropósito.

En defensa de Patti Smith hay que decir que el poema *A Hard Rain's A-Gonna Fall* es uno de los más difíciles de memorizar. La canción dura más de siete minutos, casi sin tiempo para respirar entre versos. Es una de las muchas canciones protesta que Bob Dylan escribió en sus primeros años en Nueva York, pero una especialmente compleja. Coincidió en el tiempo con la crisis de los misiles de Cuba y la amenaza apocalíptica de una guerra nuclear. Sin embargo, su estructura basada en las antiguas baladas inglesas anuncia «el fin de los tiempos» en un sentido más amplio. Incluye

referencias, por ejemplo, a la lucha por los derechos civiles y a la represión policial en el Sur —«me encontré a un hombre blanco que paseaba un perro negro»—. El verso en el que se quedó enredada Patti Smith, el de la «rama negra que rezuma sangre», podría ser una referencia al canto XIII de la *Divina Comedia* de Dante Alighieri. Pero en el poema también caben el simbolismo de Arthur Rimbaud o ecos de Edgar Allan Poe —«oí la canción de un poeta muerto en el arroyo»—. Incluso la métrica del poema coincide, no por casualidad, con *Aullido* de Allen Ginsberg, escrito solo seis años antes. El poeta *beat* escuchó por primera vez cantar *A Hard Rain* en California, cuando volvió de su largo viaje a la India. En las grabaciones rescatadas por el documental retrospectivo de Martin Scorsese *No Direction Home* (2005), Ginsberg se emociona al recordar el momento: «Me saltaron las lágrimas porque me di cuenta de que una nueva generación había tomado la antorcha de la bohemia, la iluminación *beat* y el autoempoderamiento».

Esa nueva generación de creadores e intelectuales a la que daba la bienvenida Allen Ginsberg estaba destinada a influir de forma crucial en el desarrollo de la historia de Estados Unidos en lo que quedaba de siglo. En la batalla por los derechos civiles, la lucha antirracista y la transformación del Partido Demócrata hacia posiciones progresistas en lo social. Como ocurriría en Europa con la generación de Mayo del 68 —influida igualmente por los herederos de Ginsberg, Guthrie y Seeger—, muchos de aquellos revolucionarios acabarían transitando de la *Nueva Izquierda* hacia posiciones moderadas e incluso neoliberales en su madurez. Hillary Clinton pertenecía a ese grupo, aunque nunca participó en las grandes movilizaciones por los derechos civiles; de hecho, aunque más tarde se unió a la lucha contra la segregación, en 1964 trabajó en la campaña de Barry Goldwater, el candidato republicano que se enfrentó a Lyndon Johnson. Bernie Sanders, que hundía sus raíces en el Nueva York del *folk revival* , pasó su etapa universitaria entre sentadas pacifistas y marchas por los derechos civiles.

Bob Dylan interpretó *A Hard Rain's A-Gonna Fall* por primera vez en el Carnegie Hall, durante un *hootenanny* —un encuentro de música folk— de la mano de Pete Seeger, quien seguía siendo el padrino del movimiento folk neoyorquino desde los años cuarenta. Dylan llegó a Nueva York en 1961 igual que Woody Guthrie más de veinte años atrás: con lo puesto y una guitarra a la espalda. Durante aquellos años, el Greenwich Village era

Folk City , la ciudad donde la canción comprometida volvía a llenar salas de conciertos y plazas, como en los buenos tiempos de Guthrie, Seeger y los viejos *folkies* . Músicos de todo el país se instalaban en el Village atraídos por el calor creativo del momento político. La revolución por los derechos civiles y las protestas pacifistas llegaban a un punto de ebullición que nadie se quería perder. Ya desde la posguerra, Nueva York había sustituido a París como el centro artístico preeminente en el mundo occidental. Era un imán para escritores, editores, pintores, músicos, coreógrafos y actores de teatro. Todos ellos contribuyeron a crear el particular *ethos* cooperativo y contracultural que eclosionaría en los sesenta. Y la música folk fue sin duda su banda sonora.

La lucha antirracista y el folk siempre fueron de la mano. El cantautor Oscar Brand recuerda un chiste anticomunista que se contaba durante los años del macartismo: «Dos miembros del Partido Comunista preparan una reunión y uno le dice al otro: tú trae a los negros y yo me encargo de los cantantes folk». *Folkies* y afroamericanos, junto a *beatniks* y gais, se unían en la gran coalición multicultural que poblaba las calles de Greenwich Village, una especie de capital mundial de la contracultura. Su corazón estaba en el Folklore Center de la calle MacDougal, una modesta tienda de instrumentos y libros de música tradicional fundada por Israel *Izzy* Young, uno de los principales promotores de conciertos folk en la ciudad. Compartía calle con otros locales legendarios como el Gaslight Cafe, el antiguo Kettle of Fish o el Café Wha?, cobijo de poetas y músicos que pasaban la gorra por las mesas después de sus actuaciones. Un gran *lauburu* vasco —un símbolo solar de «cuatro cabezas»— daba la bienvenida a quienes se daban cita en el Folklore Center. Entre ellos, Bob Dylan, para quien ese lugar fue «la ciudadela de la música folk americana». El joven futuro premio Nobel de Literatura escribió una especie de eslogan publicitario para el local de Izzy Young: «¿Qué le dijo la mosca a la pulga? El Folklore Center es un lugar para mí».

Woody Guthrie seguía vivo, aunque la enfermedad de Huntington que padecía lo había apartado totalmente de la vida social neoyorquina. En el hospital psiquiátrico de Nueva Jersey donde se encontraba recluido recibía visitas de viejos camaradas y jóvenes admiradores, como el propio Bob Dylan. La vida del *cowboy* antifascista se evaporaba lentamente en una habitación de hospital mientras en la ciudad, al otro lado del río, nadie

podía conciliar el sueño. La fiebre del *folk revival* iniciada por Guthrie se extendía de Nueva York a todo el país por motivos muy diferentes. Había empresarios y discográficas haciendo negocios millonarios, músicos ambiciosos viviendo el sueño americano del éxito, creadoras inconformistas desencantadas con la cultura de masas insípida que las rodeaba, futuros *hippies* , nostálgicos de la música tradicional de los Apalaches y, sobre todo, jóvenes dispuestos a enfrentarse al poder establecido. La protesta era su combustible. Fue un movimiento fundamentalmente político, vinculado desde el principio al antirracismo, el pacifismo y las manifestaciones antinucleares.

Las voces, guitarras y armónicas de Joan Baez y Bob Dylan acompañaron al discurso *I Have a Dream* de Martin Luther King durante la Marcha sobre Washington. La joven cantautora de Brooklyn fue la encargada de dirigir a las masas mientras entonaban a pleno pulmón el himno góspel del movimiento a favor de los derechos civiles. *We Shall Overcome* (Venceremos) se cantaba desde Carolina del Norte hasta el delta del Misisipi en todas las marchas contra la segregación. Pete Seeger y después su discípula Baez la convirtieron en el himno de toda una década. No había manifestación, sentada o protesta multitudinaria que no terminara con aquella melodía. También los *freedom riders* (viajeros de la libertad) la cantaban de camino a los estados del Sur. Eran jóvenes de diferentes razas que se mezclaban entre los pasajeros de los autobuses de línea interestatales con destino a ciudades sureñas. Lo hacían para protestar contra la segregación racial obligatoria en los medios de transporte, y entre ellos nunca faltaba un cantante de música folk con su guitarra. En algunos lugares, la policía de los estados sureños permitía que grupos de supremacistas atacaran los autobuses antes de detener a sus pasajeros por infligir las leyes racistas. En ciudades de Alabama como Birmingham o Anniston, las masas jaleadas por el Ku Klux Klan incendiaron autobuses y apalearon a sus pasajeros ante la pasividad de la policía.

Y así llegó el «Verano de la Libertad» de 1964. En una gran campaña coordinada por las organizaciones a favor de los derechos civiles, miles de voluntarios de todo el país viajaron hasta el estado de Misisipi para animar a los ciudadanos negros a inscribirse en el censo electoral. El 2 de julio se había aprobado la Ley de Derechos Civiles que prohibía la discriminación en establecimientos públicos, empresas, colegios públicos, bibliotecas y parques. Sin embargo, no incluía el derecho a voto ni el fin de restricciones

como las «pruebas de alfabetización» obligatorias. La discriminación seguiría siendo legal durante las elecciones presidenciales de noviembre. Por eso, los movimientos no-violentos se echaron a la carretera. Sus voluntarios —muchos venidos desde ciudades de la Costa Este— iban a las plantaciones y a los barrios pobres de Misisipi para convencer a hombres y mujeres en edad de ir a las urnas para que se inscribieran por primera vez como votantes. La respuesta de terratenientes, autoridades locales y grupos racistas fue brutal.

Como cuenta el congresista John Lewis —un histórico de los derechos civiles— en sus crónicas gráficas publicadas bajo el título *March* entre 2013 y 2016, los voluntarios desplazados a Misisipi sufrieron más de mil arrestos, ochenta palizas, treinta y cinco tiroteos, otras tantas quemas de iglesias y treinta atentados con bomba. Al menos siete personas murieron asesinadas por los supremacistas. «Los médicos que examinaron a los voluntarios a su regreso del Verano de la Libertad describieron sus síntomas de agotamiento emocional y físico como neurosis de guerra», recuerda Lewis. Otros, como los jóvenes neoyorquinos Michael Schwerner y Andrew Goodman o el misisipiano James Chaney, nunca volvieron a casa.

Schwerner y Goodman eran judíos, como aproximadamente la mitad de los voluntarios blancos que participaron en el Verano de la Libertad. Viajaron de Nueva York a Misisipi para ayudar en la inscripción de votantes. Schwerner llevaba más de dos meses en el Sur junto a su pareja Rita. El poderoso Ku Klux Klan local lo tenía fichado —Samuel Bowers, el «mago imperial de los Caballeros Blancos del Ku Klux Klan», se la tenía jurada al joven judío neoyorquino, y hay pruebas de que planeaba su asesinato desde la primavera—. Goodman, en cambio, era un recién llegado. Los dos viajaban en un coche conducido por James Chaney, un activista afroamericano de Misisipi, cuando los paró la policía en una pequeña localidad llamada Philadelphia. Venían de investigar la quema de una iglesia negra por parte de supremacistas en el condado de Neshoba cuando el ayudante del *sheriff* Cecil Price les dio el alto. Encerró a los tres activistas en el calabozo de la comisaría durante horas a la espera de que llegara el supuesto encargado de cobrarles una multa por exceso de velocidad. Entrada la noche, les dejó salir. Price había llamado a los jefes del Klan para que salieran a su encuentro en la carretera diecinueve.

Los matones del KKK sacaron a los tres jóvenes antirracistas de su camioneta a punta de pistola y los empujaron dentro de sus coches. La camioneta apareció después escondida entre la maleza. A Chaney, Schwerner y Goodman les pegaron un tiro en la cabeza, pero sus cuerpos tardaron más de un mes en aparecer. Durante el mes de julio, el FBI envió a sus agentes a Misisipi y cientos de personas participaron en batidas para dar con los cadáveres. Buscaban, armados de largos palos, en el fondo de ríos y marismas. Durante la búsqueda aparecieron ocho cuerpos de afroamericanos sumergidos en el lodo, entre ellos el de un joven con la camiseta de CORE (el Congreso para la Igualdad Racial) y otros dos estudiantes universitarios negros que habían sido secuestrados, torturados y asesinados por los supremacistas. Finalmente, el chivatazo de un policía local al FBI permitió encontrar los cadáveres de Chaney, Schwerner y Goodman enterrados en una presa de tierra junto a la granja de Old Jolly, cerca del lugar donde fueron atacados por los hombres del Klan.

La desaparición de los activistas del Verano de la Libertad movilizó a todo el país, incluido el presidente Lyndon Johnson, que preparaba la convención demócrata para optar a la elección (eran las primeras elecciones a las que se presentaba desde que entró en el despacho oval tras el asesinato de JFK). El hecho de que los desaparecidos fueran blancos neoyorquinos dio al caso un eco mediático que los continuos asesinatos de negros en el Sur nunca habían tenido. Lo denunció la propia esposa de Michael Schwerner, uno de los activistas asesinados: «La muerte violenta de un negro en Misisipi no es noticia —dijo Rita Schwerner a los periodistas que cubrían la búsqueda de su marido—; solo porque mi marido y Andrew Goodman son blancos ha sonado la alarma nacional».

En medio de esa alarma, el 4 de agosto de 1964 Pete Seeger se encontraba en la localidad de Meridian, al este de Misisipi. Daba un recital en la iglesia baptista del Monte de los Olivos ante la congregación negra local cuando varias personas le interrumpieron. Uno de ellos subió al altar y le susurró algo al oído. El rostro de Seeger cambió radicalmente, y tras unos segundos de silencio se dirigió a su audiencia: los cuerpos habían aparecido, al fin. El cantautor neoyorquino pidió a la comunidad negra de Meridian que se pusiera en pie y todos se dieron la mano para cantar *We Shall Overcome* .

Malcolm X fundó durante aquel dramático «verano de la libertad» su Organización de la Unidad Afroamericana (OAAU), inspirado por el movimiento panafricanista con el que había contactado en su viaje por países como Nigeria, Etiopía o Egipto. Así, dejaba definitivamente atrás sus días en la organización nacionalista negra Nación del Islam. En su discurso inaugural, el 28 de junio, ridiculizó a los seguidores de la resistencia no violenta y a los *folkies* que los acompañaban criticando su «buenismo» y las complicidades que habían tejido con demócratas blancos: «¿Dónde se han visto revolucionarios furiosos cantando en armonía "*venceremos… algún día* " mientras tropiezan y se balancean entrelazando sus brazos con la misma gente contra la que se supone que deberían estar haciendo su furiosa revolución?». Malcolm creía, además, que los esfuerzos de organizaciones como CORE por inscribir al mayor número de votantes negros en Misisipi mientras los nacionalistas blancos los machacaban era un sinsentido. Una pérdida de tiempo. «Puede que logréis el derecho a votar —dijo—, pero entonces no podréis votar a nadie porque ellos ya han decidido que no vais a tener ningún poder.»

Antes de visitar África en primavera, Malcolm había completado su peregrinación a La Meca. Esa experiencia cambió su visión del conflicto. Durante sus últimos meses de vida —antes de su asesinato a manos de militantes de su antigua organización, la Nación del Islam, en febrero de 1965—, defendió la soberanía de los negros de Estados Unidos frente al «poder colonial blanco». Lo comparaba con lo que estaba ocurriendo en África. Para él, era parte de la misma lucha. La Policía de Nueva York actuaba en el barrio de Harlem como las fuerzas de ocupación francesas en Argelia. No cabía otra opción que combatir a la policía emulando a los guerrilleros independentistas argelinos. En ese momento, escribe Manning Marable en su biografía de Malcom X *A Life of Reinvention* (2011), el exlíder de la conservadora Nación del Islam se convierte al izquierdismo, porque «públicamente por primera vez establece la conexión entre la opresión racial y el capitalismo». Los afroamericanos debían seguir el ejemplo de las revoluciones china y cubana, dijo, porque «los países que emergen actualmente del colonialismo están girando hacia el socialismo… y no creo que eso sea accidental».

Martin Luther King, el mártir de los derechos civiles, siempre se había definido ideológicamente como socialista. Durante sus últimos años —antes de su asesinato a manos de un supremacista blanco en 1968— también

acentuó su perfil izquierdista. Si las vidas de Malcolm X y Martin Luther King no se hubieran truncado de aquella manera, quizá habrían acabado confluyendo políticamente. Pero eso es política ficción. En 1964 los dos se habían conocido en Washington, en una audiencia sobre la Ley de Derechos Civiles. El encuentro duró apenas un minuto —un apretón de manos ante las cámaras y una sonrisa forzada— y fue la única vez en que los dos referentes de la lucha por los derechos de los afroamericanos se vieron las caras.

Las declaraciones de Malcolm X sobre la violencia de la policía en los barrios negros de Nueva York sirven para el verano de 1964 y para el de 2014 por igual. Para Eric Garner y James Powell, ambos víctimas de la brutalidad policial separados por medio siglo. El ritual macabro, repetido una y otra vez a lo largo de la historia de Estados Unidos, se reprodujo esta vez en pleno Manhattan. Un grupo de adolescentes del Bronx que asisten a unos campamentos de verano en el Upper East Side se meten en un lío con el conserje de un edificio. Revientan una ventana. El estruendo de los cristales rotos atrae la atención de un policía blanco de paisano que compra en una tienda cercana. Al ver a los chicos negros montando bronca, se acerca, saca su arma reglamentaria y dispara al aire. Cree ver una navaja en la mano de uno de ellos y le descerraja tres tiros a corta distancia. James Powell tenía quince años. Así comenzaron los disturbios de Harlem del verano de 1964.

Volvían a arder las calles de Nueva York. Los enfrentamientos con la policía dejaron un muerto, ciento dieciocho heridos y casi quinientos detenidos en Harlem y Brooklyn. Hubo comercios saqueados y edificios incendiados. Huelga decir que el policía Thomas Gilligan nunca se sentó ante un tribunal. Mató al joven Powell el mismo día en que los republicanos nombraron a Barry Goldwater candidato presidencial. Los disturbios que ocuparían los titulares de la prensa nacional durante los próximos seis días hubieran dado un argumento de campaña infalible a candidatos como Trump o Nixon. La de negros incendiando barricadas en plena calle es una visión que despierta el miedo de las familias blancas conservadoras como ninguna otra. Una gran baza electoral, el miedo. Pero Goldwater, aunque contrario a la Ley de Derechos Civiles, tenía conciencia. Solo hacía unos días que se había aprobado la ley con el apoyo de demócratas y republicanos del Norte —los del Sur se opusieron—, y todos eran

conscientes de lo delicado de la situación. En una reunión en el despacho oval acordó con el presidente Johnson no utilizar «el problema racial» durante las elecciones: Goldwater las perdería inevitablemente por un gran margen. Los republicanos no tardarían en aprender la lección.

Durante el verano de 1964, Nueva York y Misisipi representaban las dos caras de la revolución por los derechos de los afroamericanos. Algo así como el ejemplo práctico del debate «MLK *versus* Malcolm X». Las noticias que llegaban del Sur eran muy preocupantes. Los cuerpos de los activistas Schwerner, Goodman y Chaney seguían sin aparecer a pesar de los esfuerzos incansables de voluntarios y agentes del FBI por encontrarlos. La atención de los *popes* de los derechos civiles —entre ellos Martin Luther King— se concentraba en las movilizaciones de Misisipi mientras en Harlem eran los seguidores de Malcolm X y la «vía violenta» quienes se hacían oír. Los manifestantes llevaban carteles con la fotografía del policía Thomas Gilligan en uniforme con la leyenda «se busca por asesinato» mientras gritaban contra la represión policial. No era la primera vez que el agente homicida disparaba a alguien, pero el Gran Jurado consideró que no había caso y Gilligan volvió inmediatamente a su puesto en el Departamento de Policía de Nueva York.

Es ahí donde vuelve a entrar en escena el supervillano Roy Cohn, futuro mentor de Donald Trump. Cohn representaba al agente Gilligan a través del bufete de abogados donde comenzó a trabajar después de dejar la inquisición de McCarthy. Decidido a «defender el honor del señor Gilligan» frente a las denuncias de la comunidad afroamericana, el futuro abogado de Trump emprendió un ataque frontal contra los principales líderes a favor de los derechos civiles que durante esos días pasaron por Nueva York para denunciar la muerte del joven James Powell. Empezando por Martin Luther King.

El supervillano de Gotham demandó al mártir de los derechos civiles por la supuesta difamación de un policía que mató de tres tiros a un menor afroamericano en plena calle. El director del FBI J. Edgar Hoover hacía mucho que intentaba destruir la reputación del «comunista» King, quien cinco meses después recogería en Oslo el Nobel de la Paz. En esa empresa, su colaborador durante la caza de brujas del macartismo Roy Cohn estaba dispuesto a echarle una mano. King había pasado por Harlem «en misión de paz», con el objetivo de calmar la situación y encauzarla por la vía no

violenta. Temía que los disturbios raciales dieran la victoria a Goldwater en las presidenciales de noviembre. La demanda judicial interpuesta por Cohn mezclaba esa «misión de paz» con las declaraciones incendiarias del líder afroamericano maoísta Bill Epton, quien gritó durante una protesta declarada ilegal: «Tendremos que matar a muchos policías, a un montón de jueces, y luego tendremos que enfrentarnos a su ejército».

Cohn era un experto en arruinar vidas. Presumía de ello. Intentó sin éxito acabar con el prestigio que el doctor King había empezado a ganar en Washington entre demócratas y republicanos —exceptuando a los sureños — gracias a la aprobación de la Ley de Derechos Civiles. Para ello recurrió al viejo argumento de la amenaza *bolchevique* . Como dice el veterano John Lewis en *March* , en Estados Unidos «llamar a alguien comunista o socialista es el equivalente intelectual de pegar un tiro al aire: resuena mucho, pero nunca da en el blanco». Con ese disparo al aire en los tribunales, el supervillano Cohn ponía en práctica su teoría de «un buen ataque es la mejor defensa» a la que recurrirá una y otra vez su discípulo Trump a lo largo de su vida pública. Si de paso servía para meter al socialista King entre rejas y empañar su llamada «resistencia no violenta», estaría cumpliendo uno de los objetivos más codiciados por Edgar Hoover y los torquemadas a los que tanto debía Cohn.

La demanda metía en el mismo saco a líderes de la no violencia como Martin Luther King y James Farmer y a activistas más radicales, entre ellos el propio Bill Epton y los marxistas-leninistas del Movimiento Progresista del Trabajo de Harlem. «Todos ellos han conspirado y han urdido de forma maliciosa y premeditada un plan de acción para difamar y dañar el buen nombre y la reputación del demandante —el agente Gilligan— en su profesión como policía, destruir sus ingresos y modo de vida, así como expulsar al demandante de su puesto como agente en el Departamento de Policía de Nueva York.» Los abogados de los derechos civiles simplemente apelaban a la libertad de expresión. Pero Cohn no consiguió encerrar a King. El caso se enfrió y quedó sin sentencia después de que un francotirador llamado James Earl Gray acabara con la vida de MLK de un certero tiro en el Motel Lorraine de Memphis, Tennessee, el 4 de abril de 1968.

Recorro Misisipi saltando de una emisora de radio local a otra. Una de ellas habla sobre Bob Dylan y el Nobel de Literatura recién anunciado a bombo y platillo. Acaba de sonar *Blowin' in the Wind* —la versión interpretada junto a Joan Baez— y el locutor recuerda que el joven Dylan visitó Misisipi en 1964, durante el Verano de la Libertad. Como la mayoría de los cantantes folk comprometidos con la lucha antirracista. También lo hizo Paul Simon, antiguo compañero de colegio y amigo de Andy Goodman, uno de los neoyorquinos secuestrados y asesinados por el Ku Klux Klan en el condado de Neshoba. Su canción *He was my brother* [Era mi hermano] estaba dedicada a Goodman. Pero esa canción no suena en la radio. Ahora no toca. Toda la atención es para Dylan y sus vínculos con este estado sureño. Él es el representante de la llamada canción-protesta más destacado, más reconocido, pero lo es por su evolución posterior. Solo compartió aventura con Seeger y compañía durante los primeros cuatro años de su carrera como cantautor. Y en cierto modo Dylan fue el responsable del fin de un movimiento que había nacido en los albores de la Segunda Guerra Mundial y que sobrevivió al macartismo para florecer durante la guerra por los derechos civiles. Dylan dejó atrás ese optimismo sobre el potencial del progreso para transformarse en un artista «introspectivo, cansado del mundo que le rodeaba, cuyas canciones eran cada vez más surrealistas, personales, abstractas y alienadas». Izzy Young —el propietario del Folklore Center del Greenwich Village— escribió con esas palabras el epitafio del Dylan *folkie* en la revista *underground East Village Other* .

Aquel verano de 1964 marcó un antes y un después en *Folk City* . Marcó el principio del final del movimiento iniciado por los seguidores del Frente Popular en la barra del Café Society, donde Billie Holiday cantó por primera vez el poema antirracista de Abel Meeropol. El blues oprimido de Holiday y de Lead Belly fusionado con el descaro antifascista de Guthrie y Seeger. La militancia de aquellas mujeres y hombres había resistido durante los años oscuros de la inquisición para resurgir con fuerza durante la revolución del Sur, que fue la revolución de toda una generación. Pero ahora que Woody Guthrie agonizaba entre las paredes de un psiquiátrico, las generaciones más jóvenes buscaban algo diferente. Las guitarras eléctricas sustituyeron a los viejos instrumentos acústicos de los *folkies* sobre el escenario. El rock and roll se disponía a barrer los años sesenta.

Bob Dylan fue el primero en consumar la «traición» sobre el escenario del festival de Newport en 1965. Enchufado a amplificadores y con guitarras distorsionadas, hizo saltar por los aires la alegre radicalidad acústica de sus camaradas. Pete Seeger se retorcía detrás del escenario y la audiencia silbaba, abucheaba y protestaba. Cuenta la leyenda que Seeger pidió desesperadamente un hacha para cortar los cables eléctricos. Después explicó que lo único que pedía era que se escucharan las letras de Dylan, tapadas por la distorsión, porque, al fin y al cabo, la letra era lo más importante. Desde el otro lado de la historia, hace poco escuché una entrevista radiofónica a Andrés Calamaro en la que defendía que Dylan, en realidad, había traído las letras comprometidas del folk al rock and roll, que hasta entonces no era más que un género insustancial de música bailable.

Ahora suena *Like a Rolling Stone* en la radio del coche. La misma versión eléctrica que sonó en Newport. El Nobel de Literatura sigue ocupando las ondas. Tras unos momentos de vacilación al volante, dejo pasar el desvío hacia el condado de Neshoba y la localidad de Philadelphia, donde fueron asesinados Schwerner, Goodman y Chaney en el verano de 1964. Mi objetivo es llegar hoy mismo a Jackson, la capital de Misisipi. Allá me espera Iñaki, un activista afroamericano que se enfrenta al gobernador del estado por la bandera confederada, que aún ondea en los edificios oficiales. En 2016 Bob Dylan es premio Nobel y Misisipi, el último estado sureño que muestra la confederada en su bandera oficial. Llegando a Jackson la intuyo a lo lejos, desafiante, en lo alto del Capitolio.

16

Son las nueve y cuarto de la mañana. Entra en la cafetería dando pequeños saltitos, impuntual, despistado. Sus ojos azules no tardan en dar conmigo, sentado junto al ventanal que da a la avenida Amsterdam. Fuera, Manhattan es un infierno.

—¿Has desayunado? —le pregunto.

—Un *bagel* de huevo y un café grande, por favor —se dirige él sonriente a la dependienta del Starbucks—. Rose, me llamo Rose.

La camarera apunta su nombre con un grueso rotulador sobre el vaso de cartón mientras él se dirige al mostrador de recogida. Saco mi tarjeta y pago su desayuno. «Tengo veintitrés años y soy un africano americanizado, un descendiente de esclavos sin lengua ni cultura propias.» Así se define él. Aunque todo eso no se lo ha dicho a la camarera. Me lo ha contado a mí, entre sorbos de café y bocados al *bagel* .

Han pasado casi tres años desde los disturbios de Baltimore. El rapapolvo a la estrella de la Fox Geraldo Rivera en plena calle rodeado de cámaras le dio cierta fama en las redes y desde entonces Kwame Rose se ha dedicado al hip-hop, a Black Lives Matter y a ejercer de portavoz extraoficial de los jóvenes de West Baltimore. Hasta ha protagonizado un documental producido por HBO sobre la muerte de Freddie Gray y las grandes movilizaciones posteriores. El expresidente Barack Obama habló de él en una entrevista a la emisora de radio NPR: «Un niño frustrado de Baltimore», así lo definió. Ha viajado en tren a Nueva York para promocionar la película. Aunque HBO, se queja, ni siquiera se digna a pagarle una habitación de hotel. «He dejado las bolsas en casa de una amiga, donde he pasado esta noche.» Aún no sabe dónde dormirá hoy.

Volviendo a ver aquí a Kwame me asalta la sensación de que todo a mi alrededor ha sido alterado por una fuerza extraña en poco tiempo. Como si, en una especie de *Matrix* , se hubiera producido una distorsión en los códigos de programación de la realidad que percibimos. Como si alguien hubiera cambiado sutilmente las reglas del juego sin avisar. Los gestos, las miradas y las palabras de la gente cobran un significado diferente desde que ocurrió «el cambio». Ha pasado más de un año desde el impacto y es como

si la sociedad no se hubiera recompuesto del todo. En Nueva York, el día después de las elecciones fue dramático. Muchas maestras de escuela tuvieron que calmar a criaturas desconsoladas —«hoy muchos niños han llorado en clase», contó mi hijo de nueve años a la vuelta del colegio—. No entendían que hubiera ganado el ogro malhablado, hundiendo en la miseria al hada madrina que venía a traer el progreso y la felicidad. Eso nunca pasa en las películas que ponen en Disney Channel.

El llanto de niños y adultos tomó diferentes formas a lo largo y ancho de la ciudad. Desde protestas improvisadas en las aceras hasta aquella especie de colmena de sentimientos humanos que cubrió en pocas horas las paredes de la estación de metro de Union Square. Miles de pósits de colores rebosantes de lamentos, frases motivacionales, eslóganes e insultos. Luego nos invadieron los mensajes en redes, grafitis en las paredes, artículos en los medios, innumerables cartas abiertas y libros de autoayuda, como el que escribieron dos madres neoyorquinas que se preguntaban con desesperación «¿Cómo explico yo esto a mis hijos?» (*How Do I Explain This to My Kids?* , de Sarah Swong y Diane Wachtell, 2017). El día después de la noche electoral, la ciudad cambió «como después de los atentados del 11-S», comparaban algunos. Nadie salvo el portero trumpista de mi edificio, Bruno, parecía feliz en Nueva York. Y así llevamos más de un año en la era Trump, sin recomponernos del todo.

La última vez que vi a Kwame Rose en las calles de Baltimore aún estábamos en la era pre-Trump. La era Obama, qué lejana suena ahora. «Obama es lo peor que nos ha podido pasar a los negros en Estados Unidos —me dice adoptando un tono más grave—. Sus políticas hacia nosotros han sido muy frustrantes porque teníamos grandes expectativas… es como cuando estás teniendo un sueño hermoso y despiertas de golpe a la peor realidad imaginable.» Quizá sea una forma de hablar, un mecanismo de defensa ante los nuevos tiempos, pero es un argumento que he escuchado de boca de muchos jóvenes afroamericanos. Obama era «uno de los suyos» —el primero en la Casa Blanca—, pero no estuvo a la altura de sus promesas. La violencia policial contra las minorías siguió acumulando víctimas, las desigualdades siguieron creciendo, la situación de las prisiones no cambió y el racismo estructural no retrocedió en ocho años de mandato. Por eso, para jóvenes como Kwame, Trump no deja de ser «un viejo conocido». La

supremacía blanca de siempre sin caretas. «Hemos tenido cuarenta y tantos presidentes racistas en Estados Unidos, estamos curados de espanto. Al menos este viene de cara.»

Igual que el café aguado que se enfría en sus manos, el joven de Baltimore destila abatimiento. Como las ideas de sus héroes contemporáneos de referencia —Fidel Castro, Hugo Chávez, Muamar el Gadafi—, cuyos cuerpos yacen bajo tierra. En Estados Unidos, sentencia, «se han extinguido los grandes líderes, ya no hay nadie como Malcolm y el doctor King, no hay razones para el optimismo». Habla con desaliento apático del propio movimiento en el que milita, Black Lives Matter: «Soy realista, vamos a perder la lucha contra la supremacía blanca». Recuerda a los diez «amigos y conocidos» que ha perdido durante el último año «a causa de disparos y sobredosis». No es la conversación que me esperaba. Apenas puedo reconocer al chaval combativo de Baltimore.

Como buscando un poco de aire, salimos a la calle. El infierno de tráfico de primera hora de la mañana se ha calmado un poco y las aceras están transitables. Los dos vamos en la misma dirección, así que caminamos juntos durante un buen rato. Pero hablamos de otras cosas. Le pregunto sobre el hip-hop, su nueva pasión. Por un momento me parece que se le vuelve a iluminar la cara, y me recita un rap que escribió sobre Baltimore titulado *Estado de emergencia* . Me quedo con un verso:

Intentaron lavar el dolor negro de las calles con lluvia púrpura

Reconozco la «lluvia púrpura» a la que se refiere Kwame. Una de las últimas veces que Prince interpretó *Purple Rain* sobre un escenario, desafiando el toque de queda de Baltimore mientras reivindicaba una justicia que nunca llegaría para Freddie Gray. Una referencia apocalíptica. «Cuando el azul del cielo se mezcla con el rojo la sangre —dijo una vez Prince de su canción más conocida—, cae la lluvia púrpura, que pertenece al fin del mundo.» Nos despedimos frente a una boca de metro. Le deseo suerte con el documental de HBO y cuando confluye con la riada humana hacia el subsuelo me sorprendo a mí mismo tarareando *Purple Rain* . Es una de esas melodías cargantes que tienen la capacidad de sonar en bucle dentro de tu cabeza sin que puedas hacer nada para ahuyentarlas. Muy a mi pesar, me martilleará las sienes durante el resto del día.

Trump levanta la mano derecha mientras apoya la izquierda sobre la biblia que sostiene su esposa, la *top model* retirada Melania Knauss —quien no puede disimular una sonrisa nerviosa—. En realidad, Melania sujeta dos libros sagrados, uno encima del otro. Debajo, la histórica biblia de Abraham Lincoln, también utilizada por Obama en su jura; encima, la que Donald recibió de su difunta madre, la escocesa Mary Anne MacLeod, del clan MacLeod de las islas Hébridas. Un libro, sospecho, que no ha hojeado demasiado a lo largo de su vida. Decenas de miles de ciudadanos siguen la ceremonia con la solemnidad que requiere el momento. Algunos rezan. Son cristianos evangélicos. Otros simplemente contemplan el momento mágico. Entonces, desde mi posición en el palco reservado a la prensa, observo fascinado cómo se expande el ego del nuevo líder en el momento mismo de la metamorfosis. «Trump el magnate de la construcción y el espectáculo» está mutando en «el presidente Trump». Cuando termina el conjuro —«… preservaré, protegeré y defenderé la Constitución de los Estados Unidos de América… ¡Que Dios me ayude!»—, la multitud y el Capitolio estallan en una gran ovación. Suenan las salvas de cañonazos y la marcha presidencial. Trump es feliz.

También parecen felices los miles de ciudadanos que dan la bienvenida a su nuevo presidente desde la Explanada Nacional. Entre impermeables, paraguas y gorros de lana destacan las gorras rojas con el lema *Make America Great Again* . Al fin y al cabo, de eso se trataba, de hacer de América una nación grande otra vez, tras los años lamentables de su predecesor. Así lo ven la mayoría de los asistentes, entre ellos trabajadores, jubilados y familias venidas sobre todo desde los Apalaches y el Medio Oeste. Por eso, la ilusión de comenzar una nueva era burbujea entre la gente que apoya a su nuevo presidente. «Ya era hora», suspiran los *hillbillies* , levantando la mirada hacia el cielo gris de Washington.

Mientras, a pocos bloques de la Explanada Nacional, junto a la gran estación de tren de Union, van creciendo las protestas contra Trump. Entre los manifestantes hay seguidores de Black Lives Matter, grupos feministas, antifascistas y también anarquistas de los *black blocks* . Estos últimos acabarán enfrentándose a la policía antidisturbios mientras Trump y su familia desfilan desde el Capitolio hasta la Casa Blanca. Miles de personas corean el nombre del presidente y agitan banderines de barras y estrellas al paso de la comitiva presidencial, sin saber que muy cerca de allí encapuchados destrozan escaparates y lanzan adoquines contra la policía,

que responde con botes de humo y granadas explosivas. Dos realidades paralelas discurren al mismo tiempo en un mismo escenario de grandes avenidas y edificios neoclásicos: la alegría y la rabia, la victoria y la derrota, el poder y la resistencia prenden en el Distrito de Columbia. La comitiva de Trump hace un alto en el camino y el presidente se apea de su limusina. Camina unos metros rodeado de enormes guardaespaldas clónicos, calvos, vestidos de negro. Sonríe exultante y muestra su dedo pulgar a la multitud, que le corresponde agitando banderines con fervor patriótico. En la realidad paralela, más densa y más gris, el humo negro y los cristales rotos flotan en el aire. En esa avenida paralela los antidisturbios sustituyen a los guardaespaldas y los encapuchados a las alegres comparsas. Una limusina negra arde lentamente en medio de la calle. Alguien ha escrito sobre ella *We the People* («Nosotros, el Pueblo», fórmula con la que arranca el preámbulo de la Constitución de Estados Unidos) junto a un símbolo anarquista.

Es una imagen inédita. Washington nunca antes ha vivido protestas y disturbios como estos durante una inauguración presidencial. El rito de la jura se ha repetido con cada uno de los cuarenta y cuatro presidentes desde George Washington con más o menos tensión, pero nunca se han visto escenas como esas. Disturbios en las calles, más de doscientos detenidos y protestas multitudinarias por toda la capital. En contadas ocasiones, como chispazos accidentales, las dos realidades tienen puntos de fricción y los manifestantes anti-Trump se rozan con quienes han venido a aclamar al nuevo líder del mundo libre. Entre las primeras filas de la multitud en la Explanada Nacional, mientras el nuevo presidente se dirige a la nación, varios jóvenes camuflados entre la muchedumbre descubren sus jerséis por sorpresa para formar entre todos la palabra «RESISTIR» mientras gritan «¡el pueblo unido jamás será vencido!». Se forma un gran tumulto en torno a ellos. Los seguidores de Trump les silban y abuchean y vuelan varias sillas plegables. Los Estados Divididos de América —de los que venían advirtiendo líderes conservadores durante la era Obama— en su máximo esplendor.

Pocos días después de la victoria electoral, un grupo de ultras se dio cita en el centro de congresos que lleva el nombre de Ronald Reagan, en plena avenida Pensilvania, a seis manzanas de la Casa Blanca. Celebraban su particular Día de la Victoria. Antes de la llegada de Trump, al movimiento

autodenominado Alt-Right (abreviatura de «derecha alternativa») no se le habría ocurrido exponer de esa manera a sus seguidores supremacistas, a la luz del día en Washington. Hasta entonces respiraban ocultos detrás de teclados y pantallas de ordenador, en oscuras plataformas como la neonazi *The Daily Stormer* , *Infowars* o *Breitbart News* , el principal medio de comunicación de la extrema derecha estadounidense dirigido entonces por Steve Bannon. Pero tras la victoria de Trump ya no debieron de ver razones para esconderse. El 9 de noviembre de 2016 las cosas habían cambiado radicalmente. Richard Spencer era la cara visible de los supremacistas: un líder universitario que intentará aglutinar a racistas de todo tipo, desde jóvenes ultraconservadores antiinmigración hasta nazis de pura cepa. El objetivo, unir a la ultraderecha blanca. El encuentro de Washington era solo el principio. «La prensa ha decidido emprender una guerra contra la legitimidad de Trump y la existencia continuada de la América blanca —advirtió Spencer a su audiencia de nucas rapadas—, pero lo que en realidad están haciendo es abrirnos las puertas a nosotros.» Asume como propio el discurso trumpista contra el poder de la *prensa mentirosa* : «Deberíamos referirnos a ella en el alemán original, *lügenpresse* ». Spencer saboreaba las sílabas germánicas, vocalizando con una sonrisa cómplice el apelativo que los nazis utilizaban contra los medios de comunicación alemanes anteriores al Tercer Reich.

Spencer llamó a la guerra, a la «cruzada» contra quienes pretenden acabar con la supremacía blanca. «Nadie nos honrará por haber perdido (la guerra racial) con gallardía, nadie llora los grandes crímenes cometidos contra nosotros… ¡Solo nos queda conquistar o morir!» Entre los aplausos de la audiencia compuesta sobre todo por hombres de mediana edad, varios de ellos se pusieron en pie para alzar sus brazos y escenificar el saludo fascista. Excitado por la aclamación de los neonazis presentes en el centro Ronald Reagan, el recién estrenado líder de la Alt-Right se vino arriba para sellar el apoyo de ese movimiento al nuevo presidente mientras alzaba su vaso de agua mineral: «¡*Heil* Trump! ¡*Heil* Nuestro Pueblo! ¡*Heil* la Victoria!».

«El racismo y el odio acaban de tomar el poder —hiperventila Felicity, una neoyorquina de Harlem que ha venido hasta Washington a participar en las protestas contra la toma de posesión de Trump—. Nuestra democracia está en serio peligro en manos de ese extremista, machista, racista… ¡Debemos

hacer algo!» Mientras sigue vociferando sobre los peligros de la presidencia de Trump, veo con perplejidad cómo tres esbeltas llamas lanudas cruzan la avenida en fila india, junto a los manifestantes. Me froto los ojos ante semejante visión. Luego descubriré que las ha traído hasta la capital un granjero de Colorado y que en realidad se trata de una llama y dos alpacas. El surrealismo de los camélidos anti-Trump, los botes de humo y la guerrilla urbana, la alegría desmedida de las familias conservadoras de turismo por Washington y las banderas multicolores de todo tipo ondeando entre la multitud me transportan a una dimensión hasta ahora desconocida. Todo se magnifica veinticuatro horas después, cuando la Marcha de las Mujeres toma Washington.

La convocatoria feminista moviliza a millones de personas simultáneamente en todo el país y más allá de las fronteras de Estados Unidos. Los *pussy hats* , gorros de lana de color rosa chillón, se multiplican como setas entre la multitud enfervorizada. Son el nuevo símbolo improvisado de la lucha contra el autoritarismo y el sexismo del nuevo presidente. La filtración de una conversación privada de Trump en la que presumía de agredir a mujeres literalmente «agarrándolas por el coño» es fuente de inspiración para carteles de lo más explícitos. Pero hay otra imagen aún más provocadora. La de las manifestantes que visten el *hijab* con los colores de la bandera estadounidense, el velo islámico de barras y estrellas.

Todo lo que rodea a la toma de posesión de Trump es estridente, ensordecedor. Brama el presidente, chillan los manifestantes, aúlla el recién estrenado portavoz de la Casa Blanca. A gritos, se empeña en convencer a los periodistas de que el acto de inauguración de Trump convocó a más ciudadanos que el de Obama ocho años atrás: «¡Es la mayor audiencia jamás vista en una inauguración presidencial… y punto!», una mentira demasiado fácil de contrastar pero que sorprendentemente degenera en un debate histérico en los medios de comunicación. Al mismo tiempo, las convocantes de la marcha feminista se atribuyen la protesta más multitudinaria de la historia en Estados Unidos. Todo es histórico, inaudito, sin precedentes, superlativo. La hipermodernidad de Lipovetsky ha llegado por fin a su punto de ebullición.

Inevitablemente contagiado por la hipérbole del momento, entre llamas, alpacas andinas y gas lacrimógeno, descubro que me encuentro en otro Washington, la capital de otro país. La solemnidad y el respeto que

caracteriza el ritual del relevo democrático ha volado por los aires. Esto no es Estados Unidos. Bienvenidos a Trumpistán.

«Eso de Trumpistán es una chorrada… *bullshit!* » Dannel menea la cabeza con rechazo, sentado junto a la puerta del bar. Fuera, en la madrugada neoyorquina, hace mucho frío y el viento dispara finos copos de nieve afilados. Por eso, el portero —encargado de revisar el año de nacimiento en los carnés de identidad de los clientes— ha metido el taburete sobre el que se suele sentar dentro del establecimiento, al calor de quienes beben, se desgañitan y transpiran como si no hubiera un mañana. La tarea de Dannel es que no se le cuele ningún menor de edad o gente sin la debida identificación. «Normas del Ayuntamiento de Nueva York —dictamina—; quien no tenga una identificación válida, a la puta calle.» No acostumbro a entablar conversación con guardias de seguridad y porteros de discoteca —intercambios verbales, los justos—, pero antes de enfrentarme a las ráfagas árticas que barren Manhattan demoro al máximo mi vuelta a casa frente a la puerta de salida. «No entres dócilmente en esa buena noche», avisa Dylan Thomas desde las antiguas tabernas y peligros de Nueva York.

Lo de Trumpistán le parece una ocurrencia absurda, porque desde su punto de vista «no hay nada más jodidamente estadounidense que lo que representa la presidencia de Trump». Dannel, un fortachón de piel oscura como el ébano, se expresa con una claridad de ideas impropia de un guardia de seguridad a estas horas de la madrugada. «Tengo dos hijos, dos chicos negros, y quiero protegerlos de las grandes amenazas a las que se van a enfrentar en este país; por eso agradezco que por una vez el león no se vista con piel de cebra.» El argumento de la honestidad brutal de Trump, otra vez. Repite casi textualmente las palabras de Kwame Rose en el Starbucks: el presidente republicano es lo mejor que les ha podido pasar a los negros tras la «traición» de Obama. «Es inequívocamente racista, los negros y las minorías no le gustamos. Sinceramente, se agradece que te lo digan a la puta cara. No como todos esos presidentes, Bill Clinton o George Bush, que han defendido los intereses de la supremacía blanca a muerte pero luego han aparecido sonrientes junto a los líderes de los derechos civiles en nuestras iglesias honrando a Martin Luther King. No me jodas.»

Dannel bebe un largo trago de una botella azul sin etiqueta. Imagino que será alguna de esas bebidas energéticas que le permiten a uno mantenerse despierto y alerta durante las interminables horas nocturnas.

Cierra el tapón a rosca y toma aire. «Yo antes tenía mucha rabia dentro de mí —confiesa—, he llegado a ser muy violento.» Instintivamente me alejo medio metro de él y miro el reloj del móvil. En algún momento debería enfrentarme a la ventisca en busca de un taxi, pienso. «Pero he llegado a la conclusión de que con rabia y violencia no llegaremos a ningún sitio —continúa sin dirigirme la mirada—, he decidido cambiar mi actitud, sobre todo pensando en mis hijos.» En ese momento se vuelve y me clava sus ojos oscuros. Es una mirada sincera y hasta amable. Me ofrece la mano a modo de despedida, supongo, para dirigirme sus últimas palabras: «Aprovecha tu privilegio, colega, el privilegio de ser blanco, porque en este país es un puto regalo, créeme. Aprovecha ese regalo para hacer cosas buenas, para ayudar a la gente». Me quedo sin palabras, simplemente porque no sé cómo cerrar semejante conversación. Estrecho su mano y salgo corriendo a la calle. Me ha parecido ver un taxi amarillo con la luz encendida entre la nevasca.

17

La historia nunca se repite, pero rima. El adagio, falsamente atribuido a Mark Twain, suena siempre entre turbulencias, en momentos de incertidumbre. Nos gusta reconocer esas rimas porque nos dan seguridad, nos reconforta imaginar que tenemos el poder de detectar balizas en territorios inexplorados. No estamos en los años treinta del siglo pasado, repetimos, pero es fácil ver señales de alarma. En el peor de los casos, estamos preparados. Al fin y al cabo, la humanidad ha sobrevivido a guerras mundiales y a dictaduras sangrientas.

Es muy significativo que durante los meses posteriores a la toma de posesión de Donald Trump uno de los libros más vendidos en Estados Unidos fuera una biografía de Nixon (*Richard Nixon: The Life* , de Jack Farrell, 2017). Las comparaciones entre ambos presidentes son ineludibles: los dos son de un temperamento muy similar, vengativo, fácilmente irritable, explosivo, de piel muy fina. Trump tuitea pura nitroglicerina; Nixon hacía llamadas telefónicas igualmente explosivas. Pero la analogía no termina ahí, porque también comparten estrategia, como la utilización de la mentira y la desinformación como arma política, la guerra abierta contra la prensa, la defensa de la ley y el orden o el populismo que dice representar a la «mayoría silenciosa» frente a la agitación de la «minoría subversiva». Los puntos en común son incontables.

Los estrategas de campaña de «Trump 2016» se inspiraron en la exitosa experiencia de «Nixon 1968»: otro año que transformaría el mundo. Al igual que otros lugares de Occidente, Estados Unidos era un país en ebullición. Mientras los estudiantes salían a las calles de París, las protestas contra la guerra de Vietnam en las que los manifestantes quemaban banderas de barras y estrellas y se enfrentaban a la policía se multiplicaban a lo largo de la geografía estadounidense. En paralelo, el asesinato de Martin Luther King, en abril, provocó una revuelta generalizada en los barrios negros del país. King había liderado la lucha no-violenta por los derechos civiles, y su caída a balazos fortaleció el movimiento Black Power, surgido tras el asesinato de Malcolm X tres años antes y que reivindicaba la acción violenta en las calles. Los disturbios contra la guerra

se mezclaban con las revueltas raciales, la contracultura *hippy* , el rock, la liberación sexual y las drogas. Un cóctel perfecto para movilizar a esa «mayoría silenciosa» blanca, cristiana y conservadora, que veía al país deslizarse hacia el caos y el apocalipsis. La promesa de ley y orden de Nixon fue una de las claves de su victoria. Pero el republicano nunca habría llegado a la Casa Blanca si no hubiera sido por su «estrategia sureña».

Nixon necesitaba los votos del Sur. En concreto necesitaba los votos de los blancos del Sur, quienes tradicionalmente habían votado al Partido Demócrata desde los años de la Reconstrucción. Su «estrategia sureña» tenía como objetivo atraer a los votantes blancos mayoritariamente defensores de la segregación racial sin parecer un candidato racista, lo cual le podría restar votos en el resto del país. Durante la campaña electoral de 1968 iba a nacer una estrategia política que daría resultados inmejorables a Nixon, pero también a Ronald Reagan en los años ochenta, y a Donald Trump bien entrado el siglo XXI .

Cuando el presidente Lyndon Johnson firmó junto a Martin Luther King la Ley de Derechos Civiles en la Sala Este de la Casa Blanca sabía que estaba sacrificando la mayoría tradicional del Partido Demócrata en su tierra, Dixie. Desde el fin de la Guerra Civil, los representantes demócratas del Sur defendieron en Washington los derechos de los antiguos estados confederados, la segregación y el estilo de vida tradicional basado en la supremacía blanca. Los herederos del general Robert Lee volvían a tejer la tela de araña destruida por los yanquis. Lo hicieron negando a los negros el derecho a votar y asegurándose el control blanco de las estructuras del partido y las instituciones. Hasta que el tejano Johnson «traicionó» a sus correligionarios dando un paso decisivo hacia el fin de esa hegemonía blanca. El gran «cambio de chaqueta» se consumó en las elecciones presidenciales de 1964, en las que el viejo Partido de Lincoln se llevó Luisiana, Misisipi, Alabama, Georgia y Carolina del Sur. Cuatro años después, los demócratas sureños tradicionalistas —los *dixiecrats* — se unieron a la campaña del candidato independiente prosegregación George Wallace, quien se llevó todos los votos electorales de Luisiana, Misisipi, Alabama, Georgia y Arkansas. Texas, la tierra natal de Johnson, fue el único estado sureño que resistía todavía en manos demócratas en 1968, mientras el republicano Richard Nixon obtenía la mayoría en las Carolinas, Florida, Tennessee y Kentucky. Y con ella, la presidencia de Estados Unidos.

Nixon consiguió ganarse la confianza de los supremacistas blancos evitando hacer un discurso abiertamente racista. Su jefe de gabinete en la Casa Blanca Bob Haldeman lo expresó con nitidez: «Había que enfatizar que los negros constituían el auténtico problema, y la clave era dar con un sistema que reconociera ese hecho sin aparentarlo». El resultado fue una campaña electoral basada en dos grandes promesas: la defensa de los derechos de los estados frente a la Unión y la clásica receta de «ley y orden». Dos mensajes que conectaban directamente con la mayoría blanca conservadora del Sur. Además, la irrupción de un tercer candidato independiente abiertamente racista fue un auténtico regalo para Nixon. George Wallace representaba el más puro estilo *dixiecrat* : «¡Segregación ahora, segregación mañana y segregación siempre!», clamó en la toma de posesión como gobernador de Alabama cinco años antes. En contraste con la posición radical del exgobernador Wallace, Nixon consiguió dar la apariencia de candidato moderado entre los republicanos del Norte. Dos estados yanquis, Vermont y New Hampshire, votaron mayoritariamente a Nixon.

En este punto nace una nueva forma de comunicación política basada en lanzar mensajes «ultrasónicos» a sectores muy concretos. Más tarde se definiría como la «política del silbato para perros» o *dog-whistle politics* . Cuando Nixon prometía defender «los derechos de los estados frente a las políticas de Washington», los votantes blancos conservadores del Sur sabían que se refería a la segregación racial. Cuando hablaba de «restaurar la ley y el orden en los barrios de América», la interpretación en esos sectores era clara: en realidad estaba prometiendo reprimir las revueltas de los afroamericanos. No hacía falta utilizar un lenguaje con carga racial. El mensaje era claro y nítido para su audiencia. Y sus resultados, infalibles.

Mientras, el viejo arácnido comenzaba ya a reparar su trampa, destruida cuatro años antes por las leyes pro derechos civiles. Ese nuevo proceso de reacción fue mucho más sutil y perverso que la eliminación física de Martin Luther King y Robert Kennedy o el resurgimiento de movimientos supremacistas blancos. Durante los años de Nixon se construyó un nuevo relato sobre las relaciones raciales en Estados Unidos. «Los días del racismo respetable habían terminado», escribe Kenneth O'Reilly en su biografía del presidente (*Nixon's Piano* , 1995). En otras palabras, el racismo pasó a ser algo condenable e inaceptable en la vida pública. De

repente, de un día para otro, dejó de haber racistas en Estados Unidos. Nadie admitía serlo. Un nuevo velo de corrección política cubrió la cara de la anciana supremacía blanca y su lenguaje se llenó de eufemismos.

En ese momento se llegó a redefinir el racismo como tal en Estados Unidos, según Carol Anderson (*White Rage* , 2016). Se presentaba «como una aberración individual y no como algo sistemático, institucional y penetrante». Se caricaturizaba al *redneck* racista, que viste capirotes del Ku Klux Klan y lleva antorchas, al tiempo que se simplificaba el papel del movimiento a favor de los derechos civiles, que se identificaba con la escena desafiante de Rosa Parks en el autobús segregado de Montgomery, Alabama. En definitiva, se eliminó del relato la dimensión de justicia social e igualdad de oportunidades que siempre había acompañado a la lucha por los derechos civiles. Los sectores más conservadores reescribieron la historia desde el Gobierno y, sobre todo, desde los tribunales de justicia. No en vano, el presidente Nixon nominó a cuatro nuevos magistrados de la Corte Suprema de Estados Unidos, un órgano que forman nueve jueces con cargo vitalicio y que acaba definiendo la deriva del país durante décadas. Uno de los nominados por Nixon en 1971, el conservador Lewis Powell, definió bien el escenario jurídico que había abierto la Ley de los Derechos Civiles: «Ahora es una cuestión de clases sociales, no de razas».

Durante esos años, los magistrados del Supremo tomaron importantes decisiones que sirvieron para redibujar el futuro de las relaciones raciales en Estados Unidos. Lo hicieron precisamente basándose en la premisa de negar las diferencias raciales, en una suerte de daltonismo institucional. Ya no hay discriminación por el color de la piel, porque la ley reconoce los derechos civiles de blancos y negros por igual. Ya no hay colores. Hay situaciones de discriminación, claro, pero las desigualdades socioeconómicas son una parte intrínseca del sistema capitalista. Powell, que era un firme defensor del libre mercado frente a los planteamientos «socialistas y comunistas» contra los que luchó desde la Corte Suprema, admitía implícitamente que esas desigualdades eran necesarias para sostener el sistema. Que el capitalismo necesita de la pobreza para sobrevivir no es ningún secreto. Pero se niega la naturaleza racista de esas desigualdades, se niega la historia y desaparece la sospecha de discriminación. En muchas sentencias del Supremo no hay escrutinio, se obvia el hecho de que las escuelas públicas estén cada vez más segregadas, las cárceles más llenas de negros y los barrios desfavorecidos de las grandes ciudades sean, casualmente, los de

mayoría negra y latina. Al mismo tiempo que se hace borrón y cuenta nueva, comienza a tomar forma en medios de comunicación e intelectuales de todas las tendencias ese nuevo lenguaje políticamente correcto y rebosante de tabúes que obvia sistemáticamente la existencia de un conflicto racial. El velo de la corrección. Durante las próximas décadas, ese lenguaje dominará la política estadounidense. Al menos hasta la llegada de Donald Trump.

Un año antes de que Rosa Parks se negara a ceder su asiento de autobús a un pasajero blanco en Alabama, una sentencia del Supremo declaraba inconstitucionales las leyes de los estados sureños que separaban escuelas públicas para blancos y para negros. El caso conocido como *Brown contra el Consejo de Educación de Topeka* —o simplemente *Brown* — sentó jurisprudencia en 1954 y dejó sin valor una decisión del mismo tribunal de 1896 (*Plessy contra Ferguson*), que había legalizado la segregación escolar en todo el territorio de Estados Unidos sobre el principio de «separados pero iguales». Casi dos décadas después, en 1973, llegaría a la Corte Suprema de Washington un caso en el que los magistrados nominados por Nixon harían inclinar la balanza hacia el lado de la segregación, impidiendo que Brown se desarrollara completamente.

El recurso al Supremo venía del estado de Texas (*Distrito Escolar Independiente de San Antonio contra Rodríguez*), donde las leyes estatales de educación vinculaban la financiación de las escuelas públicas al valor de la vivienda en cada distrito, algo habitual en muchos lugares de Estados Unidos. Es decir, cuanto menos vale la propiedad inmobiliaria en un distrito, menos fondos reciben los centros escolares de esa zona y, en consecuencia, hay menos profesores, más alumnos por aula y peor oferta educativa. En San Antonio, una ciudad tejana donde los barrios seguían estando nítidamente segregados por razas, la zonificación escolar tuvo efectos devastadores en barrios pobres como Edgewood, donde casi el cien por cien de la población era negra y mexicana. El valor de la vivienda y el salario medio de Edgewood eran los más bajos de la ciudad. Consecuentemente, el gasto en educación era también el más bajo: si el estado de Texas gastaba 307 dólares al año por estudiante en barrios blancos pudientes como Alamo Heights, los alumnos negros y latinos de Edgewood solo recibían 21 dólares al año. Dicho de otra manera, a los ojos del Gobierno estatal cada estudiante blanco equivalía a quince niños y niñas de

color. Ante esa situación, los padres y madres de Edgewood llevaron al Departamento de Educación de Texas a los tribunales. Y el juez les dio la razón, dictaminando que «la educación es un derecho fundamental» según *Brown* . Pero Texas recurrió la sentencia al Supremo, argumentando «inocencia racial» en sus políticas educativas porque garantizaban el acceso a la educación pública a ricos y pobres por igual, sin importar el color de su piel.

Los cuatro magistrados nominados recientemente por Nixon y un quinto propuesto anteriormente por el presidente Eisenhower dieron la razón a Texas en la sentencia de marzo de 1973, vista por algunos analistas como una de las bases del nuevo racismo estructural vigente aún en pleno siglo XXI en muchas ciudades del país. Varias sentencias similares vinieron a reforzar ese discurso durante la década de 1970. «Ya no hay políticas discriminatorias», declaró el magistrado Lewis Powell, simplemente porque las instituciones ya no imponían segregación residencial, y por tanto «blancos y minorías, todos son libres de trasladar su residencia a otro barrio en busca de mejores centros escolares». Es un problema de clases sociales, no de raza, como ya dijo Powell, quien ocupó su asiento en la Corte Suprema de Estados Unidos hasta 1987.

«Es la clase, no la raza», repiten algunos políticos republicanos y demócratas cuando se refieren a las abismales desigualdades económicas que desgarran el tejido social del país. Los magistrados herederos de Powell en el Tribunal Supremo declararon inconstitucional la discriminación positiva de minorías raciales en una sentencia de 2007. «Es la clase, no la raza», otra vez. Cada vez que lo escucho me viene a la cabeza el bombardeo de Greenwood y la destrucción del Wall Street negro. Los cientos de negocios emprendidos por afroamericanos que acabaron reducidos a cenizas y que nunca nadie retomó. Toda aquella riqueza perdida para siempre. Las políticas gubernamentales que han excluido en el pasado a la comunidad negra del acceso a la propiedad inmobiliaria, el desarrollo empresarial o la educación, por ejemplo, son responsables de muchas de las desigualdades de hoy en día.

La riqueza neta media de una familia afroamericana de cuatro miembros en Estados Unidos es de 17.000 dólares, según la encuesta sobre finanzas del consumidor de la Reserva Federal (datos de 2016). La de una familia blanca se eleva a los 171.000 dólares. Es decir, por cada dólar que

posee un ciudadano blanco, un negro tiene diez centavos. La riqueza neta es el valor financiero de las propiedades de una familia menos sus deudas. Hipotecas, tarjetas de crédito y préstamos universitarios ahogan a millones de estadounidenses blancos, negros, latinos o asiáticos por igual. Pero el impacto de esas deudas en los colectivos históricamente desfavorecidos es mucho más destructivo. Quienes no tienen colchón financiero ni red familiar sufren más. Y el factor racial es determinante en esas situaciones. No es solo la clase. También es la raza.

Durante los años de Nixon, la paulatina reconstrucción de los mecanismos que perpetúan la discriminación racial se encontró con la resistencia de una izquierda estadounidense transformada. Atrás quedaron los hijos del Frente Popular y los grandes sindicatos, la lucha de clases y su ortodoxia marxista. Seis días antes de que el Che fuera ejecutado en la selva de Bolivia, se despedía con menos épica revolucionaria Woody Guthrie. Murió en la habitación de un hospital psiquiátrico de Queens. Sus cenizas fueron esparcidas por sus amigos en la playa de Coney Island, junto a la noria, la montaña rusa y demás atracciones de feria. No lejos de Mermaid Avenue (la avenida de la Sirena), la calle donde vivió durante sus años más felices. El legado del *cowboy* antifascista vivía para entonces en las canciones de su hijo Arlo, de Bob Dylan y de todo el folk rock emergente. Llegará a nuevas audiencias y pervivirá hasta los tiempos de Bruce Springsteen, Billy Bragg y Wilco. *Mermaid Avenue* (1998) es el más bello tributo musical que se le ha hecho nunca. Pero las ideas que defendían las canciones de Guthrie habían evolucionado hacia algo diferente, igual que las letras del Dylan eléctrico se habían vuelto más introspectivas y el Che Guevara se había convertido, de la noche a la mañana, en la camiseta de moda.

Todo aquello era síntoma de lo que el sociólogo tejano Charles Wright Mills bautizó como «la Nueva Izquierda» años antes de su eclosión. En su *Letter to the New Left* [Carta a la Nueva Izquierda, 1960], Mills reniega de la autocomplacencia de los intelectuales progresistas que hablan del «fin de la ideología» en medio de la Guerra Fría y la represión anticomunista. Llama a los jóvenes a movilizarse, a fundar una Nueva Izquierda genuinamente estadounidense, dejando de mirar a Europa como hacían los viejos marxistas. En ese proceso, la lucha de la comunidad negra por sus derechos fue determinante. Como explica el historiador Paul Buhle en su obra *Marxism in the United States* [Marxismo en Estados Unidos, 1987], el

declive de la vieja izquierda coincidió con el acelerón de la lucha por los derechos civiles. Desde los tiempos de la segregación y el Café Society, la izquierda siempre estuvo comprometida con el antirracismo, pero el estallido de la rebelión negra en el Sur «dio la vuelta a la ecuación», según Buhle. «Ahora, todo empezaba con los negros. Toda una red de entendimiento político y crecimiento personal hermanó la identidad de la Nueva Izquierda blanca con el mundo no blanco.» Comenzaban a entender, por fin, la solución que proponía James Baldwin:

«Que los blancos estadounidenses se conviertan en negros».

En realidad, la ecuación que aplicaba Baldwin a los movimientos sociales y políticos no era nueva. Es el algoritmo —único en el mundo— que ha configurado la cultura estadounidense desde el nacimiento del país. La música es su máximo exponente. La tradición afroamericana siempre fue por delante de las tendencias de los americanos de origen europeo. Un género tan «blanco» como el *bluegrass* —la tradicional música *hillbilly* de los Apalaches— fermenta de la mezcla de los violines irlandeses con un instrumento de cuerda africano importado por los esclavos: el banjo. Prácticamente toda la música popular estadounidense se remonta a los rítmicos golpes de azada de aquellos hombres y mujeres en las plantaciones del Sur. Golpes acompañados de lamentos pentatónicos. Su influencia ha dado lugar a géneros musicales inimaginables en cualquier otro país, desde el jazz hasta el hip hop pasando por el soul y el rock and roll. Incluso movimientos mayoritariamente blancos como el folk comprometido estuvieron profundamente influidos por voces como la del *bluesman* Lead Belly, un prodigio «descubierto» por los folkloristas neoyorquinos John y Alan Lomax en una cárcel de Texas y trasplantado después al Village de Nueva York. Aunque, como a Lead Belly, les fue negado todo crédito, su influencia en la sombra acabó configurando, generación tras generación, una identidad cultural única. «Los sonidos de los negros constituyen los ladrillos y el mortero de los Estados Unidos», escribe William C. Anderson en *Pitchfork* . «Seguimos cambiándolo todo mientras otros se quedan atrás intentando imitar lo que nosotros ya hacíamos ayer.»

Es exactamente ese espíritu vanguardista el que guiará a la Nueva Izquierda hacia los años setenta. El empoderamiento de la comunidad negra durante la conquista de los derechos civiles generó una energía inconmensurable en la sociedad estadounidense. Donde Nixon y los suyos veían fuego y cristales rotos, la izquierda vislumbraba una oportunidad de

cambio. Pero esa energía se atomizó rápidamente en múltiples frentes: el movimiento contra la guerra, la diversidad sexual, el ecologismo y, sobre todo, el feminismo.

Las mujeres afroamericanas siempre estuvieron en la línea del frente. Nina Simone versionó *Strange Fruit* y gritó de indignación contra los asesinatos racistas en *Mississippi Goddam* antes de que Aretha Franklin irrumpiera como un tornado al ritmo de sus himnos feministas *Respect* o *Think* . Aquellos cantos al empoderamiento de la mujer volvieron a sonar con fuerza en 2018 —a la muerte de la Reina del Soul—, en plena era del movimiento #MeToo y la resistencia antitrumpista. La voz de Franklin, como la de Simone, resonaba con el icono de Rosa Parks en el autobús de Montgomery. Seguía la llamada de una lucha enterrada por el relato de la supremacía blanca patriarcal, la que emprendió una joven fugitiva nacida en una plantación de Maryland cuando cambió su nombre de esclava por el de Harriet Tubman para convertirse en una de las primeras activistas abolicionistas. Era 1849. «Me detuve a mirar mis manos para comprobar si seguía siendo la misma persona: ahora era libre. Todo era glorioso, me sentía en el paraíso», escribió entonces. Tubman fue la heroína del «Ferrocarril Subterráneo», una red clandestina que ayudó a huir a miles de esclavos de los grilletes de sus amos hacia el Norte. Después se convertiría en una conocida militante sufragista. «Fue una heroína americana —dijo de ella el primer presidente negro de Estados Unidos—, luchó sin descanso por la causa de la Unión, por los derechos de las personas esclavizadas, por los derechos de las mujeres.»

Obama, en un último acto de rebeldía simbólica, intentó poner el rostro de Tubman en los billetes de veinte dólares. Para ello debía retirar la efigie del presidente Andrew Jackson, el esclavista sureño genocida de indígenas de quien Trump se declaraba «un gran fan»: lo admiraba hasta el punto de colgar su retrato en el despacho oval y rendirle honores en su memorial de Nashville a menos de dos meses de tomar posesión como presidente. «Jackson fue el presidente del pueblo porque fue elegido cuando el sufragio se extendió al fin a quienes no tenían propiedades», dijo ante su tumba (el «pueblo» al que se refería Trump, por supuesto, estaba formado exclusivamente por hombres blancos). Así que Trump, cuando heredó el proyecto inconcluso de Obama para rediseñar los billetes verdes, no tuvo dudas entre el populista supremacista Andrew Jackson y la activista

abolicionista Harriet Tubman: «¿De verdad quieres que ponga esa cara en los billetes de veinte dólares?», fue la respuesta despectiva que dio a su única asesora afroamericana, Omarosa Manigault Newman, quien le animaba a tomar una decisión. Después de dimitir de su cargo, la exconsejera presidencial republicana concluyó que Trump «es verdaderamente un racista». En 2019, el secretario del Tesoro Steven Mnuchin aparcó el proyecto de sustituir a Jackson por Tubman «al menos hasta 2028». Inevitablemente, «el presidente del pueblo» seguirá en los billetes de veinte por muchos años más.

Puede que no desde los altares de la *dolarocracia* , pero Harriet Tubman ha inspirado a generaciones de mujeres negras en Estados Unidos. Mujeres que han hecho frente a la discriminación de género, de clase y al racismo desde la creatividad, como la «madrina del rock and roll» Rosetta Tharpe, la periodista Daisy Bates, la Nobel de Literatura Toni Morrison o la activista Angela Davis. Esta última fue una figura clave de la Nueva Izquierda y el feminismo en la década de los setenta. Profesora universitaria y militante comunista, estuvo en el punto de mira del entonces gobernador de California Ronald Reagan, quien puso todo su empeño en prohibir que impartiera clases de filosofía en la universidad estatal. Un juez ordenó su readmisión argumentando que era ilegal apartar a una profesora por su ideología. Pero la persecución no terminó ahí. Davis acabó dejando la Universidad de California y se convirtió en una prófuga de la justicia.

En el ocaso de su vida, el supervillano pingüino de Gotham se disponía a hacer una nueva aparición estelar. La última de su largo reinado. John Edgar Hoover puso la fotografía de la profesora de filosofía —con su perfecto pelo afro recortado como un seto— en lo más alto de la lista de los fugitivos más buscados por el FBI. Detrás, uno de los casos más sangrantes de la historia del racismo y la violencia policial en Estados Unidos. Davis estuvo implicada en el caso de los «Hermanos de Soledad», en el que tres presos negros fueron acusados de asesinar a un guardia de la prisión californiana de Soledad. Las cosas se complicaron en agosto de 1970, cuando el hermano de uno de los presos irrumpió en un juzgado del condado de Marin, armó a los acusados y tomó como rehenes al juez, al fiscal y a tres integrantes del jurado popular. El ataque terminó de la forma más trágica. Todos los hombres negros y el juez murieron en el tiroteo con la policía. Davis había comprado algunas de las armas utilizadas en la toma

de rehenes en una tienda de San Francisco solo dos días antes del ataque, por lo que fue acusada de secuestro y asesinato, conforme a la ley de California.

Tras su huida por varios estados, agentes de Hoover detuvieron a Davis en un motel de Nueva York en octubre de 1970. Nixon felicitó personalmente al pingüino por haber capturado a «la peligrosa terrorista Angela Davis». Así se convirtió en la prisionera más famosa del mundo. La campaña Free Angela trascendió fronteras, los Gobiernos del bloque socialista la abrazaron con fines propagandísticos, Bob Dylan, los Rolling Stones, John Lennon y Yoko Ono le dedicaron canciones, y un atracador de bancos llegó a secuestrar un avión de pasajeros de la compañía TWA exigiendo, entre otras cosas, su inmediata liberación.

En junio de 1972, Angela Davis fue declarada no culpable por un jurado compuesto únicamente por ciudadanos blancos. El hecho de que las armas utilizadas en el asalto al juzgado del condado de Marin le pertenecieran no era suficiente para probar su participación en los hechos, según el veredicto. Solo un mes antes de la decisión del jurado, en mayo, Edgar Hoover murió de un ataque al corazón en su casa de Washington. Angela Davis fue la última presa del supervillano, liberada a su muerte. Así terminaba un largo capítulo de casi cinco décadas de mano dura y persecución política del FBI en Estados Unidos.

Poco después llegó el Watergate y se llevó a Nixon por delante, como si todo hubiera sido un mal sueño. Pero su legado quedó ahí, pegado a la conciencia colectiva. Muchos desean que antes de las elecciones de 2020 se repita la historia, que Russiagate o el caso de las presiones al presidente de Ucrania sean el nuevo Watergate y que Trump se convierta en Nixon, como si todo hubiera sido un mal sueño. Pero la historia nunca se repite, solo rima, como apunta la frase apócrifa de Mark Twain.

Tercera parte

CHARLOTTESVILLE

18

Si te acercas lo suficiente, verás que en realidad son antorchas hawaianas, de las que se venden en tiendas de jardinería y en bazares chinos. Sus llamitas de aceite de citronela sirven para ahuyentar a los mosquitos y crear una atmósfera zen en tu patio o terraza. Si te fijas bien, no son más que inofensivas antorchas *tiki* , hechas de bambú ecológico.

Cientos de ellas.

En manos de neonazis enfurecidos.

«¡Los judíos no nos reemplazarán!», gritan. La mayoría son hombres jóvenes, algunos universitarios, todos blancos. Avanzan en fila de a dos, a cara de perro. Ha caído la noche y las hileras de antorchas polinesias brillan con todo su esplendor en la oscuridad del campus. Vistas de lejos, dan el pego. «¡Un pueblo! ¡Una nación! ¡Acabemos con la inmigración!» La escena recuerda al *Frankenstein* de James Whale, a la turba de campesinos germánicos armados con hoces y horcas, pero también a las cabalgatas del Ku Klux Klan y a los desfiles nazis de los años treinta. «¡Sangre y tierra!» El coro de voces masculinas intercala el antiguo eslogan hitleriano con otros más contemporáneos como «*White lives matter!* ». Así pretenden calentar el ambiente ante la convocatoria de mañana. Los seguidores supremacistas de todo el país están llamados a una gran manifestación para protestar contra la retirada de símbolos confederados. «Unir a la derecha» bajo la presidencia de Trump es el objetivo del movimiento Alt-Right.

En los alrededores se respira la tranquilidad de una noche sureña cualquiera. Es agosto en Charlottesville y el campus de la Universidad de Virginia, de cuidados céspedes y vegetación frondosa, duerme plácidamente. Suspendidas sobre la hierba, las luciérnagas voladoras entran en combustión intermitente, como cuando alguien da breves caladas a un cigarrillo en la oscuridad. El zumbido de las luciérnagas, el aire cálido pero rebosante de oxígeno, el aroma de las peonías, las hortensias y el césped recién cortado evocan lo mejor del Sur. Noches como esta son la definición de la perfección climática —cuando tu piel se funde con el entorno y nada te importuna—. Es fácil caer rendido ante su embrujo, el de la vieja Virginia, como les pasó al capitán John Smith y a sus primeros colonos

ingleses. Se instalaron en el paraíso y despertaron en el infierno. Diezmados por las fiebres y el hambre, se vieron obligados a desenterrar a sus muertos para comérselos, cuentan las crónicas. Un hombre mató a su mujer embarazada, la sazonó y sobrevivió al invierno alimentándose de su carne. Hoy, los descendientes de aquellos caníbales conservan un agradable acento colonial en su habla. El amable deje sureño, tan envolvente como una noche de peonías y luciérnagas.

Los jardines y edificios neoclásicos del campus, apenas iluminados por la luz tenue de las farolas, parecen indiferentes al desfile de odio que recorre sus arterias. Como si ya lo hubieran visto todo a lo largo de sus dos siglos de existencia. La universidad, declarada patrimonio de la humanidad, es la creación caprichosa de uno de los padres fundadores de los Estados Unidos de América. Thomas Jefferson era el Leonardo da Vinci de su tiempo: además de autor principal de la Declaración de Independencia y expresidente, también era filósofo, matemático, jurista, músico, filólogo y hasta arquitecto. Su estatua se alza frente a las escalinatas de la Rotunda, el edificio principal de la universidad, diseñado por él mismo y construido por sus esclavos africanos. En realidad, es una copia del Panteón de Roma, reducido en sus dimensiones a la mitad. La cúpula, el frontón triangular sobre el que se instaló un reloj de manillas y las columnas clásicas son idénticas al modelo romano, salvo por los ladrillos rojos de aparejo flamenco omnipresentes en Virginia.

Jefferson fundó la universidad a imagen y semejanza de su idea de país. Una biblioteca —y no una iglesia, como era tradición— preside el campus, donde los estudiantes se gobiernan a sí mismos en libertad e igualdad. Aún hoy, el código de honor sobre el que juran todos los universitarios les permite, por ejemplo, llevarse los exámenes a casa con el compromiso de entregarlos sin hacer trampa. Engañar, mentir y robar son las tres grandes ofensas castigadas por el código de la Universidad de Virginia. Quien lo incumple es expulsado sin miramientos. La rectitud moral y ética era una obsesión de Jefferson. Pero su práctica como terrateniente esclavista contradecía los valores democráticos que predicaba. De los seiscientos hombres, mujeres y niños que tuvo en propiedad a lo largo de su vida, solo liberó a siete —entre ellos, los hijos que tuvo producto de su relación con una de sus esclavas—. Escribió que la esclavitud corrompía por igual a esclavistas y a esclavos, porque «transforma a unos en déspotas y a otros en enemigos, y destruye la moral

de unos y el *amor patriae* de los otros» (*Notas sobre el estado de Virginia* , 1785). En los últimos años de su vida llegó a proponer que el Gobierno de Estados Unidos comprara a todos los niños esclavos al precio de 12 dólares y 50 centavos cada uno y los deportara a Santo Domingo, entonces bajo ocupación haitiana. Pero el sistema esclavista perduraría todavía durante mucho tiempo. Cuando Jefferson murió, acosado por los acreedores, los ciento treinta esclavos que poseía fueron vendidos al mejor postor para saldar las deudas de su plantación.

«Estamos aquí para honrar a nuestros padres fundadores, que eran blancos», me explica Jason Kessler, intentando darme una lección de historia, en caso de que no me quedara claro si Jefferson, Washington, Adams, Madison, Franklin, Hamilton y demás eran efectivamente unos señores de origen europeo y de piel pálida o un grupo de activistas afroamericanos. «Este país fue fundado por blancos para blancos», insiste por si acaso. Kessler es el líder supremacista local. Antiguo alumno de la Universidad de Virginia, su cara redonda de cabello castaño peinado a raya es muy conocida en Charlottesville. Se la partirán por lo menos una vez en mi presencia. También es conocido en las redes sociales de la Alt-Right, pobladas de todo tipo de ultras racistas como él. En ellas vierte periódicamente su excedente de odio acompañado de una foto de perfil donde aparece risueño, vestido con una gorra roja de la gloriosa campaña Make America Great Again. Pero esta noche ha dejado su tocado trumpista en casa. En cambio, sostiene una de esas antorchas hawaianas aromáticas en la mano al tiempo que regurgita hasta la última gota de su discurso racista sobre el legado de Jefferson, los esclavos y la amenaza de la multiculturalidad que destruirá el país. La Confederación derrotada por los yanquis fue el último bastión puro del legado de los padres fundadores, asegura. Por eso, para nostálgicos como él, la profanación de los símbolos del régimen esclavista es un puñal hundido en el corazón mismo de Estados Unidos. Kessler es el organizador de la concentración prevista para mañana en torno a la estatua del general confederado Robert Lee. Un monumento que el ayuntamiento de Charlottesville —con un alcalde demócrata y judío— planea retirar por su significado ofensivo para las minorías raciales. «La memoria de nuestros líderes históricos está siendo corrompida vilmente por políticos izquierdistas», se lamenta.

Esa percepción está extendida en amplios sectores de la derecha estadounidense. El propio Donald Trump equipara a los fundadores de la nación estadounidense con los líderes sureños de la Confederación, con el argumento de que todos ellos defendieron o practicaron el esclavismo. «¿Qué será lo siguiente? ¿Derribar las estatuas de George Washington porque era propietario de esclavos? ¿Y después las de Thomas Jefferson?», se preguntará el presidente. Que los padres fundadores eran supremacistas blancos no es ningún secreto y se ha escrito mucho sobre ello, casi siempre desde una perspectiva crítica. Ahora, la derecha racista lo reivindica con orgullo.

Los nazis aprietan el paso, elevando a cada zancada el tono de sus rugidos. «No nos reemplazaréis» es el más recurrente. No nos reemplazaréis. Un grito de terror más que una consigna política. Como si el «vosotros» que se esconde detrás de la frase —una presencia sin rostro— acechara en la oscuridad que los rodea, entre la vegetación del campus. Quizá por eso llevan las antorchas, después de todo. «No nos reemplazaréis», repiten rítmicamente. Algunos prefieren poner nombre a ese ente sin rostro y cambian el *you* (vosotros) por *jews* (judíos), que suena muy parecido. Toda la columna se une al coro. Ahora el sujeto de la frase es la comunidad judía, a la que los neonazis conspiranoicos le atribuyen el poder de controlar los medios de comunicación y el Partido Demócrata. Desde esas plataformas, dicen, fomentan el mestizaje para acabar con la mayoría blanca, abocada a la extinción si no se toman medidas urgentes. El «genocidio blanco», lo llaman. La masa enfurecida de polos blancos y pantalones chinos acelera el ritmo. Se ha corrido la voz de que algunos de esos peligrosos multiculturalistas están montando una contramanifestación a los pies de la estatua de Jefferson, frente a las escalinatas de la Rotunda. Excitados, se lanzan a por ellos.

No llevan banderas ni carteles. Hay que afinar la vista para encontrar un pin con la esvástica por aquí, una cruz céltica tatuada asomando por allá. Aunque algunos se han calzado guantes con nudillos de metal y esconden botes de gas pimienta en sus mochilas, su estética se aleja de la de los *skinheads* de los noventa. El gel fijador sustituye a las cabezas rapadas y no se ven botas militares ni tirantes. En realidad, parecen recién salidos de la

biblioteca de la universidad, con sus náuticos sin calcetines y camisas azules. Seguramente vieron *American History X* cuando todavía eran menores de edad y lo entendieron todo al revés.

La marcha de las antorchas se aproxima a las escalinatas de la Rotunda. Alrededor de la estatua de Thomas Jefferson, una veintena de estudiantes se da las manos esperando la llegada de los neonazis, en círculo, de espaldas a la base del monumento. «Estudiantes de la Universidad de Virginia contra la supremacía blanca», reza la única pancarta que sostienen. Entre ellos, una mujer transexual llamada Emily Gorcenski pide ayuda a través de su teléfono móvil:

«¡Solo hay veinte personas aquí ante lo que se nos viene encima! ¿Dónde estáis? ¡Dónde coño estáis!».

Pero ya es demasiado tarde.

La columna de supremacistas desciende las escalinatas hacia ella. Un hombre sudoroso de polo blanco y pin nazi se le acerca bruscamente. Sus ojos casi se le salen de las órbitas y sus cuerdas vocales están a punto de quebrarse a golpe de ladrido. Por un momento parece recobrar la vista y se fija brevemente en la apariencia de Emily: «¡Eh! Tú no eres una mujer… ¿qué eres, *xx* o *xy* ?», se mofa con una risotada. Mientras, sus camaradas supremacistas rodean por completo la estatua de Jefferson. Emily y los estudiantes antifascistas están atrapados. Cerca de allí, la Policía de Virginia observa la escena sin intervenir. Bajo la mirada de los agentes, comienzan los primeros golpes.

Patadas, guantazos y antorchas al aire. Los neonazis enfurecidos se lanzan contra los estudiantes a puñetazo limpio. Algunos, como Emily, consiguen zafarse y escapar entre el tumulto. Otros acabarán retorciéndose en el suelo, doloridos y cegados por las ráfagas de gas pimienta. Entonces, cuando los porrazos empiezan a amainar, los policías deciden entrar en acción. Con calma. Thomas Jefferson, impasible, mira hacia la oscuridad del campus desde lo alto de su pedestal con forma de campana, como si en su infinita sabiduría renacentista supiera que lo de esta noche solo ha sido el ensayo general de lo que se cierne sobre Charlottesville.

19

Recuerdo que cuando iba al instituto solía llevar una bandera de batalla confederada en la tapa de mi carpeta, camuflada entre pegatinas de los Ramones, The Clash y otras bandas punk. Sospecho que intuía algo retorcido y oscuro en el aspa y las estrellas rebeldes, algo cercano al mal. Y eso me atraía como un imán en plena edad del pavo. Ahora, desde la lucidez ampulosa que nos impone el paso del tiempo, me espanta pensar que aquel adolescente cabezahueca se sintiera mínimamente atraído por un símbolo racista.

«La bandera confederada era como el papel pintado de las casas del Sur cuando yo era niño en Gainsville, Florida —dijo Tom Petty en los últimos años de su vida, arrepentido de haberla enarbolado durante sus conciertos con los Heartbreakers—. Siempre supe que tenía que ver con la Guerra Civil, pero el Sur entero la había adoptado como su logo. Aunque ignoraba lo que realmente significaba, la veía a diario en lo alto del mástil de los juzgados y también salía en las películas del Oeste.» A partir de los setenta se convirtió también en la bandera del rock sureño, el símbolo de una cultura.

Los acordes de *Sweet Home Alabama* (1973) de Lynyrd Skynyrd son el equivalente musical del trapo confederado. Escrita en respuesta a las canciones de Neil Young *Southern Man* (1970) y *Alabama* (1972), en las que el canadiense lamentaba la opresión de los negros por parte de los blancos sureños, décadas después sigue siendo el himno indiscutible del Sur. Todo un alarde de «orgullo rebelde» ante la injerencia de un forastero: «Espero que Neil Young recuerde que los sureños no lo necesitamos por aquí», cantaba Ronnie Van Zandt y con él medio país. «Dulce hogar Alabama», corean todavía millones de personas, sin pararse a pensar en los valores que se esconden tras la rebeldía blanca sureña y la bandera confederada.

El «orgullo rebelde» es inseparable de la cultura del *Deep South* , una seña de identidad de los blancos del Sur Profundo. En las tierras fértiles donde se establecieron los latifundios esclavistas prosperó también toda una cultura importada junto a los lotes de esclavos de las colonias caribeñas

inglesas de las Indias Occidentales. Desde Florida y Georgia hasta Alabama y la Luisiana, la idiosincrasia del Sur Profundo se distingue nítidamente de otras regiones del Sur de Estados Unidos como la «salvaje» Apalachia (Virginia Occidental, Tennessee o Kentucky) y las más «civilizadas» tierras de Tidewater (Maryland o Virginia). Desde la llegada de los primeros colonos, la sociedad del Sur Profundo estuvo dominada por una aristocracia inglesa que impuso un régimen autoritario a su medida. No existió la libertad sin límites que define a los colonos *hillbillies* de los Apalaches o el pensamiento ilustrado que floreció en Virginia. Hasta que estalló la Guerra Civil, el Sur Profundo era el motor de la economía de Estados Unidos, basado en la agricultura y la mano de obra gratuita. Los señores esclavistas crearon grandes reinos de taifas absolutistas con el propósito de mantener el sistema de clases y castas, no solo contra los negros sometidos, también contra los blancos de clase baja, para evitar que adquirieran las ideas igualitarias que venían del Norte. Como explica magistralmente Colin Woodard en su obra *American Nations* (2011), a partir de la posguerra las iglesias baptistas, metodistas y episcopales anglicanas tuvieron un papel crucial en la transmisión de los valores de «obediencia y orden» a las generaciones venideras. Según Woodard, los «protestantes privados» del Sur Profundo predican la salvación personal en contraposición a los «protestantes públicos» del Norte. Los puritanos yanquis buscaban transformar la sociedad imponiendo una moral pública en busca de la «salvación social». Esas dos visiones se enfrentaron en la guerra que acabó con la derrota del Sur y su régimen esclavista.

Después del conflicto armado vino la ocupación militar. La Unión tomó el control del Sur Profundo, Apalachia y Tidewater durante una década. Los años de la Reconstrucción fueron tiempos duros para las antiguas clases dominantes sureñas, derrotadas junto a la Confederación. Los esclavos fueron liberados, sus derechos protegidos por la decimocuarta enmienda de la Constitución y el Partido Republicano impuso una economía laboral libre en las antiguas plantaciones esclavistas. La reacción se concentró en el Partido Demócrata, defensor entonces del antiguo régimen. Ante la represión impuesta por las armas del ejército de ocupación, surgió en Tennessee una milicia que utilizó métodos terroristas para asesinar a cargos republicanos y negros libertos: el Ku Klux Klan.

En ese momento nace el Sur como entidad unificada, explica Woodard: «Fue la resistencia a la Reconstrucción liderada por los yanquis lo que unió en bloque a Dixie, incluyendo también a pueblos de la Apalachia que habían luchado contra la Confederación durante la guerra».

Muchos exlíderes confederados abandonaron el país y buscaron refugio en México, Canadá y en varios países europeos. Hasta que Andrew Jackson garantizó el perdón a los rebeldes y la amnistía se hizo efectiva. La retirada de las tropas unionistas en 1877 dejó indefensos a los miles de esclavos liberados, y supuso *de facto* el retorno del antiguo régimen, que cabalgaba ahora sobre las leyes segregacionistas de Jim Crow aprobadas por cada uno de los estados sureños.

El mito de la «Causa Perdida» del Sur lo simbolizaba la antigua bandera de batalla confederada, diseñada por el político demócrata de Carolina del Sur William Porcher Miles: un aspa azul sobre fondo rojo con trece estrellas blancas que representan a los once estados rebeldes más Kentucky y Misuri. Después de la guerra se utilizaba en los funerales de los veteranos y en las inauguraciones de los monumentos que surgieron como setas por todo el país a partir de la década de 1910. Iban muriendo los últimos excombatientes confederados, a quienes se les hacían homenajes en sus pueblos y ciudades. De esta época son los numerosos monumentos a los caídos y a sus generales, como la polémica estatua ecuestre de Robert Lee en Charlottesville. Durante décadas fueron monumentos que nadie cuestionaba, porque los abuelos de la gran mayoría de los blancos en el Sur habían luchado junto al ejército rebelde.

«Este memorial fue originalmente dedicado a los caídos confederados en 1875, rediseñado en 1879 y reasignado en 2018 a todos los que murieron durante la Guerra Civil americana.» El ayuntamiento de Savannah, Georgia, ha aprobado un nuevo texto para la placa que instalará en el gigantesco monumento confederado del parque Forsyth, en el centro histórico de la ciudad. No reniega de su pasado, pero intenta darle un significado nuevo, más conciliador e inclusivo. Al menos en apariencia. El objetivo de las autoridades, denuncian quienes reivindican su derribo, es simplemente mantenerlo en pie.

Los robles que rodean el memorial de piedra arenisca están plagados de «musgo español», como llaman en el Sur a las grandes barbas vegetales que cuelgan de las ramas de los árboles. Esos parásitos colgantes —hábitat

de hasta tres especies diferentes de murciélagos, he leído— me fascinan. Dan un aspecto misterioso a los paisajes subtropicales de Dixie. Me siento en un banco a su sombra, con el único propósito de observar a la gente que pasa junto al monumento confederado y, si se da el caso, entablar conversación.

Dos simpáticas amigas octogenarias interrumpen su animada conversación para decirme que nadie puede cambiar la historia de este lugar, por muy fea que esta sea. Un hombre de sombrero Stetson y densa perilla reconoce que por él pueden derrumbar todas las estatuas que quieran, que es la última de sus preocupaciones. Una chica en bicicleta casi se estampa contra la verja que rodea al monumento cuando le pregunto qué opina de la polémica. Una vez recompuesta del susto, recupera la sonrisa y me explica que a ella no le molestan los símbolos confederados, pero que entiende que mucha gente se sienta dolida por lo que significan. Un joven afroamericano se saca los auriculares de los oídos para advertirme, en voz baja, de que la mayoría de los blancos en Georgia son racistas y que nada cambiará ese hecho. En ese momento veo la estampa de un gigante acercándose con torpeza hacia el memorial. Viene campo a través, cruzando el césped y esquivando las plantas rebosantes de flores. Debe de pesar casi doscientos kilos, lo que hace que su cabeza rubia tocada por una gorrita minúscula parezca más pequeña de lo normal. Calza un par de botas katiuskas verdes enormes, como si viniera directamente de pescar esturiones en el río. Conforme se acerca, observo que es muy joven. No tendrá ni dieciocho años.

Cuando el joven gigantón llega a la verja, se quita la gorrita con suavidad y se la lleva al corazón. Tras unos segundos cabizbajo y con los ojos cerrados, saca pecho y hace el saludo militar mirando a la estatua del soldado confederado que corona el monumento. El soldado de bronce, con fusil y bayoneta, mira hacia el Norte: siempre de cara al enemigo. El soldado de carne y hueso se mantiene estirado, con la palma de la mano extendida hacia su sien derecha. Me acerco hacia él, esperando una historia de orgullo sureño y antepasados confederados. Pero cuando termina su particular homenaje, intenta escabullirse con un bufido. Picado por la curiosidad, le acompaño en su huida mientras intento averiguar qué lleva a un joven imberbe a cuadrarse ante un monumento tan rancio. Un monumento que simboliza la defensa de un sistema en el que los negros estaban «subordinados a la raza superior», como declaró el vicepresidente

de la Confederación Alexander Stephens en su famoso discurso *Cornerstone* (literalmente, «la piedra angular», referida a la «gran verdad bíblica» que constituía la supremacía blanca). Stephens pronunció aquella especie de declaración de secesión de los estados del Sur a poca distancia de este lugar, en el Ateneo de Savannah, el 21 de marzo de 1861. Para muchos fue una declaración de guerra en la que Stephens dejaba claro que la Confederación se alzaría en armas contra la Unión para defender la supremacía blanca y el sistema esclavista, su «piedra angular».

El joven gigante frena de golpe, clava las botas en el césped, pero sus brazos se columpian como si no hubieran recibido a tiempo la orden de detenerse. De su pequeña boca surge una voz amable, infantil:

—El memorial incluye a todos los soldados que murieron defendiendo los Estados Confederados de América. ¿Cómo rayos puede eso ofender a nadie?

Bueno, aquellos soldados luchaban por un régimen basado en la esclavitud, le respondo. Es comprensible que los afroamericanos, sin ir más lejos, se sientan insultados por esos símbolos.

—Apuesto que no sabías que entre los combatientes confederados había también negros —me suelta de improviso.

Es cierto. Durante los últimos días de la guerra, cuando su ejército estaba a punto de ser derrotado, el Congreso Confederado tomó una decisión desesperada y muy polémica entre sus mandos militares: crear batallones de negros. En realidad, nunca llegaron a entrar en combate porque, dos semanas después de que la orden entrara en vigor, terminó la guerra.

Pero aquellos afroamericanos confederados fueron forzados a alistarse… ¡porque eran esclavos! El jovencísimo nostálgico se vuelve hacia mí con cara de indignado.

—Pero ¿en qué quedamos? ¿Eran o no eran seres humanos que se merecen un monumento como este?

Después del conflicto y la ocupación militar e ideológica, el Norte y el Sur vivieron una especie de guerra fría cultural durante casi un siglo. Los «paletos» y «fanáticos» derrotados fueron humillados por la emergente prosperidad de ciudades «progresistas» como Nueva York y Los Ángeles, con Wall Street y más tarde Hollywood como bandera. Ese complejo de inferioridad, unido a la mítica «causa perdida», forjó entre los blancos

sureños una identidad rabiosa y terca, de profunda desconfianza hacia sus compatriotas «liberales». En los años sesenta del siglo XX , esa guerra fría estalló en un conflicto abierto. La lucha por los derechos civiles coincidía con el centenario de la Guerra Civil, y la bandera de batalla confederada volvía a ondear desafiante.

En gran medida, el uso moderno de la bandera confederada es producto de la guerra por los derechos civiles. Representaba «los derechos de los estados» reivindicados por los *dixiecrats* demócratas y después por los republicanos conservadores. Algunos estados sureños la incorporaron a sus símbolos oficiales durante los años de Johnson y Nixon. No era solo cosa del Ku Klux Klan, las bandas de moteros, el country y el rock. La bandera de batalla se convirtió en un símbolo oficial, con todas las de la ley. Ondeaba en capitolios y juzgados. Hasta que llegó a la Casa Blanca el primer presidente negro.

Bajo la presidencia de Obama se retiraron las primeras banderas y estatuas. La masacre de la iglesia Mother Emanuel de Charleston, cometida por el joven neoconfederado Dylan Roof en 2015, fue la gota que colmó el vaso. Ante la presión popular, gobernadores y representantes republicanos y demócratas por igual no tuvieron más remedio que acabar con los símbolos. La desconocida gobernadora republicana de Carolina del Sur Nikki Haley —después nombrada embajadora ante la ONU por Donald Trump, a pesar de sus diferencias— se convirtió en una estrella mediática por su decisión de retirar la confederada de los edificios oficiales. Poco antes de la masacre racista de Charleston, como todos los republicanos de Carolina del Sur, Haley defendía los símbolos confederados. «No los veo como algo racista, sino como una tradición de la que nuestra gente se siente orgullosa», dijo entonces. Después, durante los funerales de los nueve afroamericanos asesinados en la iglesia Emanuel, Haley tuvo una epifanía.

Ocurrió durante un momento clave de la era Obama. El presidente fue el orador principal en los funerales por el reverendo Clementa Pinckney y sus parroquianos. Rodeado de pastores afroamericanos, Obama hizo una larga pausa dramática en su discurso. Un silencio atronador. Todas las televisiones del país estaban retransmitiendo en directo. Entonces, un tímido tarareo rompió la pausa. El presidente se arrancó a cantar *Amazing Grace* , el himno góspel por excelencia. A cada nota iba aumentando el

volumen y la seguridad de su canto, hasta que los pastores y todos los asistentes al funeral se pusieron en pie y se unieron a Obama a pleno pulmón.

«Llegué a una simple conclusión —declaró la gobernadora Haley después del funeral—: Que no podría mirar a los ojos a mi hija y a mi hijo mientras siguiera justificando la presencia de aquella bandera en lo alto del mástil.» Haley, hija de inmigrantes indios, llegó a ser vista como la gran esperanza del Partido Republicano por el sector moderado. Hasta que el tsunami Trump arrasó con todo.

Misisipi, el más rebelde de los estados rebeldes, resistió. Es el único que mantiene la bandera confederada en su enseña oficial. En Jackson, la capital, se podrían freír unos huevos con beicon sobre el capó de los coches aparcados junto al capitolio. En lo alto de su cúpula —réplica, como todas, de la de Washington—, la bandera sureña se muere por una brizna de viento que le permita ondear, al menos un rato. Pero en el corazón de Misisipi no sopla ninguna brisa. Busco desesperadamente la sombra de los árboles que rodean el edificio cuando escucho su voz al megáfono. No hay duda, es Iñaki. He quedado con él frente a las escalinatas del capitolio, donde un grupo muy reducido de personas atienden a su discurso. Entre ellos veo a su esposa Sherie, quien sostiene en brazos a Demi Jade, una bebé de pocos meses. Todos al borde de la deshidratación.

Como buen comercial y experto en ventas, Iñaki viste un impecable traje oscuro con camisa también oscura y corbata, además de gafas de sol. No me explico cómo sigue respirando bajo toda esa ropa y este sol criminal. Su nombre real es Ignacio Zambrano —afroamericano de raíces caribeñas —, y yo soy con toda seguridad el único por estas latitudes que le llama cariñosamente *Iñaki* . Además de comercial autónomo, es un activista que ocupa gran parte de su tiempo en intentar arriar definitivamente la bandera racista de los edificios oficiales de Misisipi. Participa, junto a la congresista demócrata Kathy Sykes y el conocido analista político Duvalier Malone, en una concentración para exigir al gobernador Phil Bryant que siga el ejemplo de su compañera de partido Nikki Haley y lleve al Parlamento una propuesta para cambiar la bandera del estado. «¡Le exigimos al menos una disculpa por negarse a retirar un símbolo que representa la opresión de una gran parte de la población de Misisipi!» Las palabras de Ignacio Zambrano

reciben como respuesta unos pocos aplausos. Menos mal que al menos están aquí los compañeros de la televisión local WJTV, pienso. Al menos saldrá en las noticias de la noche.

Pero esto es Misisipi. Algo así como la reserva espiritual de la supremacía blanca en Estados Unidos. Su historia está cargada de segregación y linchamientos, de represión como la que soportaron los *freedom riders* durante el Verano de la Libertad de 1964. Hoy, Zambrano, Sykes, Malone y todos los activistas antirracistas vuelven a pinchar en hueso. La bandera rebelde representa a Misisipi desde 1894 y la mayoría de los representantes de la cámara estatal se oponen a retirarla. En 2001 se consiguió celebrar un referéndum en el que una mayoría arrolladora decidió mantenerla como enseña oficial. Durante los últimos momentos de la presidencia de Obama, un abogado afroamericano llevó al estado de Misisipi a los tribunales por «fomentar el discurso del odio desde las instituciones» mediante la bandera confederada. En plena era Trump, un tribunal federal falló en contra de retirarla.

«No nos escuchan —se lamenta Ignacio con su hija en brazos— porque quienes pedimos la retirada de esos símbolos somos los oprimidos de siempre.» La pequeña Demi Jade, envuelta por un gran lazo verde como si fuera una ofrenda de ébano y ricitos, juguetea con la corbata de su padre. «La ausencia de riqueza y educación en nuestras comunidades es consecuencia de cientos de años de opresión y racismo estructural en este país.» La niña emite un agudo maullido de risa mientras Ignacio pronuncia las últimas palabras. Su sonrisa luminosa de bebé proyecta un arcoíris sobre las palabras que caen como gotas de lluvia sobre el suelo ardiente. En ese momento se levanta una leve brisa. Por un instante, la bandera sureña ondea orgullosa en lo alto del capitolio de Misisipi.

20

A primera hora de la mañana, la parada de los monstruos está a punto de desplegar todo su colorido en Charlottesville. Han traído hasta túnicas y capirotes. La parafernalia racista norteamericana tiene algo de lánguida, un aura que mueve a la compasión. Y este tipo de compasión conduce inevitablemente al desasosiego. Con los motores de sus camionetas encendidos y los portones abiertos, desenvuelven sus banderas y estandartes asesinos como quien abre un regalo de cumpleaños. Con ilusión, se calzan los puños americanos y se disfrazan con cascos de hierro y escudos caseros. Les faltan las espadas de madera. Son niños henchidos de crueldad, que no dudarían en aplastar con una piedra la cabeza de una lagartija si se cruzaran con una. Niños al fin y al cabo. Podrían ser tus hijos.

El odio es fascinante. Amar pasado de revoluciones: eso es odiar. Amar con pasión desenfrenada hasta el cortocircuito. La Medea de Eurípides, a lo bestia. Como esos amores adolescentes que, en cuestión de segundos, de la nada, se convierten en pura angustia sin control. Porque detrás del odio siempre se esconde una inseguridad rebosante de granos y hormonas. El miedo. Es lo que acaba haciendo descarrilar todo. «Se agarran a su odio tan fuerte porque presienten que si desaparece el odio tendrán que enfrentarse al dolor», se esfuerza por entender James Baldwin en *The Fire Next Time* . Despojados del odio, dejarían al desnudo sus inseguridades, su fragilidad. Por eso se agarran a él con tanta fuerza.

Lo contrario del amor no es el odio, es la indiferencia. Elie Wiesel, uno de los más famosos supervivientes de Auschwitz, hubiera preferido la indolencia de Hitler y sus secuaces. Ojalá todos estos niños diabólicos fueran apáticos, indiferentes hacia sus congéneres, y permanecieran embotados en el dolor autodestructivo que intuía Baldwin. La cosa quedaría ahí. Sin embargo, sienten la pasión, el amor pasado de revoluciones por algo que les aterra perder.

«¡No nos reemplazaréis!», chillan hasta la desesperación.

Vuelven las mismas consignas de anoche. Muchos hombres y unas pocas mujeres calientan sus gargantas después del desayuno. Algunos participaron en la marcha de las antorchas, pero el grueso del desfile acaba

de llegar a Charlottesville en sus vehículos particulares. Las matrículas los delatan: Virginia y Virginia Occidental, las Carolinas, Kentucky, Tennessee… pero también Pensilvania, Nueva Jersey o Nueva York, el *Empire State* .

Tras acabar con las existencias de tortitas y huevos revueltos en el Denny's de la autopista 81, varios barbudos con gafas de sol montan sus fusiles de asalto. Son miembros de las llamadas «milicias patrióticas», grupos de paramilitares ultraderechistas preparados para «defender los derechos recogidos en la Constitución de Estados Unidos ante los abusos tiránicos del Gobierno». A los Minutemen (milicia *supervivencialista* surgida en plena guerra por los derechos civiles ante la eventual llegada de los comunistas al poder) se unen en Charlottesville grupos más recientes, casi todos ellos nacidos bajo la «amenaza» de la presidencia de Barack Obama. Por ejemplo, las milicias Light Foot de Nueva York y Pensilvania, que desfilan con sus armas semiautomáticas al hombro junto a los manifestantes del movimiento Alt-Right.

«Estamos aquí para garantizar que se respeta el derecho de esta gente a expresarse libremente, recogido en la primera enmienda de la Constitución —explica Christian Yingling, líder de los milicianos de Pensilvania—. Hemos hablado con la Policía de la ciudad y tenemos su aprobación para patrullar con nuestras armas a la vista.» Yingling es un personaje pintoresco, con cresta mohawk, uniforme militar rematado por una especie de pañuelo palestino al cuello, pistola Glock a la cintura y un fusil AR-15 en brazos, acunado como si se tratara de un bebé. El fusil está descargado para prevenir accidentes, aclara, pero la pistola está lista para actuar en cualquier momento. «Es importante dejar claro que somos neutrales, que no pertenecemos al movimiento Alt-Right —recalca—, porque nuestra misión va más allá de sus reivindicaciones.»

Pero en un abrir y cerrar de ojos, algunos de sus «soldados» se desvían de esa misión. Tres de ellos, armados hasta los dientes y vestidos con ropa de camuflaje, se apuestan desafiantes ante la fachada de la sinagoga Beth Israel, mientras en el interior cuarenta fieles celebran el *sabbat* protegidos por un único guardia armado. Varios manifestantes los acompañan ondeando banderas nazis y gritando «*Sieg Heil!*» . Alan Zimmerman observa la escena desde la puerta: «No puedo creer que esto esté pasando en la América de 2017». Alertados de que una web neonazi está difundiendo

llamamientos para incendiar la sinagoga, los miembros de la congregación que preside Zimmerman deciden abandonar el templo por la puerta trasera mientras el rabino se apresura a poner a salvo los rollos sagrados de la Torá.

Una vez, hace unos años, los acompañé en una patrulla por la frontera entre Arizona y Sonora. Viejos podridos de odio, como el coronel Whitewolf, se divertían disparando a las garrafas de agua que los activistas proinmigración dejaban en medio del desierto para evitar que los migrantes perdidos murieran de sed. «Colaboramos con la Policía de fronteras para impedir a toda costa que los ilegales consigan llegar a nuestro territorio», me explicó Whitewolf mientras remataba un plato de pasta con albóndigas en un restaurante italiano del sur de Arizona. El mismo mensaje de Yingling en Charlottesville: «Somos aliados de las fuerzas policiales». Sentados en torno a la mesa, los lugartenientes de los Southwest Spartan Corps rebañaban los platos y apuraban sus cervezas de un último trago. Nos íbamos de cacería.

En pocos minutos, el Jeep Wrangler de Whitewolf —decorado con todo tipo de simbología patriótica y una gran bandera estadounidense al viento— surcaba el desierto de Sonora a toda velocidad, levantando una tremenda nube de polvo rojizo a su paso. En otros vehículos todoterreno, el resto de la tropa seguía la estela de su líder. Yo iba empotrado a la cola del convoy, compartiendo asiento trasero con dos *rednecks* corpulentos. «¡Yeeehaaa!» gritaban cada vez que nuestra camioneta saltaba sobre los baches y depresiones del terreno. Los *espartanos* de Whitewolf eran la versión motorizada de los antiguos forajidos del Salvaje Oeste a lomos de sus caballos. Aunque estos vaqueros no tenían las caderas para mucho trote. Entre ellos había jubilados, algunos exmilitares y un par de jóvenes un tanto desubicados. Como Iván.

Iván (probablemente no fuera su nombre real) era un chicano risueño de barriga prominente y piel tostada al sol. Cuando lo conocí en el desierto de Sonora me pareció un chaval agradable e inteligente. Se le veía informado sobre temas de actualidad e interesado en el mundo exterior. Una rareza entre aquella jauría de pistoleros sin ley. Su principal cometido en la milicia era cargar con el equipamiento del decrépito coronel Whitewolf: su cantimplora y su pesada mochila llena de munición. Incluso le ayudaba con

mucha paciencia a embutirse el chaleco táctico y el casco militar, bordando el papel de Sancho Panza. «Me encanta este chico —le correspondía el jefe —. Y eso que es medio mexicano.»

«Ya ves, aquí no somos racistas —me dijo Iván en un español oxidado mientras se señalaba a sí mismo como prueba de ello—. Queremos que se respeten las leyes, eso es todo, que mis hermanos centroamericanos puedan venir a Estados Unidos con un visado y un permiso de trabajo, sin jugarse la vida con los coyotes en el desierto para cometer un acto ilegal.» Se pasó al inglés para explicarme esto último con más detalle. «Es como si alguien quisiera entrar en tu casa saltando la valla, por el patio trasero, en lugar de llamar al timbre.» Como el resto de sus compañeros, caminaba en formación con su fusil semiautomático en bandolera.

¿Por eso os tomáis la justicia por vuestra mano?, inquirí.

Al escuchar mi pregunta, Whitewolf aminoró el paso entre jadeos y se volvió para responderme. «Nosotros no ejercemos la justicia —hablaba a trompicones mientras pedía con un gesto apremiante la cantimplora a su escudero—, simplemente patrullamos la zona y cuando detectamos un grupo de *aliens* (así llamaba el coronel a los inmigrantes sin papeles: para él, no eran menos extraños que los visitantes extraterrestres de Roswell) pasamos sus coordenadas a la policía fronteriza para que actúe de inmediato.» Se han dado casos en los que vigilantes de alguna milicia han disparado a migrantes, pero según él esos tiroteos han ocurrido porque han visto amenazada su integridad física o porque se encontraron de bruces con traficantes del cartel.

El cartel. Sinaloa. El terror de la milicia. La voz parecía fallarle a Whitewolf cada vez que me hablaba de ellos. «Son unos asesinos implacables, llevan equipamiento militar de última generación, con visión nocturna, drones y todo tipo de armamento de alta precisión —señalaba las montañas que se extienden en el lado mexicano de la frontera—. Ahora utilizan a los ilegales para transportar la droga en mochilas, y nosotros nos interponemos en su camino… somos una presencia incómoda, una amenaza para su actividad.» La paranoia le llevaba a mirar debajo del coche cada vez que salía de casa por si el cartel había colocado explosivos. Desconfiaba profundamente de todo el mundo, incluso de sus propios vecinos, con quienes había cortado toda relación. «Tampoco me fiaba un pelo de ti cuando me contactaste… de hecho, sigo sin fiarme al cien por cien», me reveló, insinuando que yo mismo podía ser un narco haciéndome pasar por

periodista. A continuación me explicó que, cuando nos encontramos en el restaurante italiano, un francotirador me estuvo apuntando en todo momento a la cabeza por si nuestra cita resultaba ser una trampa para acabar con los jefes de la milicia. Puede que se estuviera marcando un farol para impresionarme. Sin embargo, en la guerra imaginaria de estos *jedis* del desierto todo era posible. Después de todo, el cartel era capaz de adoptar cualquier forma y de aparecer en los lugares más insospechados. En sus juegos de guerra, encarnaba al archienemigo cuya cara solo habían visto en pesadillas nocturnas. El lado oscuro de la frontera.

Mientras cerraba el tapón de la cantimplora del coronel con devoción —«todo listo, señor»—, el joven Iván se unió entonces a la conversación para aportar su granito de arena. Me explicó el daño que el narcotráfico hace en México, donde las autoridades son tan corruptas que nada las diferencia de los carteles de la droga. «Nuestra labor es necesaria aquí, porque a este paso pronto Arizona y todo Estados Unidos se convertirá en lo que hoy es México: un territorio sumido en el caos, donde la corrupción y el crimen campan a sus anchas.»

Los hombres de Whitewolf hicieron entonces un alto en el camino. Habían encontrado algo junto a la porosa valla fronteriza, poco más que una alambrada de espino en este tramo. Varias mochilas abandonadas desperdigadas sobre el terreno polvoriento del desierto. Entre ellas también había unas cuantas botellas de plástico vacías. Las bolsas, cubiertas de polvo, tampoco parecían contener nada en su interior. A unos metros del hallazgo, un papel amarillento aleteaba atrapado en un matorral. Una hoja arrancada de un bloc de notas. La cogí sin que nadie se percatara y leí para mí las palabras y números escritos con bolígrafo azul. Nombres y números de teléfono. Los de las personas —puede que familiares— que un migrante anónimo pensaba contactar cuando consiguiera llegar a Estados Unidos. Pero ¿lo logró? ¿Dónde se encontraba en aquel preciso momento la persona que escribió esos nombres y números en un bloc de notas? Quizá en la morgue de Tucson, donde almacenaban decenas de cadáveres sin identificar encontrados en el desierto. Junto a los cuerpos —a menudo momificados por el sol y el aire seco—, cuadernos de notas con números de teléfono, fotografías de seres queridos y amuletos malogrados. Restos de vidas perdidas bajo el polvo rojo del desierto de Sonora.

«En este punto se encontraron con el enlace del cartel en el lado estadounidense —sentenció el coronel Whitewolf—, entregaron la mercancía y se deshicieron de las bolsas.» El cartel, siempre el cartel. De una patada a una de las mochilas polvorientas ordenó la retirada. «Vámonos a casa, se está haciendo tarde.»

No he visto al viejo Whitewolf ni a sus vigilantes de Arizona en Charlottesville. Ignoro si a estas alturas seguirá con vida, o el grupo en activo. Si no lo han enterrado ya, seguro que el coronel sigue teniendo pesadillas con los fantasmas de Sinaloa. Esas cosas no mejoran con la edad. Me pregunto si sus seguidores habrán dejado las armas, ahora que el presidente se dispone a construir un muro infranqueable en la frontera. Es el dilema al que se enfrentan muchas milicias ultraderechistas antigubernamentales. Con un presidente «de los suyos», su razón de ser —luchar contra la tiranía del Gobierno— se desvanece. Por eso, bajo el mandato de Trump, buscan nuevos enemigos. Los inmigrantes sin papeles siguen estando en el punto de mira, pero en las calles de Charlottesville encontrarán a un nuevo rival.

Desfilan en silencio, junto a centenares de nacionalistas blancos que corean el nombre del presidente. «Como un ejército —los describirá el gobernador de Virginia—, con mucho mejor equipamiento que la policía estatal.» El gobernador les pide que se vayan «a casa», minutos antes de decretar el estado de emergencia y ordenar la intervención de los militares de la Guardia Nacional. Pero las milicias se dirigen de la sinagoga Beth Israel al parque de la Emancipación, antes llamado «parque Robert Lee», donde se yergue la estatua ecuestre del famoso general confederado. Aunque sus líderes insisten en que no tienen nada que ver con el KKK, con los nazis ni con el movimiento Alt-Right en general, se entienden muy bien con todos ellos. Se han convertido en la policía privada de los supremacistas. Los escoltan en su recorrido. Tienen órdenes específicas de protegerlos de los posibles ataques violentos del nuevo enemigo común: los Antifa.

Los grupos antifascistas militantes han sido parte activa de la *resistencia* anti-Trump desde los primeros días de su presidencia. Sus banderas rojas y negras se han dejado ver en todas las manifestaciones desde el mismo día de la inauguración del nuevo presidente en Washington. Después de los

acontecimientos de Charlottesville, los Antifa tomarán un protagonismo que no han tenido hasta ahora en Estados Unidos. Junto al ascenso de la ultraderecha racista, los descendientes ideológicos de Woody Guthrie y las Brigadas Internacionales se han organizado para apoyar a los colectivos «en guerra» contra las políticas del Gobierno de Washington: feministas, antirracistas, pacifistas, ecologistas, gais, lesbianas y transexuales, ciudadanos solidarios con refugiados y migrantes, y hasta organizaciones no gubernamentales que trabajan con discapacitados. Millones de ciudadanos se sienten agredidos o amenazados por un presidente al que ven como aliado de la extrema derecha. El caldo de cultivo ideal para quienes se arrogan la responsabilidad histórica de defender a la sociedad del fascismo en su concepción más amplia, no solo de los fascistas en sentido literal.

El choque entre fascistas y antifascistas en Charlottesville dejará en evidencia una falla que distorsiona las coordenadas de la democracia estadounidense. Como observa el historiador Mark Bray en su «manual antifascista» (*Antifa: The Antifascist Handbook* , 2017), «después de Auschwitz y Treblinka, los antifascistas se han comprometido con la lucha a muerte contra el derecho de las organizaciones nazis a expresarse». En la mayoría de los países europeos, ese compromiso antifascista de silenciar el discurso negacionista del Holocausto y la exhibición de parafernalia nazi cristalizó en leyes que irremediablemente restringen la libertad de expresión. El derecho penal alemán castiga el delito de *Volksverhetzung* (literalmente, «instigación a las masas») con hasta cinco años de prisión para quienes incitan al odio contra un sector de la población. Incluso si el delito ocurre fuera de las fronteras alemanas o si el delincuente no es de nacionalidad alemana. Horrorizada ante el *Volksverhetzung* de esvásticas y proclamas hitlerianas que se despliega en Charlottesville, la canciller conservadora de Alemania Angela Merkel hará un llamamiento a «perseguir por la fuerza a los racistas y violentos de extrema derecha sin importar en qué lugar del mundo se manifiesten».

Sin embargo, la realidad es que sí importa el lugar del mundo en el que desfilan todas esas cruces gamadas, inimaginables en las calles de Berlín. Porque la primera enmienda de la Constitución de Estados Unidos defiende el derecho de neonazis y fundamentalistas del KKK a difundir con libertad su discurso del odio. «Instigar a las masas» y hacer apología del genocidio es perfectamente legal aquí. No hay límites legales a la libertad de expresión. Hasta el punto de que organizaciones progresistas dedicadas a la

defensa de los derechos civiles como ACLU (Unión Estadounidense por las Libertades Civiles, por sus siglas en inglés) prestan asistencia legal a los organizadores de la movilización supremacista. En una decisión de última hora, el ayuntamiento de Charlottesville decide rescindirles el permiso para protestar en torno a la estatua del general Lee «porque la proximidad de los contramanifestantes puede crear situaciones de peligro». El alcalde propone al organizador Jason Kessler (el líder supremacista local que desfiló anoche a la cabeza de la marcha de las antorchas) que se lleve la manifestación a las afueras de la ciudad. Kessler se niega a cambiar sus planes e interpone un recurso a la decisión municipal con el argumento de que se está vulnerando su derecho a la libertad de expresión. «Como hemos hecho a lo largo de casi un siglo en muchos otros lugares de Estados Unidos, la oficina de ACLU en Virginia ha ofrecido a Kessler ayuda legal para garantizar su derecho a manifestarse», explica David Cole, director legal de la organización a favor de los derechos civiles. Kessler y ACLU ganan el recurso y los supremacistas pueden entrar con todas las de la ley en el centro de la ciudad, con sus palos y puños americanos y escoltados por decenas de paramilitares armados —las milicias también se agarran a la primera enmienda de la Constitución para justificar su presencia—. Días después de los trágicos acontecimientos, Cole se preguntará: «¿La violencia fatal que vino después debería llevarnos a recalibrar el alcance de la libertad de expresión?».

El movimiento Antifa no tiene dudas al respecto. Harán lo posible para frustrar la movilización de la Alt-Right, llevándose por delante su libertad de expresión. «Nuestro trabajo es amedrentar a los fascistas para que dejen de actuar en público y ofrecernos como objetivos voluntarios de su odio y sus ataques, para que así dejen de pensar en incendiar la mezquita de su barrio.» La frase —recogida por Mark Bray en su manual *Antifa* — pertenece a Walter Tull, un conocido militante antifascista canadiense. Resume bien la filosofía del movimiento. En ese contexto, justifican plenamente el uso de la violencia contra los nazis. «Al fascismo no se le discute, se le destruye», dijo Buenaventura Durruti. Casi un siglo después, sigue sin haber otra forma de combatirlo, concluyen.

Pero ¿está bien propinar un puñetazo a un nazi? En los meses posteriores a Charlottesville, en plena ola de popularidad de Antifa, internet y las redes sociales se llenarán de memes y mensajes que ponen sobre la mesa el debate sobre el uso de la violencia física contra los supremacistas

blancos. Un vídeo viral muestra cómo un hombre encapuchado golpea con todas sus fuerzas la cara de Richard Spencer —líder del movimiento Alt-Right— en el momento en que este se disponía a dar una entrevista en las calles de Washington durante la toma de posesión del presidente Trump. Si Indiana Jones y el Capitán América se hartan de aporrear nazis, argumentan los entusiastas del guantazo, ¿por qué no lo vamos a hacer nosotros? Sin embargo, una encuesta del Instituto Cato de Washington revelará que casi siete de cada diez estadounidenses no están de acuerdo con estampar la cara de nazis, supremacistas y demás ultras (eso sí, más de la mitad de quienes se consideran «progresistas» aprueban el puñetazo como respuesta lógica). Un jurado de Charlottesville zanjará el debate al dictar la sentencia de un hombre que golpeó, bajo la mirada de un grupo de reporteros —entre los que me encontraba yo—, a Jason Kessler, el organizador de la marcha supremacista. Como yo mismo puedo corroborar en calidad de testigo directo, hubo agresión violenta. Así, el jurado declarará al acusado culpable, pero le impondrá una multa de un dólar. Un *pavo* . El ridículo precio de dar un puñetazo a un nazi en público (Kessler, nacionalista blanco relacionado con grupos neonazis, no se considera a sí mismo nacionalsocialista, pero las cosas en 2017 no están para demasiados matices).

Lo que está a punto de ocurrir en las calles de Charlottesville será objeto de mil polémicas e interpretaciones en los próximos meses. Quién empezó la violencia, cómo se llegó al enfrentamiento abierto, por qué la policía no hizo nada… La cobertura de los grandes medios de comunicación equiparando la violencia de los supremacistas con la de los antifascistas —todo se reducirá a «enfrentamientos entre grupos radicales» en los titulares — dará lugar a una falsa equidistancia a la que inmediatamente se sumará el presidente Donald Trump. En una de las declaraciones más desafortunadas de su presidencia, el líder del mundo libre descenderá al fondo del barrizal para dictaminar que «hay culpa en los dos lados». Tanto entre los que hacen apología del genocidio y quieren eliminar a parte de la población, se entiende, como por parte de quienes han venido a Charlottesville a defender la diversidad que aquellos quieren aniquilar.

Pero la equidistancia alimenta a quienes odian. Más aún, ayuda a difundir el odio entre sectores de la sociedad ajenos a él. Lo que se extiende en Charlottesville la mañana del 12 de agosto de 2017 como una gran

mancha es el tejido verrugoso, la piel tomada por una infección de hongos, lo más feo y granado del catálogo del odio extremo. Pero, desde un punto de vista humano, nos debe preocupar mucho más el tejido sano que lo rodea. Los hombres y mujeres y niños y niñas que se acercan a la infección, que la acarician entre risas. Y después no se lavan las manos con jabón.

Cuando el presidente dice que entre los supremacistas «también hay buena gente», consciente o inconscientemente está convirtiendo la fealdad, la pestilencia, en algo aceptable. Hay quienes odian de buena fe, viene a decir Trump. Es cierto, pensarán quienes escuchan al presidente a través de los medios de comunicación o en las redes sociales, al fin y al cabo no es tan grave salir con unas banderas a defender un monumento. Además, los ampara la libertad de expresión recogida en la Constitución, dirán otros. Así, inocentemente, se extiende la infección. A pesar de las disculpas de su hija Ivanka —«creedme, mi papá no es racista», insistirá en los despachos de la Casa Blanca—, el presidente ha dado su bendición a los zombis confederados, nazis y fascistas que salen arrastrándose de los cementerios de la historia. «Antes se escondían en sus hoyos», me dice Eduardo, hondureño instalado desde hace muchos años en Charlottesville. «Ahora salen, se muestran a la luz del día porque toda esta mierda es perfectamente aceptable en la América de Trump.»

¿Quién la hace aceptable? ¿El presidente de Estados Unidos? ¿Las redes sociales convertidas en cajas de resonancia? ¿O los grandes medios de comunicación?

En pleno siglo XXI , los medios —en su calidad de creadores de opinión— siguen teniendo una responsabilidad crucial en hacer algo aceptable o condenable para la mayoría. La narrativa siempre acaba imponiéndose a los hechos, en términos *lakoffianos* , al crear marcos y metáforas fácilmente comprensibles para todos. Los medios son los últimos encargados de dar forma a esas narrativas tras las que se esconden intereses políticos, económicos o de otro tipo. Lo que menos importa es si esos marcos se ajustan a la realidad. Porque la realidad tiende a ser demasiado complicada, llena de matices y contradicciones. Por eso, los medios —no todos, aunque cada vez son más los que se deslizan por esta senda— simplifican el mensaje, renunciando a explicar la complejidad, «dando las claves más importantes» en unos pocos caracteres o en clips de veinte segundos. Al fin y al cabo, inconscientemente, todos buscamos la seguridad que nos dan las «claves». Son literalmente llaves que le permiten a uno

abrir espacios de orden en el caos que nos rodea. Dar con un relato que, como por arte de magia, dote de sentido a todo lo que está pasando. Eureka. Ya tengo la clave. Me queda claro. Solo así nos sentimos cómodos, lúcidos, como si nos hubiéramos tomado una píldora que instantáneamente nos saca de un estado de angustia y desorientación. Ahora todo tiene sentido. Ahora lo entiendo, proclamamos.

En ese proceso, el papel del periodismo no es nada fácil, porque el periodista se debe a la verdad y a nada más. Y la verdad generalmente es compleja. Ante ese cruce de caminos, el periodista puede tomar el más recto, pero también el más cuesta arriba: investigar, mirar debajo de las alfombras y embarrarse las botas en busca de la verdad. Ese camino muchas veces suele llevar a la frustración, a la incomprensión y al conflicto. En contadas ocasiones, a la gloria. Hay pocos medios de comunicación interesados en relatos complejos y llenos de datos. Prefieren las píldoras, las claves rápidas. Por eso, muchos periodistas toman un camino más fácil y agradable, libre de conflictos y llamadas incómodas: lo llamamos «dar voz a las partes». Como si la verdad estuviera ahí, justo entre lo que anuncia uno y lo que denuncia otro. Como si se pudiera trazar un punto medio entre dos coordenadas —en este caso, dos versiones enfrentadas— y ahí radicara la verdad matemática.

«Choques entre grupos radicales en Virginia.» Titulares como este son producto de esa práctica zángana y falta de criterio. Con toda naturalidad, se alinea con una narrativa irresponsable que algunos medios de comunicación asumen como aceptable. Al fin y al cabo, es una buena «clave» que cabe en un tuit. Una píldora (cómo gusta en las redacciones la palabra *píldora*). Las nuevas tecnologías son solo parte de la explicación de una tendencia que nos engulle a los periodistas. Me obsesiona pensar cuántas veces he contribuido con mis crónicas, inconscientemente, a crear narrativas tramposas que sirven a ciertos intereses. Mirando atrás, creo que lo que ahora llaman la «era de la posverdad» empezó en realidad mucho antes. Sin ella no se puede entender el mundo post-11-S.

En los días posteriores al ataque del 11 de septiembre de 2001, en medio del caos y las especulaciones sobre la autoría de los atentados, comenzó a sonar en los medios el nombre de Osama bin Laden. Cuando el Gobierno de George W. Bush se recuperó del *shock* inicial, señaló al régimen talibán afgano como responsable de dar refugio al autor intelectual de la masacre. La «guerra contra el terrorismo», con la invasión de

Afganistán y la Ley Patriótica, estaba a punto de saltar a escena. Era la calma antes de la tormenta. También era el momento crucial en el que se estaba construyendo un relato que condicionaría el futuro. Muchos reporteros viajamos durante aquellos días de tensa calma a la capital de Pakistán, donde se encontraba la única fuente informativa accesible «del otro lado». En la embajada del Emirato Islámico en Islamabad, recuerdo haber preguntado al mulá Abdul Salaam Zaeef dónde se escondía Bin Laden. «No conocemos su paradero», me respondió el representante del Gobierno talibán. En pocos meses, el mulá Zaeef daría con sus huesos en un calabozo de Guantánamo. De Bin Laden no volveríamos a saber nada hasta que Obama nos anunció su muerte, una década después. Para entonces, el orden mundial había tomado un camino sin retorno.

Siempre me he preguntado si realmente existía «el otro lado» —ese al que siempre aspiramos los periodistas— en aquellos días posteriores al 11-S. El relato de Bush-Cheney en un lado y Osama bin Laden con sus amigos talibanes en el otro se asumió como el marco informativo único. No alcanzo a entender los mecanismos de ese proceso vertiginoso que se activó entonces para crear un estado de opinión que justificaba todo un cambio de paradigma, el de la seguridad en el mundo, con restricción de derechos y una sucesión de conflictos armados a gran escala de consecuencias devastadoras. En aquel momento Bush contaba con un índice de aprobación de casi el 90 % entre los estadounidenses. La opinión pública estaba con él. Los medios de comunicación fueron la clave. Y yo sentí con cierta amargura que, con mis crónicas, puse mi granito de arena en ese relato.

Después de Afganistán vino Irak. Las armas de destrucción masiva que nunca aparecieron y las acusaciones contra el Gobierno de Sadam Husein que jamás se probaron. La posverdad. Esta vez los medios de comunicación no acompañaron al relato de Bush como en 2001. Consiguió su objetivo: derrocar a Sadam en una guerra sangrienta que años después sigue arrasando Oriente Medio. Pero su índice de aprobación cayó hasta el 32 %. Entonces, un discípulo aventajado de Bush intentó, sin éxito, emularle a pequeña escala, en España. Resultó un estrepitoso fracaso. José María Aznar se enfrentó a los mayores atentados terroristas en la historia de Europa —el ataque yihadista del 11 de marzo de 2004 en los trenes de Madrid— con un relato que pretendía condicionar el futuro inmediato. Un relato tan falso como el de las armas de destrucción masiva de Sadam. Las elecciones generales se celebraban tres días después de los atentados, y para

los intereses partidistas del Gobierno de Aznar era vital presentar los hechos como obra de ETA, «el terrorismo doméstico». En definitiva, alejarlo de las pistas que apuntaban al «terrorismo internacional» de Al Qaeda —algo que se podría interpretar como una represalia por la participación de España en la guerra de Irak junto a Estados Unidos y el Reino Unido—. «Si ha sido ETA barremos, pero si son los yihadistas ganará el PSOE», dijo un asesor de Aznar citado por un responsable policial. Aunque algunos medios españoles dieron credibilidad a la tosca manipulación del Gobierno —con llamadas intimidatorias a embajadores y a corresponsales extranjeros incluidas—, la gran mayoría del espectro mediático dejó en evidencia la mentira y se derrumbó el relato.

Para Trump, Bush y Aznar son unos aficionados. Quizá porque no se creyeron lo suficiente sus mentiras, acabaron a los pies de los caballos de la opinión pública. Trump, en cambio, sabe utilizar el poder de los medios a su favor, digan lo que digan de él. Es la lección de oro del supervillano Roy Cohn. Desde el infierno, su voz fantasmagórica susurra al oído del presidente: si quieres que tu narrativa llegue a la sociedad, no tires la toalla, repite tus mentiras una y otra vez, grítalas a los cuatro vientos en Twitter y en ruidosas conferencias de prensa. Los medios harán el resto. Convertirán tus palabras en píldoras y las administrarán con eficacia a millones de personas. Porque, recuerda, «toda publicidad, positiva o negativa, es buena».

Sus declaraciones sobre Charlottesville son el más claro ejemplo de la impunidad dialéctica de la que goza Trump durante su presidencia. El presidente de Estados Unidos puede declarar con tranquilidad, sin temer las consecuencias, que hay nazis buenos. El mundo se escandalizará, le lloverán insultos y encenderá las redes sociales. «La presidencia de Trump ha tocado fondo», sentenciarán los analistas más prestigiosos del país. «Siento que hemos vuelto al Berlín de 1929 o 1930», dirá un superviviente del Holocausto. Pero las declaraciones de Trump no tendrán consecuencias prácticas, porque al fin y al cabo todo el mundo sabe cómo se las gasta el presidente. Una barbaridad más para la colección. Por cierto, un día más ha vuelto a reventar las audiencias de televisión.

La grotesca entrevista de Univisión al líder del Ku Klux Klan de Carolina del Norte se emite en horario de máxima audiencia. Los Barker («ladradores», en una traducción literal del apellido) son una simpática

familia fundamentalista cristiana, de los que nunca han leído otra cosa que no sea la Biblia o blogs sobre teorías de la conspiración en sitios web como *The Daily Stormer* . «Jesucristo era blanco, de más de uno ochenta de altura, cabello rubio y ojos azules —dice Chris, el marido—. Está todo escrito en una carta que Poncio Pilato envió a Tiberio y que se guarda en la biblioteca del Congreso, en Washington.» Su esposa Amanda asiente, intentando dar un mínimo de credibilidad a las palabras de su marido con una sonrisa. Visten sendas camisas negras llenas de parches con símbolos del Klan y viven en una casa asfixiante, atiborrada de cruces y estatuillas de negros con sogas al cuello.

La periodista colombiana Ilia Calderón es la primera persona «negra o inmigrante» en pisar la propiedad de los Barker, como ella misma destaca en el programa de televisión titulado *En la boca del lobo* . Entrevista a la adorable pareja en un claro del bosque cercano a la casa, donde más tarde —cuando haya oscurecido del todo—, los Barker y unos amigos de la familia quemarán una gran cruz rociada de gasolina. Para la ceremonia todos vestirán disfraces de nazareno, con sus túnicas y capirotes. El señor Barker se presenta con su título oficial, otorgado por la academia de títulos ridículos de Walt Disney: hola, soy el mago imperial de los leales caballeros del KKK. El mago Barker. Ni odia ni es racista, avisa. Para a continuación declarar:

—Te vamos a quemar.

—¿Cómo? ¿Que me vais a quemar? —La estrella de Univisión, tras un breve sobresalto, continúa imperturbable con la entrevista—. ¿Y cómo lo vais a hacer? ¿Cómo vais a exterminar a once millones de inmigrantes como yo?

—Qué más da. La última vez matamos a seis millones de judíos. Once millones no es nada.

—¿Me está usted amenazando?

—Sí. Estás en mi propiedad y para mí no eres más que una negrata.

21

El punk y el rap le deben mucho a san Reagan. Canonizado en vida, su efigie conservadora de anuncio publicitario de los cincuenta luce la inequívoca sonrisa del sueño americano cultivada en los invernaderos de Hollywood. Material del bueno para la sátira. Oro para las hordas de jóvenes cabreados con ganas de hacer ruido. Oro fino.

Su llegada a la primera fila de la política nacional, después de la presidencia gris de Carter, llenó de tecnicolor la década de los ochenta. Las crestas se erizaban a su paso y las rimas brotaban a borbotones a su alrededor. La canción protesta, herida de muerte tras la «traición» de Bob Dylan, el fin de la guerra de Vietnam y aportaciones soporíferas como las de Phil Collins y Génesis, resucitó como lo hacían los mutantes de *Dawn of the Dead* (1978): a gritos y a golpe de distorsión. «*California Über Alles!* », cantaban los Dead Kennedys mientras los desfiles fúnebres de Brézhnev, Andrópov y Chernenko se sucedían ante los ojos de Reagan. Luego llegaron Gorby, la guerra de las galaxias y el fin de la Guerra Fría. Ronnie ascendió a los altares, definitivamente transfigurado en san Reagan. En Nueva York, mientras, la sala de conciertos CBGB se había erigido desde los setenta en digna sucesora del Café Society. El epicentro de la protesta se había trasladado para entonces unas cuantas manzanas al este del Village.

Décadas después de su apogeo, el punk ha pasado a la historia y el viejo Ronnie es un intocable de la política estadounidense. Como Washington o Lincoln. Son los tres presidentes que cualquier republicano —y también muchos demócratas— citarían como los más importantes de la historia de Estados Unidos: Washington, Lincoln y Reagan, por ese orden. Amén. Donald Trump añadiría a dos más: Andrew Jackson y Dwight Eisenhower. Del primero y de su racismo populista decimonónico ya hemos hablado. El segundo es el presidente de su infancia y de la grandeza de la América que añora —la de los años anteriores a los derechos civiles y la decadencia liberal—, esa que pretendía recrear en 2016 entonando su hechizo de campaña: Make America Great Again.

Como Eisenhower, Reagan representa los valores conservadores y anticomunistas del Partido Republicano anterior a la revolución nacionalpopulista de Trump. El «republicanismo tranquilo» que añoran algunos moderados en tiempos convulsos. Eisenhower consiguió estabilizar la economía estadounidense, equilibrar el presupuesto y generar ocho años de crecimiento y prosperidad sin enterrar el New Deal de Roosevelt. Otra cosa son la persecución ideológica y el racismo rampante anterior a los derechos civiles. Eisenhower no apoyó la desegregación de las escuelas en el Sur argumentando que «las dulces niñitas» blancas no debían sentarse en la escuela «junto a grandes machos negros» (lo dijo en un tiempo en que los linchamientos de afroamericanos estigmatizados como violadores de chicas blancas eran aún habituales). Sin embargo, para la mayoría de los estadounidenses, los de Eisenhower fueron los años del optimismo, durante los que Reagan cultivó su sonrisa de anuncio publicitario. El actor de películas de serie B reconvertido en presidente quiso evocar ese espíritu. Igual que John Travolta y Olivia Newton-John se embutieron en cuero negro para resucitar el espíritu *rockabilly* de James Dean. La nostalgia de los años cincuenta durante los ochenta fue un fenómeno parecido a la añoranza de los ochenta durante la segunda década del nuevo siglo. *Grease* vino a ser algo así como el *Stranger Things* de aquellos tiempos.

Para nostalgia, la que insuflaba Reagan a su parroquia. Durante la campaña de 1980 rescató la conocida metáfora del puritano Winthrop sobre «una ciudad radiante sobre la colina». Se refería al ejemplo que Estados Unidos debía dar ante el mundo, porque «una ciudad sobre una colina no se puede esconder» (Mateo 5, 14). «Quienes visitan la ciudad sobre el Potomac no llegan como blancos o negros, rojos o amarillos —predicaba san Reagan—, no son judíos o cristianos, conservadores o liberales, demócratas o republicanos: son estadounidenses deslumbrados por lo que ha pasado, por lo que les espera… ¡una ciudad radiante sobre una colina!» En realidad, el colono puritano John Winthrop se refería a algo muy diferente: un edén fundamentalista poblado por ángeles celestiales que importaron al Nuevo Mundo ancestrales tradiciones europeas como la de quemar brujas en la hoguera. Las llamas radiantes sobre la colina. Una tradición yanqui menos vendible que entronca con las brujas de Salem, Arthur Miller, el macartismo, Eisenhower y el punk. Diferentes interpretaciones del Evangelio según san Reagan.

Donald Trump: «Creo que Ronald Reagan fue uno de los presidentes más grandes y punto». Décadas después de su presidencia, admira su porte y su capacidad de tomar decisiones en momentos complicados. Por ejemplo, cuando heredó la crisis de los rehenes estadounidenses en Irán, ante la que el «patético» Jimmy Carter no hizo nada, según Trump. «Todavía seguirían secuestrados si *un Carter* fuera presidente.» Utiliza a Reagan como arma para golpear a «los Carter» demócratas; entre otros, el exvicepresidente Biden, aspirante a la Casa Blanca en 2020, a quien se harta de llamar «el soporífero Joe». Lo hace para presentarse a sí mismo como la reencarnación de san Reagan. Esa admiración por el icono de los ochenta es, en parte, postureo ante la parroquia republicana. En la biblia trumpista *The Art of the Deal* , el magnate destinado a ser presidente se preguntaba con cinismo en 1987 si realmente había algo «detrás de esa sonrisa». Ese mismo año, en un anuncio publicado en el *New York Times* y el *Washington Post* , Trump criticó la política exterior de Reagan, basada en la confrontación con la Unión Soviética. El anuncio, por el que pagó 90.000 dólares, coincide con su primer viaje a Moscú en un viaje organizado por la diplomacia soviética y el KGB. Durante esa visita a la URSS, el constructor con aspiraciones políticas —acompañado de su primera esposa Ivana— se entrevistó con el mismísimo secretario general Gorbachov.

Pero al margen de sus diferencias en política exterior, Trump ascendió al poder llevando a la práctica la doctrina reaganiana en casa. Si Nixon estrenó la «estrategia sureña» durante la resaca de los derechos civiles para atraer votos racistas guardando las formas ante las audiencias moderadas, Reagan la perfeccionó hasta el límite. Popularizó el estereotipo racista y sexista de «la reina de las ayudas sociales», que evoca a mujeres generalmente de minorías étnicas que «viven en bloques de apartamentos con piscina o se alimentan de chuletones gracias al dinero del contribuyente». Algo parecido al relato xenófobo sobre los inmigrantes que «viven de las ayudas sin trabajar» en la España del siglo XXI . «En Chicago han pillado a una mujer que tiene la plusmarca mundial: ha utilizado ochenta nombres, treinta direcciones y quince números de teléfono diferentes para recibir cupones de comida, seguridad social y beneficios para veteranos a nombre de cuatro maridos fallecidos que no existen», dejó caer una vez Reagan en un mitin de campaña, enfureciendo a la audiencia mayoritariamente blanca.

Después vino la famosa «guerra contra las drogas». Otro dogma de fe reaganiano que siguieron practicando con fervor George Bush padre e hijo y Bill Clinton. En muchos aspectos Reagan dio forma a un nuevo régimen estadounidense que ningún presidente, ni siquiera Obama, se ha atrevido a derribar. La epidemia de *crack* , una droga compuesta de clorhidrato de cocaína y bicarbonato que se fuma en pequeños tubos de cristal, se extendía sin remedio en los barrios pobres de las grandes ciudades. «La coca que nos dio Ronald y de la que Nancy intentó salvarnos», recita el rapero Pusha T, quien defiende la creencia popular de que fue el propio Gobierno quien introdujo el *crack* en los barrios pobres. Porque el *crack* era la droga barata de los negros mientras el polvo de cocaína se relacionaba con los blancos de mayor poder adquisitivo. La persecución de los consumidores de *crack* fue desproporcionada en comparación con la relativa impunidad de la que gozaba la cocaína colombiana, por ejemplo, en los edificios de oficinas de Wall Street. La «guerra» anunciada por Reagan en 1982 tenía como objetivo los guetos y las barriadas deprimidas del país, no las oficinas donde anidan los ejecutivos de altos vuelos.

En el sur del Bronx, mientras, surgía un movimiento que tomaría rápidamente el testigo a las bandas de rock radical en la vanguardia de la protesta. El rap estaba destinado a ser el nuevo lenguaje revolucionario de los oprimidos. «El hip hop es el nuevo punk rock —sostendrá todavía décadas después el músico Jack White—, porque son los raperos quienes transitan por el lado más peligroso de la música.» En sus inicios eran jóvenes afroamericanos y puertorriqueños que compartían la visión del punk —no hay futuro en el gueto— y su aversión a san Reagan. Llevaban imitaciones de rólex dorados comprados en China Town y ropa de diseño igualmente falsa. Las zapatillas de baloncesto Air Jordan se reproducían como *gremlins* en una piscina. En paralelo, la «guerra» unilateral contra las drogas se cobraba cada vez más víctimas.

«Es mucho más efectivo quitar de en medio a todos los *clientes* que intentar alejar la droga de quienes quieren convertirse en *clientes* », rezaba la doctrina reaganiana. Una doctrina que se sigue aplicando aún hoy en Estados Unidos. En medio de aquella ofensiva a gran escala contra los consumidores de drogas ilegales, la posesión de marihuana también se convirtió en uno de los delitos más perseguidos, castigado con penas de prisión. «La policía puede ir a Harlem y llevarse a un chico con un porro, pero no puede entrar en los apartamentos de lujo donde los brókeres de

bolsa esnifan cocaína», denunció Noam Chomsky. Consecuentemente, las cárceles comenzaron a llenarse de afroamericanos y latinos en proporciones espectaculares. Aunque el porcentaje de consumo de cannabis entre negros y blancos es similar, las probabilidades de ser detenido por posesión si eres de piel oscura se multiplican por cuatro, según la organización de derechos civiles ACLU.

Los efectos de aquellas políticas antidroga ideadas por la supremacía blanca fueron devastadores para las comunidades negras y latinas: una generación de afroamericanos creció sin la presencia de sus padres encarcelados. Las familias negras desestructuradas y el bucle de miseria y represión fueron el precio de unas políticas que hicieron florecer toda una industria de prisiones privadas que absorbían el excedente de población carcelaria. Estados Unidos sigue siendo, aún hoy, el país del mundo con más población entre rejas: más de dos millones de personas. Muy por delante de China, donde se calcula que hay 1,6 millones de presos.

El recuerdo es borroso, casi onírico. En aquella época solía jugar con mi consola Commodore a videojuegos como *Split Personalities* , en el que tenías que completar puzles con la cara de un Reagan eternamente sonriente, el archipiélago de manchas granates sobre la calva de Gorbachov o el «peinado de hierro» de Thatcher antes de que explotara la bomba. Una bomba esférica de mecha encendida, no la atómica (la que realmente me aterrorizaba). Me obsesionaba la guerra espacial entre estadounidenses y soviéticos que el telediario anunciaba cada día. Aquellas infografías animadas de cohetes que estallaban sobre la atmósfera terrestre. Es como si las estuviera viendo ahora mismo. El recuerdo, borroso, casi onírico, se mezcla con todos esos estímulos. Sin embargo, estoy seguro de haberlos visto en el bar Beriain-azpi de Arbizu. Yo era un chaval y, como muchos otros niños y adolescentes de diferentes edades y tamaños, acudí en bicicleta a la puerta de aquel hostal de carretera. Se había corrido la voz de que andaban por allí porque esa noche actuaban en la sala de conciertos Ilargi, en el pueblo de al lado. Cuando conseguí hacerme un hueco entre los mayores, los vi brevemente. Ahí estaban, sentados en torno a una mesa, con sus cabelleras negras entre las que intuía gafas de sol redondas, vaqueros rotos y zapatillas de lona. Johnny, Joey y Marky cenaban mientras el

nutrido grupo de chavales apelotonados en la puerta los observábamos con curiosidad. Desde entonces, los Ramones me han acompañado durante toda mi vida, desapareciendo y resurgiendo en diferentes momentos.

«Yo los vi una vez en el CBGB», me ha contado en más de una ocasión Bruno, el portero trumpista de mi edificio. Se arranca con la anécdota cada vez que me ve esperar al ascensor vestido con la camiseta del instituto Forest Hills de Queens, donde hizo sus primeros pinitos la banda. «No me gustaba el punk, yo era más de Bruce Springsteen, pero me impresionaron», me ha vuelto a contar. Y se repite con la misma cantinela: que si en aquellos años no se podía descender a las cloacas del metro de Nueva York porque te podían dar un navajazo, que todo cambió cuando por fin llegó Rudy Giuliani y puso orden, que si Bill de Blasio y su panda de izquierdistas están permitiendo que vuelvan la miseria y el crimen… Luego se abren las puertas del ascensor y Bruno vuelve a la lectura de su tabloide favorito, el *Post* .

Muchos años después de la aparición mística de Arbizu, una noche en el Hotel Chelsea, conocí a Bárbara Ramone. Me la presentó mi buen amigo Mariano Rolando, poeta y periodista argentino de la agencia France Presse. Bárbara también es argentina, de Buenos Aires. Es la viuda de Dee Dee Ramone, el bajista de la banda. Se conocieron durante una gira por América del Sur. Ella tenía solo quince años; él, cuarenta y cuatro. Acabaron huyendo a Nueva York. Antes de mudarse a California, Dee Dee y Bárbara pasaron algún tiempo en el Chelsea. El edificio legendario donde se inspiraron Mark Twain o Dylan Thomas, el mismo en el que Clarke y Kubrick escribieron *2001: Una odisea del espacio* y en cuyo ascensor se liaron unos jovencísimos Leonard Cohen y Janis Joplin. En el baño de la habitación número cien, Nancy Spungen —pareja de Sid Vicious— apareció apuñalada en medio de un gran charco de sangre. El bajista de los Sex Pistols, amigo de correrías de Dee Dee Ramone, murió pocos meses después de una sobredosis de heroína. Dee Dee describe en su novela *Chelsea Horror Hotel* (2001) una visita del fantasma de Sid, quien le anuncia su propia muerte, también por sobredosis. La profecía se cumplió solo un año después.

Una vez pasé una tarde entera subiendo y bajando las escaleras del Chelsea, recorriendo pasillos y cruzándome con los espectros de Sid y Nancy, entre otros. Aún quedan unos pocos inquilinos supervivientes de los años gloriosos, seres agotados y mal envejecidos por culpa de los ácidos y

demás psicotrópicos. Son los mismos que demoran en los tribunales la reconversión de la finca en hotel de lujo para turistas ricos. La construcción victoriana de ladrillo rojo sigue en obras, envuelta en andamios y plásticos, a la espera de que los abogados de los inversores logren una victoria judicial. O de que, simplemente, el medio centenar de ejemplares de fauna en vías de extinción que deambulan por sus pasillos estiren la pata definitivamente.

La noche que conocí a Bárbara celebrábamos una fiesta en la planta baja del hotel. Sonaban canciones de los Ramones en bucle. «*One-two-three-four!* » La fiesta era en realidad un homenaje a Dee Dee, muerto doce años atrás. Entre otras cosas, se inauguraba una exposición que recogía fotografías y dibujos del bajista. «Si no estaba escribiendo, estaba tocando música o dibujaba… no podía parar ni un momento», me contó la joven *Evita* del punk mientras miraba con ternura una gran fotografía en blanco y negro en la que su marido desaparecido posaba con una guitarra eléctrica al cuello en un balcón de aquel mismo edificio. «Luego estaban sus demonios —continuó—, los demonios a los que acabó acompañando cuando se fue para siempre.» Sus ojos grises se perdieron entonces entre el tráfico de la calle 23, desenfocado detrás de Dee Dee y el cartel vertical cuyas letras de neón anuncian el Hotel Chelsea a los artistas perdidos en la ciudad, como un faro.

«Cuando llegué con él a Nueva York, en los noventa, la escena del rock and roll estaba muriendo, Manhattan empezaba a transformarse en una ciudad universitaria más», se lamentaba Bárbara. Los dibujos primitivos y coloristas de Dee Dee cubrían las paredes de la sala mientras los invitados bebían y reían. «Haría falta un apocalipsis zombi para que volvieran aquellos tiempos», me dijo con una sonrisa irónica Chris Stein, guitarrista de Blondie. Stein navegó entre el punk de los setenta y el hip hop de los ochenta sin rumbo fijo, acariciando todos los géneros en la travesía. Contribuyó a dar a luz al punk rock neoyorquino en 1974 junto a los Ramones. Transitó junto a Blondie por el New Wave, el funk, el reggae y hasta la música disco. Años más tarde participó en la primera película sobre el hip hop emergente y los grafitis que florecían sobre las paredes y los vagones del metro (*Wild Style* , 1983). «Un crisol de estilos musicales y movimientos sociales» es lo que era Nueva York en aquellos tiempos, igual que en tiempos del Café Society. Lo que siempre había sido. La Alejandría neerlandesa cimentada sobre una ciénaga de mercadeo y mestizaje.

En los lodos de esa misma ciénaga retozó Trump durante los ochenta. Cuando se aburría del jolgorio, se retiraba a lo más alto de su torre en la Quinta Avenida. Allá descansaba, contaba montañas de billetes y vigilaba la ciudad. El castillo de azabache y oro que lleva su nombre fue su refugio hasta que se vio obligado a ocupar la Casa Blanca. Él siempre ha preferido su torre negra, la atalaya construida a su medida sobre Central Park por inmigrantes polacos sin papeles que se deslomaron a destajo, a cuatro dólares la hora. Las puertas de su majestuoso atrio de mármol y ascensores dorados están abiertas al pueblo. Cualquiera puede ascender por sus escaleras mecánicas hasta el café de la balconada, comprar corbatas con el nombre de Trump en la tienda o degustar un «bistec de ternera Trump» en su restaurante. Pero las plantas superiores están vetadas al populacho, custodiadas bajo siete llaves. Es donde se encuentra su verdadero despacho oval, que acumula polvo durante su presidencia y donde se dejaba susurrar al oído por la única persona fuera de su círculo familiar en la que confió de verdad. «¿Dónde está mi Roy Cohn?», se preguntó Trump en un momento de desesperación, cuando no conseguía deshacerse de la investigación sobre su presunta confabulación con los rusos para ganar las elecciones de 2016.

El supervillano con vocación de inquisidor siempre había estado a su lado, hasta el día de su muerte en agosto de 1986. Cohn murió a causa del sida, la otra epidemia de los ochenta, aunque él ocultó su enfermedad hasta el final. En el drama *Angels in America* —éxito de taquilla estrenado unos años después en Broadway—, Roy Cohn recibe la visita del fantasma de Ethel Rosenberg en su lecho de muerte. Ethel regresa de la silla eléctrica para atormentarle en sus últimos instantes. «¡No me dais miedo ni tú, ni la muerte, ni el infierno, ni nadie!», delira el moribundo Cohn frente a la Ethel de ultratumba. «Nos vemos pronto, Roy —responde ella—; Julius te manda recuerdos.»

La década daba sus últimos coletazos y la Torre Trump vigilaba desde las alturas la «zona desmilitarizada» que se extendía entre la riqueza de las grandes corporaciones de Midtown y los «territorios rebeldes» de Harlem y Bronx. Central Park es un espacio diseñado en el siglo XIX para el recreo donde, a finales de los ochenta, no convenía adentrarse. Menos por la noche. Las hordas de chicos negros que deambulaban en busca de víctimas al azar —*wilding* , lo llamaban en argot callejero: salir a *salvajear* —protagonizaban uno de los relatos de terror que más pesadillas generaban en

la ciudad. No eran tiempos de paz. El índice de criminalidad de Nueva York parecía dispararse sin límite. Tocaría su techo histórico en 1990, con 2.262 asesinatos (en 2018 se cometieron 295, según el recuento oficial del ayuntamiento).

En ese contexto, una violación en Central Park habría sido una cifra más en las estadísticas, de no haber desatado la ira del guardián de la torre. Era abril de 1989 y Roy Cohn ya no podía aconsejar a Trump como lo había hecho con McCarthy durante la caza de brujas. Llevaba casi tres años bajo tierra. Sin embargo, estaría orgulloso de lo que hizo su discípulo. La historia se resume en que cinco chicos negros y latinos de Harlem fueron detenidos por violar presuntamente a una joven blanca cuando esta corría por el parque. Años después, cuando el caso hubo prescrito, un violador en serie que cumplía cadena perpetua confesó haber agredido a la chica, quien pasó varios días en estado de coma por los golpes recibidos durante el brutal ataque. «Los Cinco de Central Park», como los bautizó la prensa neoyorquina, eran inocentes. En 2014, cuando De Blasio fue elegido alcalde de la ciudad, recibieron indemnizaciones públicas por los años pasados en la cárcel. Pero no hay cantidad suficiente para indemnizarlos por el linchamiento público al que fueron sometidos durante años. Desde su atalaya sobre Central Park, Donald Trump fue el principal instigador de esa campaña con claros tintes racistas.

El futuro presidente de Estados Unidos, consumido por la rabia y el odio, sugirió que los cinco chicos de entre catorce y dieciséis años debían enfrentarse a la pena de muerte. Lo hizo como lo solía hacer en la era pre-Twitter, con un anuncio en la prensa a página completa: «¡QUE VUELVA LA PENA DE MUERTE, QUE VUELVA LA POLICÍA!», clamaba el título de su carta. Pagó por su publicación 85.000 dólares, una cantidad similar a lo que le costó el anuncio contra la política exterior de Reagan o los que publicaría años más tarde con el objetivo de difamar a pueblos indígenas como los mohawk —contra los que su compañía competía por las licencias para construir casinos—, con el argumento de que «los indios» vendrían acompañados de «más crimen, familias rotas, bancarrotas y, en el caso de los mohawk, violencia».

El periodista Larry King entrevistó a Trump días después de la aparición del anuncio a favor de la pena de muerte tras la detención de los cinco adolescentes negros y latinos. «Claro que odio a esta gente, creo que

todos deberíamos odiarlos, porque quizá el odio sea lo que necesitamos si queremos que se haga algo al respecto», defendió Trump bajo los focos del plató de la CNN.

El odio es el camino.

En plena carrera hacia la Casa Blanca, el candidato Trump siguió defendiendo públicamente la culpabilidad de los Cinco de Central Park, a pesar de haber sido ya exonerados e indemnizados. Cumplidos treinta años de aquellos acontecimientos, en 2019, el presidente Trump aún se niega a disculparse por aquella campaña. En el fondo, su opinión sobre la pena de muerte y las minorías sigue anclada en los años de la cruzada contra las drogas emprendida por san Reagan. Es lo que tiene en mente cuando habla sobre los migrantes que cruzan la frontera sur de Estados Unidos: «Cuando México nos manda a su gente, no nos manda a los mejores. Nos manda a gente con muchos problemas y ellos nos traen esos problemas. Nos traen drogas, nos traen crimen. Son violadores. Y algunos, supongo, son buena gente».

«*Fight the Power!* »

Public Enemy aportó un par de kilotones a la traca final de los explosivos ochenta. Poco antes de los acontecimientos de Central Park y la campaña de odio de Trump, el director de cine Spike Lee acudió a los raperos de Long Island. Quería un himno para su película *Do the Right Thing* (1989). El resultado trascendió fronteras entre décadas y estilos musicales. Su actitud punk sobre ritmos hip hop sigue inspirando la música comprometida aún en el siglo XXI . El rap sigue estando a la vanguardia de la libertad de expresión, como las letras de los *folkies* en tiempos de la inquisición.

> Elvis es un héroe para la mayoría,
> pero nunca significó una mierda para mí.
> Era un racista estúpido,
> simple y llanamente.
> ¡Que les jodan, a él y a John Wayne!

Que Elvis Presley sea culpable de la apropiación cultural de la música negra es discutible, igual que es cuestionable que la patente del rock and roll pertenezca en exclusiva a Chuck Berry. Sin embargo, Public Enemy pone el dedo en la llaga. Los símbolos culturales dominantes —Elvis, John Wayne— sirven al poder establecido y alienan a las minorías. Es la historia

de la música afroamericana. Antes del rock fue el jazz, una expresión cultural radical interpretada sobre todo por negros y vista a principios del siglo XX como «pecaminosa» por la mayoría blanca. Con los años, el jazz pasó a ser patrimonio de la mayoría que antes lo denostaba. Cuando lo contracultural vende, el capitalismo hace el resto. La industria discográfica acabó abrazando el hip hop, la música antes denunciable de las bandas criminales que glorificaban la violencia. Como el jazz y el rock, el rap es ya parte de la cultura pop. Una vez más, los sonidos de los negros son «los ladrillos y el mortero» de Estados Unidos y, por extensión, de la cultura global.

«El rap es la CNN de la juventud negra americana», declaró el líder de Public Enemy Chuck D cuando la imparable *Fight the Power* consiguió la consideración pública de himno contra el poder de la supremacía blanca. Una década más tarde, en el ocaso del milenio, añadió con una mezcla de sarcasmo y tristeza: «El rap se ha convertido en la CNN de la juventud mundial».

22

Kait y Brandy son dos amigas treintañeras que viven en dos ciudades diferentes. Por eso crearon un grupo de WhatsApp junto a Jen —la tercera de la pandilla—, para estar comunicadas a pesar de la distancia. En él intercambian mensajes día y noche. Comparten memes y vídeos, como todo el mundo. También hablan de política, algo que en estos tiempos que corren se reduce a indignarse por la última salida de tono de Trump. Y se van por las ramas cuando empiezan con el tema de la religión; las dos, cristianas protestantes blancas, se dedican profesionalmente a los estudios teológicos. Las confidencias sobre sus últimos trances amorosos ocupan también gran parte de esas conversaciones. Pero, sobre todo, hacen planes. Planes para reunirse, para verse las caras en torno a unas cervezas, porque hace mucho tiempo que no han quedado. Tanto tiempo como el que llevan haciendo planes por WhatsApp.

Brandy vive en Charlottesville. Imparte clases sobre «religión y sus públicos» en la Universidad de Virginia. En realidad, es una eminencia en el mundo de la teología feminista. Kait sigue los pasos de su amiga. Estudió filosofía y ciencias políticas en la universidad con intención de dedicarse a la política. Pero, como paso previo a la actividad pública, decidió adentrarse en la teología. «Pensé que me vendría bien tener conocimientos teológicos para elaborar un pensamiento crítico sobre cuestiones como el poder, la resistencia y la lucha», me cuenta Kait desde Princeton, Nueva Jersey, donde trabaja como investigadora del Seminario Teológico presbiteriano.

Teología política, social, feminista, *queer* y no sé cuántas cosas más. Una disciplina, como la ingeniería naval o la física nuclear, que se me escapa por completo. Para alguien que ha sido educado en un entorno influido por el catolicismo, provoca cuando menos cierto recelo relacionar ideas feministas o *queer* con el pensamiento cristiano. Cada vez que viajo por Nueva Inglaterra —cuna del protestantismo «público» en contraposición a la «salvación privada» del Sur— no puedo evitar fotografiar, como algo exótico, fachadas de iglesias en las que ondea la bandera arcoíris. Pero, más allá de exotismos, no se puede entender Estados Unidos sin la influencia de la religión en sus comunidades. No solo entre

los fundamentalistas que justifican la supremacía blanca o la pena de muerte mientras recitan versículos de la Biblia. También entre los históricos líderes de los derechos civiles, como Fannie Lou Hamer o el propio reverendo Martin Luther King, que hicieron brotar la lucha por la libertad de las iglesias baptistas negras. En la progresista Nueva York más de una vez me han preguntado qué iglesia frecuento, como quien te pregunta por tu equipo de béisbol favorito.

Días antes de la gran movilización supremacista de Charlottesville, Brandy escribió en el grupo de WhatsApp sobre una iniciativa que iba tomando forma. Varios líderes religiosos llamaban a una contramanifestación no violenta ante la convocatoria del movimiento Alt-Right. Contaría con la presencia de clérigos cristianos, musulmanes, judíos y de otras religiones. La idea era frenar a los nacionalistas blancos rescatando los métodos de MLK y la lucha por los derechos civiles: no violencia y resistencia pacífica. Entre los convocantes figuraba Cornel West, el filósofo marxista-baptista azote de Obama y Clinton, toda una estrella en los círculos radicales de la *intelligentsia* negra, especialmente desde su aparición en las películas de *Matrix* interpretándose a sí mismo.

La presencia de West animó a Kait, pero lo que le apetecía sobre todo era ver a su amiga Brandy. Pasaría con ella el fin de semana en Charlottesville. Se quedaría a dormir en su casa y acudirían juntas a las protestas. Por fin iban a hacer realidad ese plan sobre el que tanto habían wasapeado. Kait sabía que enfrentarse a cientos de neonazis no sería un paseo por el parque, pero tampoco imaginaba que fuera a ser tan siniestro como al final resultó ser. Logró vencer al cansancio de una semana cargada de trabajo y contratiempos y se puso al volante de su coche. En unas pocas horas de carretera llegó a Charlottesville. Era medianoche. La noche de las antorchas *tiki* y de los gritos de «no nos reemplazarán». Kait llegó derrotada por el viaje a casa de Brandy, sin saber que su amiga había terminado el día encerrada en una iglesia rodeada de neonazis con antorchas. Tampoco es cuestión de asustarla antes de tiempo, debió de pensar Brandy. Lo único que le contó antes de ir a dormir es que habían quedado a las seis de la mañana con el resto de los contramanifestantes en una iglesia del centro. «No estaba nada contenta con el madrugón que me esperaba, dado mi estado de extenuación; pero iba a intervenir Cornel West, así que sabía que merecería

la pena», escribió después en su blog personal, un relato que más tarde reprodujo la publicación anarquista *It's Going Down* bajo el título «Antifa salvó sus vidas».

> Nos hemos despertado temprano para llegar a tiempo a la iglesia baptista de West Main Street, donde cientos de personas se han congregado para celebrar una ceremonia interreligiosa. La iglesia calienta motores. Cantamos espirituales afroamericanos de la era de los derechos civiles. Es emocionante. En este momento aún no puedo imaginar lo que nos depara el día. No tengo ni idea de lo que nos viene encima. En realidad, no espero mucho más que una protesta pacífica y unos cuantos fascistas en la manifestación. Después de todo, es la primera vez que vengo a Charlottesville. ¿Qué puede ir mal?
>
> Una vez concluido el servicio interreligioso, los líderes convocan a los clérigos dispuestos a ponerse en primera línea de la contramanifestación. Solo acudimos unas cuarenta o cincuenta personas. Es descorazonador ver cuánta gente ha abandonado la iglesia cuando los organizadores esperaban que fuéramos en masa a protestar contra la marcha supremacista. Uno de los líderes, el reverendo Sekou Osagyefo, toma la palabra ante quienes hemos decidido acompañarle hasta el parque de la Emancipación. Cuando logramos echar a todos los periodistas y funcionarios, sin más testigos, Sekou nos advierte con crudeza de lo que nos puede pasar. Nos dice que si no estamos preparados para morir hoy mismo, no debemos participar en la protesta. Nos dice que si no estamos preparados para recibir una paliza, debemos dar un paso atrás. En ese momento miro con una mezcla de sorpresa y pánico a mi amiga Brandy. ¿De qué habla Sekou? Brandy me asegura que no moriremos hoy, que no resultaremos heridas. Me explica que el reverendo nos prepara para lo peor, pero que no habrá ni muertos ni heridos. Pero Sekou no deja de repetir esas advertencias y de repente me doy cuenta de que estoy a punto de entrar en una auténtica zona de guerra.
>
> No estoy preparada para todo esto de ninguna manera —ni espiritualmente, ni emocionalmente, ni mentalmente— y tampoco he recibido el entrenamiento en estrategia no violenta por el que ha pasado Brandy. Llegados a este punto decido que me mantendré detrás, lo más lejos posible de la primera fila, para protegerme. Cuando por fin formamos una hilera para recorrer a pie el camino entre la iglesia y el parque de la Emancipación, me pongo a la cola, junto a los abogados voluntarios de las organizaciones sin ánimo de lucro que nos apoyan. Imagino que si me mantengo cerca de los abogados estaré segura (probablemente no sea la lógica más plausible). Cuando nos ponemos a caminar me doy cuenta de que nos rodea un silencio extraño, atronador. Es como si estuviéramos en medio de una ciudad fantasma. No se ve ni un alma en las calles.
>
> Justo antes de llegar al parque hay que subir una pequeña pendiente. Es en ese momento cuando los veo por primera vez. Una docena de hombres en lo alto del repecho con sus rifles AK-47 en mano. El terror me invade el cuerpo. Rápidamente, entrelazo mis brazos con los de otros religiosos por miedo a quedarme fuera del grupo. Llegamos al límite del parque de la Emancipación y nos alineamos en uno de sus lados, formando una cadena humana. Creo que el objetivo original era congregar al suficiente número de religiosos como para rodear completamente el parque rectangular, pero entre todos los que estamos aquí apenas podemos cubrir un flanco.
>
> Son las nueve de la mañana. La primera canción que cantamos es *This Little Light of Mine* («Esta pequeña luz mía», un espiritual negro infantil). Nunca antes la letra de esta canción me había parecido tan frágil y casi tonta. Seguimos cantándola mientras los miembros de las milicias armadas y unos cuantos neonazis empiezan a pasar junto a nosotros. Conforme pasan los minutos, más y más neonazis entran en el parque por nuestro lado. La cadena de religiosos sigue entonando canciones de libertad, rezando, arrodillándose y poniéndose de pie. Somos

testigos del odio y la violencia que traen los neonazis a este lugar. En un momento dado, cuando nos arrodillamos en el suelo para rezar, un paramilitar se me pone justo delante con su AK-47 en las manos. Me agobia tener un arma de fuego tan cerca de mi cara mientras me postro sobre el cemento, indefensa y atemorizada. Nunca antes me había sentido tan vulnerable. Me pregunto una y otra vez, ¿es esto para lo que me ha llamado Jesús? Toda la teología de resistencia que he estudiado se convierte en algo real durante esos momentos junto al parque de la Emancipación. Resistimos ante el poder de la oscuridad que por momentos engulle este lugar.

Los neonazis siguen llegando. Pasan junto a la fila de religiosos y nos atacan verbalmente. Esto durará varias horas. Un hombre nos grita que Jesús nos odia. Otro exclama que nosotras odiamos la raza blanca y que contribuimos al «genocidio blanco». Otro hombre viene decidido hacia nosotras para preguntarnos si hemos leído los versículos 5 y 6 de la Epístola a los Efesios, donde queda claro que la Biblia no permite a las mujeres ser sacerdotes. Remata la cita sentenciando que las mujeres debemos estar sometidas a los hombres. Otro hombre se ha pasado un buen rato provocándonos y preguntándonos cosas como en qué seminario hemos estudiado y haciéndonos un examen sobre teología para probar si somos realmente religiosas. No recuerdo todo lo que me han dicho. Una cosa son los troles en internet. Todos sabemos que no hay que alimentar a un trol en internet. Pero es diferente enfrentarte cara a cara a ellos mientras te gritan verdades viles que contradicen todo lo que crees. La gracia de Dios me permite aguantar en silencio todo el abuso verbal.

Un hombre vestido con una camiseta que muestra la cara de Adolf Hitler sobre una gran esvástica se acerca a nosotras. Se le ve ansioso, obstinado en demostrar que él adora al mismo Jesús que nosotras. En ese momento me doy cuenta de cómo la oscuridad puede llevar a alguien a lo más profundo de la falsedad. Querría mirar a ese hombre a los ojos y decirle que su Jesús no es el mismo que murió en la cruz por aquellos a los que él desprecia. Pero no me sale ni una palabra. Me quedo sin respiración cuando comienza a corear junto a todos los demás nazis «las vidas de los negros no importan» y «que os jodan, maricones». Una y otra vez. No dejan de llegar más y más nazis en un goteo continuo. Cada vez son más a nuestro alrededor. Aparecen sobre la acera, delante de mis ojos, con sus armas, sus escudos, sus palos, sus cascos y su odio entusiasta. Son tantos y nosotros tan pocos. Su aspecto no es el que yo esperaba encontrarme. Son chicos jóvenes que se parecen sorprendentemente a mi sobrino, a mi primo, a mi vecino, a cualquier muchacho blanco de los que me cruzo a diario. Estos no son los nazis con capirote de la generación de mis padres. No. Esto es algo mucho más encubierto. Más peligroso.

Para entonces, la marcha supremacista ha tomado ya el centro de Charlottesville. Los líderes ultraderechistas llegan rodeados de simpatizantes neonazis a los alrededores de la estatua ecuestre del general Robert Lee. Entre ellos se distingue claramente a David Duke y a Richard Spencer. Duke, exlíder del Ku Klux Klan, representa a esos viejos «nazis con capirote» de los que habla Kait en su blog; Spencer, en cambio, es el rostro de los racistas de nuevo cuño de la Alt-Right. Ambos celebraron la victoria de Donald Trump como un triunfo del nacionalismo blanco; Spencer la festejó al grito de «¡*Heil* Trump!», entre brazos alzados *alla romana* , durante aquella convención nazi en el centro Ronald Reagan de

Washington. Ahora piden cuentas al presidente. «Es el momento de ver cumplidas todas las promesas de Trump —dice el antiguo jefe del Klan—. Le votamos porque nos prometió que nos iba a devolver nuestro país.»

David Duke es conocido por haber sido el gran mago del KKK, de largas patillas y bigote, en los años setenta y los ochenta. Pero aún hoy sigue siendo el referente de supremacistas de todo tipo. «El racista y antisemita más conocido de Estados Unidos», según la Liga Antidifamación. Ha defendido su ideología racista desde el Partido Nazi Americano, el Partido Demócrata y el Partido Republicano, en el que milita actualmente. Es el ideólogo de la teoría de la conspiración según la cual los judíos planean un «genocidio blanco» desde el poder político y los medios de comunicación. Vestido con gorra de camuflaje y polo azul marino, camina junto a los jóvenes de la Alt-Right, sonriente. A su lado, Richard Spencer saluda a diestro y siniestro berreando la traducción al inglés de *Sieg Heil!* (¡Salve la victoria!). Ambos se acercan a la estatua del general Lee, desde donde tienen previsto pronunciar sus discursos.

Pero no habrá ningún discurso.

> Aparecen los antifascistas (o antifa) con banderas y pancartas que denuncian la supremacía blanca. Es un grupo reducido comparado con los cientos de neonazis que nos rodean, pero para nosotras llegan como un soplo de aire fresco. Agradezco escuchar mensajes que reivindican las vidas de los negros, los derechos del colectivo LGTBQ+ o los que aseguran que el odio no vencerá. Nos ofrecen agua y comida a los religiosos que seguimos formando una cadena humana. Alguien ha puesto su mano en mi hombro y me ha regalado una sonrisa. Por fin puedo respirar. Me siento menos sola en la batalla contra las tinieblas.
>
> Pocos minutos después, la cadena se rompe cuando algunos religiosos, entre ellos mi amiga Brandy, deciden entrar en el parque para bloquear la llegada de los neonazis al monumento de Robert Lee. El objetivo es impedir que lleven a cabo su mitin. Los clérigos saben lo indefensos que están ante los nazis, porque cada uno de ellos se ha comprometido con la no violencia. Algunos no quieren unirse al grupo que pretende bloquear el acceso al monumento, pero es igualmente peligroso quedarse en la calle. La violencia va extendiéndose por los alrededores. Los religiosos que deciden abandonar corren hacia una cafetería que se encuentra a varias manzanas del parque. Esa cafetería se convertirá más tarde en nuestro refugio.
>
> Yo soy una de las que han salido corriendo. Pero de pronto freno en seco. No puedo dejar a mi amiga Brandy sola. El grupo de clérigos a la fuga se detiene por un momento. Con premura me dicen que me puedo quedar o marcharme con ellos, pero que se tienen que ir ya, que tome una decisión rápido. Yo no sé qué hacer. En el fondo deseo ir con ellos, buscar un lugar seguro, pero no puedo dejar a mi amiga sin saber si se encuentra a salvo. En ese momento decido volver.
>
> Desde una esquina que da al parque puedo ver a mi amiga entrelazar los brazos con otros religiosos. Entonces presencio desde la distancia cómo decenas de neonazis cargan contra ellos. El miedo se apodera de mí mientras soy testigo de cómo mi amiga es engullida por una nube de violentos. Si los antifa no llegan a aparecer para separar a los neonazis de los religiosos, mis amigos habrían resultado gravemente heridos o quizá habrían muerto. Antifa ha salvado sus vidas.

Me quedo en la esquina, intentando esquivar las botellas llenas de heces que lanzan los neonazis. Intento no respirar las nubes de gases lacrimógenos y espráis de pimienta que vienen en oleadas. En medio del tumulto, la cadena de religiosos se deshace definitivamente y por fin me puedo reunir con Brandy. Sin saber muy bien qué hacer en aquella situación, decidimos quedarnos en los alrededores del parque. Los grupos de neonazis siguen llegando sin parar. Son muchos más que nosotros, pero veo a los jóvenes antifascistas arriesgar sus vidas y enfrentarse a ellos. A algunos de esos jóvenes los sacan cubiertos de sangre. Otros gritan en medio de la calle mientras sus ojos arden por efecto del espray de pimienta. Es la escena más horrible que he presenciado en mi vida. A causa de los gases empiezo a toser tan fuerte que en un momento dado me doy cuenta de que me he meado encima. No puedo parar de toser. Es terrorífico.

En medio de la violencia y el caos, la policía no mueve un dedo. No doy crédito a su indiferencia ante la confusión que me rodea. Miro a los agentes posicionados en los alrededores para encontrarme a ratos con risas despreocupadas. No me sorprende, pero me decepciona su pasividad.

Vuelvo la mirada hacia la masa de gente que se pelea y puedo distinguir el sonido de los puños golpeando la carne. Me pregunto si todo esto es el castigo de Dios sobre América por su pecado original. Esta nación fue fundada sobre el secuestro, violación y esclavitud de cuerpos africanos y caribeños para nuestro beneficio. Si bien la concentración de odio puro que se vierte sobre el parque de la Emancipación pudiera parecer algo nuevo para estos tiempos, las semillas y las raíces de ese odio son tan antiguas como los propios Estados Unidos. Este país nunca se ha enfrentado desde el arrepentimiento a la violencia continua y devastadora contra negros y marrones. Desde el sistema esclavista hasta los linchamientos, pasando por la segregación y el encarcelamiento masivo, seguimos oprimiendo, esclavizando y exterminando todo lo que no encaja en el tóxico molde de la supremacía blanca.

A las once y veintiocho minutos de la mañana, el gobernador Terry McAuliffe recibe una llamada urgente de los mandos de la policía estatal de Virginia desplegada en Charlottesville. Para entonces la batalla campal parece incontrolable, y los jefes policiales confiesan al gobernador que la situación se les ha ido definitivamente de las manos. Unos minutos más tarde, el demócrata McAuliffe declara el estado de emergencia y ordena a los militares de la Guardia Nacional que intervengan porque «está claro que no se puede salvaguardar la seguridad pública sin recursos adicionales, y porque la mayoría de los manifestantes han venido de fuera de Virginia para poner en peligro a nuestros ciudadanos y nuestras propiedades».

Los militares de la Guardia Nacional aparecen con una tanqueta de agua y ordenan a todo el mundo por megafonía que abandonen la zona si no quieren ser arrestados. Brandy y yo nos dirigimos a nuestro refugio en la cafetería que he mencionado antes. Aprovechamos para descansar un rato mientras los amables dueños del café nos ofrecen comida y cerveza gratis. Entonces, mi amigo Gregory me escribe un mensaje a través de Facebook para decirme que los contramanifestantes se están volviendo a organizar y se dirigen hacia Water Street. Se rumorea que los neonazis marchan hacia una zona de viviendas públicas, y los representantes de esa comunidad han pedido a los antifascistas que acudan a detener su avance. Yo quiero salir, pero no sé dónde queda Water Street en relación con el lugar donde estamos. Así que decido esperar.

Para entonces, Richard Spencer y David Duke han huido a la carrera. El líder de la Alt-Right, empapado y con la cara enrojecida por el espray de pimienta, le abre la puerta del vehículo en marcha al antiguo mago del KKK. «¡David, date prisa! ¡Sube al coche!», le grita. El conductor acelera entre la gente y los cabecillas supremacistas dejan atrás el centro de Charlottesville. Cuando por fin pueden recobrar el aliento, comienzan los lamentos. Tenían permiso para manifestarse y llevar a cabo su mitin con normalidad —una sentencia judicial lo garantizaba—, pero el gobernador demócrata ha lanzado a los militares contra ellos, los ha puesto a los pies de los caballos.

—Nos han empujado con sus escudos de plexiglás mientras nos daban patadas y un policía militarizado me ha rociado la cara con un espray —denuncia Spencer—, han interrumpido una manifestación pacífica para sacarnos del parque y lanzarnos a la melé de los antifa.

—Así es —jadea Duke—, la policía en ningún momento nos ha protegido de los comunistas.

Unos minutos más tarde alguien entra en la cafetería para pedirnos que salgamos inmediatamente, que algo grave ha pasado. Corro junto a varias personas hacia Water Street, donde nos encontramos cuerpos esparcidos por toda la calle. Más tarde me contarán que un terrorista neonazi ha embestido a la multitud con su coche y que una contramanifestante llamada Heather Heyer ha muerto a causa del atropello. Aquello parece una zona de guerra. El caos y la confusión toman la calle mientras nosotras nos preguntamos, impotentes, cómo ha podido ocurrir algo así.

Cuando todo ha pasado, Brandy y yo dejamos el centro de Charlottesville y vamos a su casa a dormir. Es difícil saber cómo recuperarse del horror que hemos presenciado hoy. ¿Te das a la bebida? ¿Intentas dormir? ¿Hablas con otras personas que han estado allí? ¿Miras las noticias? ¿Rezas? ¿Cómo te enfrentas a tanta violencia? ¿Cómo intentas entender lo que ha pasado? ¿Adónde vas?

Mientras conduzco de vuelta a casa el día después de la batalla, una cantidad inmensa de preguntas flota en mi mente, sin obtener ninguna respuesta. Mi teología se ha enfrentado a un desafío profundo cuando he decidido participar en la cadena humana de religiosos. Me he dado cuenta de hasta qué punto soy parte de la violencia de la supremacía blanca a pesar de que me he comprometido con la protesta no violenta y he denunciado a los neonazis. Me pregunto qué significa, como cristiana blanca, ser testigo del auge del movimiento Alt-Right. Me pregunto si este nuevo florecimiento del nazismo requiere en realidad una respuesta diferente a la que yo defiendo.

23

Niñas y niños separados de sus familias a la fuerza llorando desconsolados dentro de jaulas metálicas. La imagen acompañará para siempre a la presidencia de Trump. Colchonetas de plástico verde sobre el suelo recién fregado del centro de detención, iluminado por grandes focos halógenos. Algunos pequeños se refugian bajo mantas isotérmicas de aluminio, el único elemento que los protege de los vigilantes que los observan desde el otro lado de las alambradas. Los llantos son desgarradores.

Una decena de criaturas de entre cuatro y diez años capturadas anoche junto con sus padres y madres en la frontera de México lloran sin consuelo. La *migra* detuvo a todo el grupo, pero inmediatamente los menores fueron separados de sus familiares adultos. Así lo dicta la nueva política de «tolerancia cero» impuesta por el Gobierno de Trump. Los niños han sido trasladados a este centro provisional. El coro de aullidos llamando a «papi» o a «mamá» entre sollozos y pucheros se hace insoportable.

—Bueno, aquí tenemos una orquesta —bromea un policía—, ¡solo falta el maestro!

—Quiero ir con mi tía —implora Alison Valencia, una niña salvadoreña de solo seis años de edad. La grabación de audio, filtrada por activistas a la agencia de periodismo de investigación ProPublica, muestra el drama en toda su crudeza.

—Le voy a pasar con su consulado, ¿okey? —responde en castellano una funcionaria.

—Papá, papá… —llora a su lado otra niña, esta guatemalteca y aún más joven que la anterior. Es la única palabra que repite una y otra vez: papá.

—¿Va a llamar a mi tía para que ella me venga a recoger? —se seca las lágrimas Alison—. Me sé el número de memoria: treinta y cuatro, setenta y ocho…

La madre de Alison le hizo memorizar el teléfono de su tía antes de cruzar la frontera con los coyotes. Por lo que pudiera pasar. Todas ellas vienen de Armenia, una pequeña localidad a cuarenta kilómetros de la capital, San Salvador. Una zona bajo control de las maras Barrio 18 y MS-

13 donde es imposible vivir a salvo del crimen y la violencia. La madre de la niña siguió los pasos de su hermana, quien logró huir y llegar junto con su hija de nueve años a territorio estadounidense. Vive en Houston en situación irregular, pero intenta formalizar una petición de asilo para ella y para su hija. Animada por su hermana, Cindy —así se llama la madre de Alison— decidió emprender el viaje previo pago de siete mil dólares en efectivo a las mafias. La primera parte del viaje, a través de Guatemala y México, fue bien. Hasta que la policía fronteriza de Estados Unidos les dio caza cuando ya habían conseguido cruzar la línea, al otro lado del río Bravo.

Esa línea —la que separa Chihuahua de Texas, Sonora de Arizona o la que divide California en dos— fue una línea porosa y fácilmente franqueable durante casi un siglo. A las empresas de Estados Unidos siempre les ha convenido importar mano de obra migrante de México. Los flujos de personas eran de ida y vuelta. En la temporada de recogida de la fresa californiana, por ejemplo, cientos de jóvenes cruzaban la frontera por Nogales y volvían por el mismo lugar con los dólares en el bolsillo. «En etapas de bonanza económica se incentivaba la contratación de mexicanos y cuando la economía iba mal se los expulsaba y se les echaba la culpa de todos los males del país», me explica la activista Isabel García en la sede de la Coalición de Derechos Humanos de Tucson, Arizona. «Era lo normal.»

Hubo un tiempo en que Nogales era una ciudad dividida por la frontera en la que se podía pasar libremente de un lado a otro para hacer la compra o visitar a familiares y amigos. Pero todo cambió en 1994, cuando de un día para otro levantaron una valla metálica en medio de la plaza del pueblo. «Un gran muro de fierro —cuenta la veterana activista pro derechos humanos—, como si estuviéramos en guerra con el otro país.» Ese año, el demócrata Bill Clinton había firmado el tratado de libre comercio NAFTA con México y Canadá. El Gobierno temía que la libre circulación de mercancías trajera consigo un incremento de la inmigración ilegal. Entonces, Clinton tomó una decisión sin precedentes: sellar la frontera. Y en ese instante comenzó la tragedia: «Ahí vimos por primera vez cómo ese fenómeno migratorio natural comenzaba a tener un alto coste humano… la muerte entró en juego», dice Isabel.

Donald Trump pretende adjudicarse la propiedad intelectual del muro de separación con México, pero el verdadero ideólogo fue Bill Clinton. Su Operación Gatekeeper supuso en la práctica la militarización de la frontera, con más policía armada, sofisticados sistemas de videovigilancia y sensores subterráneos. Sellaron los puntos por los que tradicionalmente cruzaba la gente y crearon un gran embudo en Arizona, donde —a diferencia de Texas o Nuevo México— la mayoría de los terrenos fronterizos son de titularidad pública, parques naturales o reservas indígenas. Son desiertos inhóspitos y muy peligrosos que, desde entonces, se cobran cientos de vidas cada año. La frontera, tal como la ideó Clinton en los noventa, «es un crimen», según Isabel García: «Algún día Estados Unidos tendrá que responder por las muertes de miles y miles de seres humanos».

A pesar de todo, entre 1990 y el año 2000 la población hispana de Estados Unidos creció como nunca antes. Catorce millones más en una década. Ese crecimiento demográfico se frenó definitivamente con la Gran Recesión de 2008, pero los noventa fueron los años de la expansión latina en Estados Unidos. Los inmigrantes de origen mexicano o centroamericano llegaron a condados donde nunca antes se había oído hablar español, lejos de las grandes ciudades. Al Medio Oeste y al Sur profundo. La socióloga Nancy Foner, quien advirtió entonces de las consecuencias políticas que traería esa explosión demográfica, me lo explicó con nitidez en una entrevista en el Hunter College de Nueva York: «La inmigración es por lo general un fenómeno gradual, pero lo que ocurrió en las zonas rurales de mayoría blanca anglosajona a partir de los noventa fue repentino, inesperado para esos feudos conservadores».

En esa época, las grandes empresas de telecomunicaciones o los bancos empezaron a utilizar el español en su relación con los clientes. Era una cuestión de demanda. «Para inglés, pulse uno», dice desde entonces el contestador del servicio al cliente de Bank of America. «Muchos no pueden aguantar ese desprecio al inglés», me dijo una vez José Ángel Abad, corresponsal de Antena 3 en Nueva York. Sin embargo, en Estados Unidos no hay una lengua oficial, por mucho que algunos grupos de presión de Washington insistan en la necesidad de darle al inglés —la lengua franca— un estatus oficial.

En respuesta a esa percepción de «invasión» en el seno de las comunidades blancas anglosajonas, el sentimiento antiinmigración se fue cocinando a fuego lento durante los años de Clinton. A mediados de la

década de los años 2000, bajo la presidencia de George W. Bush, ese sentimiento cuajó por fin en fórmulas políticas. Arizona fue una especie de laboratorio avanzado del trumpismo. Los planteamientos abiertamente racistas e hispanófobos que defendían milicias ultranacionalistas como los Minutemen de Arizona o el *sheriff* del condado de Maricopa Joe Arpaio llegaron al Partido Republicano, cuyos cargos electos acabaron aprobando leyes que ponían en el punto de mira a los inmigrantes sin papeles. En 2010, con Obama en la Casa Blanca, la gobernadora republicana Jan Brewer firmó la polémica ley 1070, que obligaba —bajo penas de cárcel— a todos los extranjeros a llevar la documentación en todo momento e implícitamente animaba a la policía a identificar a los inmigrantes por su aspecto o color.

Cindy y su hija Alison han pasado más de un mes separadas, sin saber nada la una de la otra. La niña de seis años fue trasladada a un refugio de acogida temporal en Phoenix, Arizona, a casi dos mil kilómetros de donde estaba detenida su madre. Allá, la niña pudo al fin dormir en una cama —bajo la custodia del Departamento federal de Salud y Servicios Humanos—, pero sin comunicarse en ningún momento con Cindy, recluida en Texas. Las separaciones familiares de migrantes comenzaron al menos un año antes de la detención de la niña salvadoreña, en 2017, como una medida disuasoria para quienes planeaban cruzar la frontera con sus familias. El silencio imperaba y la medida se aplicaba con total impunidad. Nadie había escuchado antes llorar a ninguno de esos tres mil menores encerrados en jaulas. Hasta que ProPublica mostró al mundo la grabación en la que Alison rogaba a los funcionarios de inmigración que llamaran a su tía, desencadenando una reacción contra el Gobierno de Trump dentro y fuera del país.

Entonces ocurrió algo inesperado. El presidente se vio obligado a hacer un gesto público de compasión. La cruel realidad de niños enjaulados era demasiado difícil de digerir incluso para los estómagos más resistentes e incondicionales de las bases trumpistas, sin olvidar, además, que se acercaban las elecciones legislativas a mitad de mandato. Por otro lado, los tribunales estaban a punto de fallar contra la política de separación familiar. Así que Trump se adelantó y convocó a los medios en el despacho oval, donde firmó una orden ejecutiva que ponía fin a la separación de niños y progenitores. «Vamos a tener mucha gente feliz con esto», dijo mientras

estampaba su firma en el documento. El relato construido desde la Casa Blanca acabó echando la culpa al Gobierno anterior. «La política de separación de niños durante el Gobierno de Obama fue mucho peor que la nuestra», llegó a decir. Obama deportó a más de dos millones de migrantes —entre ellos, muchos menores no acompañados—, pero no hay constancia de que aplicara la política de separación de familias sistemáticamente, como sí hizo Trump. En cambio, el presidente republicano se presenta como quien tuvo «el corazón» de unir a las familias detenidas (cerca de 2.800 niños fueron reagrupados con sus progenitores por orden judicial, pero muchos otros siguieron alejados de sus familias). Otra narrativa de «hechos alternativos» producto de la factoría Trump. «No obstante, si no los separamos, mucha más gente va a venir, porque los traficantes de personas utilizan a los niños», escribirá en Twitter meses después, una vez pasadas las elecciones y la atención mediática.

Horas después de haberse reencontrado en la terminal del aeropuerto George Bush de Houston, Cindy y Alison ofrecen una rueda de prensa junto a su abogada. En la sala, decorada con globos y un gran cartel rosa en el que se puede leer «Bienvenida Alison», no caben más periodistas y cámaras de televisión. La niña no deja de sonreír, pegada a su madre, en libertad bajo fianza. De vez en cuando la mira de reojo, como para asegurarse de que sigue ahí. Luego se concentra en la muñeca de la Sirenita de Disney, cortesía del Gobierno federal durante sus días de cautiverio. Ante la insistencia de los reporteros, Alison responde que se siente «muy bien», porque había echado mucho de menos a su mamá. «Ahora la veo y ya no la extraño», dice. Y se le vuelve a iluminar la sonrisa.

Como la sonrisa de Alison, el sol ilumina El Paso al amanecer. Me desperezo frente a la ventana del hotel mientras la luz dorada empieza a bañar los cerros de Juárez. Cuando consigo afinar la vista, me impacta de lleno una inscripción colosal sobre la ladera de la montaña: «La Biblia es la verdad, léela». Al otro lado del río Bravo —llamado río Grande en Texas—, las casas parecen más prietas y las calles más polvorientas. Como las bandadas de zopilotes, la leyenda negra sobrevuela Ciudad Juárez vista desde El Paso. Ciudades hermanas, a años luz de distancia la una de la otra. Es lo que ocurre con las fronteras. Cuando miras hacia el otro lado, ves un abismo profundo. Otra dimensión en la que intuyes susurros, lamentos y risas de niños. En realidad, cuando miramos a través de una frontera nos

ciegan siglos de mitología, propaganda y literatura. Miramos hacia el sur y vemos sangre, cabezas cortadas y cuerpos ahorcados en el puente del Camino Real. Miramos hacia el norte y vemos oportunidades, riqueza y felicidad. Pero basta dar un paso para que caiga el telón a nuestros pies. Todo se desmorona cuando decidimos ir al otro lado. Como me explica David Dorado Romo, «quienes cruzamos la frontera todos los días no tenemos una alambrada de espino que nos divide el cerebro». Las fronteras, al fin y al cabo, son para lo que son. Para dividir cerebros.

La casa de David no está lejos de mi hotel. Solo hay que salir de la ciudad de El Paso y adentrarse durante unos pocos minutos entre terrenos rurales, hacia Nuevo México. La frontera está ahí durante todo el trayecto, a mano izquierda. Se puede ver desde la carretera y desde la misma casa de David. Necesita sentirla cerca, dice, como si fuera parte de su ser. «Me siento mucho más seguro aquí en la frontera que en el interior del país», dice resignado. Sus bisabuelos llegaron a Texas en 1910, cuando estalló la Revolución en México. Desde entonces, El Paso y Juárez han cambiado mucho, pero los mitos que envuelven la frontera siguen siendo los mismos. «Este lugar siempre ha sido fuente de historias terroríficas», explica. Historias de graves amenazas y enemigos que tratan de traspasar hacia Estados Unidos. Nazis, comunistas, yihadistas, narcos, violadores… *Bad hombres* . Todo lo peor viene del sur, como si esos males nunca antes se hubieran visto en el lado norte.

Cuando aparco frente a la casa, rodeada de todo tipo de cactus, David sale a recibirme acompañado de su esposa, su hija y la perra *Pinga* —aquí significa «traviesa», se apresura a aclararme—. Dorado Romo es historiador, autor de varios libros y doctor en Historia de la Frontera por la Universidad de Texas. Además, dedica tiempo a luchar para salvar Duranguito, el barrio más antiguo y con más historia de la ciudad. El ayuntamiento y las empresas, poco a poco, están derruyendo todos y cada uno de los edificios antiguos para construir, entre otros proyectos, un estadio deportivo. David pone toda su pasión cuando habla de Duranguito y los desmanes que cometen allí los poderosos hombres de negocios de El Paso. Una de las últimas habitantes que resisten en el barrio, Romelia, tiene noventa años y se llama a sí misma «la nieta de Pancho Villa», me cuenta. El héroe de la Revolución mexicana es uno de los personajes que pasó por Duranguito y sobre los que ha escrito David.

Sentados en el porche de su casa, hablamos largo y tendido de la frontera y de los fronterizos. De los mitos y la propaganda, del odio antimexicano, de las matanzas indiscriminadas de hispanos a manos de los *rangers* de Texas a principios del siglo XX , de los linchamientos y de la esterilización forzosa de decenas de miles de mujeres migrantes. Del miedo que los estadounidenses tienen a este lugar. «El Paso y Juárez siempre han sido el centro de ese terror, un terror que genera negocio y votos en Estados Unidos a la vez que propaga ignorancia y odio —se lamenta el historiador —. Yo soy fronterizo, soy de los dos lados, y el mundo no me da tanto miedo, el mundo es fascinante para mí», concluye.

Mayo de 2019. Mitin en pleno Cinturón de la Biblia de Florida. Trump saca a relucir su tema favorito: la inmigración ilegal. «He declarado la emergencia nacional porque esto es una invasión —dice con aspavientos y contorsionando los labios—. Vienen quince mil personas caminando hacia el norte y solo tenemos dos o tres guardias en la frontera.» Se refiere a las caravanas de centroamericanos que meses antes atravesaban México hacia Estados Unidos. «No nos está permitido dejar que los guardias utilicen sus armas contra ellas, como se hace en otros países», se lamenta.

—Entonces, decidme, ¿cómo detenemos a esta gente?

—¡Disparándoles! —responde un espontáneo entre la multitud.

Trump sonríe mientras menea la cabeza ante la ocurrencia. Se multiplican las risotadas entre el público. Todo el mundo sonríe a su alrededor. Una fiesta. Después de todo, el de disparar a los migrantes parece un pensamiento políticamente aceptable en ese contexto. Pero Trump debe pensar rápido qué decir ante semejante barbaridad, porque las cámaras retransmiten el mitin en directo para todo el país. Un televisor encendido parpadea en un restaurante de comida rápida en algún lugar de Estados Unidos con los títulos de la CNN sobre la imagen de Trump, vacilante. Conexión en directo, dicen los títulos. Debe pensar rápido.

Debe decir algo en cinco segundos: cuatro, tres, dos, uno…

—Solo en el oeste de Florida puedes decir eso y quedarte tan campante —ríe por fin la gracia el presidente a su fan espontáneo—, ¡solo en el Oeste!

En ese instante de irresponsabilidad, Trump no fue consciente del horror que se avecinaba. Sin embargo, de oeste a este y de norte a sur, la geografía de la muerte nunca deja de crecer. Se esparce como una gran

sombra ocupando nuevos territorios, apagando vidas a su paso. Después, en esos lugares ya no vuelve a brillar el sol como antes. Solo quedan flores secas y cera derretida sobre el pavimento, una vez que las lágrimas dejan de desbordarnos. Solo queda la visión acuosa de los cadáveres en los pasillos de un supermercado. El recuerdo gélido de las latas derramadas de las estanterías, rodando sobre un charco de sangre. Un fusil de asalto descargado, humeante, otra vez. Walmart Supercenter de Cielo Vista, El Paso, Texas, agosto de 2019. Solo han pasado tres meses desde que sonaron aquellas risas en el mitin de Trump: «¡Esto es una invasión!». Son las mismas palabras que ha escrito el asesino de El Paso en su manifiesto, un texto rebosante de odio y de errores gramaticales subido a la red 8Chan minutos antes del tiroteo. Solo quería disparar a migrantes, confiesa, «para impedir la invasión hispana de Texas, para defender mi país del reemplazo cultural y étnico que viene con esa invasión».

Como David Dorado Romo, están quienes han forjado su identidad en torno a la frontera física y cultural. Luego están los que ven en ella una cicatriz profunda. «La frontera es pura invención», me dice Ed Kabotie, un músico hopi de larga melena y gafas redondas con quien me he encontrado al atardecer, mientras caminaba por los montes entre Nuevo México y Arizona. «Nosotros somos los verdaderos americanos —es lo primero que me ha dicho—; los inmigrantes europeos llegaron más tarde; los nativos somos nosotros, los pueblos de Norteamérica, México y toda América del Sur.» Defiende que los migrantes mexicanos y centroamericanos son indígenas que tienen derecho a moverse por el continente como lo hicieron sus antepasados, sin fronteras. «Somos parte del mismo pueblo: el clan de la Serpiente y el clan del Agua, por ejemplo, vinieron del sur hace siglos.»

Kabotie recuerda que la guerra por la libertad de su pueblo fue contra los españoles, no contra los ingleses. «Nuestros antepasados consiguieron expulsar a los colonos europeos; estamos orgullosos de aquella gesta», me cuenta. Se refiere a la revuelta de los indios pueblo, liderados por el caudillo Popé, en 1680. Los indígenas mataron a más de cuatrocientos colonos y misioneros establecidos en Nuevo México y consiguieron que el gobernador Antonio de Otermin se retirara con las últimas familias hasta El Paso. «Fue una gran victoria que nos han transmitido oralmente de generación en generación», me explica Kabotie. Después de expulsar a los españoles, Popé eliminó todos los símbolos cristianos, prohibió sembrar

trigo y cebada —traídos desde Europa— y restableció las tradiciones indígenas. «Estados Unidos llegó muy tarde a este lugar, por eso yo no me considero necesariamente un ciudadano estadounidense, no me representan las políticas de republicanos y demócratas, que han sido siempre nefastas para nosotros.»

Si se mira a los migrantes recluidos detrás de las alambradas de los campos de detención estadounidenses, es fácil entender el planteamiento de Ed Kabotie. Muchos de ellos no hablan castellano. La demanda de traductores de lenguas mayas como el quiché o el q'anjob'al es apremiante en algunas instalaciones, especialmente para comunicarse con los niños que llegan desorientados y se encuentran con funcionarios que les hablan en idiomas extranjeros que ellos no comprenden. Para algunos guardias estadounidenses —muchos de ellos hispanohablantes— es todo un choque cultural encontrarse en el desierto con una niña guatemalteca que no habla ni una palabra de español.

Los estereotipos sobre los migrantes que cruzan la frontera de México están tan arraigados como los tacos y los burritos en la cultura estadounidense. «La llaman comida mexicana, como si esos alimentos nos fueran ajenos a este lado de su frontera», sigue explicándome el músico hopi. «Los tacos, las enchiladas, las tortillas, los tamales… nosotros los indígenas seguimos alimentándonos de esas formas de maíz, ¡el cultivo sagrado de la América del Norte y del Sur!» Kabotie sigue hablando mientras se aleja por un sendero, sin rumbo fijo. Igual que me lo he encontrado, se esfuma. Fundiéndose con el paisaje de grandes rocas graníticas y matorrales. El sol cae sobre la utopía de Aztlán.

«Pues a mí no me parecen indios», soltó Donald Trump en el Congreso. Era 1993 y se refería a los indígenas que optaban a licencias para construir casinos en el estado de Connecticut, competencia directa de sus negocios de apuestas en Atlantic City. «A mí no me parecen indios, ni siquiera a los indios les parecen indios, mucha gente se está riendo de todo esto ahora mismo», declaró ante el subcomité de Asuntos Nativos Americanos del comité de Recursos Naturales de la Cámara de Representantes. Trump intentaba convencer a los congresistas para que cambiaran la legislación que permitía a las reservas indígenas construir y gestionar sus propios casinos. Uno de sus argumentos era que aquellos indios no parecían indios.

«Gracias a Dios, en este país no se decide quién tiene derechos y quién no conforme al *test de apariencia* del señor Trump», le respondió el demócrata George Miller.

Como enjambres de avispas asesinas, las máquinas tragaperras estrangulan la identidad de las reservas indígenas. También los últimos frontones de pelota vasca donde antaño se jugaba al *jai-alai* . La *dolarocracia* llega a los confines más remotos de Estados Unidos y el magnate —que veía cómo se desmoronaba su negocio en Atlantic City— no estaba dispuesto a dejar pasar una oportunidad de aplastar a sus rivales. Los líderes tribales corruptos —como todos los corruptos del mundo— cerraban negocios oscuros con buitres de corbata y maletín de cuero. Mientras, los abogados de Trump pasilleaban por el Capitolio para impedir que esos negocios dieran sus frutos.

Trump acusó a los nativos americanos de fomentar el crimen organizado en las reservas. «Están fuera de control —insistió el constructor ante los congresistas—, se avecina el mayor escándalo desde Al Capone.» Cuando le pidieron pruebas, Trump escondió la mano, argumentando que no era su trabajo vigilar todas las reservas indias. Más de dos décadas después, la retórica trumpista apenas ha variado. Sigue el mismo esquema para calumniar a las minorías: primero lanza una mentira, después se esconde y remata con un «amo a los indios, son una gente estupenda». Y vuelta a empezar. Esto mismo sirve para negros, hispanos o musulmanes, por ejemplo. «¡No son comentarios racistas!» Es su particular método de meter cizaña. «¡No tengo ni un hueso racista en mi cuerpo!» Su *modus operandi* .

Si le tuviera que poner una banda sonora al esperpento del Capitolio, sin duda elegiría a Rage Against The Machine. Fundiría las palabras de Trump con la guitarra implacable de Tom Morello y los gritos de Zach de la Rocha. Mientras el futuro presidente de Estados Unidos pronunciaba esas palabras, los Rage preparaban su concierto de Los Ángeles, una ciudad que todavía arrastraba el estrés postraumático de los disturbios raciales de 1992. Habían arrancado su primera gira pocos meses antes, cuando todavía eran una banda californiana tan prometedora como desconocida. Mezclaba metal y hip hop con un resultado incendiario. The Clash y Public Enemy, todo en uno. Empezaron como teloneros de Suicidal Tendencies y acabaron haciendo saltar por los aires el panorama musical de los noventa.

Hacían saltar, incluso, a quien sería en el futuro el líder de los republicanos en el Congreso. Dos décadas después, Paul Ryan confesó ser fan de Rage Against The Machine. A lo que Tom Morello correspondió con un artículo en *Rolling Stone* : «Me pregunto cuál es su canción favorita de Rage. ¿La que condena el genocidio de los nativos americanos? ¿La que arremete contra el imperialismo estadounidense? ¿Nuestra versión de *Fuck the Police* ? ¿O es la canción en la que llamamos al pueblo a tomar los medios de producción? ¡Hay tantas opciones excelentes para disfrutar en las reuniones de las Juventudes Republicanas!». Morello especuló con la posibilidad de que, después de todo, Ryan fuera un topo de la izquierda radical en el Partido Republicano. Si así fuera, sin duda ha conseguido mantener en secreto su condición de infiltrado durante los duros años del nacionalpopulismo.

Rage mantuvo viva la llama del inconformismo musical durante los años noventa. La década del *grunge* nihilista y la vuelta a los sonidos orgánicos del rock mostraba su lado más revolucionario y salvaje. Fueron la banda sonora del activismo de izquierda estadounidense durante los últimos compases del siglo y, como todo lo demás, se desintegraron poco antes de la caída de las dos torres.

24

Heather morirá pocos minutos después del impacto. La embestida del Dodge Challenger le destrozará las piernas, desgarrándole la carne y fracturándole el fémur. Sin embargo, según el informe de la autopsia, la causa de su muerte será el fuerte golpe que recibirá en el pecho. La colisión brutal partirá en dos su arteria aorta y las costillas rotas le dañarán gravemente los pulmones. «Sus probabilidades de supervivencia se reducen prácticamente a cero», dirá el capitán de bomberos que intentará en vano reanimar a Heather en el mismo lugar del atentado.

Hora del ataque, 13:42. Intersección entre las calles Water y Fourth. Un terrorista neonazi arrolla brutalmente a decenas de contramanifestantes antirracistas, contarán los medios digitales en titulares urgentes. Varios heridos, algunos de gravedad, y al menos una persona fallecida. Más tarde se sabrá que se trata de Heather Heyer, una mujer de treinta y dos años de edad, residente en Charlottesville. El método es similar al utilizado durante los últimos meses por yihadistas del Estado Islámico en los atentados de Niza, Berlín, Londres, Estocolmo o París; solo cinco días después de Charlottesville, otro atropello masivo dejará catorce muertos en el centro de Barcelona. En cuestión de minutos, las fotos y los vídeos del Challenger llevándose por delante a decenas de personas estarán en todas partes.

Unos minutos antes del impacto, James busca en su teléfono móvil la ruta más rápida de Charlottesville a Maumee, Ohio. Tiene por delante más de ocho horas de viaje hasta casa. Eso si la suerte le acompaña y no se encuentra por el camino con atascos, bastante habituales en las circunvalaciones de Pittsburgh o Cleveland. Ochocientos veinte kilómetros, dice Google. Si sale ya y no se detiene ni para mear, podría estar en su apartamento a las diez de la noche. Introduce la llave en la ranura y arranca el coche. Un Dodge Challenger del 2010, gris metalizado. Su primer carro. Se lo compró hace dos años a un vendedor de segunda mano de Florence, Kentucky, donde vivía con su madre antes de trasladarse a Ohio. Los chicos como él se compran su primer coche tan pronto terminan el instituto. Algo deportivo, si tienen un mínimo de gusto y dinero, un *pony car* : el Mustang,

el Camaro y el Challenger son los clásicos más populares. James se recrea durante unos segundos en el sonido del motor V6 al ralentí. Doscientos cincuenta caballos de pura música. Su padre murió al volante, en un trágico accidente de tráfico, unos meses antes de su nacimiento hace ya veinte años. Conoce sus rasgos gracias a las fotografías que guarda su madre, postrada en una silla de ruedas de por vida. Ruge el motor del Challenger.

Su madre, Samantha, se quedó preocupada en su silla de ruedas frente a la puerta del garaje cuando James le dijo que iba a Virginia «a un acto político» (de Trump, imaginó ella). Había pasado por su casa para dejarle el gato a su cargo hasta el domingo. Solo serán un par de días, mamá, dijo antes de lanzarse a la carretera. Hacía seis meses que había dejado el hogar materno para trasladarse a un apartamento alquilado, pero seguía contando con su madre para muchas cosas. En el fondo, pensaba Samantha, seguía siendo un niño. Probablemente es lo que piensan todas las madres del mundo cuando se les independiza una criatura. «Ten cuidado», le ha texteado cuando ha visto el desfile de supremacistas blancos en las noticias. James le ha contestado con otro mensaje: «No somos nosotros los que tenemos que andar con cuidado». Junto al texto, le ha enviado una fotografía de Adolf Hitler.

Sarah no se considera seguidora del movimiento Alt-Right. Pero tampoco se siente incómoda manifestándose junto a nazis y miembros del Ku Klux Klan. Se acaba de graduar en el instituto y en pocos días empiezan sus clases de filosofía en la Universidad de la Commonwealth de Virginia, en Richmond. Ha venido a Charlottesville desde la capital del estado —a poco más de una hora en coche— junto a su novio Hayden, un pelanas pelirrojo de origen escocés. Hacen una pareja extraña, Sarah y Hayden. Ella, rubia vikinga, lleva los labios pintados de rojo chillón y una falda *hippy* ; él, barba y pelo rizado naranja butano y pantalones cortos ajustados. Los dos visten sendos polos blancos, para que los identifiquen como simpatizantes nacionalistas. No vaya a ser que los neonazis los confundan con izquierdistas y acaben dándoles una paliza. Están nerviosos. Desde que el gobernador de Virginia ha decretado el estado de emergencia y han aparecido los militares, la cosa se ha puesto muy fea. La madre de Hayden les ha llamado ya un par de veces por teléfono, rogándoles que vuelvan a casa, que está dispuesta a pagarles la habitación de Airbnb que han reservado para esta noche en Charlottesville con tal de que vuelvan.

El coche negro en el que huyen los jefes Richard Spencer y David Duke pasa a toda velocidad entre la gente con las ventanillas abiertas. El líder de la Alt-Right lanza gritos de ánimo a seguidores de polo blanco como Sarah y Hayden: «¡Salve la victoria!». «*Sieg Heil!»,* contestan algunos en alemán original mientras levantan el brazo derecho.

Sarah y Hayden no han visto pasar a Spencer y a Duke porque se están despidiendo de James y de Joshua junto a su coche. Dos chicos neonazis muy amables que han conocido esta mañana en la manifestación. James, con gafas de sol y polo blanco, portaba en la mano el escudo de fasces y hachas de la organización neofascista American Vanguard cuando lo han visto por primera vez. Los cuatro han huido juntos en cuanto han empezado a llover botes de humo y puñetazos. El escudo de madera se ha quedado por el camino. Debemos mantenernos unidos, ha dicho, para protegernos de los antifa. James es de un pueblo de Ohio. Antes de emprender el viaje de vuelta en su Dodge Challenger, los ha dejado junto a su vehículo. Luego llevará a Joshua hasta el suyo. Al despedirse, les ha propuesto comer algo en la gasolinera de la avenida Preston, a unos diez minutos a pie del parque de la Emancipación. Pero Sarah y Hayden están nerviosos y no tienen hambre. Quieren salir cuanto antes de Charlottesville.

«Comeremos algo por el camino», se disculpan.

Es sábado, así que Heather ha recogido su melena castaña en una gruesa trenza y se ha vestido de negro de arriba abajo. Es como se arregla cuando le toca trabajar de camarera en el Café Caturra, un bistró cercano al campus, donde se despachan desde ensaladas *caprese* hasta cuencos de pollo con jengibre al estilo tailandés. Entra a trabajar dentro de unas horas, en el turno de las cenas. Pero antes, no se ha querido perder la manifestación contra los supremacistas. Aunque anoche decidió que era demasiado peligroso y le prometió a su madre que no saldría a protestar, ha cambiado de opinión a última hora. «Tengo muchas ganas de ir, pero no quiero morir, esa gente va muy en serio», le confesó a una compañera de trabajo antes de cambiar de opinión. Cuando ha tomado la decisión de acudir a la manifestación, ha mensajeado a Justin, su mejor amigo: «Me siento en la obligación de ir para mostrar mi solidaridad».

El del bistró es su segundo empleo. Las propinas de los clientes completan el sueldo que recibe del despacho de abogados en el que trabaja durante la semana: asistente legal en el departamento de bancarrotas. Se

dedica a atender a personas en situación desesperada, desahuciadas por los bancos, a gente que lo ha perdido todo. Ella misma creció en una caravana, un tráiler donde todavía vive su madre. Su padre desapareció cuando ella era un bebé de cinco meses. Sabe lo que significa vivir en condiciones precarias. Camina con cierta dificultad debido a su sobrepeso, pero avanza decidida por Water Street. «¿De quién son las calles? ¡Son nuestras calles!», grita.

Marcha junto a dos compañeras de trabajo, Courtney y Marissa (esta última va acompañada de su novio Marcus). Como ellas dos, muchos de sus amigos son negros. También su jefe Alfred, un abogado afroamericano casado con una palestina. Fue él quien la contrató hace cinco años, sin importarle que no tuviera ningún título universitario ni formación legal. Solo soy una camarera, le dijo Heather entonces. Pero a Alfred no le interesaban sus credenciales. Cuando le contó que podía sacarse doscientos pavos en propinas durante una noche en el bar, Alfred supo que tenía don de gentes. Bueno, es que trato con muchos borrachos a lo largo de la noche, le respondió ella. Pero él buscaba a alguien con empatía, alguien que supiera escuchar las historias de los clientes con paciencia. Heather era la persona que necesitaba.

Alfred fue, en parte, la razón por la que rompió con su novio. En realidad, fue el color de la piel de Alfred. Se le había hecho tarde en el trabajo. Había estado ayudando a su jefe en la preparación de un juicio hasta casi las diez de la noche. Su novio la esperaba en el coche, frente a la fachada del despacho de abogados. Cuando Alfred terminó de cerrar la puerta con doble llave, dio un abrazo de buenas noches a Heather. Se despidieron y ella caminó hasta el coche de su novio, quien debía de llevar un buen rato esperando. ¿Por qué has abrazado a ese negro?, es lo primero que le preguntó. Ella le explicó que era su jefe. ¿Tu jefe es negro?, preguntó él. Ella le respondió con otra pregunta, que cuál era el problema. Ninguno, pero no me habías contado que trabajabas para un negro, insistió él. Esa misma noche Heather terminó su relación. Desde entonces no ha vuelto a salir con nadie en serio. Lleva una vida bastante solitaria, excepto por Justin, sus amigas del trabajo y las visitas al tráiler de su madre.

Courtney graba con el móvil la contramanifestación. Heather camina delante. En un momento dado, las tres amigas se encuentran de bruces con un grupo de supremacistas. Están tranquilos, descansando junto a su coche. Varios hombres corpulentos y una mujer, vestida totalmente de negro como

ella, con un casco de *skate* en la cabeza y una mochila a la espalda. Sin pensárselo dos veces, Heather se acerca a la chica de la Alt-Right e intenta entablar conversación. Le pregunta qué pinta allá, en una marcha que promueve el odio, por qué se ha unido a todos esos hombres violentos. Es algo que Heather no puede entender, y cuando no entiende algo, siempre pregunta, no se corta. No tiene pelos en la lengua, como diría su madre. La joven supremacista se esconde detrás de sus gafas de sol y mira de reojo a los grandullones vestidos de caqui que la acompañan.

«No puedo hacer comentarios», responde con una sonrisa nerviosa a la inquisitiva Heather.

«Chicas, dice que no puede hacer comentarios», transmite Heather a sus amigas. Courtney, que sigue grabando con el móvil, repite la frase una y otra vez mientras se ríe —«¡que no puede hacer comentarios, dice!»—, y las tres continúan su marcha hacia Fourth Street. Estos neonazis, después de todo, no parecen tan fieros, han debido de pensar. No opinarían lo mismo si hubieran presenciado media hora antes la batalla campal del parque de la Emancipación. Los alrededores de la estatua de Robert Lee están ya tomados por los militares y la policía, y las trifulcas se han trasladado a otros lugares de la ciudad. Algunos contramanifestantes, como Kait y Brandy —las religiosas antirracistas—, se recuperan en una cafetería cercana a Water Street, donde Courtney, Marissa y Heather se unen a la riada de gritos a favor de Black Lives Matter.

James detiene el Dodge Challenger y se despide de Joshua en la entrada del aparcamiento de la calle Market. La puerta del garaje ha sido escenario de varias peleas con heridos, pero en este momento está más o menos en calma. James se queda solo al volante. Es hora de ir a casa, piensa. Destino: Maumee, Ohio. Pero, por alguna razón que solo él conoce, ignora las indicaciones de Google Maps y se dirige de nuevo hacia el centro. Gira a la izquierda en la calle Fourth, la que baja hacia Water Street.

A la vuelta de la esquina se encuentra con varios antifascistas. Uno de ellos, llamado Dwayne Dixon, lleva un fusil Kaláshnikov al hombro. Es el líder de una milicia «antirracista y anticapitalista» llamada Redneck Revolt (literalmente, la revuelta de los «cuellos rojos», que es como algunos estadounidenses llaman de forma despectiva a los campesinos blancos). La veintena de milicianos y milicianas *redneck* que han venido a Charlottesville desde Carolina del Norte llevan armas largas y pañuelos

rojos al cuello. Los lidera Dixon, profesor asistente en el departamento de estudios asiáticos de la Universidad de Carolina del Norte. El profesor miliciano antifa se encuentra con el Challenger gris varias veces. Circula muy lentamente, como si estuviera dando vueltas a la manzana sin rumbo. En una de esas «pasadas», Dixon se le planta delante y le indica con su Kaláshnikov que se largue de ahí.

Para entonces, la pareja de estudiantes se ha incorporado ya a la autopista 64. Atrás queda Charlottesville. Hayden conduce con la mirada fija en la carretera mientras su novia Sarah no levanta la cabeza del teléfono móvil. Teclea compulsivamente. La idea de sacar el orgullo blanco al mundo real no le ha convencido del todo. Aún está temblando. Prefiere volver al refugio cálido de internet, donde se mueve como pez en el agua. Volver al calor de su religión pagana nórdica, a su simbología de trisqueles célticos y runas criptofascistas y a sus memes ingenuos de ranas verdes llamadas Pepe. Entra en 4Chan y en Gab, dos de sus foros preferidos, donde puede disfrutar de la libertad de expresión garantizada por la primera enmienda sin miedo a que aparezca un antifa violento a la vuelta de la esquina. Es como volver a casa una noche de tormenta. En 4Chan puede volver a ser Winter Chan, la niña de enormes ojos azules sacada de unos dibujos *anime* que anuncia el invierno blanco. La nieve purificadora que acabará con la invasión del sur. «Se acerca el invierno —anuncia la niña salvadora de la civilización occidental—, el invierno que acabará con los refugiados e inmigrantes musulmanes… por fin, el invierno BLANCO.»

Una legión de troles inunda las redes con memes racistas que anuncian un mundo ideal a caballo entre *Frozen* y *Juego de Tronos* . Un submundo donde el villancico compuesto en 1945 *Let it Snow* —cantado por Frank Sinatra y después por Dean Martin— se convierte en la banda sonora de la deseada limpieza étnica. Es un lenguaje que adopta el propio presidente de Estados Unidos cuando anuncia ante un grupo de legisladores en el despacho oval que quiere menos inmigrantes de «países de mierda» —como Haití o Nigeria, según Trump— y más inmigrantes de «lugares como Noruega».

El coche de Sarah y Hayden se aleja de Charlottesville, dirección a Richmond. Los neumáticos rozan el asfalto cuarteado y reblandecido por el sol de agosto. Pero ella, volatilizada en su avatar Winter Chan, flota de

nuevo entre copos de nieve virtuales, bosques de abedules etéreos y canciones navideñas. En un lugar como Noruega.

«Si no estás indignada, no estás prestando atención.» La última entrada de Heather en Facebook define bien su estado de ánimo actual. El mismo que comparten muchos jóvenes de Charlottesville desde que Trump llegó al poder. En esta ciudad universitaria, Bernie Sanders ganó las primarias del Partido Demócrata el *supermartes* de 2016. Heather fue una de las que votó al candidato socialista. Pero Hillary Clinton se impuso en el conjunto del estado de Virginia y finalmente en la convención nacional de Filadelfia. Así que, sin Bernie en las papeletas, Heather se quedó en casa. Se negó a participar en las elecciones presidenciales.

Tampoco había participado, hasta hoy, en una manifestación antirracista. Da rienda suelta a su indignación en las redes sociales y en conversaciones privadas, con su madre o con sus compañeras de trabajo. «Las políticas racistas de Trump» la horrorizan, y hay un personaje siniestro al que teme especialmente: Steve Bannon. «¿Cómo es posible que un tipo como ese haya llegado al poder en estos tiempos modernos?», le dijo a su madre durante una de sus visitas a la caravana.

No obstante, Heather entiende el sentimiento de frustración y hartazgo al que apela Bannon. Conoce los mecanismos de la «ira blanca» que azuza desde el poder. Porque el nacionalpopulismo se dirige a ciudadanos como ella: blancos de familias pobres, presuntas víctimas del multiculturalismo y la globalización. Los antepasados de Heather eran mineros, extraían carbón en los Apalaches. Su estirpe de clase trabajadora encaja en la definición de toda una cultura de rudos montañeses, descendientes de refugiados irlandeses y escoceses que huyeron de guerras europeas sangrientas para poblar la salvaje cordillera de los Apalaches en busca de libertad. Una cultura violenta y explosiva, explica en primera persona el joven escritor *hillbilly* J. D. Vance, «mezcla de un robusto sentido del honor, devoción por la familia y un sexismo extraño» (*Hillbilly Elegy* , 2016). Algunos los llaman con desprecio «basura blanca» o «basura de tráiler». Heather ha crecido expuesta a todos esos calificativos, haciendo frente a las dificultades, en ese caldo de cultivo que, convenientemente manipulado, remachó la victoria electoral de Trump hace casi un año.

Al igual que Heather, James también es un *hillbilly* de los Apalaches. Criado en Kentucky y reubicado en el norte de Ohio. «Para la clase media de ohioanos blancos, estos *hillbillies* (de Kentucky) estaban simplemente fuera de lugar», escribe Vance sobre la experiencia de su propia familia, muy parecida a la de James. Es una discriminación que va más allá del rechazo al que se enfrentan los migrantes rurales en las ciudades por su «acento paleto». Algo más que el clasismo que mira por encima del hombro a la clase trabajadora. Es algo (casi) racial. La historia de la columna de Trajano de Tulsa, donde debajo de los más oprimidos siempre hay sitio para alguien más. Incluso entre los opresores hay oprimidos. Como escribió W. E. B. Du Bois sobre la Nueva Inglaterra de finales del siglo XIX en la que creció: «La perspectiva racial estaba mucho más claramente definida contra los irlandeses que contra mí; se trataba del nivel de ingresos y de la ascendencia más que del color de la piel» (*Dusk of Dawn* , 1940).

O quizá se trate del color, después de todo. Del color de la dentadura, en este caso. De las diferentes tonalidades de los dientes más o menos podridos por las bebidas azucaradas. La llamada «boca Mountain Dew» (el refresco *hillbilly* por excelencia), junto con la diabetes y la ropa de camuflaje, es la carta de presentación de la Appalachia pobre. Es la imagen de esas otras víctimas envenenadas por la industria de lo tragable, blanco fácil de las drogas y la miseria. Pero no solo es el azúcar o la metanfetamina. Ante todo, es la falta de educación y la ausencia de atención sanitaria. Es la pobreza. Porque en Estados Unidos el color de la dentadura no solo mide el estatus social, en una escala del reluciente blanco nuclear al gris oscuro de la putrefacción. En el fondo, sirve para someter al pobre a un juicio moral por sus decisiones, su estilo de vida y sus hábitos. La eterna «responsabilidad individual» del capitalismo norteamericano: la sonrisa deslumbrante es el símbolo del éxito, igual que una boca desdentada exuda inequívocamente fracaso.

La dentadura de James no es perfecta, pero está lejos de situarlo en lo más bajo del escalafón odontológico. El reluciente Dodge Challenger que conduce, además, lo distancia de la categoría de «basura blanca». Digamos que, para él, «blanco» no es un adjetivo aplicable a «basura»; si acaso, a «orgullo» o a «nación». Que es un nazi lo saben todos quienes han pasado por el instituto público Randall K. Cooper en los últimos años. Su profesor de historia, el señor Weimer, reconoce que se le daba bien la asignatura. En especial, el periodo de la Segunda Guerra Mundial y la expansión del

Tercer Reich. Todavía recuerda su apasionada oda a la Wehrmacht y a las Waffen-SS en forma de redacción escolar. Siendo un niño, era muy hábil rebatiendo argumentos con hechos y fechas, según el profesor. «Si le despojas de esas creencias oscuras sobre el nazismo y todo eso, te queda un chico de lo más normal», asegura. Como si bastara con afeitarle el bigotillo o aplicarle una pizca de colorete en las mejillas. Uno de sus compañeros del instituto recuerda el viaje de fin de curso a Europa. Cuando visitaron el campo de concentración nazi de Dachau, James sonreía como un niño en Disneylandia. «Aquí es donde ocurrió la magia», le susurró a su compañero de clase.

Sus ideas racistas no supondrían ningún problema para que una empresa de seguridad privada de Ohio lo reclutara después de graduarse del instituto, como suele ocurrir con las vocaciones militares frustradas. Esas mismas ideas debieron de llevarle a registrarse como votante republicano en el censo electoral cuando cumplió los dieciocho. En las últimas elecciones presidenciales —las primeras en las que pudo votar— apoyó a Donald Trump. En su caso, los mensajes de Bannon surtieron el efecto deseado, tal vez porque James traía ya la «ira blanca» impregnada en la médula. Es un convencido defensor de la gran muralla trumpista en la frontera sur y el cierre de las fronteras a cal y canto. Comulga con la idea nacionalpopulista de «América primero», a la que añadiría una vez más el adjetivo «blanco», por dejar las cosas claras.

El coche de James sigue avanzando muy lentamente, esta vez calle abajo, hacia Water Street. Deja atrás a los antifascistas armados de Redneck Revolt, pero se encuentra con más manifestantes en el camino. Estos llevan carteles, palabras escritas, en lugar de armas. Meses más tarde, entre lágrimas, contará a su madre en una llamada telefónica desde la cárcel que aquella chusma en realidad portaba banderas negras del Estado Islámico. Los jóvenes que vacían sus pulmones contra el racismo y la violencia mutan en muertos vivientes mirados del otro lado de la lente tenebrosa del odio. Hordas de mutantes con banderas negras al viento. El miedo le recorre la columna vertebral. Se agarra con fuerza al volante del Challenger.

Meses más tarde, los restos de Heather yacerán en una tumba secreta sin lápida, en algún lugar oculto, a prueba de profanaciones. En cambio, una fotografía de su cara sonriente seguirá presidiendo el memorial de flores y cera derretida que se formará en la intersección de las calles Water y Fourth.

Otro enclave maldito, como en Baltimore o en Ferguson, a punto de sumarse a la geografía de la muerte. Las flores brotarán en el asfalto de Charlottesville casi al mismo tiempo que vibrará con urgencia el teléfono de la madre de Heather en su caravana. Justin, el mejor amigo de su hija, lo anunciará con angustia: «La enfermera del hospital quiere hablar con algún familiar de Heather».

—¿La enfermera? ¿El hospital?

—Creo que ha sido el coche… en el centro… la ha atropellado.

—¿De qué me hablas? ¿Qué coche?

—El que ha embestido a un grupo de personas.

—No entiendo nada.

—La manifestación.

—No puede ser. Heather había decidido no ir a la manifestación.

Unos instantes antes de pisar el acelerador definitivamente, mete marcha atrás con violencia. Como para coger carrerilla. La violencia siempre ha estado pegada a la historia de su familia de *hillbillies* . Como una maldición. La madre de James —ahora postrada en una silla de ruedas — presenció con solo dieciséis años cómo su padre asesinaba a su madre antes de quitarse la vida. Años después de tener a su hijo y casi a la vez perder a su marido, Samantha se encerró en el baño, aterrorizada. Llamó al número de emergencias 911, paralizada por el miedo. Un James preadolescente la amenazaba con un cuchillo al otro lado de la puerta del baño. Entre sollozos, dijo a la teleoperadora del 911 que temía por su vida, que tenía miedo.

Pocos años después, antes de acudir a la manifestación de Charlottesville, James colgó un meme en las redes sociales. En él, se ve un coche embistiendo con brutalidad a un grupo de ciclistas. Cascos, cuerpos y bicicletas vuelan por los aires. «Respeto vuestro derecho a manifestaros, pero voy tarde al trabajo», dice el texto sobreimpreso en la foto.

Pisa el acelerador a fondo. El Challenger sale disparado hacia la multitud.

Como atraída por la irresistible fuerza del destino hacia su propia muerte, Heather se coloca en primera fila, por delante de sus amigas Courtney y Marissa. Avanza sobre la línea que trazará la trayectoria del

Challenger. Sus doscientos cincuenta caballos retumban en la estrecha calle Water. No hay escapatoria. Heather ni siquiera tiene tiempo de ver por dónde viene el coche.

James siente los golpes de la carne contra la carrocería. Algunos salen disparados por encima del coche. Otros, los más desafortunados, son arrollados por encima. El del cuerpo de Heather es uno más de esos golpes.

Marcus empuja a su novia, Marissa, cuando el coche impacta contra él. La ha salvado. Courtney también está a salvo. Nadie puede hacer nada por Heather.

James acaba empotrado contra otro coche. Mete marcha atrás. Más golpes en la carrocería. Alguien rompe la luna trasera. Huye.

Heather deja de respirar. «Esa mujer está azul», se oye decir a alguien.

James se aleja con el guardabarros colgando.

El corazón de Heather deja de latir.

Silencio.

25

En silencio. La sinagoga de Pittsburgh resiste en silencio. El estremecedor silencio de los bondadosos, el mismo que aterrorizaba a Martin Luther King. Un silencio impuesto por tablones sobre puertas y ventanas, verjas atrancadas con candados, gruesas cadenas y sacos terreros en el suelo. El silencio de los bondadosos frente a la crueldad de los perversos.

El Árbol de la Vida hunde sus raíces en Squirrel Hill, un barrio tranquilo de filas y filas de casitas de colores con jardín, todas iguales. La sinagoga es un adefesio de hormigón cenizo que rompe la armonía urbanística. Cemento muerto rodeado de vallas metálicas. Colgadas de las vallas, pequeñas estrellas de David de cartón aletean al viento. En ellas se pueden leer mensajes de solidaridad y condolencia, algunos tan simples como un corazón rojo pintado en el centro de la estrella. Otros recuerdan a quienes ya no están lo mucho que se los echa de menos: «Espero que sepáis cuánto os queremos». Los nombres de las víctimas están escritos sobre otras estrellas, más grandes, pegadas al cristal de la puerta principal. Once en total.

Más de un año después de los acontecimientos de Charlottesville, otro *James Fields* supremacista peregrinó hasta esta misma puerta de cristal, entonces abierta de par en par. Vino acompañado de su fusil de asalto AR-15 y su «familia Glock», como él mismo llamó a su colección de pistolas en las redes sociales. Había bebido del siniestro ciberespacio de Gab, 8Chan y 4Chan, donde Winter Chan predicaba la llegada del «invierno blanco» entre copos de nieve virtuales. Escondido tras el alias «Onedingo», el futuro asesino de Pittsburgh deglutía teorías sobre operaciones secretas que buscan el «genocidio blanco» y planes perversos de George Soros y sus judíos «hijos de Satán». Lo que más le enfurecía durante esos días era la presunta oleada de migrantes de la que alertaba una y otra vez Donald Trump. Más concretamente, la caravana de centroamericanos que partió pocos días antes de Honduras, rumbo a la frontera sur de Estados Unidos. Una «invasión», en palabras de Trump, que incluía «criminales y elementos desconocidos

procedentes de Oriente Medio». Cuando los periodistas demandaron al presidente pruebas de semejante afirmación, él simplemente los invitó a que lo investigaran.

Entre las teorías de la conspiración que surgieron al calor de las intoxicaciones presidenciales, una de las más descabelladas acusaba a los judíos de utilizar a los migrantes para acabar con la raza blanca en Estados Unidos. A esa conspiración disparatada se referían los seguidores de la Alt-Right cuando gritaban en Charlottesville, antorcha en mano, «los judíos no nos reemplazarán». En ese contexto delirante, la congregación del Árbol de la Vida era, según el asesino de Pittsburgh, una pieza clave de la gran operación de limpieza étnica orquestada por el *lobby* judío. La Sociedad Hebrea de Ayuda al Inmigrante (HIAS) organizó una semana antes del ataque «el *sabbat* nacional por los refugiados», una iniciativa solidaria a la que se unió la congregación de Pittsburgh y que buscaba prestar ayuda a migrantes y demandantes de asilo.

Onedingo reaccionó mediante un mensaje incendiario en la red ultra Gab, una advertencia a sus correligionarios de la Alt-Right. Desde el desastre de Charlottesville, el movimiento de extrema derecha intentaba mantener un perfil bajo, sin hacer demasiado ruido en las redes. Llamaba a sus seguidores a cuidar las formas y su «óptica». A lo que el pistolero de Pittsburgh respondió: «A HIAS le gusta traer invasores que matan a nuestra gente. Yo no puedo quedarme sentado y ver cómo masacran a mi pueblo. Que le den a vuestra óptica… Allá voy». Después de publicar ese mensaje en Gab, Onedingo se materializó en Robert Bowers, un hombre de cuarenta y siete años que llegó a las puertas del Árbol de la Vida armado hasta los dientes y con sed de sangre.

Meses después de la mayor masacre antisemita de la historia de Estados Unidos, el edificio sigue vacío, muerto. El silencio inunda sus alrededores mientras las estrellas de David bailan al viento. Mis únicos interlocutores, las estrellas de cartón, no responden a ninguna de mis preguntas. Aquí estoy perdiendo el tiempo. Así que recojo mis trastos y cruzo la calle hasta la parada de autobús más cercana.

Tamir es pintor. Es fácil adivinarlo, por su ropa vieja manchada de pintura acrílica de diferentes colores y la bolsa en la que, supongo, lleva una colección de brochas, rodillos y espátulas. Asiente con una sonrisa cuando le pregunto si es aquí donde hace la parada el número 69, el que va al centro

de la ciudad. En pocos minutos llega el autobús y nos sentamos juntos. Se atusa la barba canosa y me cuenta que está volviendo a casa tras una dura jornada laboral. «Nacido y criado aquí en Pittsburgh —se presenta—, sesenta y seis años ininterrumpidos en esta ciudad.» A su edad, pienso, debería estar retirado. Pero Tamir no puede permitirse pensar en la jubilación.

Cuando dejamos atrás el Árbol de la Vida, le pregunto sobre el atentado contra la sinagoga. «Soy musulmán —me dice como si se tuviera que explicar—, y siento el dolor de la comunidad judía como si fuera mío.» Me viene a la memoria la congresista por Minnesota Ilhan Omar, vestida con velo islámico en el Capitolio, defendiéndose de las acusaciones de antisemitismo de la derecha republicana. El Gobierno de Netanyahu prohibió la entrada de Omar a Israel porque iba a visitar los territorios ocupados. Trump aplaudió esa decisión y acusó públicamente a la representante demócrata de «odiar a Israel y a todos los judíos».

En los tiempos que corren, no es fácil ser musulmán en Estados Unidos. Especialmente desde la mañana del martes 11 de septiembre de 2001. Hay que dar muchas explicaciones ante la ignorancia y, en ocasiones, el odio, me explica Tamir. «Y sin embargo, Pittsburgh no tiene nada que ver con Nueva York», añade. Por un momento doy por supuesto que me va a contar que aquí, en pleno «cinturón del óxido» de los Apalaches, la situación es mucho peor para los musulmanes, pero sorprendentemente argumenta todo lo contrario. «Las tensiones entre comunidades en Nueva York siempre han sido mucho más pronunciadas que aquí, especialmente desde que ocurrió lo de las torres.» En Pittsburgh, dice, siempre ha existido una comunidad musulmana pequeña pero muy consolidada, y nunca ha habido problemas graves. «Es verdad que hay islamofobia —admite con media sonrisa—, pero qué te voy a contar, soy negro, así que llueve sobre mojado.»

Miro a través de la ventanilla y por un microsegundo me siento teletransportado a Moscú. El autobús pasa junto a una enorme torre neogótica que me retrotrae a la majestuosa Universidad Estatal Lomonósov. La Catedral del Saber de Pittsburgh es el segundo edificio universitario más alto del mundo, después de su hermano moscovita. Atravesamos el campus saturado de estudiantes en zapatillas deportivas haciendo ejercicio cuando Tamir me explica la historia del barrio que lo vio crecer. Afroamericanos, árabes y latinos convivían en paz donde ahora se alza el estadio en el que

juegan a hockey sobre hielo los Pingüinos de Pittsburgh. «Destruyeron el barrio de mi niñez para construir moles de hormigón armado —se lamenta—, casualmente sobre el vecindario más diverso de la ciudad, el barrio de las minorías.» La misma historia una y otra vez. Como en Tulsa, como en El Paso o en Brooklyn, como en tantas otras ciudades. La cultura hegemónica «asimilando» al diferente a base de cemento y más cemento.

Antes de apearse en la parada cercana al estadio de los Pingüinos, Tamir me habla del islam en Estados Unidos. Del estigma del 11-S y la profunda ignorancia sobre su religión. De los prejuicios. Yo le doy la razón con una anécdota de la que, tristemente, participé en el metro de Nueva York. Volvía a casa en plena hora punta, con los vagones del tren F a reventar. Pasada la estación de la calle Treinta y Cuatro, en medio del silencio tenso de decenas de sardinas en lata, escuché a alguien recitar aleyas del Corán en voz alta. Tuve que escurrirme entre un grupo de religiosos ultraortodoxos judíos para encontrar a un hombre sentado entre los viajeros, rezando con los ojos cerrados. Era corpulento, de profusa barba negra y vestido con túnica y gorro *kufi* . Recitaba versículos en árabe abrazado a su mochila. Al principio nadie reparó en él, pero en la siguiente parada —calle Cuarenta y Dos, Bryant Park— varios pasajeros se bajaron discretamente. Observé cómo a mi alrededor la gente se iba descorchando los auriculares para mirar al devoto pasajero de la mochila, en torno a quien ya se había creado un amplio hueco. Las miradas de pánico repentino se multiplicaron a mi alrededor. Una histeria silenciosa esperaba con ansia la próxima parada. «Rockefeller Center», anunció entonces la megafonía. Se abrieron las puertas y el vagón se vació en estampida. Le confieso a Tamir que yo también me uní a la desbandada de histeria colectiva. En el vagón solo quedaron el impasible recitador de aleyas coránicas y los religiosos judíos, quienes siguieron charlando tranquilamente mientras el tren se adentraba en las oscuras tripas de Manhattan.

«Vi cómo en Jersey City, Nueva Jersey, miles y miles de personas celebraban la caída del World Trade Center», mintió Trump en un mitin electoral en 2015. «Había gente vitoreando al otro lado del río, donde vive gran cantidad de población árabe», insistió después ante el periodista George Stephanopoulos, quien le informó de que la policía había desmentido esa información categóricamente. Trump se empecinó en su versión de los hechos. Los medios mostraron las imágenes una y otra vez en

su día, dijo, a pesar de que ningún otro ser humano jamás vio nada parecido. Miles y miles de musulmanes estadounidenses celebrando los atentados del 11-S frente al *skyline* humeante de Manhattan. Una imagen poderosa, creada en la mente de Trump y difundida machaconamente hasta que, para millones de personas, se convirtió en una certeza. Bajo esas circunstancias, no hay periodista que pueda refutar la falacia con hechos. Porque en el mismo momento en que prende la gasolina de los prejuicios, muere la verdad y eclosionan los «hechos alternativos».

Hannah Arendt lo explica con nitidez en *Los orígenes del totalitarismo* (1951): «El sujeto ideal del dominio totalitario no es el nazi o el comunista convencido, sino personas para quienes la distinción entre hechos y ficción (es decir, la realidad de la experiencia) y la distinción entre lo verdadero y lo falso (es decir, las normas del pensamiento) ya no existe».

Trump ha cabalgado sobre hechos alternativos desde que decidió emprender la galopada hacia la Casa Blanca. Fue el artífice del movimiento *birther* , una teoría conspirativa que consideraba que el presidente de Estados Unidos era ilegítimo porque el impostor Barack Hussein Obama era en realidad un musulmán de dudosa procedencia que ni siquiera había nacido en territorio estadounidense. El presidente demócrata se vio obligado a mostrar en público su certificado de nacimiento, demostrando que nació en Hawái, pero para el «sujeto ideal del dominio totalitario» siempre quedará la duda, la sospecha (en 2016, ¡dos tercios de los votantes de Trump seguían creyendo que Obama era musulmán!). Desde sus inicios, la desinformación ha sido una constante en la carrera política de Trump, y los radicales islamistas ocupan un lugar de honor en su imaginario posterior al 11-S. Uno de los ejemplos más recientes, la sugerencia de que había yihadistas infiltrados en la marcha migrante hacia la frontera, combina dos de sus obsesiones en un «dos por uno» del terror: migrantes latinoamericanos y musulmanes.

En el fondo, lo que menos importa es la verdad. No hay periodismo que valga si no se alinea con el objetivo propagandístico. Todo es susceptible de ser tachado de *fake news* . Lo realmente importante es el relato visual, crear imágenes y jugar con la imaginación colectiva. En ese empeño, la fantasía de hombres barbudos y mujeres con velo aclamando a Osama bin Laden a orillas del río Hudson en 2001 se confunde con estampas reales de Kandahar o Peshawar. Igual que en 2017, cuando James Fields se sienta al volante de su Dodge Challenger y las banderas negras del

Estado Islámico que ondean en Raqqa aparecen en las calles de Charlottesville. La mirada perturbada de Fields acabó viendo peligrosos yihadistas en lugar de manifestantes pacíficas como Heather, Marissa y Courtney. Todo ello es producto del mundo post-11-S, en el que todos los actores políticos han ido aprendiendo a bucear en el miedo de la sociedad. Algunos han intentado paliarlo prometiendo más seguridad y otros se han beneficiado del terror a un nuevo atentado, promoviendo un estado permanente de alerta terrorista.

Cabeza de turco. Es en lo que estaban destinados a convertirse los musulmanes durante la primera década del milenio, devolviendo a la expresión su presunto significado original. Como los verdugos del califato, siglos atrás los cruzados decapitaban a sus enemigos «infieles» para ensartar sus cabezas en lanzas y culparles, al parecer, de todos los males. Los sangrientos atentados de Bali, Madrid, Beslán, Londres, Bombay o Nairobi fueron cometidos por musulmanes. También eran musulmanes los «lobos solitarios» del maratón de Boston (2013), el centro de atención a discapacitados de San Bernardino (2015), la discoteca gay de Orlando (2015) o el atropello masivo de Manhattan (2017). Todas esas masacres fueron cometidas por musulmanes y de nada sirvieron las condenas de la comunidad islámica. Sus cabezas estaban ya en lo alto de las picas.

La islamofobia brotó con fuerza en los días posteriores a los ataques del 11-S, abonada por las teorías de la conspiración. Los bulos fueron incontables; las leyendas urbanas, insondables. Bin Laden empezó a aparecerse, de incógnito, en los rincones más inauditos del país. Por ejemplo, sentado en un McDonald's de Utah, Big Mac en mano. Los rumores sobre judíos que no fueron a trabajar al World Trade Center aquel martes de septiembre, las falsas banderas o los maléficos planes para construir «la mezquita de la victoria» en plena «zona cero» de los atentados no daban tregua. ¿Una mezquita en lugar de las torres gemelas? La provocadora imagen —una vez más, falsa— hizo explotar unas cuantas cabezas. Entre otras la del nuevo *showman* de la televisión Donald Trump, por aquel entonces presentador estrella del concurso *The Apprentice* , en la cadena NBC.

Desde su nueva peana mediática, Trump encabezó la campaña contra la «mezquita de la zona cero», que en realidad era el proyecto de un centro cultural islámico a dos manzanas del World Trade Center. Decidido a evitar su construcción, llegó a ofrecerse al promotor egipcio Hisham Elzanaty

para comprar el edificio, una construcción del siglo XIX dañada por un trozo de fuselaje de uno de los aviones utilizados en los atentados. La Casa Córdoba, que es como se iba a llamar el centro cultural en homenaje a la debatida coexistencia pacífica de religiones bajo el califato andalusí, nunca llegó a abrir sus puertas.

Según estadísticas del FBI, los crímenes de odio por motivos religiosos crecieron en 2001. Los ataques antisemitas siguieron siendo, con diferencia, los más frecuentes en Estados Unidos (más de mil durante ese año), pero las agresiones islamófobas se dispararon como nunca antes, pasando de apenas una treintena de incidentes al año a casi quinientos solo en los cuatro meses posteriores al 11 de septiembre de 2001. A ellos hay que sumar cientos de ataques que, por error, tuvieron por objetivo a sijs, seguidores de la religión procedente del Punjab que visten vistosos turbantes y lucen barbas y bigotes prominentes. La primera víctima mortal de la ola de islamofobia fue, de hecho, un sij llamado Balbir Singh Sodhi. Fue asesinado cuatro días después de los atentados de Nueva York en la gasolinera que regentaba en Mesa, Arizona. Su asesino, un camionero que buscaba venganza por los atentados de Al Qaeda, ese mismo día disparó también contra un trabajador de origen libanés y la vivienda de una familia afgana. Cuando la policía lo detuvo, se presentó como «un patriota». Desde entonces, los musulmanes pasaron a ser el segundo colectivo religioso más perseguido en Estados Unidos, siempre después de los judíos.

Poco antes del asesinato a tiros del imán de una mezquita de Queens y su ayudante en plena calle, Sheikh Saad Jalloh me recibió en su despacho del Centro Cultural Islámico de Nueva York. Escuché con atención su sermón ante cientos de fieles en la gran mezquita situada en el Upper East Side neoyorquino. Habló del Estado Islámico, de que los extranjeros que acudían a Siria en busca de aventuras en el califato de Abu Bakr al-Bagdadi no eran verdaderos musulmanes. El islam es una religión de paz y la verdad está en el Corán, repitió una y otra vez como un mantra. Ya en su despacho, después de la oración, le felicité por sus palabras. Pero el imán Jalloh, natural de Sierra Leona, me respondió con gesto preocupado: «Explico lo obvio una y otra vez y, sin embargo, la persecución de los musulmanes crece en este país… Mientras haya acceso libre a las armas de fuego, los musulmanes estadounidenses seguirán estando en peligro».

En marzo de 2019, cuando un supremacista blanco asesinó a sangre fría a medio centenar de musulmanes en Nueva Zelanda, vi a Jalloh en las noticias, recibiendo en su mezquita al secretario general de las Naciones Unidas. Me vino a la memoria su reflexión años atrás sobre «terroristas cristianos *versus* terroristas musulmanes». Es frustrante, me dijo aquella vez que hablamos en su despacho, ver cómo los medios de comunicación relacionan los crímenes de musulmanes con el islam, «algo que no sucede cuando el agresor es cristiano o de otra religión». El asesino de Nueva Zelanda mantenía vínculos con supremacistas estadounidenses y alabó a Trump en el manifiesto de setenta y tres páginas que difundió antes de entrar en la mezquita con su fusil AR-15. «Es un símbolo de la renovada identidad blanca y su propósito común», decía el manifiesto sobre el presidente de Estados Unidos, aunque añadía que no confiaba en su gestión como político. Trump condenó inmediatamente el ataque islamófobo, pero se negó a señalar al terrorismo supremacista como una amenaza creciente en el mundo. «Solo es un pequeño grupo de personas con problemas muy muy serios», dijo.

«Debemos despertar ante el peligro y defender la libertad —proclamó George W. Bush después de los ataques del 11-S—. Nuestro dolor se ha convertido en ira, y la ira en determinación.» Esas palabras dieron vía libre a la «guerra contra el terror», la restricción de libertades en todo Occidente y decenas de miles de víctimas civiles en lejanos países como Irak o Afganistán. Además, casi siete mil soldados estadounidenses perderían la vida en esas guerras. En un contexto de conflicto y terror, la propaganda y el patriotismo se convirtieron en el refugio más seguro para una sociedad literalmente traumatizada —diagnosticaron estrés postraumático a muchos televidentes que presenciaron en directo cómo víctimas de las torres gemelas en llamas saltaban al vacío hacia una muerte segura—. Como es sabido, el desconsuelo colectivo es terreno abonado para los prejuicios y el fanatismo.

Las barras y estrellas inundaron calles y avenidas, jardines y tejados, cocinas y dormitorios. Todo, desde las fachadas engalanadas hasta las patatas fritas con kétchup, era motivo de fervor nacionalista. Fueron los años de la francofobia, el rechazo a todo lo que sonara a francés, por la oposición del Gobierno de Jacques Chirac a la invasión de Irak. La gente no dejó de comer «tostadas francesas» (torrijas) o «fritas francesas» (patatas

fritas de toda la vida), pero de un día para otro las *french fries* pasaron a llamarse *freedom fries* (patatas de la libertad) en aras del patriotismo. Eran tiempos de miedo y consternación. También de ridiculez extrema.

Un buen ejemplo de ello es la música y el cine posterior a los atentados. Fue de dos tipos: las canciones y películas que enaltecían la patria sin complejos y las que obviaban el tema sin término medio. A este segundo grupo pertenecen las sagas de *El Señor de los Anillos* , *Piratas del Caribe* o *Harry Potter* . También la música huyó del compromiso político en estampida. Salvo la del primer tipo, por ejemplo el subgénero de la música country dedicado a los himnos patrióticos post-11-S. Eran canciones que aclamaban el sacrificio de las tropas estadounidenses en ultramar y subían el termostato nacionalista hasta niveles irrespirables. Toby Keith, el rey de los himnos post-11-S, se cruzó en mi camino varias veces desde los actos del primer aniversario de los atentados en 2002 hasta la campaña a la reelección de Bush en 2004. Le vi interpretar su éxito titulado *Courtesy of the Red, White and Blue* [Cortesía de la roja, blanca y azul] como telonero del presidente, incluso durante la noche electoral. Después hizo lo propio en los acuartelamientos de tropas estadounidenses en territorio iraquí o afgano. Como Marilyn en la guerra de Corea. Había que mantener arriba la moral de los jóvenes mientras aviones Hércules devolvían a casa los cuerpos de sus compañeros en bolsas de plástico.

Infinidad de producciones anteriores a 2001 en las que aparecían las torres gemelas o escenas con aviones y edificios altos fueron directamente censurados. Ni *Los Simpsons* ni los *Pokémon* se salvaron de la quema. Se eliminaron capítulos enteros y otros fueron editados. En la lista está *Spiderman* y películas infantiles de Disney como *Lilo & Stitch* . El mundo de la música sufrió especialmente la vuelta de la inquisición. Clean Channel, el mayor grupo radiofónico del país, publicó la infame «lista de canciones cuestionables», donde se hacía una larga relación de melodías y letras que no debían escucharse en la América traumatizada por los atentados de Al Qaeda. Entre las canciones proscritas se podían encontrar temas puntuales de The Clash, Bob Dylan o Queen. Hasta la letra de *Imagine* , de John Lennon, resultaba «inapropiada» según el criterio de los censores.

En la lista de canciones prohibidas solo había una banda cuya discografía completa fue «desaconsejada» por la censura: Rage Against The Machine. No se salvaba ni una sola de sus canciones. Su música

desapareció de las ondas. En realidad, el grupo se había disuelto un año antes y Tom Morello tocaba para entonces junto a Chris Cornell, el líder de Soundgarden, en otra banda llamada Audioslave. Sin embargo, tras los atentados y la posterior invasión de Irak, Morello se transfiguró en The Nightwatchman, una especie de superhéroe destinado a retomar el testigo comprometido de Woody Guthrie o Abel Meeropol. El Nightwatchman, como los *Watchmen* (1987) de Alan Moore —«¿quién vigila a los vigilantes?»—, se presentaba como un superhéroe realista y profano. «Mi *alter ego* en el folk político», lo definió el propio Morello. El personaje es «una reacción contra los crímenes de guerra, contra las corporaciones que se enriquecen a costa de esa guerra ilícita mientras la gente pide comida en las calles de la ciudad», explicó.

Durante los años oscuros, cubiertos por la larga sombra de las torres que ya no estaban, el Nightwatchman grabó *No One Left* [No queda nadie]:

> El mundo se ha vuelto negro, no queda nadie.
> En las calles de Manhattan sopla un viento polvoriento,
> cartas y deseos, una niña con una rosa.
> En las calles de Bagdad sopla un viento polvoriento,
> cartas y deseos, una niña con una rosa.

Costó tiempo y esfuerzo superar la resaca creativa del 11 de septiembre. Por supuesto, se hicieron películas críticas con el Gobierno durante esos años —ahí estuvieron las lentes punzantes de Spike Lee o Michael Moore—, pero eran unos pocos granos de arena en un desierto interminable. Hacia 2006 empezó a remitir el temporal, como si hubiera bastado con cinco años de duelo. Ese año se estrenaron dos grandes producciones de Hollywood que abordaban abiertamente los atentados: *World Trade Center* (dirigida por Oliver Stone) y *United 93* (de Paul Greengrass). Eran películas que todavía irradiaban patriotismo y miedo, pero ayudaron a superar el trauma colectivo. La libertad volvió poco a poco.

El decreto que prohibía la entrada de ciudadanos de varios países de mayoría musulmana a Estados Unidos es heredero de aquellos años oscuros. La islamofobia, elevada a ley. «Prohibir total y completamente la

entrada de musulmanes a Estados Unidos —era la promesa electoral de Trump—, hasta que los representantes de nuestro país descubran qué diablos está pasando.»

Rudy Giuliani, conocido como «el alcalde de América» por su indiscutible liderazgo durante el 11 de septiembre, fue uno de los principales asesores de Trump en esa cruzada. El exalcalde de Nueva York frecuentaba ya la Casa Blanca como asesor legal del presidente dos años antes del escándalo de Ucrania, del que Giuliani fue pieza central y que llevó a los demócratas a iniciar un proceso de destitución presidencial o *impeachment* . «Me llamó y me pidió que le mostrara cómo hacerlo de forma legal» (prohibir la entrada de musulmanes a Estados Unidos, se entiende). El consejo legal que Giuliani le dio al presidente fue rotundo: «Pusimos el foco sobre el peligro, en lugar de sobre la religión. Miramos a las zonas del mundo que son fuente de peligro para nosotros con criterios basados en hechos y no en la religión. Todo perfectamente legal, perfectamente sensato». Irán, Yemen o Siria entraron en la lista de «países peligrosos», pero no Arabia Saudí, país de donde provenían los terroristas del 11-S y el primero que visitó Trump como presidente. Siguiendo las recomendaciones de Giuliani, el Gobierno añadió a Venezuela y a Corea del Norte a la lista negra, a pesar de que no se conoce ningún complot norcoreano o venezolano para atentar en Estados Unidos.

En la sombra, Rudy tomaba el testigo del difunto Roy como consejero de la corte trumpista. Volvía a tener a su lado a alguien en quien confiar, debió de pensar entonces el presidente. Otro ángel caído. Ejecutor, agresivo e histriónico. Alguien preparado para inmolarse junto a él, de esos que aceleran y aceleran hasta que se estrellan en mil pedazos. Un supervillano de Gotham. El nuevo Roy Cohn.

Rudy Giuliani acompañó a Donald Trump durante uno de los trances más difíciles de su presidencia. Mostró lealtad sin fisuras durante el juicio político que culminó con la absolución del presidente en febrero de 2020. De hecho, Giuliani fue uno de los grandes protagonistas de la investigación del proceso de *impeachment* en el Congreso. Esa investigación sacó a la luz pública sus contactos con el Gobierno de Ucrania para indagar en las actividades del hijo mayor de Joe Biden en ese país, en busca de indicios de corrupción que implicaran al candidato demócrata. En su carta al presidente ucraniano, Giuliani se presenta como abogado personal de Trump «en

calidad de ciudadano privado, nunca como presidente de Estados Unidos». Una vez más, Rudy defiende los intereses del ciudadano Donald como lo hacía Roy, por delante de los intereses del país.

Entonces, de golpe, todo el mundo dejará de hablar del tema. Un imprevisible tsunami planetario barrerá de la faz de la tierra el fracaso de la oposición demócrata en su intento de destituir al presidente en el Senado. La pandemia arrasará primero China y después Europa, para golpear más tarde con especial virulencia a Estados Unidos. Junto con los millones de contagios de coronavirus volverán los millones de parados, la crisis económica y los disturbios raciales en muchas ciudades del país. Miles y miles de estadounidenses morirán en las unidades de cuidados intensivos de los hospitales mientras arden las calles por la muerte —una más— de George Floyd, asfixiado bajo la rodilla de un policía blanco en Minneapolis, Minnesota. En ese contexto de incertidumbre y de caos se desarrollará la campaña electoral de 2020: «Trump contra Biden», igual que «Nixon contra Humphrey» en 1968. Una vez más, «ley y orden» ante las protestas de Black Lives Matter y alusiones a la «mayoría silenciosa» frente a las minorías subversivas. Vuelve a sonar el silbato para perros. Sus destinatarios, los «tíos blancos cabreados» que reclamaba Lindsey Graham. La ira blanca.

«¡Liberad Michigan! ¡Liberad Virginia! ¡Liberad Minnesota!», clamará Trump contra las medidas de confinamiento decretadas por los gobernadores demócratas de esos estados para hacer frente al coronavirus. Llamará a la insurrección en estados indecisos o *swing states* donde necesita ganar las elecciones para repetir en el cargo. A esos llamamientos acudirán cientos de manifestantes de extrema derecha, algunos mostrando armas de guerra y banderas confederadas en los capitolios estatales. «Son muy buena gente, pero están enfadados», dirá de ellos el presidente. Están enfadados porque el cierre de negocios y las restricciones de movimiento impuestos por esos gobernadores son «un ataque a la libertad de los estadounidenses», añadirán ultras como Alex Jones de *Infowars* mientras se pasean entre *rednecks* enfurecidos sin mascarilla. En la lógica electoral de Trump y Giuliani, las únicas restricciones de movimiento justificadas son las que vienen de fuera de las fronteras. Dicho y hecho. «Ante el ataque del Enemigo Invisible y ante la necesidad de proteger los puestos de trabajo de

nuestros grandes ciudadanos estadounidenses, se suspende temporalmente la inmigración a Estados Unidos», anunciará el presidente antes de extender ese nuevo veto migratorio hasta 2021.

En plena guerra fría entre Estados Unidos y China por la hegemonía comercial y tecnológica, ese «Enemigo Invisible» que agita Trump ante su audiencia será bautizado como «el virus chino» o «*Kung Flu* », creando poderosas metáforas y alimentando teorías conspirativas sobre el origen del coronavirus «en un laboratorio de Wuhan». El miedo y la desinformación siguen siendo el combustible de la campaña de Trump. Poco después llegarán los disturbios de Minneapolis en respuesta al asesinato de George Floyd y volverán a aparecer los viejos enemigos habituales.

El Día de los Caídos, ese día en que millones de estadounidenses salen a sus jardines y parques en una gran ceremonia de culto al dios Barbacoa, no será como el de otros años. Casi un siglo después de la masacre racista de Tulsa, arderá algo más que el carbón de las parrillas. Esta vez en Minneapolis. La noche anterior a *Memorial Day* , el 25 de mayo de 2020, un empleado de la tienda Cup Foods llama a la policía porque un hombre negro ha pagado una cajetilla de tabaco con un billete de veinte dólares falso y se niega a devolver los cigarrillos. La llamada telefónica se produce a las ocho y un minuto. Veinticuatro minutos más tarde, George Floyd pierde el conocimiento, asfixiado bajo la rodilla implacable de Derek Chauvin. El policía blanco lo estrangula oprimiéndole el pescuezo con todo el peso de su cuerpo durante ocho minutos y cuarenta y seis segundos. Una hora más tarde certifican su muerte. La agonía de Floyd, casi calcada a la de Eric Garner en Staten Island seis años antes, se recoge en varios vídeos. Se comparte entre miles, millones. Eterna agonía, rabia viral, apnea. «¡No puedo respirar!» se volverá a convertir en el lema de las protestas contra el racismo y la brutalidad policial. Al mismo tiempo, arderán comercios y comisarías de policía. Caerán estatuas y pisotearán ídolos paganos. Habrá saqueos y enfrentamientos violentos entre policía y manifestantes. Por todo el país y más allá de las fronteras estadounidenses.

Una vez más, la gran mayoría de las protestas serán pacíficas, pero Trump no dudará en incluir a todos los manifestantes antirracistas en la categoría de «provocadores de la izquierda radical» —su hijo Eric irá más allá y dirá, en un mitin de campaña, que los manifestantes de Black Lives Matter no son más que «animales»—. Entonces, mediante un truco de

ilusionista, el presidente se sacará de detrás de la oreja el nuevo artefacto electoral, el espantajo léxico definitivo: Antifa. «La violencia y el vandalismo son liderados por Antifa y otros grupos radicales de izquierda que aterrorizan a gente inocente, destruyendo empleos, dañando negocios y quemando edificios.» Inmediatamente anunciará en Twitter su intención de designar al movimiento antifascista como «organización terrorista». Trump adoptará así, sin pestañear, el lenguaje de la Alt-Right, directamente aludida por el antifascismo. Es el legado de Richard Spencer y los neonazis que acudieron casi tres años atrás a las calles de Charlottesville el día en que fue asesinada Heather Heyer. Antifa se convertirá en la nueva gran amenaza a la que se enfrentan los Estados Unidos de América. El nuevo enemigo interior. Sin embargo, ni se trata de una organización —imposible incluirlo en una lista terrorista— ni lidera en la práctica las protestas de Black Lives Matter. Como apuntará el historiador experto en el movimiento antifascista Mark Bray, todo suena a una distracción para, una vez más, no hablar de la raíz del problema del racismo y la violencia policial contra las minorías.

De la mano de Giuliani y los pocos colaboradores que no lo han abandonado en el camino —atrás quedan el general James Mattis o John Bolton, «ese idiota que no piensa más que en lanzar bombas a la gente»—, Trump decidirá pisar aún más el acelerador de su discurso más agresivo y populista conforme se acercan las elecciones, convencido de que su base electoral nunca lo dejará en la estacada. Con un enemigo exterior (China y su *Kung Flu*) y un enemigo interior (Antifa y los demócratas de izquierda) bien identificados, Trump encara la campaña electoral emulando a Nixon, buscando repetir la victoria de 2016. Aunque lo cierto es que esta vez acabará pareciéndose más a George Wallace, aquel tercer candidato independiente abiertamente racista que consiguió los votos electorales del Sur.

«Cuando empiezan los saqueos, empiezan los tiroteos», amenazará Trump a quienes aprovechan los disturbios raciales para robar todo lo que pueden en comercios y grandes almacenes. La frase tiene connotaciones inequívocamente racistas en Estados Unidos, porque fue pronunciada por el jefe de la policía de Miami durante la era de los derechos civiles —se le atribuye también a Wallace durante la convulsa campaña de 1968—. Nixon, un maestro de la manipulación y la política de doble filo, jamás habría utilizado unas palabras tan bastas. Pero Trump no dudará en hacerlo, consciente de que en 2020 ya se han sobrepasado todas las líneas rojas.

Mientras, desde el otro lado del telón de acero doméstico, los seguidores de Trump y la cadena Fox asistirán a una realidad radicalmente distinta. «La mayoría silenciosa» a la que se refiere continuamente Trump reclama «ley y orden». Y punto. Las imágenes de incendios, saqueos y el derribo indiscriminado de estatuas que al fin y al cabo eran parte de la historia y el patrimonio de Estados Unidos los indigna especialmente. También el hecho de que HBO retire *Lo que el viento se llevó* (1939) de su plataforma por ser una película racista, o que grandes empresas multimillonarias aprovechen la oleada de corrección política para lanzarse a campañas publicitarias descaradas —la marca de cosméticos L'Oreal eliminará el término «blanqueamiento» de sus productos y Aunt Jemima retirará la cara de una señora negra de sus botes de sirope de arce por considerarla un estereotipo racial—. Pero, sobre todo, la inseguridad creciente los tiene atemorizados. El candidato demócrata Joe Biden permanece, mientras, ausente, agazapado —solo se le verá en contadas ocasiones durante aquellos días, siempre detrás de una lúgubre mascarilla negra—, seguramente esperando que las elecciones caigan de su lado por su propio peso. Mientras, para la parroquia trumpista, el Partido Demócrata parece secuestrado por la izquierda más radical, a pesar de la derrota del socialista Bernie Sanders en las primarias.

«Nunca seremos un país socialista ni comunista», sentenció el presidente una vez en alusión a las congresistas demócratas Alexandria Ocasio-Cortez, Ayanna Pressley, Rashida Tlaib e Ilhan Omar, conocidas en los medios como «el escuadrón». Una latina, una afroamericana y dos musulmanas. Todas mujeres jóvenes. «¡Si no sois felices aquí, podéis marcharos!», seguía el tuit de 2019. Les pedía que volvieran a sus países «infestados de crimen», a pesar de que todas ellas son estadounidenses. Las acusaba de odiar a Estados Unidos, ser «anti-Israel» y «pro-Al Qaeda» o querer «fronteras abiertas, lo cual significa droga, crimen, tráfico de personas y muchas cosas más». Así es como los votantes republicanos ven el Partido Demócrata en 2020.

Una de las imágenes más chocantes que corrobora esa visión será la de la octogenaria presidenta de la Cámara de Representantes Nancy Pelosi arrodillada en solidaridad con Black Lives Matter. Todos los congresistas demócratas que la acompañarán durante ese acto de homenaje a George Floyd, así como la propia Pelosi, vestirán estolas africanas de tejido kente decoradas con motivos geométricos, típicas de Ghana. Seguirán la estela del

jugador de fútbol americano Colin Kaepernick, quien puso en riesgo su carrera profesional al arrodillarse cada vez que sonaba el himno estadounidense —en 2017, Trump exigió a la liga profesional NFL que expulsara fulminantemente a aquel «hijo de perra» por semejante gesto—. Además de Pelosi y los demócratas del Congreso, durante las protestas de 2020 muchos policías hincarán la rodilla frente a los manifestantes. El policía homicida Derek Chauvin —quien hinca la rodilla con otro propósito muy diferente— será acusado de asesinato en segundo grado y el ayuntamiento de Minneapolis aprobará una moción con el objetivo de «desmantelar la policía de la ciudad y sustituirla por un nuevo modelo de seguridad pública que realmente mantenga a salvo a nuestra comunidad». En Misisipi, la reserva espiritual de la supremacía blanca, el gobernador aceptará al fin eliminar la bandera confederada de la enseña oficial del estado. Como ocurrió en 2015, después de los disturbios de Ferguson y Baltimore, en 2020 asistiremos al espejismo de que algunas cosas empiezan a cambiar en Estados Unidos y se comienza a destruir la trampa del Gran Arácnido. La constante revolución inacabada, otra vez.

26

Cuando James Fields entra en la sala esposado, arrastrando grilletes y cadenas, la tensión que crepita en el ambiente se hace tangible, incluso visible. Veo cómo se encrespa la realidad a mi alrededor, distorsionada por latigazos límpidos. Aunque es alto y corpulento, su cabeza me resulta desproporcionadamente grande, el pelo negro largo y descuidado y barba sin afeitar de muchos días. El rostro del asesino es pálido como un anfibio albino, inexpresivo detrás de las gafas. La presencia palpitante de los cuarenta y nueve asistentes al juicio, entre ellos muchas víctimas y unos pocos periodistas, eriza el campo electrostático cuando Fields —vestido con un buzo de presidiario a rayas grises y negras— toma asiento junto a su abogada. El sello de la Commonwealth de Virginia sobre la cabeza del juez flamea como visto a través del agua de una piscina. Alcanzo a distinguir en él a la Virtud, con un pecho descubierto, pisando el cuello de la Tiranía al tiempo que clava su lanza en el suelo. Marcus, sentado junto a mí, da un respingo. «Qué ganas de partirle la cara», le oigo decir entre dientes.

En la sala hace un calor insoportable. Por orden del juez, no se encenderá el aire acondicionado durante toda la sesión. Su traqueteo mecánico impediría escuchar las declaraciones de las víctimas que hoy van a presentar su último testimonio ante el neonazi que las embistió con su coche hace casi dos años a pocas manzanas de este lugar. Así que, dados a elegir entre no escuchar sus voces como es debido y la cocción al vapor, todos acordamos sacrificarnos y transformarnos en raviolis chinos. Marcus se seca el sudor del cuello con una toallita de mano roja, a juego con su gorra y sus zapatillas deportivas. Me parece que son las mismas que vestía cuando salió volando por encima del Dodge Challenger, quedando suspendido en el aire dentro de una fotografía que dio la vuelta al mundo: la imagen, captada por el fotoperiodista Ryan Kelly, ganó un premio Pulitzer, y la profesora de la Universidad de Columbia Jennifer Wenzel la describió como «un *Guernica* moderno». Ahí quedó inmortalizado Marcus, con sus zapatillas rojas al aire, flotando en el *Guernica* de Charlottesville.

Dos filas más adelante, la madre de Heather Heyer se sienta junto a las dos amigas que acompañaban a su hija durante las protestas aquel día de agosto. Courtney y Marissa se sientan pegadas la una a la otra, encogidas, intimidadas por la cercanía violenta del asesino neonazi. Pero James Fields no les dirige la mirada en ningún momento. Sus ojos están clavados en la pared, como si tuvieran el poder de perforarla para contemplar la placidez de las calles de Charlottesville, esas calles por las que nunca más podrá conducir. Tampoco se le oye emitir ningún sonido. Solo uno, quizá —una especie de suspiro de dolor— cuando el juez le pregunta si tiene algo que decir a sus víctimas.

«Espero que esto sea el final —me ha dicho Susan, la madre de Heather, cuando nos hemos encontrado esta mañana a las puertas del juzgado—. Mi trabajo era reclamar justicia para mi hija y eso es en lo que me he empeñado hasta hoy… ahora, el juez tiene la última palabra.» Fields fue condenado hace dos semanas por un tribunal federal a cadena perpetua por un delito de crímenes de odio. Hoy es el turno del tribunal estatal que lo juzga por asesinar a Heather Heyer y herir a decenas de personas. El jurado popular lo declaró culpable y hoy el juez le impondrá una sentencia. Pero antes deberá escuchar el testimonio de varias supervivientes que, una a una, explicarán ante Fields cómo afectó el atropello a sus vidas.

Star Peterson, una mujer alta vestida de negro y con el pelo teñido de color fucsia, es una de esas personas heridas en el atentado. Se dirige al acusado buscando el contacto visual:

—Hola, escoria.

Fields sigue mirando fijamente a la pared. No se inmuta, pero se acelera el serpenteo de sus dedos largos y delicados sobre un papel en el que ha garabateado algo. Desplazando con dificultad sus manos esposadas y entumecidas, intenta agarrar de nuevo el bolígrafo, pero esta vez no escribe nada.

—Ahora que ya no vas al volante, no me pareces más que un cobarde.

Casi dos años antes, con las manos en la nuca y sentado sobre el asfalto junto al Dodge Challenger, James no dejaba de pedir perdón una y otra vez a los agentes que lo acababan de arrestar. La parte delantera del coche mostraba un aspecto ruinoso, con la luna rota, el capó deformado y el guardabarros desprendido. La carrocería tenía restos de sangre y tejido humano. Se distinguían unas gafas de sol de color azul incrustadas en el

radiador. Cuando el detective Steve Young llegó al lugar de la detención, el motor del Challenger aún ardía. El detenido, que no paraba de disculparse por lo que acababa de hacer, le preguntó si había heridos. Young le respondió que una persona había muerto a causa del impacto. Entonces, James rompió a llorar.

En su huida de la escena del crimen, primero marcha atrás y luego a toda velocidad por las calles de Charlottesville, disfrutó de sus últimos minutos de libertad. Exactamente cuatro minutos, los que pasaron entre el momento del impacto en la calle Fourth y su detención en la avenida Monticello. El helicóptero de la policía estatal de Virginia lo perseguía por el aire mientras daba indicaciones por radio a las patrullas que lo buscaban sobre el terreno. Los agentes Cullen y Bates, a bordo del helicóptero, habían presenciado el atropello a vista de pájaro: «¡Dios mío! ¡Mierda! ¿Has visto eso?», exclamó uno de ellos cuando el Challenger barrió la calle por la que subían los manifestantes. Tres horas más tarde, Cullen y Bates morían tras perder el control de la aeronave y estrellarse contra el suelo, a las afueras de la ciudad.

Para entonces, James se encontraba ya a la sombra, encerrado en una celda. Solo volvería a ver el exterior durante los breves traslados a los juzgados de Charlottesville. Se enfrentaba a dos procesos judiciales. Por un lado, el Departamento de Justicia del Gobierno federal encargó una investigación al FBI para esclarecer si James Fields había cometido crímenes de odio, es decir, si había una motivación racista detrás de sus acciones. El fiscal general Jeff Sessions aseguró en una entrevista televisiva que esas acciones encajaban en la definición de atentado terrorista doméstico, aunque nunca se juzgó a Fields bajo las leyes sobre terrorismo. En Estados Unidos, la aplicación de la legislación antiterrorista está reservada a grupos o individuos extranjeros, no para supremacistas blancos locales, responsables de la mayoría de los atentados en suelo estadounidense. La justicia del estado de Virginia, por su parte, lo juzgaría por un asesinato en primer grado, ocho delitos de «asalto y heridas maliciosas» y uno por abandonar la escena sin prestar ayuda. Los dos procesos —el federal y el estatal— se prolongarían casi por dos años. Hasta hoy.

«Prometo que lucharé contra todo lo que tú representas: la homofobia, el racismo, el antisemitismo.» Star Peterson, la mujer espigada de pelo fucsia, intenta por última vez buscar la mirada de Fields, sin éxito.

—Espero que disfrutes de la cárcel —concluye.

April es la siguiente en declarar. Otra de las «supervivientes» de la marcha contra los supremacistas. El coche no la golpeó y no resultó herida en el tumulto, al menos no físicamente. Se sienta junto a la asistente del fiscal y despliega cinco folios manuscritos sobre la mesa. «April Muñiz, con eñe.» Se ajusta las gafas y con un hilo de voz describe su calvario desde el día del atentado: «Después del ataque, pasé horas y días llenos de episodios de histeria, llorando sin control y volviendo a experimentar una y otra vez el momento del impacto; no podía sacarme de la cabeza las imágenes de las personas y sus pertenencias lanzadas al aire a mi alrededor, ni el sonido del metal destrozando huesos». Conforme avanza en su relato, va ganando confianza. «La mayoría de las noches me despertaba sobresaltada, gritando.»

Después perdió su puesto de trabajo y se aisló de familia y amigos. Lo cuenta evitando mirar al acusado, que sigue con los ojos clavados en la pared. «Miedo a la alegría —continúa April—, es uno de los síntomas más inesperados que experimenté: si un día conseguía encontrar un momento de paz y ese momento de paz conducía a un momento de felicidad y ese momento de felicidad desembocaba en un momento de alegría, entonces, sin previo aviso, todo a mi alrededor se estrellaba y el pánico y la histeria entraban en acción.» Era, dice, como si su psique no confiara en el sentimiento de alegría. Alegría como la que sintió cuando salió a las calles de Charlottesville en medio de la manifestación antifascista brutalmente interrumpida por James Fields. «En consecuencia, esa transición de una fracción de segundo que me llevaba de la alegría al terror se codificó en mi cerebro.» April mira a su alrededor, como intentando asegurarse de que le estamos entendiendo. «Me ha llevado casi dos años desentrañar esa conexión para permitirme sentir alegría nuevamente sin temer nuevos ataques de pánico.»

El siguiente testimonio es el de otra mujer a quien James Fields dejó secuelas para siempre. «Los blancos debemos ser conscientes de los privilegios que tenemos y de los que carecen otros colectivos.» Wren Steel lleva gafas de sol y una larga melena que le oculta la cara. Cojea. El

impacto del Challenger le destrozó una pierna y una mano. Es la primera que no tutea al acusado, a quien se refiere en tercera persona como «ese terrorista» y «el nazi». Su verdadero trauma, asegura, es que no fuera acusado de terrorismo, una acusación que se puede arrojar en Estados Unidos «a activistas animalistas o a los indígenas protectores del agua», pero nunca a los asesinos racistas. «En Alemania el nazismo está perseguido mientras en Estados Unidos tenemos calles y estatuas dedicadas a supremacistas.»

«El sistema protege a la supremacía blanca», denuncia Wren ante el juez Richard Moore, el mismo que falló a favor de quienes reclamaban mantener en pie la controvertida estatua ecuestre del general Robert Lee, foco de la discordia y origen de la violencia.

Los casos del neonazi James Fields y la denuncia contra la decisión del ayuntamiento de retirar la estatua —lo que llevó a la convocatoria de la Alt-Right y consecuentemente al atentado— se desarrollaron en paralelo, en la misma sala en la que nos encontramos y bajo supervisión del mismo juez. «Eso te da una idea de lo pequeño que es este pueblo», me dice en voz baja Sandy Hausman, una veterana periodista de la emisora local de la radio pública NPR.

El juez Moore anuncia un breve receso y los guardias inmediatamente sacan al acusado de la sala para trasladarlo al calabozo de los juzgados. Algunos asistentes al juicio, sudorosos, salen al pasillo en busca de algo de oxígeno. Yo aprovecho para sentarme por un instante en el banquillo de la primera fila junto a Susan Bro y preguntarle cómo lleva lo de seguir el juicio a cuatro metros del asesino de su hija. «No siento nada cuando lo veo ahí delante, la verdad; está en manos de la justicia, que es donde debe estar y punto.» Su sonrisa lúcida transmite serenidad. No consigo encontrar un mínimo de rencor o ganas de venganza en su lenguaje corporal. Ni una brizna de rabia en sus facciones rotundas, sin aristas. Susan Bro sonríe con toda la intensidad de su dolor, con todo el peso de su sufrimiento.

No es la primera vez que la madre de la víctima y su asesino se encuentran en los tribunales. Se han visto las caras varias veces en instancias estatales y nacionales. Hace dos semanas, sin ir más lejos, la justicia federal condenó al asesino de Heather Heyer a veintinueve penas de cadena perpetua por otros tantos crímenes de odio cometidos en Charlottesville. En aquella sesión ocurrió algo inesperado, algo que no se repetirá hoy. Fields se puso

en pie y se disculpó ante sus víctimas «por el daño y la pérdida que les he causado». Claro que todo, las disculpas y la sentencia federal, fueron fruto de un acuerdo de los abogados de Fields con la fiscalía para evitar la condena a muerte. La fiscalía retiró la acusación de asesinato que podría conllevar la pena capital y, a cambio, Fields se declaró culpable de crímenes de odio. «Sus disculpas fueron forzadas, totalmente interesadas —me explica Susan Bro—; ninguna de las víctimas nos creímos lo que dijo en el tribunal federal.» Por eso, dice la madre de Heather, hoy no se ha dignado a abrir la boca. «Creo que es bueno que hoy haya actuado con honestidad, sin decir nada. Es mejor que volver a disculparse sin mostrar ninguna sinceridad.»

Sin embargo, ninguna de las víctimas reclama la pena de muerte para el asesino supremacista. Cuando el jurado declaró a Fields culpable de asesinato en primer grado, recomendó al juez la cadena perpetua, que es lo que reclama Susan. «Yo no creo en la pena de muerte, porque se utiliza demasiadas veces contra personas inocentes y porque a menudo tiene como objetivo a personas negras y de color cuando, por el mismo delito, una persona blanca sería condenada a cadena perpetua.» Susan tiene la esperanza de que, en el futuro, «con mucho tiempo y con la medicación necesaria», el asesino de su hija pueda conseguir salir del pozo del pensamiento supremacista blanco para ser útil. «Quizá algún día pueda ayudar a otros neonazis a librarse del odio —se aventura a imaginar—, pero no quiero que salga de la cárcel, eso nunca.»

El Gobierno de Estados Unidos dejó de ejecutar presos condenados por delitos federales en 2003, bajo la presidencia de George W. Bush. Aunque hay sesenta y dos prisioneros en el corredor de la muerte federal —más de la mitad son negros y latinos—, ninguno ha sido ejecutado desde entonces. Eso no es obstáculo para que en prisiones estatales haya cerca de dos mil seiscientos condenados a muerte, según el Centro de Información sobre la Pena de Muerte. Los estados que más presos ejecutan son Texas y Florida. Barack Obama, que nunca se opuso a las ejecuciones en los estados que las siguen aplicando, no firmó durante su mandato ninguna sentencia federal que conllevara ese castigo. Sin embargo, su sucesor en el despacho oval es un gran defensor del «ojo por ojo».

Una de sus medidas más polémicas ha sido el restablecimiento de las ejecuciones en la justicia federal. Después de dieciséis años de parón, el fiscal general William Barr ordenaba en julio de 2019 a la Oficina de Prisiones que pusiera fecha a la ejecución de cinco de los sesenta y dos presos federales en el corredor. Trump está empeñado en que la ley del talión sea parte de su legado como presidente. Desde que en 1989 publicó en el *New York Times* aquel anuncio a toda página en el que reclamaba la pena de muerte para «los Cinco de Central Park», Trump la ha defendido siempre que ha tenido oportunidad. Tras el atropello masivo de 2017 que acabó con la vida de ocho personas en Nueva York, el presidente pidió inmediatamente la muerte para el yihadista uzbeko Sayfullo Saipov. En su segundo año de mandato propuso imponer la pena capital en casos de tráfico de droga: «Si no nos ponemos duros con los narcotraficantes, estamos perdiendo el tiempo», dijo. Más tarde, la Corte Suprema le paró los pies fallando contra la pena de muerte para los casos federales en los que no haya condena por asesinato.

Pero una consecuencia inesperada del empeño de Trump es que, por primera vez en mucho tiempo, se ha generado un debate político sobre la pena capital. Todos los aspirantes demócratas a la Casa Blanca salvo uno se han mostrado públicamente contrarios a su aplicación. En 2019, la pena de muerte sigue en vigor en la mitad de los estados. De la otra mitad, veintiuno la han abolido y otros cuatro han establecido moratorias.

Marcus señala con el dedo índice al acusado: «Eres un puto cobarde».

La rabia le consume. Esa ira que lo corroe por dentro es la antítesis de la paz que transmite la madre de Heather Heyer. Esa cólera incontrolable que siente desde el día del atentado es lo que hundió su relación con su novia Marissa, dice, la misma a quien salvó la vida cuando la empujó fuera de la trayectoria del Dodge Challenger y que ahora no le dirige la palabra. Marcus lo cuenta mientras se seca el sudor de la frente con su toallita roja. Marissa, sentada junto a su amiga Courtney y la madre de Heather, evita mirarle directamente desde la primera fila.

El acusado, impasible, sigue pareciendo un espantajo con su buzo a rayas. A sus ojos no les queda ningún brillo, están apagados. Como dos grandes botones de plástico cosidos a la cara de un muñeco de trapo.

«¡Mírame, tío, mírame!»

Marcus intenta captar la atención de James Fields por todos los medios. «Hablé con tu madre, ¿sabes?», le suelta a bocajarro, para provocarle. Ella no tiene culpa de nada, dice. Todo es culpa tuya, insiste. Recuerda las agresiones de Fields contra su madre discapacitada en el pasado, como aquella vez en la que ella tuvo que llamar al teléfono de emergencias encerrada en el baño de su casa mientras él, fuera de sí, aporreaba la puerta. También le echa en cara el maltrato psicológico al que somete a su madre cada vez que habla con ella por teléfono desde la cárcel, llamándola «autista» porque no le da la razón. «¿Quién diablos maltrata así a su propia madre?»

Los dedos largos del muñeco vuelven a reptar lentamente hacia el bolígrafo, pero esta vez ni siquiera consiguen alcanzarlo. Su rostro impasible sigue concentrado en el vacío, con ojos extinguidos y gesto desencajado.

«Eres un puto animal —Marcus se levanta bruscamente—: ¡No eres más que una mierda! ¡No eres más que una mierda!»

A grandes zancadas, como si le faltara aire, sale de la sala disparado hacia la calle. En ese momento, toda la tensión acumulada en el juzgado salta por los aires. Las víctimas y demás asistentes al juicio jalean y aplauden la salida de tono de Marcus. Algunos sonríen, otras gritan de indignación. Ante el alboroto que inunda la sala momentáneamente, el tono hasta ahora reposado del juez Moore se quiebra en una súplica: «¡Silencio! ¡No aplaudan! ¡Silencio!».

El aire de la sala recupera la transparencia como la atmósfera rebosante de ozono justo antes de un chaparrón. La electricidad estática concentrada en la sala se ha disipado para cuando la madre de Heather Heyer se sienta frente al acusado. La presencia incómoda de James Fields, sus ojos inexpresivos, su piel pálida y sus largos dedos han dejado de distorsionar la realidad y vuelve la nitidez. En el sello de la Commonwealth de Virginia que preside el tribunal distingo ahora con claridad la alegoría de la Virtud, con su lanza clavada en el suelo y una espada en la otra mano. Derrotada, la Tiranía yace a sus pies despojada de su corona. «*Sic Semper Tyrannis* » (Así siempre a los tiranos), dice el lema del escudo, citando las últimas palabras de Marco Junio Bruto antes de apuñalar a Julio César en los idus de marzo. La frase fue también pronunciada durante otro magnicidio, el de Abraham Lincoln en 1865, por el confederado John Wilkes Booth.

Susan Bro irradia sosiego. En su declaración ante el juez queda claro que detrás de su imponente fortaleza se esconde un dolor profundo. Al principio, después del atentado, se mantuvo firme. Sus palabras durante el funeral frente a cientos de personas junto al retrato de Heather dejaron boquiabierto a medio país: «Habéis intentado acallar la voz de mi hija —dijo dirigiéndose a los supremacistas blancos—, pues, ¿sabéis qué? La habéis hecho aún más grande.» El Teatro Paramount de Charlottesville, en pie, estalló en un sonoro aplauso. Todo ese apoyo le dio fuerza al principio, confiesa Susan ante el juez, pero luego colapsó. De repente, sin previo aviso. Durante seis largas semanas fue incapaz de mover un músculo. Le costó un año volver a trabajar.

«Mi hija salió a las calles de Charlottesville con dos amigas —dice mientras mira con ternura a Marissa y a Courtney, sentadas en primera fila—. Salió a la calle para apoyar una causa, es todo lo que hizo. Estoy aquí para decirle a la gente que hay que dar un paso al frente y salir, como Heather, por la justicia social.» Es lo único bueno, según Susan, que ha salido de esta horrible tragedia.

«No lloro todo el tiempo —son sus últimas palabras—, solo cuando pienso mucho sobre ello.»

Antes de leer la sentencia, el juez Richard Moore ha contado algo sobre un viaje que hizo siendo adolescente a un campo de concentración nazi. «El lugar más horrible que he visitado nunca.» James Fields, en su estado inerte, se ha debido de acordar de cuando viajó a Dachau con su clase del instituto y dijo aquello de «aquí ocurrió la magia». El juez remata: «Nunca más».

La sentencia dice lo que se esperaba de ella. El juez Moore ha tenido en cuenta la recomendación del jurado y condena a James Fields a cadena perpetua. Otra vez. Porque ese castigo se suma a los dictados por la justicia federal. James necesitaría tres vidas completas para cumplir todas esas condenas y aún le quedarían más de cuatro siglos en prisión. A efectos simbólicos —porque la biología es limitada—, deberá cumplir veintiocho cadenas perpetuas simultáneas, seguidas de cuatrocientos diecinueve años de cárcel más otras dos vidas consecutivas en prisión. En ese orden.

Las víctimas se dan por satisfechas con la sentencia. Susan Bro siente «alivio», aunque intuyo que no se le hará nada fácil volver a la rutina. Ha salido del juzgado con la sensación del deber cumplido, pero ahora es

cuando deberá hacer frente a los fantasmas que ha ido espantando a base de lucha judicial y activismo durante los últimos dos años. Cuando nos despedimos a las puertas del juzgado, le deseo lo mejor. Ayudada por su pareja, camina con dificultad hacia su coche. Tienen que partir de viaje y no quieren llegar tarde. Les esperan varias horas de carretera hasta un aeropuerto de Ohio, donde embarcarán en un vuelo rumbo a California. Me lo cuenta mientras un convoy policial traslada al condenado hacia la prisión por las mismas calles que recorrió al volante del Challenger aquel fatídico verano del odio.

[CONTINUARÁ]

Kwame se prepara un vodka con refresco de jengibre y mucho hielo. De las paredes del *loft* cuelgan un par de retratos suyos en diferentes estilos pictóricos y también el cartel promocional de la película de HBO que lo llevó a la fama. Ahora le llaman «el Gran Gatsby», me explica, debido a la sucesión ininterrumpida de fiestas que se improvisan en este apartamento. Copas medio llenas y botellas medio vacías agonizan sobre la barra americana. Se ha mudado a la zona *hipster* de Baltimore «porque muchos allá en el barrio creen que ahora soy millonario y eso se puede convertir en algo muy peligroso». Observo que ha engordado unos cuantos kilos desde la última vez que lo vi. «A un amigo que empezó a destacar como cómico le pegaron dos tiros en la calle; por eso me fui del barrio.»

Kwame Rose, el Gran Gatsby, poco tiene que ver con el joven combativo de gorra vuelta para atrás que conocí en las calles de West Baltimore durante las protestas de 2015. Entonces era, como dijo Obama, «un niño frustrado». Ahora es padre de una pequeña, Rosie, a la que no ve desde hace cuatro meses. Está en plena batalla judicial por su custodia. Además, perdió el empleo del ayuntamiento de Baltimore cuando la alcaldesa dimitió por un escándalo de corrupción, en el que él no tuvo nada que ver, aclara. «Asesoraba a las autoridades locales sobre lo que pasa en las calles de Sandtown, en West Baltimore; llevaba la voz del barrio a los despachos, pero los políticos no quieren atender a los problemas de la gente.» Y los problemas, dice, se han agravado en los últimos años. «En consecuencia, a los jóvenes del barrio solo les interesa el dinero, no piensan en un puesto de trabajo… por eso, como en tiempos de Freddie Gray, el trapicheo de drogas es la opción más tentadora, porque se dice que un camello de medio pelo puede llegar a ganar trescientos o cuatrocientos pavos al día.» La falta de oportunidades perpetúa el círculo vicioso.

Ese discurso me lo sé de memoria. El de la falta de oportunidades de las minorías en Estados Unidos. Kwame me explica que intentó pasar de las palabras a los hechos colaborando con el ayuntamiento en un programa que pretendía dar empleo a los jóvenes de Sandtown. Solo necesitaba algo más de un millón de dólares para colocar a cuatrocientos chicos y chicas de la

calle en empresas de la zona. «En una ciudad que gasta quinientos millones en policía, cuatro veces más de lo que invierte en educación, no suponía gran cosa.» Pero su programa de inserción laboral fracasó por falta de presupuesto, me cuenta mientras apura el vodka con jengibre y busca las llaves del coche.

Pocos minutos después llegamos al barrio. Aparcamos delante de «su mural», el que muestra la cara de Kwame y la palabra «supervivencia» en letras mayúsculas. Un artista callejero llamado Nether lo pintó sobre la fachada lateral de una especie de taller donde varios operarios sacan brillo a un Buick Regal de 1982. Me impresiona reconocer la cara del joven activista consagrado en icono de West Baltimore. A primera vista es una imagen triunfal, desafiante, pero sus ojos azules miran al horizonte sin atisbo de esperanza: contemplan, más allá de las hileras de casas medio en ruinas, cómo el único futuro al que puede aspirar esta gente es, precisamente, la supervivencia. Los lavacoches saludan al protagonista del grafiti con abrazos y chocando palmas y puños entre espuma y pompas de jabón. Tras despedirnos de ellos, nos adentramos a pie en las calles de Sandtown.

Los murales con carga política, como el de Kwame en el lavadero de coches, se multiplicaron por todo el barrio después de las revueltas de 2015, devolviendo cierta vida a las fachadas desoladas. Como en Belfast o en Derry, cada pared pintada recuerda a un héroe. Entre ellos, la silueta del padre de los derechos civiles Martin Luther King es omnipresente. Pero hay más. Al doblar la esquina, aparece una jovencísima Billie Holiday con los ojos cerrados y la boca abierta, con una gran gardenia detrás de la oreja, cantando —esto lo imagino yo— *Strange Fruit* . Pero junto a iconos del pasado también destacan estrellas más actuales, como el escritor Ta-Nehisi Coates. Lo han dibujado acompañado de un niño, su hijo, a quien iba dirigida su carta *Entre el mundo y yo* , algo así como el manifiesto literario del movimiento Black Lives Matter. Más adelante, detrás de unos columpios oxidados en los que hace mucho tiempo que no juega ningún niño, Barack Obama nos observa con una sonrisa sobre la bandera de barras y estrellas. Kwame no puede evitar una mueca cáustica cuando leo la cita que acompaña a su retrato: «Si vas por el camino correcto y estás dispuesto a seguir caminando, en algún momento progresarás». En algún momento progresarás. En algún momento. Mientras, sigue caminando. Y no pierdas la fe.

Llegamos a Gilmor Homes, los bloques de viviendas sociales de ladrillo rojo donde vivió Freddie Gray. «Su madre y sus hermanas se fueron de Baltimore para siempre», me cuenta Kwame mientras nos acercamos al lugar donde lo arrestaron. «Ya no queda nadie de la familia aquí, desaparecieron del barrio cuando murió el padrastro de Freddie y no sé dónde viven ahora.» Los agentes Nero y Miller, los mismos que detuvieron en este lugar al joven por llevar una navaja en el bolsillo, siguen patrullando las calles de Baltimore. Mientras, de Freddie no queda más que su recuerdo en un mural. Uno más. Nos mira con angustia desde el otro lado mientras, al fondo, avanza un cortejo fúnebre con banderas estadounidenses. En realidad, no avanza. Solo son figuras en blanco y negro, congeladas en el tiempo, pintadas sobre cemento.

Para poder ver bien el mural de Freddie Gray hay que mirar por encima de una valla de tablones de madera. «Van a derribar el edificio», me explica Kwame. Van a derribar Gilmor Homes con la excusa de que estos bloques están «infestados» de narcotraficantes, según declaró el departamento de vivienda del ayuntamiento de Baltimore. Como si esos jóvenes buscavidas, por muy delincuentes, no fueran más que una plaga de insectos a los que solo se puede exterminar con buldóceres y excavadoras. Pero el ayuntamiento de Baltimore no es el único que deshumaniza a parte de los habitantes de West Baltimore. El propio presidente Donald Trump, en un arrebato contra el congresista afroamericano que representa al distrito en Washington desde hace décadas, cargó contra la ciudad de Freddie Gray: «Un desastre asqueroso infestado de ratas y roedores —dice Trump en Twitter—. Un lugar donde ningún ser humano querría vivir». Kwame me confiesa que él también está pensando en mudarse a Nueva York o a Washington, «a una ciudad donde pueda dar un futuro digno a mi hija Rosie, una vez que consiga su custodia». Por un momento pienso en las palabras de Trump: «Un lugar donde ningún ser humano querría vivir». A mí tampoco me gustaría vivir aquí, desde luego. Tampoco se trata de ser hipócrita.

Sentado en un banco frente al mural de Freddie Gray —cubierto hasta la mitad por la valla de madera—, calculo que el muro destinado a ser demolido tiene las proporciones de una gran pantalla: un cine al aire libre para los residentes de los bloques de viviendas sociales. Un cine como los que montan durante las noches de verano en el campo de béisbol de Roosevelt Island o en pleno Bryant Park, detrás de la biblioteca pública de

Nueva York. Los pijos manhattanitas llevan palomitas, sándwiches y vino y extienden mantas de picnic sobre el césped. Como en los cines al aire libre de Manhattan, aquí también se proyectarían clásicos del cine buenrollista, películas ochenteras como *Los Goonies* , *Regreso al futuro* o *ET* . La gente se pondría de pie y aplaudiría eufórica al ver cómo la bicicleta de Elliot despega hacia la luna llena sobre un bosque de abetos. Los *rastafaris* que cultivan pimientos, col rizada y lechugas aquí al lado, en la huerta comunitaria de Sandtown, se acercarían con curiosidad al oír la banda sonora. Seguramente con más discreción, también vendrían los chavales que ríen y fuman porros en la esquina donde cayó Freddie. Puede que hasta llamara la atención de los pandilleros que cuentan billetes y papelinas de heroína adulterada en un apartamento abandonado de Gilmor Homes, *home sweet home* . Empieza a caer la tarde sobre el barrio. Los colores cálidos de Baltimore multiplican su intensidad, como en otro continente, otro hemisferio. La película va a empezar.

Lentamente, la valla de madera se abre como un telón y aparece el rostro asustado de Freddie Gray en primer plano. Detrás, el cortejo fúnebre comienza a marchar, ahora sí, con las banderas de barras y estrellas al viento. La película que proyectan esta noche no tiene pinta de ser uno de esos clásicos ochenteros. Definitivamente no es una comedia, ni tampoco parece una de Spielberg. Avanzan las banderas mientras suena la trompeta de Louis Armstrong, acompañada de la orquesta All Stars. Funde a negro. La cámara asciende por el tronco de un arce y se adentra entre sus ramas. Sobreimpresionado: Marion, Indiana, 1930. La cámara se detiene ante los pies de Thomas Shipp y Abram Smith, suspendidos en el aire. Al pie del árbol, un hombre de bigote hitleriano apunta con el dedo hacia los cuerpos inertes de los dos jóvenes.

Miro a mi alrededor y no encuentro a Kwame. Se habrá entretenido con algún viejo amigo del barrio, pienso, o puede que haya ido a por palomitas y algo para beber. Por un momento me parece ver a Susan Bro y a otras víctimas del atentado de Charlottesville unirse al público. También a los agentes Nero y Miller, del Departamento de Policía de Baltimore. Reconozco a Vanessa, la guía del centro cultural de Greenwood, el «Wall Street negro» de Oklahoma, sentada junto a Alicia, la activista antigentrificación de Brooklyn. Detrás, custodiado por dos *rangers* de Virginia y vestido con el uniforme de presidiario a rayas, el neonazi James Fields mira al infinito, como si sus ojos pudieran perforar la pantalla. El

anciano coronel Whitewolf y sus forajidos del desierto de Arizona tampoco han faltado a la cita. Vislumbro también al historiador fronterizo David Dorado Romo junto a Romelia, la nieta de Pancho Villa, recién llegada de Duranguito. La orquesta suena cada vez más fuerte, más envolvente a cada compás. Kabotie, el músico hopi de Nuevo México me saluda con un leve movimiento de cabeza para, acto seguido, devolver toda su atención a la película.

Inesperadamente, se detiene la orquesta All Stars y se hace el silencio. Funde a blanco. *Flashback* . Praderas de Nebraska, exterior, de día. Sol cegador. Suenan tambores ceremoniales. Un chamán tocado con una corona de plumas murmura palabras incomprensibles. Es el profeta cheyene Motzeyouf (conocido como *Sweet Medicine* en inglés), augur de la llegada del hombre blanco a las tierras de Norteamérica. Subtitulado: «Vendrán con palos que escupen fuego, traerán la guerra y el mal, enfermedades extrañas y muerte». Los cheyenes llaman a los blancos «*Veeho* », que en su lengua significa «araña». En la mitología cheyene, igual que en la tradición siux o arapajó, la araña es una criatura embaucadora y tramposa. Al tiempo que el profeta ilumina a su pueblo, el Gran Arácnido proyecta su alargada sombra supremacista sobre las llanuras interminables. De pronto, ahora sí, estamos en una película de Spielberg. La gran araña de patas largas sobre los maizales nos transporta a *La Guerra de los Mundos* y sus terroríficos trípodes extraterrestres. El estribillo de *American Pie* acompaña a la cámara mientras sobrevuela los campos dorados rumbo al río Misisipi. «El día que murió la música», canta Don McLean. Volamos sobre Iowa, descendemos en picado hacia Clear Lake y aceleramos hacia Minnesota. Aceleramos atraídos por esa sombra oscura que se extiende irremediablemente, dando forma a la geografía de la muerte. A los coros, de fondo, se distingue la voz del viejo Pete Seeger. El himno incontestable de la generación *boomer* suena a todo volumen: *Bye, Bye, Miss American Pie*…

«Este será el día que yo muera», sigue la letra, a pesar de esa melodía cándida, casi alegre. Alegre e interminable: más de ocho minutos, casi nueve, de canción. Una eternidad para quien agoniza asfixiado por la rodilla de un policía. «¡No puedo respirar!», repite una y otra vez, cada vez con menos fuerza. *Zoom* sobre Minneapolis, una ciudad a orillas del Misisipi pegada a Saint Paul, la capital del estado. Allá abajo se distingue una patrulla de policía aparcada frente a una tienda de conveniencia, de esas que están abiertas las veinticuatro horas y donde venden tabaco, galones de

leche y tarjetas para el móvil. Ocho minutos y cuarenta y seis segundos, la duración exacta de la siguiente canción. *White Privilege* [Privilegio blanco], de los raperos blancos Mackelmore & Ryan Lewis, es un alegato contra el racismo policial y a favor de Black Lives Matter escrito desde el «privilegio blanco» en 2016. Ocho minutos y cuarenta y seis segundos, la duración exacta de la agonía de George Floyd bajo la rodilla del policía Derek Chauvin.

> Sangre en las calles.
> Sin justicia no hay paz.
> Ni creencias racistas,
> ni descanso hasta la libertad.

Intersección entre la calle Treinta y Ocho y la avenida de Chicago, exterior, luz crepuscular. Un hombre negro de cuarenta y seis años yace boca abajo, junto al coche patrulla. Un hilo de sangre mana de su boca. Su cara, aplastada contra el asfalto, es puro dolor. Tiene las manos esposadas a la espalda y tres policías arrodillados sobre él. Uno de los agentes le oprime el cuello con fuerza.

—No puedo respirar. Por favor, levante la rodilla. No puedo respirar.

El policía se la hunde aún más, con todo el peso de su cuerpo.

—Por favor, por favor, por favor, no puedo respirar. No puedo respirar. ¡No puedo respirar!

—Levántate y sube al coche, hombre —le manda otro policía.

—No puedo moverme —sus vértebras entumecidas bajo la presión de la rodilla.

—¡Súbete al coche!

—¡No puedo! ¡Mamá, mamá! Tengo claustrofobia, me duele el estómago, me duele el cuello… me duele todo.

Hueso contra hueso, carne contra carne. Sudor y piel. Blanco sobre negro. La muerte en cámara lenta. Los segundos son minutos y los minutos, horas. La rodilla sobre el pescuezo, apretando, dejando sin oxígeno sus pulmones. Ocho minutos y cuarenta y seis segundos, como una cuenta atrás interminable. Morir de un balazo fulminante en esas circunstancias resultaría casi un alivio, una liberación. Pero, paciencia, porque todavía le quedan largos segundos de agonía.

—No puedo respirar, agente. Por favor, señor. Por favor, por favor, por favor.

Algunos espectadores miran al suelo, incómodos. Se oyen murmullos de desaprobación. La escena se hace eterna.

—No puedo respirar —por última vez, una brizna de voz al aire.

Silencio. Todo ha terminado. Sin embargo, el policía no levanta la rodilla. Durante un buen rato más. Funde a negro.

La siguiente escena muestra la boca del presidente de Estados Unidos. Primerísimo primer plano. Es una boca pequeña en proporción al tamaño de su cara, redondeada, de labios contorsionados, símicos, que sobresalen y se curvan de forma exagerada para captar la atención de la audiencia: estímulos supernormales, dicen los etólogos. Grita como solo Trump sabe gritar, carraspeando y estirando las vocales. Chilla ante una audiencia entregada, pero no multitudinaria. El estadio Bank of Oklahoma de Tulsa no está ni medio lleno. Panorámica del público: gorras rojas, banderas estadounidenses y asientos vacíos.

—La mayoría silenciosa es más fuerte que nunca.

Aplausos. Trasfoco de Trump a la única pareja negra del mitin, situada estratégicamente detrás del presidente. Sonríen y gesticulan. Más aplausos.

—Izquierdistas radicales han derribado una estatua del presidente George Washington en Oregón, ¿os lo podéis creer? —abucheos sonoros—, y después han prendido fuego a una bandera estadounidense. —Más abucheos—. Todos eran demócratas. ¡Demócratas!

Cae George Washington. Su cara de bronce golpea el pavimento con violencia. Solo queda un pedestal de piedra y trazos de espray de colores: «Colono genocida», «estás en tierra nativa», «que se joda la policía». Cae también Thomas Jefferson con el epitafio «maldito esclavista» en pintura fresca. Caen Junípero Serra, Juan de Oñate y Cristóbal Colón, inevitablemente, como fichas de dominó. Cae el presidente confederado Jefferson Davis, cae el general Robert Lee y cae su archienemigo unionista Ulysses Grant. Caen más presidentes: Andrew Jackson, Theodore Roosevelt, Woodrow Wilson. Caen decenas de monumentos confederados en el Sur y cae, por fin, la última bandera confederada de lo alto del capitolio de Misisipi. Cae, a pedazos, todo lo que el viento de la historia se llevó.

—¡Estamos haciendo que América sea otra vez un país grandioso! —carraspea Trump, seguido de más aclamación. Los aplausos y los gritos crepitan y aúllan como el fuego huracanado a lo largo y ancho de esa misma América.

Llamas y más llamas. Fogonazos, piras y hogueras. El fuego escapa rápido por las ventanas de una comisaría de policía en Minneapolis. Más edificios envueltos en llamas. La cámara sigue a un joven con mascarilla quirúrgica que pasea una gran bandera de barras y estrellas invertida. El trávelin se pierde entre las llamas de un restaurante. Mientras, decenas de encapuchados vacían una tienda de electrónica; arrastran enormes televisores, cargan con videoconsolas y todo lo que pueden, dejando por el camino un rastro de *gadgets* tecnológicos y cables inservibles. Otros, menos ambiciosos, saquean una tienda de zapatillas deportivas.

Vista aérea nocturna de la capital de Estados Unidos. La Casa Blanca apaga, uno a uno, los potentes focos que iluminan cada noche su fachada. Rodeada de empalizadas metálicas, la casa deja de ser blanca para diluirse en las tinieblas. Cerca, una enorme columna de humo compite en altura con el obelisco de Washington —y en extravagancia con las ficciones apocalípticas de Gilead y Panem— al tiempo que soldados armados de la Policía Militar se despliegan en grupos por las calles y avenidas de la capital. Los gritos de los manifestantes llegan hasta el mismo despacho oval. Están muy cerca. Corte a: interior de la Casa Blanca, de noche, luces apagadas. Oscuridad. Trump camina en pijama por un pasillo en la penumbra, desciende por unas escaleras estrechas cubiertas de moqueta blanca, acompañado de recios agentes de seguridad embutidos en trajes negros. «Por aquí, presidente.» Se abre la puerta acorazada. El presidente entra en el búnker. Fuera, las protestas son cada vez más ruidosas.

—Bajé un ratito al búnker, sí, pero solo para inspeccionarlo. Por si acaso.

Ya no suena ningún aplauso. El mitin ha terminado y el estadio Bank of Oklahoma de Tulsa se ha vaciado del todo.

El guion de la película, tirando a mediocre, empieza a repetirse. Todo a partir de aquí me parece previsible. Más manifestaciones multitudinarias, más declaraciones descabelladas, más división irreconciliable. Violencia que genera más violencia. Después de los tiroteos volverán las protestas, la indignación y las cruzadas en contra y a favor de las armas de fuego —«¡es como querer prohibir los tenedores y las cucharas para hacer frente a la obesidad!», dirá alguien—, los debates que no llevan a ningún lado, la defensa apasionada de la Segunda Enmienda, la no menos apasionada defensa de la Primera Enmienda y las apelaciones al mito de la cultura de

las armas, la libertad y la defensa propia construido por la supremacía blanca. Medio país seguirá denunciando la violencia policial y la otra mitad seguirá defendiendo incondicionalmente a las fuerzas de seguridad. El espectáculo no cesará y el presidente no callará, generando materia prima inagotable para miles de parodias aliñadas con risas en lata para el *Saturday Night Live* . El país está vacunado contra su propia esencia. Nada cambia y todo cambia cada vez que estalla la violencia; cada vez que se extiende, imparable, la geografía de la muerte.

Pero la violencia es también el motor de la propia evolución de Estados Unidos, de su eterna revolución en marcha. La industria tecnológica se desarrolla construyendo muros en la frontera, implantando sistemas multimillonarios de vigilancia, diseñando drones cada vez más mortíferos o convirtiendo escuelas y parques infantiles en cárceles de alta seguridad donde sería impensable, aseguran, otra masacre como la de Columbine o Sandy Hook o Parkland. Internet, la cámara digital, el GPS, el horno microondas… hasta la cinta adhesiva y el superpegamento son inventos militares estadounidenses. Benditos frutos de la violencia. Porque el conflicto, sí, ha contribuido decisivamente a la supremacía económica y cultural de Estados Unidos en el mundo. Tanto el conflicto externo como el interno; las guerras remotas y el inherente pecado original.

Y, a pesar de todo, sigue siendo el país de las oportunidades. La tierra prometida donde los descendientes de inmigrantes y revolucionarios —como los llamaba Franklin Delano Roosevelt— persiguen el sueño americano. En el fondo, puede que todo sea una tragicomedia, al fin y al cabo. Una tragicomedia sin final.

«Continuará», reza por fin la pantalla.

Cuando aparecen los créditos y suena la música, me doy cuenta de que ya no hay nadie a mi alrededor. Estoy yo solo, sentado en el banco desde el que veo los tablones que cubren hasta la mitad el mural de Freddie Gray. Una agradable brisa me acaricia la nuca. Los espectadores se han debido de marchar uno a uno en silencio, sin despedirse. De vuelta a sus vidas, a sus tumbas, a sus limbos.

Solo veo a Kwame agitar los brazos impaciente mientras me grita desde el otro lado de la calle:

—¿Te quedas? Está oscureciendo y no me gustaría pasar la noche en este lugar. Además, se está montando una fiesta en mi casa. ¿Te apuntas o te quedas aquí?

El Gran Gatsby camina de vuelta hacia el coche mientras la oscuridad se funde en un abrazo con el barrio. Pero no es que la noche sea el fin de nada. Después de todo, mañana volverá a amanecer sobre las grietas de América.

Agradecimientos

Mi gratitud se reparte en tres tiempos. En primer lugar, gracias a todas esas personas que se han parado a hablar conmigo por los caminos, los pueblos y las ciudades de Estados Unidos. Gracias por todas las conversaciones a pie de calle, entrevistas formales y diálogos interminables en la barra de un bar de carretera. En especial a Kwame Rose, por abrirme las puertas de su casa y de su mente revolucionaria; a Kait Dugan, por su testimonio lleno de honestidad; a April Muñiz y a Susan Bro, por su gran amabilidad a pesar del sufrimiento; a Antxon Iturbe, el *Profe* de Charlottesville, por las conversaciones y las cervezas. Gracias también a mis colegas de EiTB, por la oportunidad y el apoyo durante mis años de corresponsal.

La segunda fase, esa que arrancó cuando me senté a escribir los primeros capítulos de este libro en la Sala de Mapas de la monumental Biblioteca Pública de Nueva York, se la debo a quienes me animaron y me ayudaron desde el principio. En ese otro camino, ha sido fundamental la generosidad de Montse Basoko: todas las horas, el trabajo en equipo, el amor. Gracias a la comunidad de Roosevelt Island, a tantos y tantos amigos y a los Ziv-Curutchet en particular. A la flora y fauna del Village y a Mariano Rolando, por la amistad porteña en los inviernos neoyorquinos. A Rollie Hostein, por su hospitalidad y su clarividencia.

En la tercera y última etapa, la que me trajo de vuelta a Europa antes de que la pandemia del coronavirus detuviera el tiempo, tengo que dar las gracias a Ana Camallonga, a Carmen Esteban y a Oriol Alcorta, por la confianza. También a Mikel Ayestaran, por el empujón decisivo. A las médicas y enfermeras del hospital de Txagorritxu de Vitoria-Gasteiz, donde escribí parte de este libro, y a Javier Extramiana. Gracias infinitas a Mari Carmen y a Marcos —*ama, aita: eskerrak, bihotzez, irakatsi eta emandako guztiagatik* —, por todo lo demás.

Las grietas de América. Bajo la piel de un país dividido
Mikel Reparaz

Diagonal, 662-664
08034 Barcelona
edicionespeninsula@planeta.es
www.edicionespeninsula.com

Primera edición en libro electrónico (epub): septiembre de 2020

ISBN: 978-84-9942-923-6 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S.L.L.
www.newcomlab.com